

UNIVERSIDAD NACIONAL DE MAR DEL PLATA
FACULTAD DE PSICOLOGÍA
SECRETARÍA DE INVESTIGACIÓN Y POST GRADO
TESIS DE MAESTRÍA EN PSICOANÁLISIS



INDAGACIONES SOBRE LAS CONSECUENCIAS
DEL DUELO PATOLÓGICO MATERNO
EN LA CONSTITUCIÓN SUBJETIVA INFANTIL

Autor: Lic. Eduardo Santiago Sullivan
Director: Profesor Alfredo Salvador Cosimi

SETIEMBRE DE 2012

Introducción.....	4
Agradecimientos.....	13

CAPÍTULO I. DUELO Y SUBJETIVIDAD.

1. Preguntas en torno a la versión freudiana del duelo.....	16
2. La respuesta neurótica ante la finitud de la vida.....	25
3. El duelo por el padre.....	27
4. La muerte del hijo.....	29
5. La melancolía y el duelo: la pérdida.....	32
6. La pérdida de objeto y el acto en el duelo lacaniano.....	39
7. Versiones sobre el duelo patológico.....	42
8. Algunas conclusiones parciales.....	50
9. La muerte a partir del S XX.....	51
a. La muerte seca y la desaparición del rito.....	53
b. Los ritos funerarios en la antigüedad.....	54
c. El nuevo escenario.....	55
d. El desastre Cromañón y obstáculos para el duelo en la actualidad.....	56
e. La performatividad en la catástrofe.....	59
f. Victimización, duelo y subjetivación.....	61

CAPÍTULO II. FUNCIÓN MATERNA Y CONSTITUCIÓN SUBJETIVA.

Introducción.....	68
1. La niña según Freud: Un varón en menos.	69
2. Diferencia sexual y goce femenino.....	72
3. ¿Feminidad o maternidad? Destinos disjuntos de la mujer y su vinculación con la falta.....	74
4. La mujer y la pérdida.....	76

5. El duelo de ser/ el duelo de tener.....	78
6. El otro auxiliar y la indefensión inicial.....	81
7. La madre en la angustia, el dolor y el duelo.....	84
8. El espejo materno como soporte para la constitución de la imagen especular.....	87
9. Duelo y privación: la constitución del objeto materno.....	88
10. Renegación, duelo y objeto fetiche.....	91
11. Preguntas y conclusiones.....	93

CAPÍTULO III. PROBLEMAS CLÍNICOS DEL SUJETO, LA FALTA Y EL DUELO.

Introducción.....	100
1. Deseo materno y goce femenino.....	101
2. <i>Dos Notas sobre el Niño</i>	103
3. El duelo materno y el lugar del niño.....	107
4. El niño como sostén de la madre.....	110
5. Notas clínicas del niño como objeto.....	112
6. La escrituración de la falta y los duelos constitutivos.....	116
7. Diferencias conceptuales entre las nociones de desarrollo, detención y estructuración subjetiva infantil. Algunas teorías sobre la constitución de la estructura subjetiva.....	120
8. Estructura, subjetividad y duelos.....	129
9. Mannoni y los discursos que rodean al niño.....	132
a) La angustia de separación en la relación madre-niño.....	135
b) El niño en el discurso colectivo.....	139
10. La antesala del <i>Fort- Da</i> . Duelo impedido- juego impedido.....	143
11. La muerte y el niño.....	148
12. Algunas conclusiones parciales.....	157

CAPÍTULO IV. FUNCIÓN MATERNA, ESCRITURA SIGNIFICANTE Y DUELO. ARGUMENTOS CLÍNICOS.

Introducción.....	165
-------------------	-----

1. El niño en el lugar de tapón de la angustia materna. Duelo por el ser. Caso José.....	168
2. El niño como representante del muerto. Forclusión/renegación de la muerte en la historia genealógica. a) Ricardo: “El niño rodeado de muerte”	175
b) El “Pulpo negro” y la historia no develada.....	179
3. El niño como semblante del duelo impedido en la madre. Caso Luca.....	182
4. Regresión al estado de dependencia materna en un niño neurótico. El duelo del adulto posibilita el duelo en el niño. Caso Jonás.....	185
5. Algunas conclusiones parciales.....	189

CAPÍTULO V. PERSPECTIVAS PSICOPATOLÓGICAS EN LA ESTRUCTURACIÓN
PSÍQUICA INFANTIL POR LA INCIDENCIA DEL DUELO NO SATISFECHO.
CONCLUSIONES FINALES.

Introducción.....	197
1. Fetichismo y fantasma materno: el goce del objeto en el duelo patológico.....	197
2. Efectos clínicos en el niño.....	198
3. Lo simbólico y la muerte.....	199
4. Los niños de la inmortalidad: el duelo y su desmentida.....	200
5. Duelo patológico materno y etiología de las patologías graves de la infancia.....	204
6. Operaciones de la patología del duelo entre la madre y el niño.....	207

Introducción

Nuestro interés en el desarrollo del tema de esa tesis surge a partir del análisis de historiales clínicos de consultas y tratamientos realizados a niños pequeños con diferentes puntos de detención de la estructuración del psiquismo. Hemos observado como carácter particular dificultades en la adquisición del lenguaje de diversas características, en la representación gráfica del cuerpo, en la capacidad de sostener escenas lúdicas, en el desarrollo intelectual, como así también, en las relaciones sociales. Al mismo tiempo se evidencia en los diferentes historiales una constante que involucra a la madre con relación a un suceso relativo a la pérdida de un objeto amoroso, cuyo duelo se encuentra sin posibilidades de elaboración. Este hecho hace suponer que las funciones correspondientes a la crianza del niño fueron afectadas por tal condición, abriendo la perspectiva a indagar en qué medida esto ha incidido en el lugar que el niño ha de ocupar para la madre.

El estudio que hemos llevado adelante parte de la preocupación por los desafíos y problemas que presentan en lo cotidiano la clínica infanto juvenil. Los últimos diez años de mi ejercicio profesional en instituciones públicas me han permitido realizar intervenciones de diferente naturaleza relacionadas con momentos cruciales del acontecer psíquico del niño desde los pocos meses de vida y en ocasiones hasta antes de su nacimiento, a raíz del contacto con la madre gestante. En un contexto donde prevalece el discurso médico, la presencia del analista viene a representar en ocasiones un punto de contradicción con los saberes instituidos, ya que intenta rescatar el valor fundamental que el discurso tiene en el acontecer estructurante del psiquismo. Un niño es hablado por los padres en el mejor de los casos, desde antes de su nacimiento. Esa urdimbre simbólica será su cuna de bienvenida y desde allí se entretejerán las redes que lo signarán a su relación con los otros, con la cultura.

Me han despertado interés aquellas situaciones problemáticas en donde los padres carecen de recursos para evidenciar que los niños no adquieren las pautas esperables para su edad y que ello es percibido por la familia en el inicio de la etapa escolar, cuando deviene la posible salida del mundo materno.

Esta ausencia de significación del lado parental abre un campo de investigación de las razones por las cuales estos fenómenos se presentan con tanta frecuencia, al tiempo que obliga a repensar las posibles intervenciones clínicas.

Es por ello que algunos de los motivos que nos conducen a la realización de esta investigación radican en la reafirmación de la posibilidad de intervenciones analíticas en la primera infancia tomando como ejes el corpus teórico y el estudio de casos.

Estos acontecimientos subjetivos interrogan a la teoría del duelo ya que encontramos alusiones en varios autores sobre la consideración de este dato a tener en cuenta dentro de historiales de pacientes niños que presentan patologías graves, pero no hemos hallado referencias sobre estudios realizados en forma sistemática sobre este punto desde la perspectiva que pretendemos sostener.

Freud en el texto *Duelo y melancolía* (1915) define las condiciones psíquicas del doliente como reacciones ante la pérdida que pueden ser de diferente naturaleza y fundamenta que en sí mismo no requeriría de intervenciones particulares para ayudar a su elaboración, ya que el tiempo solamente, sería el factor que permite sobrellevarlo. Insta a considerarlo con parámetros comunes a los de la melancolía a partir de características tales como la cancelación de la necesidad del contacto exterior, disminución de la capacidad de amar, entre otros, pero que no llegarían a poseer las particularidades de aquella, en tanto no afectaría la percepción del sentimiento de sí. Utiliza términos como “angostamiento del yo” e “inhibición” para dar cuenta del impacto que en la subjetividad ocasiona tal estado psíquico, que será acompañado del desasimiento libidinal paulatino con el objeto en el que se ve embarcado el sujeto doliente, efectuadas a partir de múltiples investiduras y desinvestaduras, hasta llegado el momento de su consumación total y observa que la libido se aferra al objeto postergando su abandono aunque haya otro nuevo que esté disponible para su sustitución. Para Freud no es fácil el reemplazo, en 1929, en una carta que le escribe a Binswanger acerca de la muerte de su hija Sofía hace alusión a lo incurable de esa experiencia.

El mecanismo del duelo desde Lacan se torna comprensible, en tanto que la pérdida real de un objeto amoroso, no lo es solo por sus cualidades sino

por lo que como obturador de la falta viene a ocupar. El significante imaginario de la castración (- ϕ), cumple una función de veladura que cuando se ve conmovida desencadena el afecto primordial: la angustia.

Estas características del objeto propician que en el duelo se empobrezca el mundo, porque algo que conformaba el ideal se ha marchado. El desencuentro con ese ideal es un proceso largo y penoso que buscará sustituir la falta del objeto con nuevos enlaces libidinales. Estos actos psíquicos permitirían la elaboración del duelo en cánones que podríamos denominar como “normales”.

Lacan a la altura del *Seminario X La angustia* (1962) afirma que estamos en duelo de aquella persona que ocupábamos el lugar de su falta. Ese desconocimiento retorna en la pregunta, ¿en qué le hemos faltado?, que puede ser velada por medio del amor. El duelo nos coloca ante la encrucijada de indicar que ya no estamos en el lugar de causa del deseo de nuestro amado. Esta es una segunda privación que nos coloca en una relación de pérdida respecto del objeto a, pérdida que presentifica la pérdida estructural en la cual nacimos al orden simbólico. De modo que los avatares del duelo nos colocan ante esta doble circunstancia: la pérdida del objeto amado y la del (a), se trata entonces de hallarnos con la pérdida constitutiva que hay en nuestro ser. Esto es lo mismo que afirmar que no es posible encontrarse con el deseo si no es por vía de la subjetivación de una pérdida: es decir la elaboración de un duelo. La circunstancia en la que se impide tal elaboración podemos rastrearla según Gerez Ambertín (2005), en el singular emparentamiento que Lacan avizora entre la forclusión del Nombre del Padre y la privación, a la altura del *Seminario VI El deseo y su interpretación*. El sujeto “sin causa”, es decir sin posibilidad de generar causa en nada ni en nadie, es una circunstancia de fragilidad psíquica que atraviesa el doliente, y que lo conlleva a encontrarse con el (a), es decir con la privación que supone falta en lo real de un objeto simbólico. El agujero en lo real convoca a lo simbólico en el trabajo de duelo, siendo el envés de la forclusión, es decir, que la falla simbólica incita a la presentificación de lo real. Este engarzamiento entre el duelo no elaborado y psicosis se produce cuando la apelación al significante y al rito social no ha podido concretarse como requerimiento al Otro.

Desde estos autores hemos avanzado sobre las diferencias entre el duelo normal y el patológico como entidad diferenciada de la melancolía, tópicos desarrollados además por Allouch, Gerez Ambertín, Cancina, Cruglak entre otros. Además, en esta tesis, se pone el acento sobre otras formas de la patología del duelo ligado al fetichismo, a la renegación de la castración y sus efectos en el niño.

En relación a la clínica psicoanalítica infantil ubicamos desde diferentes perspectivas la implicación que para el psiquismo en proceso de estructuración representa la urdimbre con la cual será recibido el niño desde la fantasmática materna. En el texto *Dos notas sobre el niño* (1969) Lacan advierte sobre las posibles ubicaciones del padecimiento de un niño con relación a la madre, ya sea como falo o como objeto de su fantasma, quedando comprometida en mayor medida, en este último caso, su constitución subjetiva. Los posibles posicionamientos del niño ante el discurso parental, es el eje desde el que hemos articulado los conceptos de fantasma materno, objeto (a) y duelo en la perspectiva de la constitución subjetiva infantil, ya que en el problema que abordaremos el punto de intersección entre duelo patológico, crianza y estructuración subjetiva se tocan. Desde nuestra perspectiva estos desarrollos son articulados con aportes de los *Seminarios Nro IV La relación de objeto* (1956), *Nro V Las formaciones del Inconciente* (1957) y el *Seminario Nro XX Aún* (1972).

El duelo materno impedido es una circunstancia que enlaza de manera particular la relación entre la madre y el niño, y observamos como consecuencia de ello, a estas coyunturas particulares como desencadenantes de efectos psicopatológicos en los hijos, hechos que también se han corroborado en nuestra clínica.

Nos propusimos indagar sobre las razones individuales por las cuales ciertas madres carecen de los medios para superar las situaciones traumáticas que supone el trabajo de duelo, no pudiendo utilizar recursos sublimatorios ni de reparación quedando aprisionados en el trauma sufrido. Winnicott lo conceptualiza como espacio potencial en tanto posibilidad de trasponer el dolor en creatividad para no quedar cautivo en las redes del fantasma.

Nuestra tesis intenta dilucidar las vicisitudes del vínculo madre-hijo para permitirnos avanzar sobre las dificultades del diagnóstico diferencial a tan

temprana edad con relación a patologías infantiles graves (psicosis- autismo- debilidad mental), al tiempo que intentamos favorecer a la revisión de las intervenciones clínicas posibles en este campo de abordaje, esclareciendo las condiciones etiológicas de estos padecimientos.

Además, creemos que el duelo atraviesa en forma central toda la teoría psicoanalítica comprendiendo aspectos estructurales y estructurantes de la subjetividad humana, tanto en su faz constitutiva como en lo referido a la conmoción a nivel del sujeto por lo que implica la experiencia de la pérdida y su posible elaboración.

Es así, entonces, que el objetivo fundamental que ha guiado esta indagación radica en investigar las relaciones posibles entre *duelo, fantasma materno y estructuración psíquica infantil*. En el trabajo se persiguen además, otros objetivos particulares que se corresponden con los temas desarrollados en los capítulos de esta tesis:

1. Reconocer los procesos subjetivos del trabajo de duelo y en particular aquellas circunstancias en donde no se denota su elaboración psíquica.
2. Revisar modelos teóricos que permitan entender los procesos de constitución subjetiva y por ende la clínica psicoanalítica infantil que se desprende de ellos.
3. Indagar los nexos posibles entre los modelos teóricos, el papel que le otorgan a la madre y al fantasma materno en la constitución subjetiva, y la posible incidencia del atravesamiento de un duelo en el cumplimiento de su rol.
4. Reconstruir los procesos psíquicos desarrollados a partir de este campo etiológico comparándolos con aquellos que no remiten a estados patológicos.
5. Deslindar el campo de la psicosis infantil, el del autismo, y la debilidad mental indagando su correspondencia etiológica con el duelo materno.
6. Desarrollar aportes sobre las intervenciones tempranas en la infancia, problematizando la relación entre el corpus psicoanalítico y la posible prevención de detenciones en la estructuración subjetiva a partir de operatorias clínicas.

Las producciones que se pueden rastrear sobre este tópico son múltiples y dispares. No obstante ello, dejan un espacio de vacancia relacionado con la falta de un trabajo sistemático que estudie la relación entre duelo materno y detenciones en la constitución de la subjetividad infantil. En esto creemos reside la novedad de nuestra investigación.

A esta altura expondremos la hipótesis central de este trabajo de tesis:

La presencia de un duelo patológico en la madre conlleva la detención en la estructuración subjetiva del niño ya que, cristaliza al niño en el lugar de objeto de su fantasma e imprime una particularidad que es la de ubicar su estructuración subjetiva por fuera del campo de la neurosis.

Con respecto a la metodología utilizada sustentamos el abordaje desde dos pilares que fundamentan la lógica del procedimiento: el estudio de casos clínicos y el análisis bibliográfico.

Proponemos conceptualizar el problema que suscita la investigación en psicoanálisis, como el pasaje desde lo real de la experiencia clínica al no-todo de la producción simbólica, castración mediante. Por ende, la cuestión quedaría definida por las particularidades de la relación entre el objeto y el discurso como modo de pensar la especificidad del campo. (Martínez, 2006).

A partir de estas consideraciones no podemos dejar afuera la pregunta por el lugar que ocupa el uso del caso clínico en el contexto de la investigación psicoanalítica. Partimos de las consideraciones que realizara Freud respecto de la pertinencia de utilizar estas herramientas en el contexto de descubrimiento como en el de justificación del psicoanálisis como ciencia. A partir de los *Estudios sobre la histeria* (1895), nos da a conocer una copiosa producción de casos clínicos en concordancia con el método catártico, detallados en forma muy minuciosa, y en *La etiología de la histeria* (1896), a partir de 18 casos trabajados le da sustento a su hipótesis del origen del trauma sexual como causa específica. En *Duelo y melancolía* (1915) formaliza sus hipótesis sobre el origen del autoreproche basándose en el estudio de sus pacientes, y en otros de mayor vuelo teórico como *Pegan a un niño* (1919) aunque parte de una casuística menor alcanza la búsqueda de la correlación entre una lógica y estructura común. (Azaretto, 2007). Es decir, que en

repetidas ocasiones nos encontramos con la manifestación por parte de Freud de la pertinencia de la utilización del caso como recurso para dar fundamento al avance de sus investigaciones clínicas. Afirmaba que en el terreno de las manifestaciones psíquicas no cabe la noción de contingente. Su método consistía en proceder como un arqueólogo, apuntando a los detalles, extrayendo restos incompletos, irrelevantes, y luego los reconstruía por deducción, como lo hace en *La Interpretación de los sueños* (1900) o a través de los indicios en *El Moisés de Miguel Ángel* (1914). (Cancina, 2008)

El término “caso” aparece en el vocabulario de los psicoanalistas de muy diversas maneras haciendo alusión a relato, fragmentos clínicos e incluso a tratamiento. Según Cancina (2008) un historial está formado por la reseña de los antecedentes de algo o de alguien; comprende la historia y el estudio de un caso, y está guiado por un método para su redacción.

Dentro de las dificultades a las que alude Freud para la confección de un historial podemos enumerar lo referido a la toma de notas después de cada sesión realizada, la elección de qué comunicar cuando se trataba de un tratamiento prolongado y además lo relativo a la discreción y confidencialidad que esos datos merecen. Además de estas dificultades técnicas se suman las relativas a la particularidad del objeto de estudio, es decir las del sujeto del discurso, ya que nunca los elementos serán vertidos en forma ordenada debido a lo propio de la neurosis, signado por la represión y los recuerdos encubridores. Esto mismo tuvo considerable importancia sobre los descubrimientos del funcionamiento del inconsciente. Otra de las dificultades nombradas fue la relativa a la multiplicidad de descubrimientos que surgen del proceso mismo de la cura analítica, lo que imprime la necesidad de realizar un recorrido por los hallazgos realizados, en forma escalonada.

Coincidimos con Cancina (2008) que un historial puede comprender uno o varios casos al que se le supone cierto nivel de integración. La posibilidad de otorgarle estatuto de regla a lo inferido en cada uno, le atribuye el carácter de ser considerado como una situación típica que permite cierta generalización a otros casos similares. En nuestra situación planteamos la pertinencia de la utilización del caso guiada por objetivos específicos al considerándolo parte del método clínico.

En esta tesis partimos de las consecuencias que percibimos en los comportamientos infantiles donde observamos como constante un duelo no elaborado en la madre. Curiosamente estas deducciones surgieron a partir de un caso (José) cuya hipótesis resultó débil en cuanto al enlace que intentábamos evidenciar entre duelo patológico materno y renegación. Pero ello nos condujo a redireccionar nuestro trabajo indagando sobre otros aspectos de este tema como los referidos a la detención y al desarrollo de la estructura cuando hablamos de duelos estructurales. Analizamos la totalidad de los historiales comparando diferentes variables: motivo de consulta; edad; signos clínicos al inicio del abordaje; diagnóstico según los tiempos del Edipo lacaniano y las producciones infantiles desarrolladas en la cura (juego y dibujo). Incluimos el diagnóstico de la fantasmática parental y el lugar del niño en ella (síntoma u objeto). Realizamos paralelos entre los resultados obtenidos ante situaciones etiológicas similares estableciendo relaciones y diferencias entre los mismos. Utilizamos casos trabajados en nuestra clínica y otros materiales ubicados a partir del análisis bibliográfico.

El otro pilar que enunciamos mas arriba está signado por este estudio bibliográfico. Retornamos a los textos desde una postura crítica y revisionista, que nos permitió guiar la búsqueda de las escansiones, contradicciones y de las diferencias conceptuales para enriquecer el trabajo de lectura dentro del amplio espectro que conforman los autores seleccionados. Un texto se define por su relación con otros, que le ofrecen un marco reticular en el que ocupa un lugar. (Braunstein, 1994). Por ello tomamos como marco las producciones de Freud y Lacan sobre el duelo y la constitución subjetiva que a modo de urdimbre nos permitió ir indagando sobre sus semejanzas, diferencias conceptuales y clínicas. Asimismo estudiamos otros autores que amplían, interrogan y revisan estos puntos referenciales.

Ningún hecho clínico puede pretender estar cerrado y conclusivo ya que no es posible que de cuenta de todas las aristas de la teoría. Freud se lamentaba de la distancia que existía entre el hecho vivido y el escrito, al real que separa la realidad psíquica, de la representación empobrecida de la misma. Es decir que en ese acto de re-lectura y escritura no queda otra salida que la aceptación del resto que operará como residuo. Siguiendo a Nasio (2001) diremos que en psicoanálisis un caso llama a la formalización escrita de

una experiencia vivida con un paciente. En tanto escena va dirigida a Otro (colegas, comunidad analítica) formalizando tanto su función didáctica (demostrar una tesis con ejemplos), su función metafórica (el ejemplo se transforma en concepto) y su función interpretativa (como generadora de conceptos). Esta última permitiría el avance teórico cuya riqueza demostrativa puede producir nuevas hipótesis.

La reconstrucción siempre trata de un hecho ficcional: es una realidad modificada. Lo real del caso invita a la simbolización atravesando el duelo que supone su transcripción ficcional como efecto de escritura.

BIBLIOGRAFÍA DE LA INTRODUCCIÓN:

- Amigo, S. (2009). Ciencia y psicoanálisis: ¿Es el sujeto de la ciencia el mismo que el del psicoanálisis?; ¿Qué significa investigar, en psicoanálisis? VII Jornadas de carteles de la EFBA. Disponible en www.efba.org/efbaonline/amigo-07.htm 12/11/10
- Azaretto, C. (2007). Diferentes usos del material clínico en la investigación en psicoanálisis. En *Memorias de las XIV Jornadas de Investigación de la Facultad de Psicología de la UBA*. Disponible en www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/programas/pp.7201/pp.7201.pdf 25/03/09.
- Braunstein, N. (1994). *Freudiano y Lacaniano*. Bs As: Editorial Manantial.
- Cancina, P. (2008). *La investigación es Psicoanálisis*. Rosario: Homo Sapiens.
- Mannoni, M. (1989). *De la pasión del ser a la 'locura' de saber*. Bs As: Paidós.
- Martínez, H. (2006). El "problema" de la investigación en Psicoanálisis. Congreso internacional de investigación y ciencias sociales. Tucumán. Disponible en www.geocities.com/congresoinvestigacion.htm 12/08/09
- Nasio, J. (2001). *Los más famosos casos de psicosis*. Bs As: Paidós.
- Rodriguez, D. (1997). El psicoanálisis y la investigación. En *Psicoanálisis de APdeBA. Vol XIX. Nro 1-2*, 265-285.
- Yafar, R. (2004). *Fobia en la enseñanza de Lacan*. Bs As: Letra Viva.

Agradecimientos:

Esta tesis es el resultado del encuentro afortunado de varios acontecimientos que lograron plasmarse en escritura. Por eso, creo que es necesario hacer lugar al reconocimiento que tiene cada uno de estos sucesos, sin los cuales no habría podido realizar este trabajo.

Quiero agradecer a mi director, el Profesor Alfredo Cosimi por haberme acompañado muy cercanamente en la elaboración y corrección minuciosa de esta tesis. A su escucha atenta, a sus cuestionamientos, los que le han otorgado mayor valor a lo producido y a lo que de ello redundará a futuro. Alfredo Cosimi tiene un lugar especial en la historia de mi formación ya que fue mi profesor durante el curso de grado -antes de iniciar mi labor como psicólogo- y ahora ha sostenido este paso en mi carrera académica. Agradezco la humildad y generosidad con la que se ha dispuesto al trabajo conmigo.

También quiero reconocer a otros analistas cuyo legado me ha permitido aprender a escuchar, a pensar y a entender la clínica psicoanalítica. En especial a Graciela Fernández, con quien compartí muchos años de formación; a Analía Cacciari y Horacio Martínez quienes me han sostenido también con su transmisión desde diferentes lugares. A los docentes de esta Maestría en Psicoanálisis y a su Director el Dr Héctor López por la oportunidad de regresar como alumno a esta casa de estudios renovando mis ganas de aprender y de crecer académicamente.

Un reconocimiento especial a los destinatarios de mis primeros borradores e ideas quienes me animaron a seguir adelante y perseverar en la escritura; me refiero a Mara Serra, Ángela Falvo, Cecilia Antón y Marisa Vitacca.

A mis alumnos de los Seminarios “Introducción a la clínica del duelo” y “Clínica y duelo en la infancia: la constitución del Sujeto y la falta”, por sus preguntas y observaciones que alimentan mi deseo de transmitir lo trabajado.

A todos los que me acercaron materiales y colaboraron en el acceso a la bibliografía: en especial a Fernanda Márquez; Rita Fidalgo; Pamela Barrio; Favio Di Sábato; Mara Serra; Liliana Acosta y al Centro de Documentación de la Facultad de Psicología de la UNMDP.

A mis colegas y compañeros de lucha del Sub Centro de Salud Jorge Newbery de la Municipalidad de General Pueyrredón, quienes sostienen mis fuerzas cotidianas en la práctica institucional e incentivan mi apuesta por la clínica psicoanalítica en el ámbito público.

A mis pequeños pacientes y a sus familias, a partir de los cuales surgieron las preguntas clínicas que constituyen el germen de este trabajo de investigación.

Quiero dejar el último párrafo para reconocer el apoyo de mi familia: a mi esposa Cristina y a mis hijos Rosario y Mateo porque han sabido entenderme, alentarme y acompañarme en la concreción de este momento tan importante de mi vida profesional.

A todos muchas gracias.

Mar del Plata; setiembre de 2012.

CAPÍTULO I
DUELO Y SUBJETIVIDAD



Los muertos son para mí
como una blanda almohada sobre la que me duermo.
Creo que todos esos muertos sostienen mi vida, como arquitrabes.
Y de ello extraigo una fuerza inaudita. (Salvador Dalí, 1975 p.15)

1. Preguntas en torno a *la versión* freudiana del duelo.

En este capítulo iniciaremos el recorrido por el cual nos interesa ubicar el trabajo *Duelo y melancolía* (1915) en el contexto de las preocupaciones teóricas freudianas y en particular la apertura que ello nos permite realizar al problema que justifica este trabajo.

Se trata de un texto polémico y paradigmático cuyo objetivo parece ser el de arrojar luz sobre la naturaleza de la melancolía por lo cual Freud parte de considerar lo normal (duelo) para luego arribar a lo patológico (melancolía). Este método no es frecuente en sus producciones ya que en general al trabajo que nos tiene acostumbrados es el inverso. Tanto Allouch (1998) como Smud & Bernasconi (2000), explicitan que si bien la intención argumentativa es la del esclarecimiento de la melancolía, es imposible resignar ese texto a la hora de comprender de qué se trata el duelo.

¿Cuáles han sido los motivos por los que este trabajo ha calado tan hondo dentro del movimiento psicoanalítico y además en el contexto social?

No deja de ser algo misterioso, ya que es frecuentemente citado por otros discursos y disciplinas. Suponemos que el contexto en el cual fue escrito tiene mucho que ver con la aceptación de la cual ha sido objeto. Freud fue testigo de la barbarie que tenía atrapada a Europa y desde su parte testimonia lo que iba sucediendo con la desaparición de miles de personas en la guerra, considerada como una de las más cruentas. Desde el lugar de quien se ha quedado en casa, sin embargo no titubea creyendo que no es el lugar más propicio para la productividad intelectual, pese a que la confusión y la inhibición invaden a aquellos que no han podido ser considerados combatientes. La miseria anímica que invade el viejo mundo transforma de modo sustancial la actitud del hombre frente a la muerte y ello no deja de desencadenar también modificaciones en torno al concepto del duelo. Desde este lugar Freud colaborará en la apertura de los procesos que incumben al duelo a través de un texto que tuvo fuertes efectos de repercusión en diferentes ámbitos de la cultura.

Desde esta perspectiva la experiencia que relata es la de la relación de cada doliente con su muerto. Allí no se destina un lugar ni para el público, ni para los parientes. Su versión es una versión íntima. El nudo central trata de

resolver las relaciones que se entablan entre el sujeto y el objeto libidinal, signado por la experiencia de la pérdida. (Allouch, 1998)

¿Dónde ubicar este texto dentro de la obra freudiana? Siguiendo a Juan Carlos Cosentino podríamos colocarlo en el segundo período (1905-1920), entre el *Fragmento de análisis de un caso de Histeria* (1905) y *Mas allá del principio del placer* (1920). *Introducción al narcisismo* (1914), *Las pulsiones y sus destinos* (1915), *La represión* (1915), *Lo inconciente* (1915) conforman una serie de trabajos destinados a mostrar el interés que perseguía por la temática de la libido y su accionar respecto del objeto, que para Freud se encuentra inevitablemente perdido. Se configura así, el campo de las representaciones que instituyen a la realidad como aquel lugar de búsqueda de la experiencia inicial de satisfacción que se intenta una y otra vez fallidamente encontrar. A esta altura nos es dable observar las contradicciones que se nos presentan ante la falta inicial freudiana y la insistencia en su versión del duelo de que el final supone una sustitución del objeto. Esta observación la dejaremos planteada por ahora así, e intentaremos ir desarrollando las respuestas posibles en el trascurso del avance de este capítulo.

Retomando la contextualización de la obra, este período también se caracteriza por la transmisión de las prescripciones de las cuales se vale el psicoanálisis en cuanto técnica; nos habla de la transferencia, del amor y de cómo se inicia un tratamiento. Pero también en este tiempo habla mucho de la guerra. En *Observaciones sobre el amor de transferencia* (1914) o en *Dinámica de la transferencia* (1912) utiliza a menudo metáforas para dar cuenta de las batallas entre el avance de lo reprimido y las resistencias. Freud estratega nos anticipa que lo reprimido requiere de la lucha y de la perseverancia, no dejándonos replegar ante su avance en el contexto de la cura.

En *De guerra y de muerte* (1915) Freud aborda la muerte a partir de la experiencia que la humanidad atravesaba con relación a los conflictos bélicos y nos advierte de la tendencia del hombre a dejarla de lado ya que en el inconciente hay una convicción de inmortalidad. Refiere que el “descalabro” se produce a raíz de vivirlo con alguien cercano a nosotros: un hijo, una esposa, ya que junto con ellos se sepultan tanto las esperanzas como la capacidad de disfrute y como consecuencia, nos volvemos abstinentes y temerosos. La actitud del hombre ante la muerte es comparada entonces a la del hombre

primitivo, y lo lleva a enlazarlo con la culpa de sangre, expresión del asesinato del padre primordial, cuya deuda nunca será expiada haciéndonos pecadores y marcados por la ley de la prohibición.

Como correlato, nuestro inconciente se comporta sin creer en la muerte propia, con ambivalencia ante las personas que queremos y que forman parte de nuestro yo (amor –odio) y capaz de expresar deseo de destrucción hacia lo extraño. La guerra pone a tiro todas estas representaciones inconcientes y se sustenta en ella.

El llamado giro de los años 20, ubica la formulación totalmente trascendente que para el psiquismo cobra la pulsión de muerte: la tendencia humana a la autodestrucción. Conjuntamente con su concepción de las neurosis de guerra hace que el psicoanálisis avance en forma considerable dentro del contexto social de su época, calificado ya como una práctica conocida por fuera de la intimidad de los consultorios.

¿Cuál es la concepción del duelo para Freud?

Es un estado normal que surge como respuesta frente a la pérdida del objeto amado y ante lo cual el psiquismo se encuentra en la encrucijada de intentar lentamente desasirse de la libido que lo rodea, tramo por tramo, con miras a un nuevo enlace libidinal. Entendemos así, que en este texto sus postulaciones apuntan a dar cuenta de que esto es posible, y a su vez la meta de todo trabajo de duelo.

Coincidimos con Smud y Bernasconi (2000) que el duelo freudiano se sustenta en tres pilares:

1. La prueba de realidad
2. El trabajo de duelo
3. El objeto sustitutivo.

Con referencia al primero de ellos podemos decir que el conflicto se suscita entre la aseveración de que el objeto no existe más y la falta de convencimiento de que esto pueda suceder. Este examen de la realidad que será una y otra vez puesto a prueba es un atributo del yo. Luego del fallecimiento de un ser querido es frecuente que los duelantes alucinen la presencia del difunto en diferentes lugares de la casa, a la vuelta de la esquina

o en los sitios que ellos frecuentaban. La realidad requiere ser puesta a prueba una y otra vez. La percepción de lo siniestro cobra estatuto en estas alucinaciones justamente porque lo familiar se vuelve extraño, allí donde no debía estar algo, de improviso aparece. En ese instante de vacilación es imprescindible que el examen de realidad haga su cometido: poder establecer una diferencia entre los vivos y los muertos. Freud habla de una entidad clínica que denomina Psicosis alucinatoria de deseo (PAD) justamente cuando la prueba de realidad falla y se produce esa situación de extrañamiento. Es por ello que el duelo nos pone en la encrucijada de ser testigos del resquebrajamiento de la realidad siendo una vía directa de acceso a lo real. Las formas en que ello pueda ser tramitado por cada estructura, darán acceso a diferentes modalidades de salida o no de este conflicto. En *Las neuropsicosis de defensa* (1894) Freud dice que ante una situación intolerable el yo tiende a defenderse de esa representación y otorga el conocido ejemplo:

[...] opino, sin embargo, que debe de ser un tipo de enfermedad psíquica a que se recurre con mucha frecuencia, [...] para los que vale análoga concepción, de la madre que enfermó a raíz de la pérdida de su hijo y ahora mece un leño en sus brazos (1894).

El segundo de los pilares es como dijimos el *trabajo de duelo*. Aludir al término trabajo, nos hace pensar en el esfuerzo humano aplicado a la producción de un bien. ¿Cuál es la razón de ser de este esfuerzo yoico? ¿En qué medida queda afectado el campo del narcisismo y del deseo en el duelo?

Fundamentalmente el denominado *trabajo del duelo* intenta que el sujeto pueda recuperar el estado previo en el cual se encontraba antes de la experiencia de la pérdida. Esta es una de las lecturas que realiza Allouch en su trabajo *Erótica del duelo en los tiempos de la muerte seca* (1998) y a la que denomina vivencia romántica del duelo, que fuera advertida también por Ariès en *El hombre ante la muerte* (1983); o sea que el sujeto saldría en apariencia con un saldo a favor, ya que ahora podría hacer suyas las marcas que en él han quedado del desaparecido y además ello le permitiría encontrar otro objeto amoroso con el cual sustituir esa falta.

Como dijimos, la tarea del trabajo de duelo es asumida por el yo de modo que se trata de una actividad que toca tanto el campo del narcisismo como el del deseo, y que por ello no nos es posible pensarla sin las consecuencias que conlleva para el yo y para el relanzamiento del Sujeto a su condición deseante. Angostamiento e inhibición son dos de las características con las que Freud describe al estado subjetivo, aludiendo a que la dolorosa experiencia circunscribe al sujeto a utilizar toda su operatoria libidinal en la posibilidad de desatar los múltiples enlaces a los cuales se encontraba amarrado. Por ello, no nos es infrecuente encontrarnos en nuestra clínica con sujetos devastados ante una pérdida y como consecuencia de ello sin posibilidades de elaboración de tal acontecimiento. Se trata de una circunstancia que conlleva a un estado de fragilidad psíquica, ya que esta la vivencia conmociona todo el andamiaje subjetivo. Si entendemos lo que Freud postula sobre el yo, acerca de su advenimiento a partir de la unidad corporal *engañoso*, la afectación que produce tal estado soporta la sensación de despedazamiento movilizándolo al retorno de la libido al yo como goce autoerótico, para preservar la unidad perdida, siendo ésta una modalidad defensiva para contrarrestar el cercenamiento de la ligadura con el objeto de amor y lo que con él se marchó. (Cruglak, 2003)

La novela de Juan José Saer *El limonero real* (1974) narra las circunstancias de la vida de una familia de pobladores de la provincia de Santa Fe en ocasión del festejo del fin de año. Todo transcurre en una jornada que culmina por la noche con la comida de un cordero asado. Wenceslao, el narrador, se ve conmovido ante dos ausencias muy importantes: la de su mujer, que aduce que no concurrirá al festejo por encontrarse de luto ante la muerte de su hijo, ocurrida seis años atrás y la del mismo hijo cuyos recuerdos emergen una y otra vez durante el relato:

Wenceslao se sienta y prepara el mate. Ella está hilvanando una franja negra de cinco centímetros de largo en el borde superior del bolsillo de una camisa.

-Pierden el color y manchan la camisa – dice.

-Creo que el agua se me ha hervido- dice Wenceslao sin mirarla, inclinándose hacia la boca del mate.

-No puedo andar cosiéndolas todo el día -dice ella.

Wenceslao le alcanza el mate.

Después –dice ella-. Tenés que tener mas cuidado con estas cintas.

Wenceslao empieza a tomar el mate que ella ha rechazado.

-Ya te he dicho que ha pasado el tiempo de luto. Ha pasado el tiempo de luto. Ya te he dicho que ha pasado –dice.

Ella sigue hilvanando la cinta negra en el borde superior del bolsillo de la camisa. (...)

-¿No vas a saludar a tu hermana el fin de año?- dice Wenceslao.

-No, hoy no- responde ella tranquila (...)

El año pasado tampoco fuiste –dice Wenceslao-. Va a creer que tenés algo con ella.

-Ella sabe – dice ella -. No tengo nada con ella.

-¿Te vas a quedar siempre aquí, sin salir a ninguna parte? –dice Wenceslao.

-Estoy de luto- dice ella.

-Ya te dije que ha pasado el tiempo de luto- dice Wenceslao.

-Para mi no- dice ella. (...)

-Hace seis años que murió. ¿Hasta cuándo te vas a quedar aquí encerrada?- dice después de un momento.

Ella no responde, vigilando el trabajo de sus manos. (...)

Justo tenía que venir a cumplir veinte años y tenía que venir a tocarle la conscripción y enviciarse con esa ciudad de porquería y quedarse en ella cuando terminó la conscripción. Y tenía que pasarle justo a él encontrar ese trabajo en la obra de construcción, y que hubiese puesto en el andamio ese balde de mezcla con el que tenía que tropezar y venirse abajo. (...) (Saer, 1973 p.p 20-23)

Este fragmento describe de manera muy cercana las vivencias por las cuales se ve atravesado el doliente. Tanto en esta cita como en toda la novela podemos observar las distancias que unen y a la vez separan a los padres del joven fallecido. Por un lado Wenceslao ha podido recuperar parte de su vida

cotidiana que implica sus jornadas laborales, las relaciones con los familiares, la posibilidad de festejar junto a ellos. Además cómo en particular la pérdida le permite recordar las experiencias que ha compartido con su hijo, lográndose identificar en algunos tramos del relato que ello le lleva a replantearse toda su historia, momentos de su propia infancia, los recuerdos de lo compartido con su hijo.

En contrapartida, la madre no ha podido salir de la remembranza constante de que su hijo no está y a diferencia de su esposo, su vida ha sufrido un cambio tan radical que no le permite recuperar los lazos con su realidad familiar; su vida queda ocupada por la evocación constante de que los signos del vacío que ha dejado la muerte no se pierdan. Las cintas negras en las ropas del marido (una costumbre perdida ya en nuestros días) tienen la finalidad de mostrar a los demás que la persona que la porta se encuentra de luto. La permanente hilvanadura da cuenta del refuerzo constante con la falta, que no termina de sujetarse, ante lo cual su marido le manifiesta no quedar atado a eso, situación que ella no está dispuesta a abandonar, evocando entonces el impedimento en el que se haya sumergida, en un duelo no resuelto y congelado.

Curiosamente el término *trabajo de duelo* según Allouch aparece dos veces referido en *Duelo y melancolía*, sin embargo ha sido uno de los conceptos de mayor repercusión a la hora de hablar de este estado dentro y fuera del ámbito del psicoanálisis. En una de esas apariciones Freud menciona que este trabajo en algún momento termina; y en la otra acepción refiere que se trata de un lento proceso de desasimiento libidinal que produce dolor, un gran gasto de energía y tiempo. Este último justifica que el yo se encuentre “inhibido y angostado” pero con miras a que una vez finalizada esa labor recupere su productividad. Este final no es un final triunfante, maníaco, sino más bien de recuperación de la posibilidad de relación con el mundo circundante, de ocuparse de otras cosas que actualicen su deseo.

Es decir que si en un determinado momento el trabajo pierde su razón de ser, ello nos lleva a pensar que el duelo tiene un final. ¿Cómo podremos ubicar el final del duelo, entonces?

La lectura histórica de la muerte que realiza Ariès (1983) nos insta a considerar como necesaria la presencia del espectador ante la pérdida, ya que

es él quien manda al doliente a realizar el trabajo. Tiene un lugar trascendente en la escena funeraria cobrando un sesgo prescriptivo que ordena el comienzo de esa labor; si bien Freud no lo expone de modo manifiesto, esta función puede ser desglosada si la pensamos desde la presencia de la prueba de realidad. Este espectador tiene un lugar muy importante porque otorga el estatuto de enlutado a quien a perdido a alguien, es quien le concede esa *identidad* y corrobora la ausencia del desaparecido. El deudo se encuentra tironeado entre el espectador que ordena el trabajo de duelo según la costumbre de cada época y el cuerpo del muerto que lo hace interrogar sobre su destino. Seguir vivo o salirse de la escena. (Allouch, 1998)

La *ganancia* del final del trabajo de duelo, según Freud, es el objeto sustitutivo. ¿Por qué, entonces, a sabiendas de ello el doliente no se lanza de lleno a esa labor, si sabe que al final podrá encontrar un bien más apreciable?

Podemos decir que este trabajo no puede realizarse sin que medie el sufrimiento. El extraordinario dolor que conlleva el desatar cada uno de los amarres al otro se hace primeramente por vía del recuerdo. El muerto que ya no está en la vida cotidiana, se muestra profundamente presente en las reminiscencias, en la vida psíquica. El final del duelo implica de este modo, que la aceptación de la pérdida debe tocar las dos dimensiones.

Esta segunda muerte Freud no la tiene en cuenta, y tal vez por ello habla de trabajo de duelo en términos de ganancia y no de pérdida. Es necesario que quien está de luto realice un nuevo acto que permita que aquel objeto que sabe que ya no está en la realidad no continúe en su psiquismo vía la presencia alucinada. (Allouch, 1998)

Otro de los tópicos que trabaja Freud es la afirmación de que el duelo trata de un afecto normal, y que sólo el tiempo es lo que permitiría su elaboración, indicando además, que sería contraproducente cualquier intervención que apelara a modificar lo que allí se va entretejiendo. Nos interrogamos porqué en algunas subjetividades el tiempo deja de cumplir tal efecto y no hay elaboración de la pérdida.

Es trascendente el lugar que la normalidad cobra en este texto, y para ello deberíamos tratar de comprender que es lo que Freud entiende como normal en el contexto de la guerra: la represión de las pulsiones hostiles y la sublimación en producciones artísticas, cultura mediante. (Freud, 1915)

Pero además lo normal cobra un carácter de prescripción a la cual debe adscribirse el analista al verse en la situación de tener que diagnosticar cuando un duelo es normal y cuando no lo es. También habla de que ciertas estructuras psicopatológicas, como la neurosis obsesiva que complicarían la posibilidad de resolución ya que por la misma ambivalencia que la caracteriza agravarían las condiciones de elaboración. Entonces vemos como estas concepciones nos acercan a la consideración del duelo y la norma como conceptos solidarios, situación muy difícil de asumir, ya que como afirmamos el contexto tiene que ver mucho en esa aseveración.

Retomando la metodología argumentativa de *Duelo y melancolía* (1915) Allouch considera que Freud se ha visto influenciado por el discurso psiquiátrico al realizar una comparación entre cuadros (duelo-melancolía) resaltando sus semejanzas. Por ello, refieren que la metodología allí utilizada no sería estrictamente analítica, sino más bien producto de la influencia médica. Postula que no hay una unidad clara en la pertinencia de usar la comparación ya que en algunos momentos se ven las diferencias, pero en otros pareciera que ellas se desvanecieran ocasionando la interpretación de que el duelo toma el lugar de la melancolía. Sin lugar a dudas esta metodología comparativa tiende a suscitar muchas interpretaciones de lo que allí se quiere decir.

Por una parte hay quienes afirman que Freud hablaría de un duelo melancólico, tal como lo lee León Grimberg en *Depresión y culpa* (1963) afirmando que su posición se sustenta en lo que postulaba Abraham quien fue el que le dio la pauta de compararlos.

Gerez Ambertín (2005 y 2010), Clara Cruglak (1995 y 2003), Eva Lerner (2003) y Pura Cancina (1992 y 2002) colocan en sitios diferentes a uno y otro estado, aunque afirman la existencia de duelos melancolizados. Recordemos que Allouch (1998) sostiene que la metodología proviene del discurso médico y que por ello este texto no es precisamente una versión analítica del duelo.

Este texto no deja de producirnos preguntas en razón del objetivo de este tramo de nuestra argumentación que tiene como destino bordear lo que del duelo patológico Freud nos ha podido significar. Creemos que en *Duelo y melancolía* (1915) sólo delinea la posibilidad de concebirlo como el efecto de lo que la obsesión comporta sobre el tratamiento de las pérdidas. En otros tramos

de su teorización ya nos había anunciado la existencia de duelos patológicos en el contexto de la neurosis de sus pacientes. Por ejemplo, en Elizabeth Von R, en el pintor Haizmann, en el Hombre de las Ratas y en el Hombre de los Lobos.

¿Es la neurosis lo que dificulta la aceptación de la pérdida o es la no tramitación de la pérdida la causa de la neurosis?

Si la acentuación está puesta en la normalidad del duelo ¿Cómo es entonces que habla de “tristeza patológica” aludiendo a la incapacidad de resolver las pérdidas?

La patología del duelo ¿estaría en relación con las condiciones de enfermedad previas del dueloante?

¿La psicosis alucinatoria de deseo es un estado transitorio o puede consistir en una modalidad renegatoria que de cuenta de la estructura defensiva coexistiendo con la represión, en ciertos casos?

¿La patología del duelo es a consecuencia de la detención del trabajo de desasimiento libidinal exclusivamente o puede ser producto de la identificación narcisista?

Estas son algunas de las preguntas como resultado de nuestro acercamiento a la producción freudiana, de las cuales *algunas* de ellas iremos desarrollando en el contexto de este trabajo de tesis.

2. La respuesta neurótica ante la finitud de la vida.

Freud nos refiere que dentro de la neurosis, la obsesión encuentra dificultades en afrontar la resolución del duelo.

La transitoriedad (1915) es un texto escrito por encargo de la Sociedad Goethe de Berlín y trata acerca de las reflexiones que realiza sobre la finitud de las cosas a partir de una conversación que mantiene en un paseo campestre con un poeta y su amigo, quienes en un arrebatado comienzan a sentirse invadidos de vacuidad y hastío no pudiendo disfrutar del paisaje que los rodeaba desencadenando un debate sobre la vida, la muerte y el deseo. Freud asume que la castración y la muerte no pueden ser aprehendidas por las vías de la intelectualización, demarcando el límite de la palabra, implicando una asunción particular en cada sujeto vía la tramitación de un duelo que de cuenta

de la falla en el origen. (Laso, 2003) La falta de disfrute del paisaje que los rodeaba, lo hace pensar que el poeta y su amigo ya estaban invadidos por un duelo, y que esa actitud prevenida de tristeza ante lo perecedero del mundo, debía de tener un correlato con una vivencia anterior de pérdida. Los sujetos se abstienen del disfrute y del deseo de los objetos para no volver a vivenciar lo que ya había acontecido anteriormente. El duelo se adelanta al goce y lo arruina, dejando al sujeto en una tristeza eternizada. La caducidad de las cosas que tarde o temprano terminarán en nada, es uno de los nombres de la castración freudiana, enfrentando al sujeto con una verdad de la cual no quiere saber nada: su propia desaparición.

Freud propone respuestas del sujeto ante la caducidad de las cosas y del yo:

1. La tristeza prevenida que da cuenta de un retiro de la libido al yo. Se trata de un estado de duelo por una pérdida anticipada que inhibe la posibilidad de disfrute ya que el deseo por el objeto relanza al recuerdo del dolor por lo perdido. La aceptación de la falta en el origen da cuenta de nuestra condición humana siendo la problemática central del padecimiento neurótico.
2. Revuelta contra la transitoriedad de las cosas por vías de la filosofía y la religión, mostrando que el deseo humano asume como valedero la eternización de los objetos.
3. No quedar entrampado debido la cesación de los objetos sino más bien que ello no debería ser obstáculo para el disfrute, ante lo cual deja por claro que cada sujeto es responsable de su deseo y por ello de la capacidad de goce de los objetos del mundo. (Laso, 2003)

¿Cuándo la respuesta del sujeto al deseo del Otro se torna obsesiva? Gerez Ambertín (1999) explica que ante la imposibilidad de soportar la falta que el deseo del Otro presentifica, recurre a la estrategia de ofrecerse como garantía imposible al Otro, celebra tapar la falta con la fortaleza de su yo erigiendo al Otro como amo que tiene el saber y garantiza sus actos, se esclavizará y trabajará para engrosar al infinito su enciclopedia de saberes. Intentará vanamente, responder con excelencia, con obediencia, lo que en

definitiva lo acorralará y lo desbordará, en un cavilar incesante producto de la mas despiadada participación del Superyo. Un amo de tal naturaleza no puede sino generar ambivalencia. Ante la acumulación creciente del odio, guarda como el más íntimo secreto, el ser testigo de su destrucción. Aunque construye ese amo, también espera su muerte. El goce sádico hacia él se trastocará en goce masoquista. En su afán de hacerse saber al Otro tendrá la avidez de estar en todos lados pero a la vez en ninguna. Esta faz superyoica lo confina a ser devorado subjetivamente por el refuerzo infinito de contar con el triunfo calculado, que lo hace postergar el acto una y otra vez en una partida que recomienza constantemente. Por eso, se trata de sitiar al Otro y asesinar al deseo, pero a la postre se ve envuelto en su propio juego que lo sume en la imposibilidad o en el desborde angustiada.

Quedar fuera de la ley del deseo como simple testigo o verificador, lo precipita en el riesgo de la impulsión superyoica. La multiplicación eterna de prescripciones para dejar de lado las tentaciones, hará de la conciencia moral del enfermo una tarea incesante, alojándolo en una culpabilidad inocente, ya que no pueden hacer conciente sus tentaciones.

Freud nos marca que el final del duelo se haya complicado, ya que desea y a la vez teme la muerte del Otro. Como célebre creyente de la muerte espera pacientemente, haciendo cuentas en qué momento el amo fallecerá para dar avance a su deseo. Se la pasa contabilizando cuanto tiempo le queda, o cuanto tiempo ha perdido. Esa sensibilidad especial por la pérdida complica la salida de ese debate incesante con la muerte, es necesario por ello, que en la situación de análisis ocurra lo impensable, debiendo confrontarlo con lo inesperado, para que el Otro despierte y se abra la posibilidad de que algo diferente se comience a plasmar.

3. El duelo por el padre.

Freud reflexiona entonces, sobre las consecuencias de la guerra, en particular sobre el duelo, partiendo de considerarse como testigo de ese momento histórico.

Ariès (1983) refiere que hacia 1915 se modifica la versión histórica de ese hecho ya que no son los padres los que mueren sino los hijos de la guerra, a este fenómeno lo denomina muerte invertida.

Consideramos con Allouch que Freud no ha tenido en cuenta esta modificación sustancial del sujeto del duelo, esta inversión del hijo por el padre. Su versión es una *père-versión* que nos remonta al planteo de la relación mítica del festín totémico. *Tótem y tabú* (1913) indica el comienzo de la humanidad y la cultura; en su centro gravita también la problemática del duelo por el padre.

Hemos trabajado la relación del neurótico con la muerte entendiéndola como un gusto por la finitud, un regocijo sufriente, que no permite disfrutar lo bello de la vida. Trajimos el ejemplo del obsesivo quien se sumerge en un goce mortificante para asesinar al deseo identificándose al lugar del muerto. Este deleite por lo mortífero lo lleva a la contabilización de las pérdidas, de lo que resta por ser vivido. Estrategia de postergación del acto para no tenérselas que ver con su falta y con la castración del Otro.

Ahora lo pensaremos desde la perspectiva de entender de qué manera se elabora el duelo por un padre.

Recordemos que la escena del festín totémico radica en la muerte del padre en manos de los hijos al cual devoran de a pedazos en un banquete ceremonial que luego trasunta en una conmemoración ora del hecho ora del mismo padre, diremos, duelo mediante. El padre es repartido entre la totalidad de los hermanos y es incorporado por partes, lo que suscita culpa producto de los sentimientos ambivalentes de la fratría y lamentación por haber sido partícipe del asesinato. La culpa, la lamentación y el remordimiento configuran el costado gozoso de la operatoria del duelo que evoca la presencia del superyo. La identificación por introyección está presente en la manera de pensar la muerte y su elaboración, es la manera por la cual los hijos se apoderan de las insignias paternas.

Como carecemos de una representación de la muerte propia, es que sucede que nos apercibimos de ella cuando un ser querido desaparece y con él una parte nuestra. Por ello en la escena mítica los hijos se anotician también de la muerte propia conforme a los pedazos del padre introyectados. Cada uno tendrá que ver qué hace con el pedazo que tiene y eso dará origen a la neurosis.

Entendemos así, que este mecanismo nos lleva a pensar que el padre se acrecienta mientras continua viviendo de a pedazos en los hijos. Pero también en la medida en que se introyecta, es un pedazo que se pierde; esta es la identificación al ideal. Lacan agregará que la identificación lo es además al objeto de deseo del Otro.

No estamos de duelo sino por alguien de quien podemos decirnos "Yo era su falta" (Lacan, 1963 p. 61) reza el conocido aforismo lacaniano, se trata entonces que con la muerte del Otro muere una parte propia que se encuentra en relación con el objeto de deseo del Otro. Ese "trozo de sí" como lo llama Allouch, es un objeto amboceptor planteado por Lacan en el *Seminario X La angustia* (1962-63) cuando contornea las modalidades del (a). La muerte así concebida da cuenta de dos identificaciones: al ideal y al objeto causa. En este pedazo de sí que debe ser cedido radica la operatoria de la segunda muerte, sostiene también Allouch.

4. La muerte del hijo.

Avanzaremos en esta idea de Ariès (1983) y de Allouch (1998) de que la muerte del hijo es una realidad introducida por la guerra y que significa de un modo particular al mundo actual. Este fenómeno de inversión de la muerte nos enfrenta con la percepción de lo no realizado, de las marcas que no se hicieron, de lo que podría haber ocurrido y no sucedió es decir, que se trata de un verdadero agujero en lo real.

El libro de Abel Posse *Cuando muere el hijo. Una crónica real* (2009) trata sobre la terrible y dolorosa experiencia del suicidio que luego de tres décadas de acontecido encuentra la posibilidad, desde el autor, de otorgarle un recubrimiento simbólico a partir de la publicación del libro. Es el relato del proceso del duelo que implica el encuentro con las preguntas paternas; y que a medida que avanza la narración nos adentra en el intento de enlazar su acervo simbólico con la falta del hijo que retorna inexorablemente.

Iván, un muchacho de 15 años, hijo de un diplomático que residía en París en los años 80 decide acabar con su vida dejando unos pocos indicios del porqué de tal determinación. La familia, ausente de la casa un día domingo del crudo invierno parisino, se encuentra al regresar con la sombría experiencia de

la muerte del hijo. Escribe un relato minucioso de esas primeras horas, de los rituales que acompañan el hondo dolor de la madre y la atónita incapacidad del padre de dar cuenta de lo inconmensurable que le representaba ese acontecimiento. Él mismo desconocía el porqué no podía llorar la pérdida de su hijo, ese desahogo necesario que permite el encuentro con la vivencia del dolor de la falta. Ese desahogo se desencadena cuando va en busca de las pertenencias del hijo en el club donde practicaba deportes. El padre inicia un rastreo por un universo desconocido, encontrándose con los amigos de Iván, reacomodando las pertenencias, en donde aparecen cartas y relatos de experiencias ignoradas para él como padre. La muerte le permite adentrarse en ese mundo ignoto de la rebeldía adolescente que lo embargaba, al tiempo que va descubriendo sus propias marcas presentes en el hijo reconstruyéndolas paso a paso. Las preguntas lo asedian para que sea posible reconciliarse con lo que él había realizado como padre pero también lo sumergen en el encuentro con el límite de lo no realizado.

Trascribiremos un fragmento:

La sociedad judeocristiana más bien no sabe ubicar a la muerte. Siempre cae como una horrorosa visita para la que nadie estuvo preparado. Es un estorbo como un tipo portador de mala fortuna, un jettatore, que se acerca para saludarnos en la calle.

En realidad uno va todavía acompañado de su hijo, aunque muerto y enterrado. Es como si la especie insistiera, y *el hijo sigue ocupando en su muerte casi más espacio que cuando vivo*. La desgracia tiene mas peso en la existencia que la felicidad, o la normal armonía, hay que reconocer este desequilibrio.

Es verdad que la muerte no te deja, no te libera. No te la hace fácil. Nos contagia su aura negra y la gente la percibe. Ve su muerte en la tuya. La muerte trae muerte. Recuerdo a Curzio Malaparte en Kaputt cuando cuenta que los soldados ucranianos amarraban a un soldado muerto cara a cara con un prisionero vivo. Al cabo de un par de días el vivo enloquecía o temblaba de terror. *No era la carne muerta o los posibles gusanos lo que lo*

enloquecían, sino el aura de la muerte, el misterio de la muerte que lo hacía perder la razón.

En los primeros encuentros con gente conocida del barrio (el librero, el carnicero, Silvia Baron o la señora de los gatos) uno trata de mostrarse desenvuelto como el padre que se resuelve a empezar a salir con el hijo disminuído, down. Es como si uno quisiese dejar en claro: *uno es uno y la muerte de su hijo. Uno es uno y su muerte. Uno y sus muertos. Y más aún: sin mi hijo muerto, no soy. Ya no soy.*

Pero lo sociedad judeocristiana es intolerante ante la muerte y la enfermedad. Pretende esquivar lo que mas teme. Juega a la escondida con su propia metafísica.

Hemos creado la sociedad de las cosas, del triunfo del poder. En suma: una subcultura que ya se desmorona sobre nuestras cabezas. Razón actuante, sin sabiduría. (Posse, 2009, p.p. 105-106). *La cursiva nos pertenece.*

Este segmento nos demuestra el vacío existencial que deja abierto un hecho de tal condición. La sabiduría popular dice que es un hecho antinatural, ya que los hijos deberían enterrar a los padres y no a la inversa. La falta retorna al sujeto redoblada, por una parte, como antesala de la propia finitud pero además, porque queda coartada la posibilidad de perpetuar la propia existencia. Freud decía muy claramente que los hijos representan una prolongación del narcisismo de los padres, un intento de sortear de ese modo, la caducidad de la vida: un anhelo de inmortalidad. Un padre puede adquirir ese estatuto en la medida en que el hijo lo reconoce en su lugar, esto es el de asumir su propia muerte simbólica a costa de haberle “servido”, donándole sus propias marcas para ganar la existencia como sujeto del deseo.

Esta pérdida nos enfrenta con un vacío de significante, porque no hay vocablo en nuestra lengua que nos permita nombrar este hecho. El significante “padre” queda desanudado al de “hijo muerto”. Un vacío sin nombre que habla de la dificultad para poder sostener esta nueva condición en el linaje.

El mismo Freud fue un padre enlutado cuando perdió a su “criatura primorosa”, Sophie y desde allí testimonia en sus cartas que esa experiencia

no tiene modo de ser sobrellevada sin la aceptación de que el duelo deja una marca incurable. Nunca logró reponerse de tamaña pérdida y algunos autores, entre ellos Mannoni (1991), dicen que enferma de cáncer luego del deceso de su hija.



(Premier Duel. William-Adolphe Bouguereau, 1888)

La posibilidad que encuentra el padre del relato, de resignificar la muerte del hijo a través de su obra literaria, da cuenta de una vertiente creadora que empuja a la vida, cuando es dable que las múltiples vueltas de las desamarraduras con el objeto de amor permitan encontrar una nueva manera de velarlo, esta vez sublimación mediante.

5. La melancolía y el duelo: la pérdida.

La identificación en la melancolía nos abre a la perspectiva de pensar, por un lado, los procesos en los que se ve envuelto el sujeto ante lo real de la

Hacia 1915 en *Duelo y melancolía*, la pérdida tendrá otro estatuto dado que comenzaría a prefigurarse una naturaleza peculiar del objeto perdido produciendo efectos fenoménicos parecidos a los del duelo, es decir disminución en *quantum* de todas las capacidades psíquicas e incluso evidencia un empobrecimiento del yo, de allí que infiere que en el melancólico la pérdida tiene que ver con el propio yo, marcando su diferencia con el duelo.

¿Qué cosa hace que el sujeto se desamarre del empuje a la vida, de la autoconservación?

La resignificación freudiana de esta pregunta le permitirá dar cuenta de lo que luego conceptualizará como pulsión de muerte en 1920. Será a partir de su observación de la importancia del autoreproche en la melancolía y de otros indicadores clínicos, que esboza este empuje obscuro a la destrucción.

El estudio del que fue objeto la melancolía por parte de Freud abrirá interrogantes sobre las relaciones entre el narcisismo y el ideal del yo, particularmente, en el papel que juega la “instancia crítica” en estas circunstancias.

En la 26ª Conferencia de introducción al Psicoanálisis: *La teoría de la libido y el narcisismo* (1917) refiere de qué se trata el mecanismo interno de esta afección. Sustenta la hipótesis de que el origen del autorreproche tiene que ver con el desengaño del objeto sexual que por acción de la identificación narcisista se proyecta en el propio yo. De modo tal que el trato que este recibe es como si fuera el objeto resignado. El problema que se le plantea a Freud es que la investidura de objeto es reemplazada por una identificación. Idea que será retomada en *El Yo y el Ello* (1924).

En *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921) expone la existencia de una parte inconsciente del yo –aparte del “yo coherente”- al que llama ideal del yo que en el caso de la melancolía sufriría una bipartición tajante en un ideal sensible que condena al yo por medio del delirio de insignificancia. Ejemplifica este proceso con las melancolías psicógenas que se producen tras la pérdida del objeto amado, en donde el objeto resignado se erige en el yo por identificación.

Retomando la pregunta de *El Yo y el Ello* (1924) sobre el estatuto de la identificación, agrega que forma parte de la constitución misma del yo, como formación del carácter. Expresa que es un proceso frecuente en las fases

tempranas del desarrollo que consiste en la sedimentación de investiduras de objeto resignadas en el yo.

En *Neurosis y psicosis* (1924) vuelve a plantear el tema de las enfermedades cuya base se encuentra en el conflicto entre el yo y el superyo, a las que denomina “psiconeurosis narcisistas”, paradigma que comprende a la melancolía. En *La descomposición de la personalidad psíquica* (1933) retoma esta idea del conflicto, considerándolo un enigma irresuelto.

La identificación es un operador conceptual al que Freud ha transformado muchas veces durante el desarrollo de su obra. Su preocupación inicial estaba relacionada con el dar cuenta sobre el origen de la cultura, la inscripción de un sujeto en el linaje, el desarrollo libidinal y las cualidades de este lazo. Así en *Duelo y melancolía* (1915) distingue las identificaciones que acompañan las cargas de objeto y aquellas que resultan de transformaciones regresivas de la investidura objetal; es decir, las identificaciones histéricas y las identificaciones narcisistas de la melancolía, respectivamente.

Freud puntúa tres aspectos a considerar en el proceso melancólico en *Duelo y melancolía* (1915): La fijación al narcisismo, la ambivalencia y la pérdida del objeto amado. La melancolía se conforma por una regresión al narcisismo originario vía la identificación, como una etapa previa a la elección de objeto que como tal, encierra una contradicción: “fuerte ligazón, [...] pero una escasa resistencia a la investidura de objeto”. (Freud, 1915 p. 247)

En *Introducción al narcisismo* (1914) expresa que el yo se toma como objeto para sí. Sabemos que para dar el paso desde el autoerotismo a la elección de objeto, hay un espacio intermedio que está conformado por la constitución del yo, ese nuevo acto psíquico. Lacan lo va a denominar identificación imaginaria, donde el yo se constituye sobre la base del objeto de amor que encarna el semejante. Para que el estadio del espejo se conforme, es necesaria la presencia de una instancia en lo simbólico que sostenga la unidad de la imagen, el Ideal del Yo. Como tal debe preexistir en lo simbólico esa condición de deseo para que el niño pueda entrar en relación con el falo imaginario. (Lacan, 1954)

¿Podríamos preguntarnos si en la melancolía la identificación imaginaria no puede producirse ya que la instancia simbólica no ha operado adecuadamente, por lo que la identificación con el Ideal del Yo se ha visto perturbada? ¿La

consistencia de la imagen como Yo ideal es sólo a expensas del Ideal del Yo por medio de la identificación con el Otro?

La identificación narcisista ocurre entre la identificación primaria y la identificación secundaria, a posteriori del complejo edípico; ésta última se caracteriza por ser la identificación a un rasgo y por la permanencia del objeto; de tal naturaleza es por ejemplo la identificación a los rasgos morales de los padres, es decir, el superyo o al ideal del yo. En ocasiones se torna un síntoma vía la identificación como rasgo, como la tos histérica de Dora. En cambio, la identificación narcisista es propia de la melancolía y nos apercibimos de ello *après coup*, ya que suponemos que ha habido una elección narcisista de objeto. Denotamos que el objeto elegido sostenía el mundo del sujeto de manera contundente y que una vez perdido desencadena el acontecer melancólico.

En el duelo, en cambio la identificación es a un rasgo del objeto, luego de efectuado el duelo, se incorpora a la subjetividad. La melancolía no admite identificaciones al rasgo sino que es de modo total y al objeto perdido.

Freud explica que una elección narcisista de objeto supone una regresión a la fase oral canibalística, es decir, incorporar y destruir, como una manera de inscripción oral primaria.

Desde Lacan (1962-63) podemos entender el mecanismo del duelo donde ha operado la pérdida real de un objeto amoroso, tanto por sus cualidades como también por ser obturador de la falta. El significante imaginario de la castración, el (-φ), cumple una función de veladura del falo que cuando se ve conmovida desencadena el afecto primordial: la angustia. Cuando falta la falta hay angustia. Estas características del objeto propician que en el duelo se empobrezca el mundo, porque algo que conformaba el ideal se ha marchado. El desencuentro con ese ideal es un proceso largo y penoso que buscará sustituir la falta del objeto con nuevos enlaces libidinales.

En cambio en la melancolía lo que se pierde no es el objeto sino la libido, con lo cual deriva en un yo empobrecido, reprochable, castigable. Se sabe a quién se ha perdido pero no el contenido de lo que se ha perdido. Es un robo a la conciencia, no hay un objeto ubicable como en el duelo; se trata de cuestiones estructurales: el sujeto a elegido un objeto que lo engaña en sus esperanzas en él depositadas y en vez de sustituirlo por otro se pierde algo del

yo, “la sombra del objeto cae sobre el yo”, con lo cual algo de la identificación queda conmovida.

Planteamos una diferencia en lo que expusimos sobre la concepción del duelo en Lacan. Desde este autor se nos ocurre pensar a la melancolía como *un agujero en lo real – al igual que en el duelo- y un congelamiento en la caída del (a)*. Estas condiciones estructurales vendrán a dar cabida al proceso melancólico cuando el sujeto, debido a las contingencias de la vida, encuentre la ocasión para plantearse algo de su subjetividad en relación a una pérdida.

La ley operante no cesa en su tiranía: la flagrante intromisión del superyo en su faz más exigente marca un destino oscuro y funesto. El fracaso, la culpa de las cuales el sujeto sufre y goza se traduce en las satisfacciones sádicas del superyo que están invitadas al convite. El único ideal es el destino ya marcado, por lo que el odio cae sobre si mismo como goce inapelable. La culpa en la melancolía toma el derrotero de la hiperculpabilidad que se trasunta en las formas delirantes de indignidad e inferioridad. Aquí la culpa es fundamentalmente conciente. (Gerez Ambertín, 1999)

La separación entre goce y deseo esta marcada por la ley, que posibilita que el sujeto identificado a ella pueda seguir apostando al deseo. Existe una faz superyoica alejada del bien moral y que se traduce en una búsqueda incesante de los desbordes, ese resto irreductible que no acepta los cánones de lo simbólico y que anidará al modo de culpa inconciente, con la consecuente necesidad de castigo, del modo mas feroz, como así también obstinado. Mecanismo que mediante culpas imaginarias intentan expiar aquella culpa primitiva: el melancólico y también el obsesivo se codean con esta modalidad de la ley insensata. La crueldad es la característica sobresaliente de este costado oscuro de la ley que será el correlato del narcisismo parental, por ello el síntoma melancólico es una modalidad de esta resistencia del superyo, que exige goce y no admite metáfora. Esto mismo evoca la relación del sujeto con su madre, como derivación de ese primer vínculo del cual posiblemente no existen modos de satisfacer ya que comporta un goce estragante donde no ha operado el padre real que cause su deseo como mujer. (Gerez Ambertín, 1999)



(San Jerónimo en su gabinete. Alberto Durero, 1514)

6. La pérdida de objeto y el acto en el duelo lacaniano.

La referencias que encontramos en la producción de Lacan sobre el duelo, se hallan en los seminarios N° VI *El deseo y su interpretación* (1958), N° VIII *La transferencia* (1960), N° X *La Angustia* (1962), N° XIV *La lógica del fantasma* (1966), y en la *Proposición del 9 de octubre* (1967).

La primera cuestión que desarrolla de Freud es la elaboración de la pérdida como trabajo del duelo, a la que Lacan atribuye el estatuto de acto, ligado a un reordenamiento significativo en el que quedan comprendidos el (a) (1962) y el falo (1958). (Cruglak, 1995) Esta reorganización simbólica involucra la tarea responder ante la pregunta que la muerte instala en el sujeto. Según Allouch, Freud hizo lo propio en el texto *De guerra y de muerte* (1915) en donde afronta una respuesta posible ante los efectos sociales que originaron la muerte y por lo tanto el duelo. Establece que los rituales son las escenas simbólicas que permiten la inscripción de una pérdida y opina que ante la inexistencia del duelo a nivel social adviene entonces el duelo psíquico.

En el *Seminario N° VI El deseo y su interpretación* (1958) Lacan va a hablar del duelo como una operatoria lógica necesaria que permite la subjetivación de la pérdida en relación al objeto.

Establece como segunda diferencia con Freud el hecho de que el duelo no consiste en sustituir el objeto perdido sino en poder cambiar la relación libidinal que lo unía a él. Por ello la clínica del duelo no solo la atribuimos a sobrellevar la pérdida del objeto amado sino además que ello nos adentra en la constitución del objeto como inevitablemente perdido, el objeto causa que remite a la pregunta por el deseo del Otro. (Cruglak, 1995)

En 1929 en la correspondencia que Freud mantenía con Binswanger aparecen las consecuencias de la muerte de su hija Sofía. Allí expresa que el duelo que conlleva una pérdida de ese orden es tal que, si bien se puede encontrar la convicción de que en algún momento finalizará, no así el consuelo de encontrar un sustituto. Para Lacan no existe el objeto sustituto porque el objeto de amor no es situado en el recuerdo, sino en la repetición significativa y por ende en la diferencia.

Según Lacan el amor es el intento de lograr una restitución narcisística. Se ama al objeto porque posee el rasgo que le falta al yo para llegar al ideal, es

decir es la tentativa del yo para alcanzar el ideal, ligado por ello al estadio del espejo, ya que el Otro amoroso es especular y hace las veces de soporte para colmar al yo. Es un puntal para el narcisismo. Esta matriz narcisística del yo es la misma matriz del amor, que posee además un fundamento simbólico como reza uno de los aforismos: es dar lo que no se tiene a alguien que no lo es, es decir remite a una faz de donación simbólica. (Lacan, 1962)

La presencia de la muerte conmociona la subjetividad en varios aspectos: en primer lugar remite a una insuficiencia significativa, ya que no se puede decir todo sobre ella, en tanto agujero en lo real y ante el hecho de la imposibilidad de su representación inconciente. El sujeto se encuentra frente a la incapacidad de recubrir la insatisfacción que produce la pérdida; las coordenadas simbólicas-imaginarias se desordenan ya que la falta que la muerte produce conmueve al sujeto y pone a tiro la castración. Como consecuencia se produce una vacilación fantasmática que lo enfrenta con la privación real de un objeto simbólico. (Cruglak, 1995)

No sería justo para Freud endilgarle lo que de él dice Allouch sobre el final del duelo, ya que implicaría una vuelta al momento anterior a la pérdida. Lacan representa de mejor manera la idea freudiana de sustitución (*Ersatz*), signándola como una diferencia. El duelo entendido así tiene una perspectiva creadora, es decir que instaura una nueva relación del sujeto con el objeto, deseo mediante. Es un salto a algo nuevo, por el camino de la subjetivación de la pérdida, obligando al sujeto a crear con nada.

Esto sólo puede leerse una vez que ese acto ha sucedido, es decir *après-coup*, lo que nos da debida cuenta de que ha finalizado.

El duelo es partícipe de lo inesperado, entendiéndolo como una experiencia que no hay posibilidad de anticipar, ya que está en relación con los lazos libidinales del sujeto y el objeto que constituyen su amarre al Otro. Esto es una incógnita, que solo se devela una vez transitado ese camino, que supone el revisar qué lugar ocupaba en el Otro. El duelo es un resultado. Haber sido la causa de deseo del Otro y ya no serlo más provoca un agujero en lo Real de la estructura, que coloca al sujeto en la perspectiva de la angustia, y en la eventualidad del pasaje al acto o la locura. El sujeto sin ser causa, queda a merced de la resquebrajadura del espejo ya que los vínculos que se habían creado con el objeto no le devuelven la completad de su imagen. La danza

significante intenta dar cuenta de un imposible: llenar el agujero. Por ello el duelo conmociona los andamios de la estructura subjetiva, e invita al sujeto a amarrarse nuevamente de lo que puede y con lo que puede. (Gerez Ambertín, 2005 y 2010)

Para ello tiene que poder advertir que es necesario donar al muerto una parte de sí, cederla, y ello es constatando la importancia que para el narcisismo cobraba el sostenimiento de la imagen del otro. Ella contiene un valor agalmático, y da cuenta del lazo erótico que lo unía al muerto. Se rasga el velo que lo recubría y por ello el sujeto queda irrepresentado. (Allouch, 1998)

Sexualidad y muerte van a la par en la erótica del duelo según lo plantea Allouch, configurando los límites del inconciente freudiano.

Podríamos pensar que en la clínica del duelo, el velar es de vital importancia para que se pueda recubrir lo que la pulsión escópica pone a tiro desde el lugar del muerto. La fuerza viva del espíritu de los fallecidos que habla Freud en *Tótem y Tabú* (1913), el miedo a ser perseguido por ellos, retorna desde la ruptura de la imagen y desde el ojo perseguidor. Por ello es causal la función del rito, y el “velar a nuestros muertos” para apaciguar esos miedos ancestrales que nos colocan en una relación paranoica, de retorno del mas allá.

Otra obra literaria, *La dama del alba* (1947) de Alejandro Casona, un clásico del teatro español, nos permite ejemplificar las diferentes circunstancias en la que los personajes han resuelto las muertes de sus seres queridos. La criada plantó siete árboles que recuerdan a sus siete hijos muertos en un derrumbe en la mina diciendo que esa es la manera que le permite continuar ligada a la vida, viéndolos crecer como si viera crecer a ellos. En cambio la madre no ha podido superar la pérdida de su hija Angélica, cuyo cuerpo nunca encontraron, y que los lugareños afirmaban haberla visto por última vez en la orilla del río haciéndoles pensar, por ello, que ha muerto ahogada. La ausencia del rito fúnebre no ha permitido la escenificación de la falta. La madre prohíbe a sus otros hijos la risa, la alegría, los juegos, no pudiendo recuperarse de la pérdida de su hija, a la que trata de mantener viva, en el recuerdo de todos los habitantes de la casa, incluyendo a su yerno Martín, quien la había desposado tres días antes de su desaparición.

La correspondencia entre duelo y sexualidad es vital a la hora de pensar el papel que cumple lo imaginario en ambas experiencias. Si por una parte el velo es el que posibilita el encuentro de los cuerpos, también tiene un gran valor erótico al “mostrar no todo” y ese es el juego de los amantes que insinúan y traslucen las veladuras en un continuo de caídas y recubrimientos en la escena amorosa que llama al deseo. En cambio, en el erotismo del duelo se trata de cubrir y contornear una silueta ya que no se la puede mirar de frente, sin sentirse compelido a proseguir el mismo destino. (Allouch, 1998)

Del cuerpo del muerto fluyen lazos libidinales que cobran una potencia mayor que desde aquel que se encuentra vivo. Manan deseos, mandatos, demandas que interpelan al sujeto en sus ideales, marcas que nos revelan su amarradura erótica, tanto a la mirada como a la carne.

7. Versiones sobre el duelo patológico.

Hemos considerado varios autores para realizar una comprensión de este estado patológico del duelo. Venimos planteando desde la perspectiva freudiana que se trata de un afecto normal y que el estudio sobre *Duelo y melancolía* (1915) nos ha esclarecido la vertiente obsesiva del duelo patológico ligada a la ambivalencia. Nos interesa dejar planteada *nuestra hipótesis de trabajo en donde afirmamos que duelo patológico y melancolía son entidades diferenciadas y que dentro de las complicaciones de la elaboración de un duelo existe un abanico de posibilidades según sea la perspectiva desde la cual se aborde este problema.*

Freud en *Notas sobre la pizarra mágica* (1925) elabora una estratificación de las inscripciones psíquicas que se sedimentan en el inconciente. Raimbault (2008) plantea que al momento de la pérdida de un ser querido, estas huellas concientes e inconcientes se movilizan y se reanuda un sentimiento de impotencia que es la emulación de la dependencia primaria del infante humano. La falta inicial del objeto vía la frustración por el par presencia – ausencia hace vivir en el niño el prototipo de la situación de pérdida; cuando disponga de la palabra y de la noción de tiempo tendrá a su favor la posibilidad de movilización de las investiduras libidinales. Estas se repartirán de modo diferente en el trabajo de duelo. Por ello, toda nueva situación de pérdida del objeto de amor

moviliza lo no simbolizado, que se vislumbra en el *Fort-Da* freudiano. (Raimbault, 2008) Utiliza como ejemplo la metáfora del cristal empleada por Freud cuando da cuenta de las relaciones entre el sujeto y objeto, manifestando que el duelo seguirá las facetas ya inscriptas en él. Esta autora menciona la posibilidad de salida sublimatoria del duelo cuando el sujeto cuenta con recursos para consumir esa capacidad creadora. Los antecedentes de esta postulación los podemos encontrar tanto en Winnicott como en Klein.

Pero por otra parte refiere que:

Si este tiempo de la muerte sigue como *coagulado* en una imagen inmutable, una palabra suspendida, una frase interrumpida, el niño [...] no puede vivir el duelo. Queda en un estado de estupor alrededor del cual va a tratar de reconstruirse, a su manera, con su sello personal. (Raimbault, 2008 p. 108)

Es decir, que para la elaboración del duelo es necesaria tanto la apelación a lo simbólico (la palabra y el rito como inscripción) como a la imagen.

Lo no simbolizado que se moviliza, remite a lo real lacaniano; abordado en el *Seminario N° VI El deseo y su interpretación* (1958) cuando sostiene que la privación es de capital importancia para entender lo que acontece en el duelo, la falta real que llama a lo simbólico. El falo es convocado a ceñir la hendidura en lo real pero en las circunstancias de la pérdida no puede articularse a nivel del Otro, porque justamente ese significante falta, relanzando al sujeto al desconocimiento de la referencia con el deseo del Otro. Es así muy frecuente que se generen fenómenos semejantes a las alucinaciones psicóticas, como un *Ghost* que retorna velado. (Gerez Ambertín, 2005)

Según Giarcovich (1990) cada duelo reedita esa operación simbólica donde el significante Nombre del Padre provoca un agujero en lo real. Es el tiempo de la demanda y la frustración que insistirá bordeando el contorno del objeto causa. Privación, Frustración y Castración son los tres tiempos de la identificación del significante de la falta en el Otro, que produce una división subjetiva y una pérdida de objeto que nos conduce al fantasma ($\$ \langle a \rangle$). Durante el trabajo que el duelo realiza, convoca a la movilización significativa donde el

objeto resto no termina de ser incorporado del todo al mundo simbólico. (Giarovich, 1990)

Gerez Ambertín (2003) cuando aborda las relaciones entre superyo y duelo a través del estudio del caso Hartzmann, refiere que la posesión demoníaca del pintor se corresponde con la existencia de un duelo impedido por el padre muerto y puntualiza que la “tristeza patológica” de la cual hace mención Freud en el Historial del hombre de las Ratas, que es la antesala a la conceptualización de la imposibilidad de resolución de un duelo, y las consecuencias que ello trae para la subjetividad, en este caso, la neurosis. Aquí la autora ubica el historial en la serie de los trabajos freudianos que han abordado este tema (*Tótem y tabú; De guerra y de muerte; Duelo y melancolía y La transitoriedad*) y que dan cuenta del parricidio, la añoranza, la obediencia, duelo patológico, ambivalencia, posesión diabólica, culpa, autocastigo y refiere que en la valoración de ese artículo se ha otomitado el papel que juega el duelo en su comprensión psicopatológica. Considera que se trata de una histeria melancolizada porque el pintor queda alojado como una víctima inocente y lo que hace obstáculo es el duelo no realizado del padre que se tramitaría vía la posesión diabólica.

Podemos proponer que el duelo impedido puede hacer referencia al *embarazo* en las coordenadas de la angustia, definido como el no saber qué hacer con uno mismo, porque es el encuentro con la barradura en su máxima expresión. El sujeto no sabe detrás de qué resguardarse al anoticiarse de la dimensión de la propia división y la del Otro (Smud y Bernasconi, 2000). A partir del *Seminario X La angustia* (1962) Lacan establece que ante el duelo el sujeto puede responder con: “pasaje al acto, *acting-out*, acto y síntoma - y sus múltiples y variadas combinaciones: inhibición; impedimento; turbación y embarazo -”. (Gerez Ambertín, 2010 p. 115)

Por otra parte, cuando trabaja el caso Aimée de Lacan retoma la hipótesis central al emparentar duelo con la forclusión del Nombre del Padre por cuanto la privación real de un objeto simbólico (duelo) tendría su contracara en la psicosis cuando un agujero en lo simbólico llama a lo real. Gerez Ambertín (2003) refiere que tal estado de ausencia del referente fálico es terreno fértil para la aparición de desencadenamientos psicóticos u otros intentos de resolución (*acting out*) ya que en tales circunstancias lo simbólico no alcanza

por estructura lo que la falta viene a dejar al descubierto. En tanto el significante se moviliza para dar sentido a lo que ocurre es que considera como esencial apelar al rito para *velar* lo que el (a) des-carna. Cuando ello no sucede, la falta no queda inscrita en la subjetividad y por ende no puede ser tramitada. La genealogía queda con espacios en blanco, sin inscripciones u oculta, y otros miembros de la familia vienen a ocupar el lugar de tapar esa falta. Tal es el caso de Aimée que ocupaba para la madre el lugar de la hermana muerta. Estas maneras de rechazo del saber no son sin consecuencias para las subjetividades: hay un muerto que clama por su conmemoración y este silenciamiento no permite el reencuentro con la causa que representaba.

En otro trabajo *El incurable luto del psicoanálisis* (2005) antepone varias críticas al desarrollo que realizara Allouch en *Erótica del duelo en los tiempos de la muerte seca* (1995) al considerarlo como desajustado de la versión freudiana del duelo. Para ello toma como referencia varias de las cartas de Freud fechadas entre 1917 y 1929, período de su vida en la que se le diagnostica cáncer y donde sufre además la muerte de un paciente y discípulo, conjuntamente con la de su hija Sophie y su nieto. La autora remarca que en estas correspondencias radican varias hipótesis sobre el duelo que no encontraron lugar en las publicaciones posteriores a *Duelo y melancolía* (1915). Por ejemplo, el reconocimiento freudiano que el objeto de amor no se puede sustituir y en caso de que así fuera ello se convierte en algo distinto, es decir conformando marcas en el fantasma, por ende en los síntomas y en el goce. Apunta a verificar esta afirmación a partir de la lectura de los historiales en donde corrobora que si bien el duelo tiene un final, no necesariamente tiene que ver con la sustitución del objeto, en su acepción romántica, tan criticada por Allouch, sino que el mismo Freud reconoce los achaques que las pérdidas le fueron asentando a su persona, que están descritas en las cartas mencionadas. Por ello, pone en duda el aspecto que trabaja Allouch respecto de la versión lacaniana del duelo como “pérdida a secas”, en contraposición a la idea de “trabajo de duelo”, porque según afirma, esto arrojaría al sujeto al pasaje al acto, ya que no daría cuenta de una real subjetivación de la falta.

Gerez Ambertín (2003) realiza una lectura más amplia de las posibles contingencias que el duelo le imprimen al sujeto al enfrentarlo con la privación,

que considero, van más allá de las que recalca Allouch cuando cita a Lacan afirmando que la finalización del duelo es vía el acto. Para ello reflexiona sobre las relaciones entre duelo y angustia vertidas en el *Seminario nro X La angustia* (1962) agregando a la identificación con el (a) del pasaje al acto, la necesidad del *acting out* para el montaje de la escena ritual, una escena necesaria para la simbolización del (a) y su imaginarización. El duelo como acto radica en la fecundidad que imprime la cercanía con la falta, que insta al sujeto a realizar una serie de episodios pendientes. Agrega además, que el síntoma puede llegar a ser otra salida al final del duelo, en donde el sujeto ha reconstituido su relación fantasmática con el mundo y ya estaría en condiciones de ubicar sus actos en las coordenadas del falo. Esta es la posibilidad de que (a) vuelva a cubrirse con $(-\phi)$ y con $i(a)$ vía los Nombres-del-Padre. La identificación al rasgo significante del muerto es el resultado de la subjetivación de la pérdida y con ella convivirá el sujeto lanzándose nuevamente al juego de la vida e inscripto en una genealogía. Por ello, esta última sería tal vez la salida más propiciatoria, que según la autora, abre una división de aguas entre un psicoanálisis de la aceptación de la pérdida a secas y el de la reparación del todo, porque justamente lo que caracteriza al duelo psicoanalítico es su incurabilidad absoluta.

Clara Cruglak (1995) trabaja en forma minuciosa las correspondencias entre el objeto mirada, el fantasma y su relación con la castración imaginaria, referido a los “vínculos por donde el deseo se haya suspendido” una aseveración de Lacan en la última clase del *Seminario X La angustia* (1962), que creemos importante a la hora de comprender la necesidad del sostenimiento de la escena del ritual mortuorio del deudo una vez desaparecida la imagen del objeto amoroso. Habíamos hablado de la trascendencia de la presencia del público en la elaboración del duelo lo que permite que la escena pueda trazarse en relación con las coordenadas imaginarias que recuperan así su amarradura.

Correlacionamos esta lectura con la de Leonor Pagano (2003) quien puntualiza que el desfallecimiento de lo imaginario no reduce el fantasma al vacío, sino que lo deja despedazado, imposibilitando la factibilidad de jugar su función de soporte de deseo. Esta vacilación producto de la privación en lo real, afecta al sujeto de deseo. Este cambio en el estado del fantasma conmueve la

imagen especular, ese engaño necesario de completud, que evoca la constitución del yo como la imagen virtual de una imagen real.

En la versión especular del sujeto, el $i(a)$ es producto de esa operatoria en que el falo queda sustraído, negativizado, se lee ($-\varphi$). Es lo investido en la imagen especular del otro, la parte de la libido que el sujeto se reserva para sí. (Pagano, 2003 p. 52)

Pagano establece respecto del planteo de Lacan a Freud, con relación a la dimensión de sustitución del objeto, que lo realiza por medio de la tragedia del deseo como deseo del Otro. La problemática del sujeto del duelo es la caída de los referentes fálicos, que lo coloca en la mudez frente a la pregunta por el deseo del Otro. El fantasma desciende, desde el piso del deseo al piso del narcisismo, quedando reabsorbido por la castración en el Otro.

De modo que el duelo consiste entonces, no en una sustitución del objeto sino en una modificación de las relaciones que lo unían a él, constituyéndolo como objeto de deseo. Se trata de disponer del lugar vacío que el sujeto taponaba imaginariamente para que advenga una vez aceptada la pérdida, el sujeto de deseo. Este tiempo de desamarradura es un tiempo de riesgo psíquico inevitable porque el (a) se presentifica como momento de mayor vacilación. La ausencia del ritual de duelo en Hamlet hace que el falo retorne no velado por estructura, cuyo efecto es la despersonalización, el enloquecimiento, ya que debe aparecer en menos, haciendo de toda verdad una duda.

Volviendo a Clara Cruglak (2003) diremos que el duelo puede conceptualizarse en dos movimientos y uno tercero que los articula:

1. Se pierde un objeto y se produce un agujero en lo real.
2. Se retira la libido del objeto que vuelve al yo (la falta vuelve al sujeto). El sujeto deberá reconocer en qué representaba la falta del Otro.
3. Necesidad del otro para que refleje el trazo de la imagen $i(a)$.

La vacuidad que ofrece el agujero en lo real llama al sujeto a la identificación con el vacío, porque ese objeto sostenía la imagen narcisista, por ello la autora recalca la necesidad de la presencia del semejante que habilite la posibilidad de recrear coordenadas imaginarias, y que permita sostener al sujeto en ese momento de caída en la realidad que sanciona que el objeto no existe más. Procura identificar así la función del $(-\phi)$ como aquel elemento que permite el sostenimiento del $i(a)$ en el tiempo donde la libido se va retirando del objeto. El yo se encuentra inhibido ya que se haya absorbido en la tarea de retirar los lazos eróticos con el objeto y deberá capitalizar la libido necesaria que le permita disponer de una reserva. Esta suspensión del yo, es un estado de vulnerabilidad psíquica que acompaña el tiempo durante el cual se produce la subjetivación de la falta y su fantasmaticación. Todas las variaciones y detenciones en este movimiento suscitan lo que llamaremos duelo patológico que radica en la imposibilidad del sujeto de realizar esta operatoria.

La autora nos conduce a comprender el origen de la imagen narcisista atribuyéndolo a un entramado entre objeto causa de deseo y su falta en el Otro. El encuentro del infante con el júbilo de su imagen prematurizada es posible por el reflejo que sostiene la madre y que permite su autenticación. Esto es así si el Otro dona el objeto como falta; el otro semejante en función del Otro primordial se muestra carente e insuficiente, pero fundamentalmente movido por su deseo. Hay una pérdida estructural en el origen que nos habita a todos y tiene que ver con la imposibilidad del semejante de ver la ilusión óptica que en el campo de la neurosis se comporta como objeto, pero que es radicalmente una imagen virtual de una imagen real. Tanto el observador que no ve el engaño, como la función del Otro sostenida en el espejo plano, dan cuenta de la Otredad que nos anida. Esta es una condición necesaria para que el engaño sea autenticado como $i'(a)$. “Para que tengamos imagen virtual de esa imagen real, para que podamos tener imagen especular, es necesario que esta mirada objeto (a) en el campo de lo visual esté en juego” (Cruglak, 2003 p. 109)

¿Qué acontece con $(-\phi)$ cuando cae la escena imaginaria?

El $(-\phi)$ va a sostener el vínculo con $i(a)$: es una función que indica que el Otro hace circular ese falo (Objeto de la satisfacción, palabra) y junto con ello la falta. Este goce autoerótico consiste en la retracción libidinal que el yo requiere

para la elaboración del duelo y se traduce en la búsqueda de sensaciones de placer que le devuelvan el sentimiento de estar con vida.

Los objetos tienen un valor fálico para el yo y cuando adviene la desaparición de esos objetos cae la investidura que el yo depositaba en ellos. Al carecer el psiquismo de la representación de la propia muerte ella nos viene anunciada por el desvanecimiento del otro como imagen.

El rastreo conceptual que plantea esta postulación es que el duelo conmueve el narcisismo primario, como primer objeto metonímico borrador de la Cosa que se trata de una unidad velada carente de representación ya que no hay objeto que de cuenta de la vivencia de satisfacción. A ese lugar sólo le corresponde La Nada como modalidad de (a) causa de deseo.

Que el sujeto tenga el falo a su cuenta favorece la posibilidad de hacer uso de esa reserva libidinal necesaria para poder operar la fantasmaticización de la falta. La Cosa operaría en el pasaje del primer al segundo tiempo enunciado más arriba (del retiro de la libido al relanzamiento a la metonimia del deseo).

Cruglak puntualiza a Lacan cuando aborda la falta para decir que éste sostiene que la pérdida es de la Cosa en el objeto, eso le permite a la autora sostener que el duelo reactiva la incompletud en el origen.

Mientras se realiza el trabajo que implica la desatadura libidinal, se pierde con ello el contorno de falo que poseía el objeto por ser un objeto amado; en su resultado queda la vacuidad que es la Cosa en el objeto. El camino se hace desandando las huellas de las marcas, que por estructura remite a un estado mítico: a un anhelo por el reencuentro con el origen de la vivencia de satisfacción. En tanto real, la Cosa, no será asequible por medio del significante, permanecerá por ello aislada y velada. El brillo agalmático del falo es la representación imaginaria de que en el centro de lo Real está el vacío de la Cosa.

Consideramos como valiosos los aportes de esta autora que nos permite entender los tiempos libidinales en juego y sus detenciones, para arribar así a las modalidades patológicas del duelo, indicadas por la falla de la operatoria de la castración imaginaria que no permite la fantasmaticización de la falta.

Nos es de utilidad para el desarrollo de nuestro trabajo, apoyarnos en lo que la autora conceptualiza respecto de la vacilación de lo imaginario en el duelo, ya que nos interesa indagar sobre las consecuencias que esta caída genera en

la madre y en el advenimiento de la imagen en el niño. Nos apercebimos de la posibilidad de que la falta no circule de la madre al niño cuando se transita un duelo patológico, debido a que la castración imaginaria se encuentre con fallas. En los tiempos donde la libido vuelve al yo ¿qué sucede con la libidinización del objeto niño?

8. Algunas conclusiones parciales.

Hemos encontrado varios significantes que remiten a la idea de duelo patológico: “tristeza patológica”, “duelo congelado”, “duelo impedido”, “cristalización del duelo”, “duelo elidido”, “duelo rechazado” que nos remiten a diferentes detenciones en el proceso de subjetivación.

Del rastreo de las implicancias respecto del sujeto y la pérdida podemos arribar al siguiente punteo que nos permiten aproximarnos a algunos de los vértices del duelo patológico:

- Ambivalencia ante la pérdida de objeto en el duelo obsesivo lo que no permite reconocer la hostilidad en juego en todo trabajo de duelo. (Freud)
- Fenómenos renegatorios como intentos de retener al muerto, propios de la psicosis alucinatoria de deseo. (Freud)
- Eterno proceso de borde en torno del objeto cuyo obstáculo estaría en encontrar su punto de despegue, entendiendo que la dificultad podría radicar en el tiempo de desasimiento libidinal (segunda muerte) porque la energía queda ligada preponderantemente a mantener “vivo” el recuerdo del muerto. (Cruglak)
- Imposibilidad de desandar las marcas concientes e inconcientes hacia la falta inicial debido a la movilización de lo no simbolizado. (Raimbault)
- Dificultades en la separación de (a) e identificación con el agujero que finalizaría en un pasaje al acto. (Gerez Ambertín)
- Conmoción ante el cambio de estado del fantasma que no permite tolerar el tiempo necesario de desamarradura del Otro. (Pagano)
- Problemas en el sostén imaginario i(a) por insuficiencia de $(- \varphi)$ que no posibilita “velar” el (a). (Cruglak)

- Falla en la apelación al significante Nombre del Padre que permita el relanzamiento a la metonimia y al orden fálico de los objetos. (Gerez Ambertín)
- Retorno forcluído de lo real por la ineficacia de la apelación a lo simbólico ante la acción de la privación. (Gerez Ambertín)
- Elisión de la memoria del muerto por ausencia del rito y su inscripción simbólica. (Allouch)

9. La muerte a partir del siglo XX.



(Muerte en la habitación de la enferma. Edvar Munch, 1893)

El célebre trabajo de Ariès *El hombre ante la muerte* (1983) aborda en forma sistemática y detallada las relaciones que la humanidad ha tenido y tiene con la experiencia de la muerte. Mediante un abordaje histórico va describiendo las vicisitudes y diferentes perspectivas con las que se van relacionando tanto el individuo como lo social con este hecho.

Es así que afirma que en la antigüedad se consideraba que el grupo social todo, había sido alcanzado por la muerte y por ello reaccionaba colectivamente dando comienzo por la familia y siguiendo luego el círculo social más amplio. Al tratarse de un acontecimiento público no era solo el individuo el que había sido alcanzado sino que, por lo tanto, la sociedad toda necesitaba cicatrizar esa herida.

Manifiesta que durante el siglo XX se ha dado lugar a una nueva concepción sobre este fenómeno a partir de la primera guerra mundial, particularmente en las zonas más industrializadas, más urbanizadas y por ello más avanzadas técnicamente, que es traducida por la oposición a lo que se denomina “era de la domesticación de la muerte”, característica de la antigüedad signada por una idea de continuidad entre la vida y la muerte, para pasar al contrastante concepto de la expulsión más acabada de esta última de los sectores de la vida cotidiana.

La desaparición de un individuo ya no afecta la continuidad de lo social, porque la brutalidad y la rapidez del cambio han vuelto inconveniente al duelo, arrojándolo al silencio de la clandestinidad.

El discurso científico colabora en echar por tierra la idea de que la muerte es un absoluto y que por lo tanto su acaecimiento se debe a ciertas contingencias que en la medida de lo posible puede ser evitada. En el caso que nos toque morir lo deseado sería que ello suceda sin darnos cuenta, dormidos o en forma repentina, alcanzados por un grado de inconciencia ante ese hecho. En contraste a esta fantasía contemporánea podemos encontrar lo que ocurría en la Edad Media donde lo esperable era que ante ese suceso el sujeto se hallara en perfecta lucidez, en su propia casa y rodeados de sus familiares.

Por su parte, refiere Ariès que el gran acontecimiento en la historia contemporánea de la muerte, consiste en el rechazo y la supresión del duelo, produciendo una actitud transformadora ante la muerte y por lo tanto sobre la función social del mismo. Esta experiencia actual tiene que ver con la ausencia

de la manifestación del dolor que puede subsistir secretamente en el corazón del sobreviviente pero que se encuentra sellado por una regla que alude a que tales circunstancias no deben manifestarse en público. Afirma que el alejamiento del duelo es producto de una coacción de la sociedad que se niega a participar de la emoción del enlutado, transformándose en una manera de rechazar la presencia de la muerte aunque en principio se admita su realidad. Hacia mediados del siglo pasado el duelo se transforma en una enfermedad que tiene su correlato con la desaparición paulatina de los ritos funerarios.

a. La “muerte seca” y la desaparición del rito.

El antropólogo Lewis Thomas (1982) define a los ritos como los comportamientos variados que reflejan los afectos mas profundos y supuestamente guían al difunto en su destino *post mortem*, teniendo como objetivo fundamental superar la angustia de muerte de los sobrevivientes. Plantea este autor que los rituales tienen una doble finalidad una manifiesta y otra latente. En el plano manifiesto se realiza el rito con el fin de aportar simbólicamente al muerto un lugar y una función en cuanto a su destino futuro, y en el plano latente ofrecería un sostén para el individuo y la comunidad que sobrevive. Los rituales pueden dar cuenta de hechos que oscilan en dos direcciones: los que tienen que ver con el difunto y aquellos orientados a la posibilidad de elaboración del duelo por parte de la comunidad.

Los ritos y los rituales son prácticas culturales humanas cuyas variaciones en forma y contenido pueden ser observados de una comunidad a otra sostenidas en algunos casos en relación a un mito, pretendiendo dar valor y sentido a un hecho y estableciendo contrastes entre el antes y el después del pasaje por dicho ritual, es decir que el rito instituye una diferencia.

Esta mutación en lo que respecta a la afectación de lo social en la experiencia de la muerte va de la mano con lo que Allouch (1998) denomina “muerte seca” haciendo alusión a la pérdida paulatina de espacios simbólicos que permitan la inscripción individual y social de una pérdida. Consideramos que esto no puede imaginarse como un detalle sin importancia si pensamos que desde épocas remotas las distintas civilizaciones han construido diferentes ceremoniales para acompañar esta marcación simbólica.

b. Los ritos funerarios en la antigüedad.

En Grecia los ritos señalaban el carácter de conservación de la dignidad ante la muerte pudiendo ser rastreados en *La Ilíada* donde Homero daba cuenta de la ignominia que significaba no contar tanto con el ceremonial funerario como con la sepultura que otorgaba así la valoración del difunto, alejándolo de ser objeto de las aves de rapiña o de los perros, hecho que era considerado altamente deshonoroso. Tanto la muerte de Héctor como de Patroclo son puntos centrales en la epopeya que no se pueden concebir sin la presencia del rito.

Los romanos también contaban con sus propias fiestas fúnebres llamadas lemurias a través de las cuales se rendía su debido culto a los fallecidos cuyo objetivo central era el de aplacar los fantasmas de los muertos que de otra manera vendrían a atormentar a los que han quedado vivos. En *La Eneida* el barquero solo daba paso a aquellas almas que habían recibido sepultura, mientras que las que no habían sido sepultadas rondarían por cien años en las márgenes del río sin poder atravesarlo. Aquí se pone de manifiesto una de las particularidades conferidas a los ritos que es el hecho de considerarlos como un pasaje de un lugar a otro.

Tanto Freud como Lacan se han ocupado de trabajar este tema otorgándoles efecto y valor a los ritos, es decir que por su mediación se introduce una falta simbólica en donde lo real de la muerte viene a tener lugar. El rito inscribe, registra la muerte, satisfaciendo la memoria del muerto que de esta manera pasa a tener un lugar. (Freud, 1913 y Lacan, 1959)

En el *Seminario VI El deseo y su interpretación* (1958) aborda este tema dando cuenta de las consecuencias nefastas en las que se vio envuelto Hamlet ante la imposibilidad de contar con el debido tiempo para poder realizar los banquetes funerarios frente la muerte de su padre. Allí plantea que la finalidad del rito es la de satisfacer la memoria del muerto y refiere que:

el trabajo del duelo se presenta primero como una satisfacción dada al desorden que se produce en virtud de la insuficiencia de todos los elementos significantes para hacer frente al agujero

creado en la existencia por la utilización de todo el sistema significativo en torno al menor duelo. (Lacan, 1959 Clase N° 18)

Ante la postergación de esta ceremonia Hamlet “enloquece” ya que en lugar del funeral de su padre se celebra el casamiento de su madre con su tío. Este acto postergado solo puede realizarse una vez que se ha acercado al duelo por la muerte de Ofelia, antesala a su vez de su propia muerte.

c. El nuevo escenario.

El desaparecido cortejo fúnebre ha sido reemplazado por una caravana automovilística que no se distingue en el tránsito de nuestras atiborradas urbes actuales. Ahora los cementerios son hermosas campiñas y los puñados de tierra que indicaban la despedida de los deudos sobre el cajón son reemplazados por una decorosa alfombra que oculta la fosa, mientras una maquinaria hace descender sigilosamente el féretro. Lo que antes era público ahora es vivido en la más silenciosa intimidad. Las salas velatorias cierran sus puertas avanzada la noche para no extender el agotamiento que supone las prolongadas horas de vigilia o para protegerse de “los vivos” que pueden aprovecharse de la situación y perpetrar algún asalto.

En ciertos casos la última voluntad del difunto es la de suprimir el “velorio” reemplazándolo por la cremación del cuerpo cuyas cenizas podrán ser conservadas por los deudos o distribuidas en los mas inverosímiles lugares. La transmudación en una ceremonia privada de la muerte hace que las casas de luto, sean reemplazadas por los hospitales o geriátricos; la prolongación de la vida nos encuentra en el lecho rodeado de tubos y aparatos en la mayor asepsia, sin gritos ni llantos escandalosos.

A estas nuevas modalidades de la cultura de la muerte las acompañan las secuelas que el capitalismo en tanto discurso, produce a las subjetividades de la época. Lo que importa es contabilizar las ganancias, no sufrir por lo perdido. Pues bien, la gran promesa de la globalización es que nada hará falta; según ella, cada sujeto podrá acceder a un objeto de satisfacción, bajo esta concepción no hay lugar posible para la falta, el destino del hombre es tapar la falta con diferentes objetos de consumo.

El proyecto de la Razón Ilustrada hoy se encuentra en crisis, la idea de progreso de la historia con un sentido, las metas a alcanzar: la autodeterminación del hombre; en suma somos testigos de la caída de los grandes relatos. Su consecuencia es el capitalismo salvaje, neoliberal, globalizado. Ya no cuenta Dios ni los ideales del pujan industrial de la modernidad: el capitalismo financiero busca una sola cosa que es la del aumento de la riqueza como sea que fuera y a cualquier costo.

Freud en el *Malestar...* (1930) afirma que la cultura se articula vía la ética del superyo, cediendo al deseo y renunciando al objeto de la satisfacción, pero ello trae como consecuencia el refuerzo de sus exigencias que impele a la apropiación del goce suplementario. (López, 2008) El discurso capitalista pone a tiro el circuito del superyo, es decir a gozar consumiendo. Según afirma Laurent (1997) lo que lo hace perverso al superyo es el movimiento perpetuo que lo anima y lo instala en el corazón mismo de la cultura.

Tiempo del exceso, del impacto de la presencia que deja por fuera la experiencia de la ausencia (exceso de presencia + falta de ausencia = exceso de goce, es decir trauma). El resultado de esta fórmula nos lleva a la idea de agujero, de algo que se ha detenido, transformando la experiencia de la soledad en un empuje a la impotencia. (Goldberg, 2003)

La operación del duelo supone un efecto del orden del desprendimiento que nos enfrenta con el sacrificio, transitando por el paso de la soledad, en una experiencia personal de encuentro con la falta y con la ausencia.

d. El desastre Cromañón y obstáculos para el duelo en la actualidad.

Nos interesa realizar una lectura de un hecho reciente en la historia argentina que nos permita vislumbrar los obstáculos a los que estamos haciendo mención.

En el año 2005 Alejandro Kaufman publica el artículo *Lógica del linchamiento* en donde alude a “deficiencias en las condiciones apropiadas para el duelo de los familiares” signadas a partir de la manipulación, por parte de la prensa sensacionalista y de ciertos sectores sociales, de la que fueron objeto los familiares de las personas fallecidas en aquella ocasión. Expresa que la reflexión sobre el trágico suceso puede estar afectada a partir de la relación

directa del doliente con el problema y considera que la verdad sobre el desafortunado suceso solo puede propiciarse en tanto testigo no animado por la ira o la búsqueda de venganza.

En otro de sus artículos *Cromañón, culpa y peligro* también aparecido en Página/12 (2005) refiere que se debería tomar distancia “del pánico y de la pulsión culpabilizadora” para favorecer el sostenimiento de la trama social y alude a que estas condiciones son necesarias para la prosecución del duelo “esa dimensión de lo humano ofendida y lesionada por el horror de la última dictadura”.

¿Cuáles son las circunstancias que no permiten esa elaboración del duelo?

¿Qué consecuencias acarrea este congelamiento del trabajo de duelo para las subjetividades, para su descendencia, en suma para el tejido social todo?

Como mencionamos más arriba las consecuencias del terrorismo de estado en nuestro país, son una herida difícilmente cicatrizable y cuyos efectos devastadores han dejado sus secuelas afectando nuestra urdimbre social y nuestro capital emocional.

Creemos que el mundo contemporáneo da cuenta de estos tipos de pérdidas que imponen al psicoanálisis realizar nuevas preguntas sobre la teoría del duelo. Es así que se ha llegado al conocimiento de que las muertes violentas traen aparejados efectos diferentes para los dolientes que los que puede llegar a producir la muerte natural: la muerte anunciada tiene efectos diferentes para la posterior elaboración que la que se ha producido en modo traumático.

Es así que lo concerniente a la desaparición forzada de personas, da testimonio de una práctica cuyo objetivo es la exclusión radical del opositor o del extraño, tratándose de una acción característica de la época moderna donde hay un intento de normatización de los individuos y las sociedades realizado por medio de la exclusión del otro diferente, es decir de aquel que se opone a los ideales dominantes. Si bien podemos afirmar que la exclusión del opositor es una experiencia que atraviesa todas las épocas, es en la modernidad donde el avance científico y tecnológico lo han facilitado enormemente.

Esto mismo abre la posibilidad de cuestionar el interior del trabajo de duelo ya que trastoca la lógica interna planteada en ese fenómeno, relacionada con la ausencia de la prueba de realidad que testifique la desaparición real de un sujeto.

Algunos autores que han trabajado extensamente la temática del duelo en el caso particular de los desaparecidos en la dictadura argentina, afirman que la prueba de realidad puede faltar, es decir la aparición del cadáver, pero no así el trabajo que realice el aparato anímico que permita el cambio del estatuto de “objeto desaparecido” a objeto realmente perdido. Ello lleva a la controversia si un trabajo de duelo puede realizarse en ausencia del ritual, lo que estaría realmente afectado en este caso, ya que la imposibilidad de nombrar como muertos a los desaparecidos, impide la subjetivación de la pérdida y del lazo amoroso que con ese objeto estaba tejido. (Díaz Facio Lince, 2008)

Las modalidades que ha desarrollado el psicoanálisis para el tratamiento de lo real (en el sentido lacaniano entendido como lo imposible, en nuestro caso hace referencia a la muerte como límite) son:

Tratamiento de lo real por lo real, cuyas consecuencias son la venganza y la destrucción, formas de resolución que intentan resolver el horror por métodos violentos; el segundo modo es tratar lo real por lo imaginario e integran los mecanismos que se sirven de la imagen, de la sugestión y de la identificación pero que en definitiva no producen un cambio frente a lo ominoso, ofreciéndose como “veladura” y por último el tratamiento de lo real por medio de lo simbólico que permite salidas a través de la apelación al ritual, la justicia y al acto como modalidades de ingresar, elaborar y concluir un duelo de tales características. (Lerner, 2003 y Elmiger, 2006)

¿Podremos realizar un paralelismo entre estas modalidades de tratamiento de lo real con el desastre Cromañón?

Sin duda, ni la violencia que genera la venganza, ni el engaño de la sugestión son vías satisfactorias para afrontar la pérdida y lograr subjetivarla. Como afirma Allouch (1998) “la muerte llama a la muerte” cuando no hay mediación de un duelo, el que sólo logra tal estatuto cuando la falta logra escriturarse en lo simbólico.

No obstante creemos que es posible salir de un dolor suspendido ante el peso de la pérdida, para hacer lugar al planteamiento del duelo como acto

creador, mas allá del ritual y la justicia, que es su dimensión particular, yo diría íntima. (Elmiger, 2006) Eso implica la posibilidad de decidir en última instancia por el dolor o por el duelo, como modo de asentimiento subjetivo que permita un reconocimiento de la castración que la pérdida nos devala.

En el caso del desastre Cromañón ¿existieron las condiciones necesarias (políticas, jurídicas, sociales) para que cada sujeto pudiera realizar esta opción por el dolor cristalizado o por la elaboración de la pérdida? ¿Cuáles fueron los discursos que afectaron este acontecimiento irruptivo?

e. La performatividad en la catástrofe.

Esta dimensión discursiva de la performatividad, entiende que la figura de la víctima ocupa un lugar densamente cargado de significación en el paisaje urbano actual. Ella es la voz que narra las experiencias límites que viven los habitantes de las grandes urbes y que ofrecería ciertas garantías al periodismo actual de “enganchar” una mayor audiencia. Para quienes vivencian estas situaciones suele ser alivante que se le ofrezca la posibilidad de salirse por un instante de ese lugar asignado y hacer escuchar su voz, aunque el alivio catártico sea efímero. Este pequeño espacio de conciencia de la cual la víctima es portavoz, permitiría dar cuenta de un orden social fallido, del cual se generan símbolos, metáforas y señales. Como contrapartida sus historias quedan atadas eternamente a ese acontecimiento disruptivo.

Estos desastres antropogénicos movilizan procesos de reflexión urbana y según Reguillo (2009) en *Memorias, performatividad y catástrofes: ciudad interrumpida*, están teñidos de creencias religiosas, que operan como un lenguaje que viabiliza la protesta inaugurando santuarios profanos para su memoria. Según esta autora, cada uno de estos acontecimientos instaaura sus propias reglas de lectura y configura su propio espacio público, siendo una zona convocante, tanto de la historia local como de la comunicación masiva, cuya tensión permite cierto proceso de comprensión. Las catástrofes urbanas intentan hallar una explicación mediante la búsqueda de los elementos de significación profunda, elaborando estrategias de visibilidad que organizan la protesta y los rituales como imagen en torno a ese acontecimiento. No se trata

de pensarlos como espacios antagónicos, sino de ubicar sus procedimientos y lógicas diferenciales.

En el caso de la dimensión histórica coincidimos con la autora en que los actos performativos están atados a las historias locales ofertando un espacio imantado al cual se adhieren las memorias, luchas, actos no sancionados, aquello que en estado permanente y residual es silenciado por la modernidad.

En el desastre urbano de Cromañón el lugar de la víctimas le fue asignado a las padres de los jóvenes muertos, lo cual produjo espontáneamente la construcción de un santuario-altar con bienes de los fallecidos y de otros objetos de diferentes características, como cartas, poemas, zapatillas, rosarios, budas y una llamativa apelación al nombre propio que hunde sus raíces en la memoria de las víctimas y desaparecidos por la dictadura.

Más adelante afirma que la estética de la protesta indica referencias a lo religioso y a la fatalidad signada por el nombre otorgado al lugar como “Ángeles de Cromañón”; para la autora se trata de lenguajes yuxtapuestos entre lo religioso y lo político. Establece que estas estrategias de producción de visibilidad, al conformarse de esta manera, quedan atrapadas en el lenguaje de lo misterioso y de la venganza cuyos protagonistas devienen “dolientes” o “comunidad sufriente” que afectaría la identidad ciudadana.

Concluye que la significación cultural dominante revela una concepción religiosa del mundo lo que potencia el nivel de victimización y de la lógica de la fatalidad. En las circunstancias de acontecimientos irruptivos que sacuden a las sociedades, dándose a conocer como un lenguaje que obtura la imagen de la continuidad, los procesos de racionalidad comunicativa se hacen presentes como modo de acceder a la palabra mediática recurriendo a estas modalidades numinosas. Las marcas de la religiosidad popular operan como facilitadores de los flujos mediáticos que clausuran el signo y la interpretación para dar lugar a un campo discursivo caracterizado por la tragedia y la victimización.

La imposibilidad de salirse de este lugar condena a la subjetividad a alternar entre verdugo y víctima apropiándose de la venganza que indica una eterna exclusión del futuro que no permite la ubicación de sujetos sociales históricos como operadores capaces de restituir desde su propia subjetividad el proyecto común.

La reparación de los daños es el epicentro de la judicialización postmoderna que contribuye a impedir un proceso de duelo que es siempre singular. La homogeneización del perjuicio deja eclipsado al sujeto del duelo. La búsqueda del culpable incentivado por el descreimiento progresivo de la justicia hace que se pueda ingresar en la escena del odio que con su potencia destructiva intentará ocupar el lugar del Otro poderoso y destituirlo. La ausencia de sanción de los responsables hace que las versiones mercantilistas de la reparación, en la forma de indemnizaciones a los familiares, no permitan la elaboración del hecho. Es imposible dar estatuto colectivo a algo que es del orden de lo personal.

f. Victimización, duelo y subjetivación.

María Elena Elmiger (2006) desarrolla el concepto de subjetivación en la experiencia del duelo, manifestando que se trata de dar significancia a una pérdida que implica no solo la dimensión de la muerte de un ser querido sino lo que el sujeto era en presencia del mismo.

En el duelo impedido como en el caso de Hamlet comentado más arriba, no se podría arribar a una solución ante el desorden creado por la insuficiencia de los significantes para hacer frente al agujero de la muerte, siendo una puerta abierta a modalidades graves de intentos de solución, como lo son el homicidio, la locura, el suicidio y las melancolizaciones. Según la autora sostiene que Allouch (1998) dice que una muerte llama a otra muerte si no es mediado por un proceso simbólico que permita la responsabilización tanto en público como en privado de algún saber que sancione las muertes.

Se hace necesario poder renunciar al carácter de víctima dolorosa para reinstalar la dimensión de la subjetividad luego de la conmoción. Esta dimensión de la culpabilidad inconciente que es el saldo de la inscripción del sujeto en la ley, permite que el asentimiento subjetivo solo pueda ser mediado por un proceso de implicación en el drama que le aqueja a cada sujeto, permitiéndole una salida mas allá de la reivindicación retaliativa y dando lugar a un acto creativo y transformador. Para esto la interacción de lo público, (a través del Otro social que permita el reconocimiento de la pérdida, la instalación del ritual como pasaje e inscripción), con lo privado referido al

tiempo que el duelo necesita para su tramitación y la dimensión de lo íntimo donde por fin deberá elaborarse lo que uno fue para el muerto permite la reinstalación del lazo social y su transmisión genealógica.

BIBLIOGRAFÍA DEL CAPITULO:

- Allouch, J. (1998/2006). *Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca*. Bs As: El cuenco de Plata.
- Ariès, P. (1983/1987). *El hombre ante la muerte*. España: Taurus Humanidades.
- Assoun, P. (1999/2001). *El perjuicio y el ideal. Hacia una clínica social del trauma*. Bs As: Nueva Visión.
- Cancina, P. (1992). *El dolor de existir... y la melancolía*. Rosario: Homo sapiens.
- Cancina, P. (2002). La melancolía. En *Fatiga crónica-neurastenia. Indolencias de la actualidad* (p.p 167-196). Rosario: Homo sapiens.
- Cancina, P. (2008). *La investigación en psicoanálisis*. Rosario: Homo Sapiens.
- Casona, A. (1944/1985). *La dama del alba*. Bs As: Losada.
- Cruglak, C. (1995). Del problema en el duelo a una disfunción de $-\phi$ en la melancolía. En *Bordes... un límite en la formalización*. (p.p 89-100) Rosario: Homo Sapiens.
- Cruglak, C. (1995). El objeto y la cosa en el duelo y en la melancolía. En *Bordes... un límite en la formalización*. (p.p 77-87). Rosario: Homo Sapiens.
- Cruglak, C. (2003). El duelo y la disfunción de $-\phi$. Clases V, VI, VII. En Ramos, P. (comp). *Los duelos. Aspectos estructurales y clínicos*. (p.p 83-131). Bs As: I Rojo.
- Dalí, S. (1975). *Confesiones inconfesables*. Barcelona: Bruguera.
- Díaz Facio Lince, V. (2008). Del dolor al duelo: límites al anhelo frente a la desaparición forzada. *Affectio Societatis* N° 9. Disponible en <http://antares.udea.edu.co/~psicoan/ARTICULOS9/dolor%20al%20duelo.pdf> (12/11/ 09)
- Díaz Romero, R. (1993). El retorno de la "pérdida" originaria. El duelo y la función de la metáfora y la metonimia. En *Preguntas de la fobia y la melancolía. Coloquios en Recife*. (p.p 63-85). Rosario: Homo Sapiens.
- Elmiger, M. (2006). Duelo y (des)subjetivación. Congreso internacional de investigación y ciencias sociales. UNT Disponible en http://www.geocities.ws/congresoinvestigacion/Elmiger_Elena.htm 12/12/10
- Ferreira, N. (2000). *Trauma, duelo y forclusión*. Bs As: Kliné.

- Freud, S. (1894/1996). Las neuropsicosis de defensa. En *Obras Completas*, III. Bs As: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1912/1998). Dinámica de la transferencia. En *Obras Completas*, XII. Bs As: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1913/1998). Tótem y tabú. En *Obras Completas*, XIII. Bs As: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1914/1998). Observaciones sobre el amor de transferencia. En *Obras Completas*, XII. Bs As: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1914/2003). Introducción al narcisismo. En *Obras Completas*, XIV. Bs As: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1915/2003). De guerra y de muerte. En *Obras Completas*, XIV. Bs As: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1915/2003). Duelo y Melancolía. En *Obras Completas*, XIV. Bs As: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1915/2003). La Transitoriedad. En *Obras Completas*, XIV. Bs As: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1917/2003). 26ª Conferencia de introducción al Psicoanálisis: La teoría de la libido y el narcisismo. En *Obras Completas*, XVI. Bs As: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1919/2006). Lo siniestro. En *Obras Completas*, XVII. Bs As: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1920/1998). Más allá del principio del placer. En *Obras Completas*, XVIII. Bs As: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1921/1998). Psicología de las masas y análisis del yo. En *Obras Completas*, XVIII. Bs As: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1922/1998). Una neurosis demoníaca en el Siglo XVII. En *Obras Completas*, XIX. Bs As: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1924/1998). *El Yo y el Ello*. En *Obras Completas*, XIX. Bs As: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1924/1998). Neurosis y psicosis. En *Obras Completas*, XIX. Bs As: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1925/2006). Notas sobre la pizarra mágica. En *Obras Completas*, XIX. Bs As: Amorrortu Editores.

- Freud, S. (1926/1998). Inhibición, síntoma y angustia. En *Obras Completas*, XX. Bs As: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1927/2006). El porvenir de una ilusión. En *Obras Completas*, XXI. Bs As: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1930/2006). El malestar en la cultura. En *Obras Completas XXI*. Bs As: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1933/1992). Conferencia 32. Angustia y vida pulsional. En *Obras Completas*, XXII. Bs As: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1933/1992). La descomposición de la personalidad psíquica. En *Obras Completas*, XXII. Bs As: Amorrortu Editores.
- Gerez Ambertín, M. (1999). *El superyo en la clínica freudo lacaniana. Nuevas contribuciones*. Serie Tesis. Vol 3. UNT.
- Gerez Ambertín, M. (2003). El Superyo en una neurosis demoníaca. En *Imperativos del Superyo*. (p.p 125-162). Bs As: Lugar.
- Gerez Ambertín, M. (2005). El incurable luto en psicoanálisis. *Psicología em Revista. Belo Horizonte*. 18, 179-187.
- Gerez Ambertín, M. (2010). Duelo y sacrificio. En *Entre deudas y culpas: sacrificios. Crítica de la razón sacrificial*. VIII. (p.p 109-119). Bs As: Letra Viva.
- Giarcovich, N. (1990). Pérdida e identificación. *Imago. Revista de psicoanálisis, psiquiatría y psicología*. Bs As. 13, 127-135.
- Goldberg, J. (2003). La cuestión del Padre y el duelo en Hamlet. Clases XI, XII, XIII. En Ramos, P. (comp). *Los duelos. Aspectos estructurales y clínicos*. (p.p 173-194) Bs As: I Rojo.
- Gringberg, L. (1963/ 2007). *Depresión y culpa*. Bs As: Paidós.
- Kait, G. (1996). *Sujeto y fantasma. Una introducción a su estructura*. Bs As: Fundación Ross.
- Kait, G. (2006). *La angustia y el objeto causa de deseo*. Rosario: UNR Editora.
- Kaufman, A. (2005). Cromañón, culpa y peligro. Buenos Aires, 4 de Febrero de 2005. Página/12.
- Kaufman, A. (2005). Lógica del linchamiento. Buenos Aires, 30 de junio 2005. Página/12.
- Korol, L. (2009). Acerca del Mal Radical. Trauma actual, elaboración. ¿Es posible? <http://www.ipa.org.uk/docs/Korol%20SP.doc> (15/10/09)

- Lacan, J. (1958-59). (EFBA) *Seminario Nro VI. El deseo y su interpretación*. Inédito.
- Lacan, J. (1960/2003). *Seminario Nro VIII. La Transferencia*. Bs As: Paidós.
- Lacan, J. (1962/2006). *Seminario Nro X. La angustia*. Bs As: Paidós.
- Lacan, J. (1966). *Seminario Nro XIV. La Lógica del fantasma*. Bs As: Paidós. Inédito.
- Lacan, J. (1967/1991). Proposición del 9 de octubre. En *Momentos cruciales de la experiencia analítica*. (p.p 21-23). Bs As: Manantial.
- Laso, E. (2003). Freud y lo perezoso. En Ramos, P. (comp). *Los duelos. Aspectos estructurales y clínicos*. (p.p 423-432). Bs As: I Rojo.
- Laurent, E. (1997). Los nuevos síntomas y los otros. *El caldero de la Escuela*. Bs As: EOL. 57, 52-56.
- Lerner, E. (2003). La dirección de la cura en los duelos. Clase XVII. En Ramos, P. (comp). *Los duelos. Aspectos estructurales y clínicos*. (p.p 255-286). Bs As: I Rojo.
- Lombardi, G. (comp). (2003). *Vestigios clínicos de lo real en el hombre de los lobos*. Bs As UBA: JVE.
- López, H. (2008). Seminario *Los Fundamentos Clínicos de la práctica del psicoanálisis*. Maestría en Psicoanálisis. Facultad de Psicología. UNMDP. Comunicación personal.
- Martínez, H. (2009). Técnicas y condiciones éticas de la investigación clínica en psicoanálisis. Maestría en Psicoanálisis. Facultad de Psicología. UNMDP. Comunicación personal.
- Mazzuca, R. (2006). Clínica psicoanalítica de la depresión y la melancolía. *Revista Virtualia*. 14, 2-12.
- Nasio, J. (2001). *Los más famosos casos de psicosis*. Bs As: Paidós.
- Pagano, L. (2003). Hamlet y la función del duelo. Clases II y III. En Ramos, P. (comp). *Los duelos: aspectos estructurales y clínicos*. (p.p 29-63). Bs As: I Rojo.
- Posse, A. (2009). *Cuando muere el hijo*. Bs As: Emecé.
- Raimbault, G. (2004/2008). *Hablemos del duelo*. Bs As: Nueva Visión.
- Ramos, P. (Comp). (1999). *La angustia. Su razón estructural y sus modalidades clínicas*. Bs As: HGA Dr. Ramos Mejía.

- Ramos, P. (Comp). (2003). *Los duelos. Aspectos estructurales y clínicos*. Bs As: I Rojo.
- Reguillo, R. (2009). Memorias, performatividad y catástrofes: ciudad interrumpida. *Revista digital Contratexto*. Disponible en www.ulima.edu.pe/Revistas/contratexto 12/05/09
- Robles, R. (2008). *Perder*. Bs As: Edición Clarín Alfaguara.
- Saer, J. (1974/2008). *El limonero Real*. Bs As: Seix Barral.
- Saramago, J. (2005). *Las intermitencias de la muerte*. Bs As: Alfaguara
- Smud & Bernasconi. (2000). *Sobre duelos, enlutados y duelistas*. Bs As: Lumen.
- Thomas, L. (1982). *Antropología de la muerte*. México: Fondo de la cultura económica.

CAPÍTULO II

FUNCIÓN MATERNA Y CONSTITUCIÓN SUBJETIVA

Los ojos han ido achicándose desde que él murió y ahora parecen dos heridas rectas y cortas a medio cicatrizar.

Ahora parecen no destellar más que cuando por momentos la certidumbre y no el simple recuerdo de que él murió la arrasan provocándole una desesperación súbita análoga a la locura.

Pero ahora parecen no solo no destellar, parecen incluso ciegos y no existir.

Juan José Saer, 1974. El limonero real p. 19.

Introducción

¿Por qué es relevante ir a buscar a la madre de los orígenes en el contexto de entender las vicisitudes del duelo?

¿Existe un modo particular de duelar en la posición femenina diferente de la masculina?

¿De qué manera se relacionan las experiencias primeras del niño y su madre con la vivencia de la pérdida del objeto amoroso?

¿Cuáles son las consecuencias clínicas que se derivan de tales circunstancias?

Estas son algunas de las preguntas que nos hemos realizado a la hora de entender que el duelo conmueve todo el andamiaje subjetivo y que de algún modo, las primeras inscripciones dejan una traza que cada subjetividad va a reeditar a partir del tránsito por la experiencia de la pérdida.

Narcisismo y duelo son conceptos solidarios y se hace imposible disociarlos en cuanto a su mutua correspondencia. Para que haya constitución del narcisismo es necesario que el yo experimente y metabolice la pérdida de objeto del deseo y por ello, cada duelo pone a prueba al yo en su capacidad de avanzar sobre la condición de sobrevivir al objeto desaparecido. En la

dimensión del Sujeto se intenta encontrar una apertura hacia el deseo, una vez superada la inscripción de la pérdida, mediante el trabajo de duelo.

La constitución de la subjetividad empeña la ardua tarea de transitar duelos instituyentes, necesarios, a los fines de disponer del anudamiento imaginario-simbólico para hacer frente a lo real de la pérdida de objeto. De todos modos, hay duelos y duelos. Por eso, no podemos hablar de garantías estructurales sino más bien de circunstancias especiales que nos colocan a cada individualidad respecto de la posibilidad de elaboración o no de una pérdida. El duelo pasa ser vivido íntimamente a partir de las relaciones fundacionales del sujeto y la pérdida de objeto amoroso. Implica por otra parte, como planteamos en el capítulo anterior, una vertiente privada y otra pública que se pone al descubierto mediante la apelación al rito como inscripción en el orden simbólico. (Elmiger, 2006)

Haremos un recorrido por algunos de los temas vinculados a la constitución del narcisismo, tanto desde Freud como desde Lacan porque ello nos enmarcará en las condiciones en las cuales se instaura la construcción del objeto del deseo en tanto perdido, y lo que desde la madre debe operar allí para que devenga en los tiempos lógicos la constitución subjetiva del niño.

Partiremos del Edipo femenino avizorando las condiciones necesarias en las que un niño pueda constituirse como objeto de goce materno; tránsito a través del “gusto” que la madre debe sentir por él para darle cabida dentro de las coordenadas del deseo.

1. La niña según Freud: Un varón en menos.

Freud considera de carácter universal la experiencia del sujeto de atravesamiento por las instancias del complejo de Edipo y de castración; a través de ello podrá acceder a una posición sexuada y establecer una relación con la legalidad: la prohibición de incesto. Es decir que se instituye una relación del sujeto con el discurso de la ley y con la ley del discurso. Por ella, será posible que se instaure un límite en el poder de atrapamiento del deseo materno. El complejo de Edipo le permite a Freud instaurar diferentes lugares y sus funciones, considerando al padre como una barrera ante el capricho materno. (Karothy, 2007 y 2008)

En *La organización genital infantil* (1923) establece una diferencia entre las nociones de pene y falo, sosteniendo que este último implica una teoría sexual infantil que permite desplegar las diferencias entre los sexos. El sujeto masculino o femenino devendrá tal luego del atravesamiento por la metamorfosis de la pubertad y será el producto del resultado de múltiples identificaciones, desterrándose así la idea de la sexualidad natural, signada por el atributo biológico para pasar a ser entonces un producto de la inscripción del lenguaje. La primacía universal del falo (“todos tienen pene”) funciona como una especie de juicio lógico universal de atribución que permite leer el mundo de la sexualidad y las diferencias. El pene es una realidad que no debe faltar, cuando no está, entonces alguien debe haberlo cortado. La primacía del falo supone la creencia de que todos los seres del mundo lo tienen, derivando en la angustia de castración ante la evidencia de que alguien no lo posee, por lo tanto surge la amenaza frente a la posibilidad de ser el próximo que lo pierda.

El complejo de Edipo para la niña es una formación secundaria. Las repercusiones del complejo de castración lo preceden y lo preparan, afirma Freud. En cuanto al nexo entre complejo de Edipo y complejo de castración, se establece una oposición fundamental entre los dos sexos. Mientras que el complejo de Edipo del varón se va al fundamento debido al complejo de castración, el de la niña es posibilitado e introducido por este último.

La libido de la niña se desliza -sólo cabe decir: a lo largo de la ecuación simbólica prefigurada pene = hijo -a una nueva posición. Resigna el deseo del pene para remplazarlo por el deseo de un hijo, y con este propósito toma al padre como objeto de amor. La madre pasa a ser objeto de los celos, y la niña deviene una pequeña mujer. (Freud, 1925 p. 274).

De la salida del Edipo femenino, Freud postula tres vías posibles, la neurosis, la homosexualidad, y la que denomina “normal” signada por la experiencia de la maternidad. En el desarrollo de una mujer, existe una etapa de ligazón a la madre (pre-edípica), que deberá “superarse” para acceder al amor al padre y con esto a una posición femenina, que le permite a la mujer una posible salida de la envidia del pene, por la vía de desear un hijo del padre.

La fijación a esa etapa de ligazón a la madre, traería problemas a la niña para su desarrollo femenino, porque quedaría en una posición masculina, activa. El pasaje a la pasividad y al objeto-padre, permite que quede expedito el camino hacia el desarrollo de la feminidad, en tanto no lo angosten los restos de la ligazón-madre pre-edípica superada.

Esto implica para Freud que, por un lado el pasaje al amor al padre lleva a la niña a la feminidad llamada normal (como una de las salidas posibles al complejo de castración que se despliega a partir de la envidia del pene). Entonces, si bien hay restos de la ligazón con la madre, el pasaje al amor del padre orienta el camino para el desarrollo de la feminidad. Si la histérica no renuncia a esperar el don del padre, no puede recibir de un hombre.

La pregunta freudiana ¿qué es una mujer? tiene su respuesta en lo que para él es una niña: lo mismo que un varón, pero tocada por la falta. Si en ella no radica el deseo íntimo de llegar a tener lo que le falta, no podrá ser mujer. Por eso será necesario que se transmude el deseo de pene por el deseo de un hijo, es así que este último tendrá un valor fálico para ella.

Si para ambos sexos entonces, lo más valioso es la intensa ligazón con la madre en primera instancia, en el caso de la niña deberá realizar un desplazamiento de ese primer objeto de amor al padre. Ese encuentro con la falta fálica en la madre habrá de ser el motor para arribar por las vías de “la envidia del pene” a una posible sustitución mediante el deseo de tener un hijo, para lo cual dirigirá la proa a la búsqueda de ese puerto salvador. Sumado a ello Freud describe además que también deberá realizar un cambio de zona erógena, desde el clítoris a la vagina. Expresa que la salida edípica en la mujer queda en un impasse por un tiempo indefinido y que dicha salida será una experiencia incompleta. Esta particular manera de transitarla como si el drama edípico no lograra atraparla del todo, se traduce en el menoscabo que sufre en ella la formación del superyo que es su heredero. Podríamos decir entonces desde esta perspectiva, que el camino de la sexualidad femenina no llega a completarse del todo.

A partir de los años 30 esta teoría recibe numerosas críticas de los sectores feministas aduciendo que se explicaba el origen de la mujer a partir de considerarla como un varón, pero en menos. La niña deberá hacer de esa falta,

la vía regia de sustitución del deseo de pene por el deseo de un hijo, con lo cual este último tendrá entonces un valor fálico para ella.

Como dijimos, la salida freudiana del Edipo femenino está presentada desde tres soluciones posibles: no querer saber nada con el goce sexual; no aceptar la diferencia y con ello instaurar la consecuente rivalidad fálica; o haber podido realizar la ecuación simbólica pene=niño. Esta salida “normal” termina en la maternidad como subrogada de un deseo masculino: el deseo del hijo por el pene perdido. La elección de objeto está condicionada y dirigida por este deseo materno ya que buscará como objeto de elección a un hombre sustituto del padre para recibir de él ese hijo anhelado.

2- Diferencia sexual y goce femenino.

Lacan reformula los desarrollos teóricos relacionados con lo femenino. Ya no será la teoría falocéntrica el punto de partida sino que lo realizará a partir de la conceptualización del objeto a. Este cambio en la lógica de las relaciones dejará atrás la idea de déficit en la niña apuntando a pensar el falo como un efecto de significante y al órgano pene como un atributo de esa significación, dejando de pensar los lugares masculino / femenino como fálico y no fálico poniendo en cuestión el punto de partida de Freud que desarrollamos mas arriba; y erigiendo el lugar de la niña como *un plus*. (Karothy, 2008)

En el texto la *Significación del Falo* (1958) Lacan erige al falo con el estatuto de significante permitiendo al sujeto instalarse en una posición sexuada que le posibilita identificarse al tipo ideal de su sexo y responder a un partenaire como resultado de la operatoria de la castración. Este será el punto de partida de los desarrollos de Lacan sobre el Edipo desde su teoría significante, buscando conectores de relación lógica con el complejo de castración y con la metáfora paterna. El falo como significante privilegiado marcará las relaciones entre los sexos signados por la lógica de ser y de tener echando luz sobre la discontinuidad entre los sexos como condición de esencia y estructura.

A la altura del seminario *Aún* (1972-73) Lacan aborda los matemas de la sexuación agregando a su teoría significante otros desarrollos que denotan las particularidades de la distribución de los goces, en donde retoma la pregunta sobre qué quiere una mujer más allá del deseo por la maternidad,

permitiéndole pensarlo desde una lógica diferente a la del goce fálico, el cual está regido por un ciclo que va desde la exhibición a la detumescencia, y que permite una contabilidad en pos de la restitución narcisística y de la prestancia fálica. Es por ello, un significante que produce identificación masculina.

La identidad sexual es el efecto imaginario de las determinaciones simbólicas. Se trata de identificaciones que construye el sujeto a partir de la posición frente al Otro, ya sea hombre o mujer, dependiendo ello de la relación identificatoria con los significantes específicos y la asimilación imaginaria a los significados que evocan. Sólo introduciendo el orden simbólico se hace posible pensar la falta fálica ya que por vía de lo real esta connotación no tiene lugar. La anatomía queda atrapada por este lazo significativo convirtiéndose en un cuerpo sexuado. (Karothy, 2008)

Por su parte del lado femenino se trata de un goce que no puede ser contabilizado ni localizado, no otorgando así identificación alguna. Se trata de un goce agregado al fálico, y por lo tanto es un goce en el cuerpo.

Este lugar no fálico en la feminidad que Lacan elabora como continuación del desarrollo freudiano, le permite arribar a la idea del lugar de goce en la mujer por ser *no toda* ella atrapada por el significante. Es decir, que no existe un significante que la represente en su totalidad, quedando así siempre algo por fuera del orden simbólico, lo que enmarca una clave inasible, misteriosa e insondable. Si se la interroga sobre la naturaleza de este saber sobre el goce, se rememora lo temible e ilimitado que puede llegar a ser experimentarlo, como si pudieran diluirse en él o experimentar la percepción de pérdida de límite. Esta desatadura de la palabra la coloca en una cercanía con la locura, con la *petit mort*, con la pérdida del nombre por un instante, hasta su recuperación jubilosa.

En contraposición, sí existe un representante simbólico del goce masculino: el falo, y por lo tanto universalizable.

Al manifestar que la mujer es *no-toda* está expresando justamente estas particularidades del goce femenino, a ella no le falta nada. *No-toda* no se refiere al hecho de que la mujer es incompleta ya está privada en lo real de pene. Este goce particular que escapa a las leyes del falo, sustrayéndose al padre, no indica que la mujer no esté en la función fálica, sino que la cuestión no se agota allí, porque existe un agregado.

Ella deberá en cierta forma también quedar atrapada por esta lógica del ser y tener en las circunstancias de abordaje de un *partenaire*, y lo realizará por medio de la mascarada fálica que le permitirá alguna posibilidad de sustitución con un otro que se encuentra por fuera del padre. Hay ciertas condiciones de anudamiento a un goce fantasmático fálico; es decir un rasgo perverso propio de la elección amorosa en tanto degradación su feminidad vía una elección de objeto desde el lado masculino. El caso mas paradigmático es el de la histérica que ubicándose en el lado hombre aborda al otro sexo por medio del objeto a, causa del deseo encubierto en el fantasma.

Es así que las conceptualizaciones en torno a la diferencia sexual masculino/femenino desarrolladas en este contexto nos permiten entender el consabido aforismo lacaniano “no hay relación sexual”, aludiendo a la falta de complementariedad de los goces, es decir que no existe otra vía más que escribir las diferencias por medio de significantes, ya que por la vía de lo real esta diferencia no tiene forma de escritura. (Karothy, 2007)

El goce fálico ofrece dificultades para el hombre para poder satisfacerse del cuerpo de una mujer, debido a su ligazón al órgano y a su distancia lógica respecto a la voluntad, caracterizándose por su cambio brusco de dirección. Su cercanía con la angustia lo coloca en una posición que ofrece complicaciones ante lo que ella puede causarle. El cuerpo de la mujer desata el aquelarre de los sentidos, esa posición más allá de la ley logra en ocasiones llegar a turbarlo y por qué no, a horrorizarlo. La meta del hombre de tener el falo imaginariamente, lo obliga siempre a estar a la altura de las circunstancias, de poseer un falo omnipotente; él deberá hacer de ella la causa de su deseo y desde allí ella será su síntoma, por la imposibilidad de encuentro con la respuesta del enigma que la mujer encarna y lo interroga.

El goce absoluto es algo prohibido para el sujeto, pero las mujeres tienen la posibilidad estructural de poder saltar, al menos en parte, la ley para poder hacer uso de ese goce suplementario, otro diferente al de la palabra. Gozan de forma silenciosa y muda.

3. ¿Feminidad o maternidad? Destinos disjuntos de la mujer y su vinculación con la falta.

Lacan no desestima la posibilidad de que el niño sea emparentado al falo para que así pueda satisfacerse la apetencia de la madre. Si no hay lugar a este deseo el niño encontrará dificultades en su constitución subjetiva.

El psicoanálisis descubre la subversión del orden biológico que implica la sexualidad humana la cual no responde a la realidad anatómica, sino que es el producto del encuentro del sujeto con el lenguaje.

Existe un duelo fundamental que desarrollaremos en el Capítulo III mas extensamente, que permite el acceso a la condición hablante vía la castración y que remite a los tiempos instituyentes de la subjetivación que dará por resultado una identidad masculina o femenina. Para arribar a aquella condición se debe atravesar numerosas pérdidas, siendo la más importante de ellas el sustraerse al lugar de objeto de goce del Otro. Lacan explica este proceso con los movimientos de alienación y separación, en donde se producen la renuncia al ser y luego al tener. (Bauab, 2001)

Tener o no el falo es una realidad que concierne a la medida de los sexos; es la proporción de esta relación respecto de este significante primordial la que ubicará las posiciones activas o pasivas inconcientes. Este nudo central que constituye la castración misma, habilita a poder hacer algo con el partenaire sexual y alojar a un niño “con justeza” en las circunstancias en que fuera procreado a partir de ella. Así lo expresa Lacan en *La significación del falo* (1958).

La sexualidad queda ubicada entonces, como el resultado de la acción del Otro del lenguaje constituyendo la urdimbre pulsional que hará posible el basamento de la relación fantasmática del sujeto con el objeto de goce, desprendida de su realidad biológica.

En el *Seminario XX Aún* (1972-73) Lacan ubica los matemas de la sexuación que sitúan las vinculaciones lógicas entre el sujeto y el significante fálico que ordena en dos versiones estas relaciones particulares configurando todo el universo de la sexualidad como activo o pasivo. Estos matemas nos dan cuenta que el acceso al goce en una y otra modalidad -masculino y femenino- son diferentes.

El lado femenino del cuadro muestra una particularidad del goce que liga a la madre y a la mujer con fines diferentes. El sujeto femenino, predestinado a ser identificado con el lugar del objeto causa, posee una identidad desdoblada

que la habilita a relacionarse tanto con el anhelo de tener el Falo como con el Significante de la Falta en el Otro. Madre y fémica, destinos diferenciales que marcan el horizonte repartido entre dos modalidades de goce que la ubican por fuera de la serie que constituye la significación fálica. No toda ella está atravesada por el falo. Ese plus, extravía los derroteros más allá y constituye el enigma de ese goce inconmensurable.

Hemos dicho tanto la madre como la mujer acceden al goce del niño como objeto. Eso la diferencia del hombre. El hijo que aparece como un real desprendido del cuerpo de la madre deberá revestirse del brillo fálico necesario para que lo atraiga al hueco de su boca dispuesto a *saborearlo* a riesgo de tragárselo del todo. Esa abertura necesaria que denota el degustar al niño pero sin fagocitarlo es condición estructurante del futuro sujeto por venir, quien anidará en el hueco que queda entre la firmeza del falo que sostiene las fauces y el afán del disfrute de la madre por gozar del cuerpo del *ínfans*.

Ya enunciamos que este destino divergente del sujeto femenino la habilita a relacionarse con un más allá de este falo de la serie de la ecuación simbólica (niño=falo) que por otro lado devendrá en una oportunidad de escapatoria para el infante al no estar condenado a la fijeza de su destino como complemento de su falta. Que la madre renuncie cediendo al objeto niño, tendrá un fuerte efecto liberador para él, y la revinculará con un deseo otro, por medio de la operación del padre real.

Prolongamos aquí algunas consideraciones sobre la mascarada femenina y la identificación masculina de la histeria mencionadas anteriormente. Reubicarse en tanto fémica como un objeto que causa el deseo del hombre le otorga un estatuto particular al padecimiento femenino de no tener el falo situándola en ocasiones en el lugar de ser el síntoma del varón. También, como dijimos, puede relanzarla a la lógica de ser el falo, toda ella, encarnando las veleidades del brillo que le brinda la mascarada femenina.

4. La mujer y la pérdida.

¿Qué consecuencias tiene entonces, esta particularidad de la relación de la mujer con la falta respecto de las pérdidas?

Creemos que existen condiciones estructurales en la mujer que la ubican de manera diferente con la falta y por ende respecto de la tramitación de un duelo.

Freud afirmaba que el Complejo de Edipo no se encuentra sepultado del todo para la niña, y que el derrotero que debe realizar para arribar al sustituto del pene la obliga a ciertos renunciamentos; explica que debe cambiar de objeto y de zona, dos movimientos por los cuales el varón no tendrá que pasar, las dificultades de éste radicarán en otros aspectos que tendrán que ver con la rivalidad paterna y la necesaria pasividad para recibir el don amoroso. Observamos nosotros que existen duelos constitutivos en las mujeres que aún en la adultez siguen dolorosamente presentes y que llegan a nuestro conocimiento a partir de las consultas en donde se vislumbra la queja, la desesperanza, el dolor por el amor perdido.

Elena Jabif (2003) argumenta que la primera desilusión que debe atravesar la niña es la de elaborar la falta que la une a la madre pre edípica. El descubrimiento de la castración materna, si bien es condición de apertura para la búsqueda del padre, produce también una fuerte ligadura con ella en términos de demandas inconmensurables al no haberle propiciado ese objeto preciado. La elaboración de esta falta fundamental implica superar que la madre no posee el objeto que la colme. Ya que la mujer por estructura se encuentra liberada de la amenaza de la pérdida del pene, su meta irá dirigida hacia otro lado. Debe efectuarse un renunciamento a la madre fálica, una aceptación, para que se habilite la posibilidad de la búsqueda, lo cual la embarga del sentimiento de tratar de conseguirlo.

El hijo puede suplir esta falta en lo imaginario vía el *penisneid*, que le permitirá una tranquilidad transitoria mientras dure el embarazo y la crianza. De allí devendrá el destino del pequeño infante en la medida justa que las marcas del padre operando en la madre habiliten al desarmado de esta respuesta y la ubique nuevamente en las coordenadas de un deseo más allá de él.

La madre deberá realizar el duelo que permita liberación del niño como falo y evitará tragarlo para que éste tenga una oportunidad de amarradura a lo simbólico y no quede atrapado en el goce mortífero de sus fauces. Para ello debe renunciar a la esperanza de recibir el falo del padre, es decir, al niño ecuacionado en el hijo que porta ese semblante. Este duelo por esa envidia

radical de haber sido privada, a su vez le permitirá acceder a otro goce no fálico y la habilita a disponer de la falta de modo diferente. (Bauab, 2001)

Avancemos sobre otro plano ¿Cómo puede la mujer asumir su condición de objeto?

Su condición de madre le obstaculizará esa condición de ella como objeto.

Entendemos que la madre está posibilitada a acceder de manera privilegiada al goce del objeto por medio del hijo. Este, sin embargo, estará inevitablemente perdido cuando opere la metáfora que habilite al niño como sujeto hablante. Este goce parcial del objeto es privativo de la madre, lugar al que el hombre no tendrá el acceso. “El surgimiento real del niño le presentará un espejo real del objeto que el sujeto madre fue y que es imposible de alcanzar para todo sujeto”. (Jabif, 2000 p. 1) Es decir la tentará en convertirlo en su objeto narcisista obstaculizándole su posición deseante femenina. El sacrificio inicial de la madre que oficia la pérdida del niño como falo opera un duelo fundacional que constituye el objeto (a). Ceder esa condición de ser, implica abandonar un objeto fálico del cual se goza. El destete es esa acción que configura el prototipo de la cesión del objeto, no solo para el niño, sino también para la madre. Corte constitutivo que propicia la no disolución del sujeto cuando el objeto cae, sino que habilite a una cesión de una parte del cuerpo. Esto garantiza que no hay relación exacta con el goce del Otro. (Jabif, 2000)

Las mujeres son reenviadas en cada duelo a la relación con la madre. Este las golpea en la cuestión de ser el falo, tentándolas a la cercanía con el objeto que paliaría la angustia quedando en ocasiones, por fuera del orden significativo y en relación a esa demanda de amor infinita.

5. El duelo de ser/ el duelo de tener.

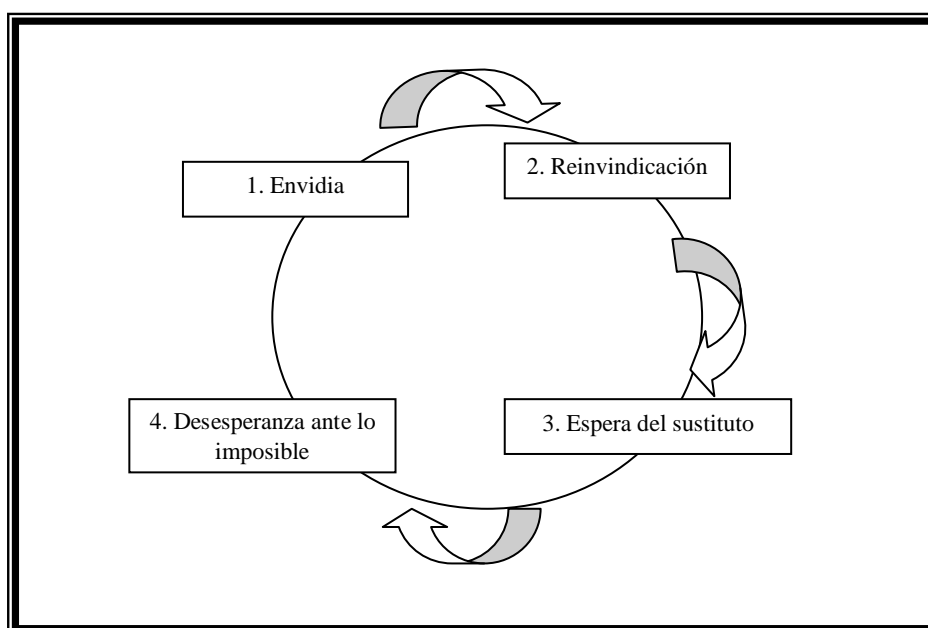
La medida de las pérdidas ubica en lugares diferentes el dolor del duelo, ya sea hombre o mujer.

Si como dijimos el duelo de la mujer la relanza a lo perdido por estructura, a esa demanda a la madre imposible de colmar, que se traduce en el sentimiento de no ser amadas, en el hombre recaerá en otra parte, en la herida narcisista

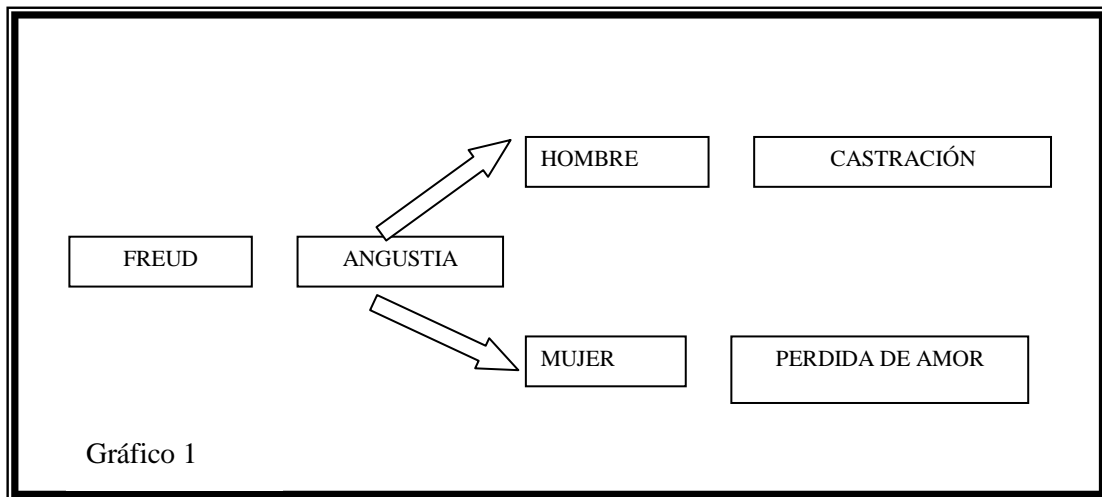
que implica la imagen de sí. La mujer queda afectada al ser y desde allí su duelo la marcará de una manera excepcional. (Nasio, 1998)

Para comprender estas particularidades de la elaboración que comporta un duelo para una mujer deberemos puntuar en donde radica esta especial sensibilidad a la pérdida de amor, tan embargadora de dolor como angustiante para el sujeto femenino.

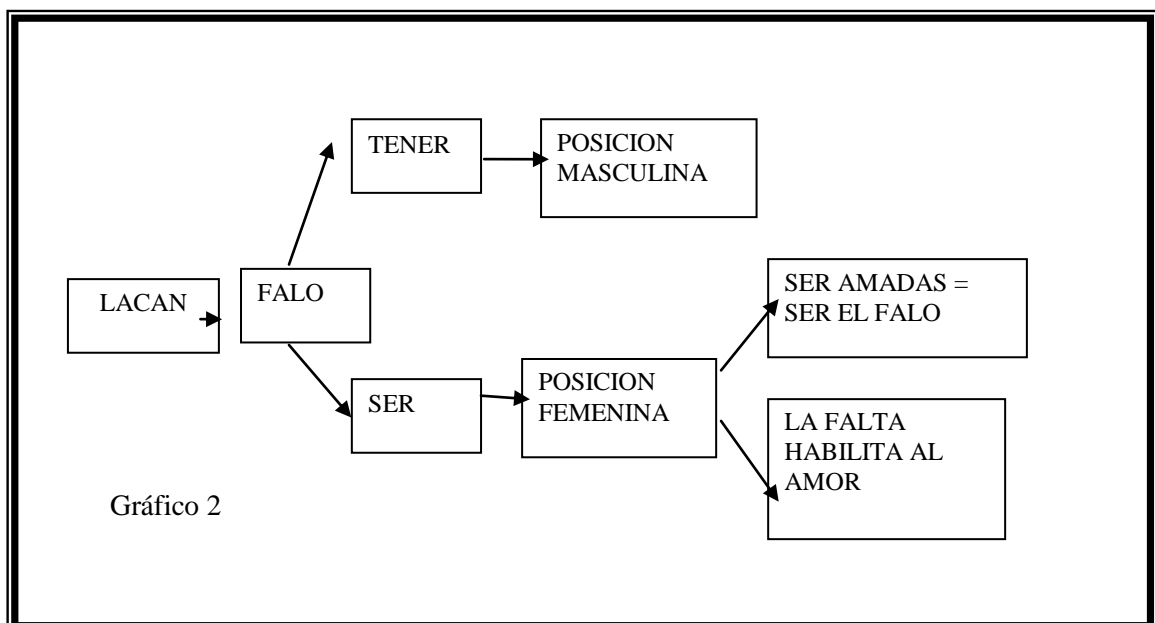
Hemos enunciado que existe un factor constitutivo en la mujer que la ubica por estructura en esta condición particular: el *penisneid*. Siguiendo a Freud podríamos enunciar un ciclo que grafique esa relación con la falta. (Soler, 2007)



Es decir, que la niña quedará signada en la búsqueda incesante del sustituto fálico y por ello también marcada por las desilusiones que comporta la inexistencia de tal cosa. El amor configura así, un valor fálico para ella y por ende incluido en el ciclo que lo caracteriza de ilusión/desilusión. En los cuadros siguientes se grafica las relaciones teóricas que desarrollan tanto Freud como Lacan sobre la posición femenina.



En el gráfico 1 explicamos que la mujer quedará mas ligada a la pérdida de amor como condición de angustia, que en el hombre; Lacan agrega a esto las relaciones entre significación fálica y amor, partiendo del falo como ordenador. Las lógicas del ser y del tener marcan la divisoria de aguas. El sujeto femenino queda más afectado en el ser ante la pérdida de amor (gráfico 2) que el sujeto masculino. La mujer apela al amor, para Colette Soler, como salida ante la falta en ser, configurando la fantasmática femenina de la cual también participan los hombres, ya que el amor es esencialmente femenino.



Lacan nos ilumina sobre el sustento que encuentra la mujer en ser causa de amor para el hombre cuando aborda los matemas de la sexuación. Por ello, cuando la escena amorosa se desarma ella pierde su lugar de objeto, queda

sin ser causa para nadie; situación de duelo donde el sujeto pierde el lugar de objeto que representaba para el Otro, el de “yo era su falta” y como consecuencia la escena imaginaria se rompe ante lo real de la pérdida y su mundo se desordena. En esa situación lo real se presentifica quedando el objeto desenmascarado. Freud, también, nos aleccionaba sobre la cercanía entre la melancolía y el amor en cuanto al aplastamiento que el objeto suscita en el sujeto, en ambos estados. La sombra del objeto cae sobre la mujer en el caso de una pérdida amorosa: duelos que atañen al corazón pero que sostienen al ser femenino estructuralmente y que por ello suelen ser arrasadores, cercanos a la melancolía.

Como sabemos no toda “la apelante del sexo” (Lacan, 1957) queda signada por el significante fálico, hay un más allá excluido de la palabra que las habita y por ello ante las pérdidas también queda afectado el goce traduciéndose en reproches y culpabilidad lindantes a la melancolía, tan habitualmente escuchados en las pacientes que transitan un duelo por desengaño.

La pérdida de amor al igual que el trabajo de duelo tienen un núcleo inolvidable: el ser perdido los torna inconsolables. (Soler, 2007).

Por ello advertimos que en el caso que una mujer atraviese un duelo en la condiciones de maternidad devienen posibilidades de que el hijo venga a ocupar el lugar preferencial que permita poner tope al acceso de angustia que dicha pérdida presentifica, no permitiendo que opere esa facultad desdoblada del goce (como madre y como mujer), porque cuando esa disociación opera conduce inevitablemente al renunciamiento del hijo como falo.

Creemos que por ello puede patologizarse un duelo, según los recursos que la subjetividad le permita poner a tiro: los términos de cómo haya sido transitada esta pérdida primordial.

6. El otro auxiliar y la indefensión inicial.

Ahora vamos a adentrarnos en la serie de los duelos necesarios que permiten la entrada del sujeto en el lenguaje, para ello revisaremos lo concerniente a estos momentos lógicos constitutivos demarcando a partir de la relación madre- niño, lo que entendemos por función materna y deseo de hijo.

En el *Proyecto de una psicología para neurólogos* (1895) Freud ya reconocía el valor que tiene para el organismo humano la asistencia ajena, ya que éste de por sí se muestra incapaz de llevar adelante las tareas necesarias para su autovalimiento. El niño llama la atención del responsable a través del llanto como una descarga de una tensión interna. Resalta el valor que cobra esta acción como elemento de comunicación con el prójimo.

Hilflosigkeit, designa a la indefensión primera del *ínfans* frente a los cuidados del otro, que no podrán ser de otra manera más que con absoluta arbitrariedad. Ese cruce de demandas entre ese sujeto por venir y la madre puede dar lugar a usos y abusos de esa condición por parte de quien desempeña ese lugar de significación de las demandas.

Desde aquí podremos hacer algunas consideraciones parciales a este estado de dependencia del cuidado del otro:

- Por un lado en relación a su papel respecto de la vivencia de satisfacción, el proceso primario y secundario;
- Cuya ausencia es el prototipo de la vivencia traumática, los peligros internos al no poder ser domeñados se traducen en una experiencia de desamparo, según lo trabaja en *Inhibición, síntoma y angustia* (1926).
- En la relación entre desamparo y la prematuridad del ser humano cobra importancia capital el objeto capaz de proteger contra los peligros externos. Esta realidad biológica modela la necesidad de ser amado del ser humano que no abandonará durante toda su vida.

La asistencia ajena que requiere el niño transforma una realidad biológica en un medio de comunicación con el otro auxiliar, que será, como plantea Freud, la fuente de todas las motivaciones morales. La constitución del objeto y del sujeto auxiliador quedará sellada en este acto inaugural como prehistórico e inolvidable.

El objeto ofrecido a la percepción puede ser un semejante (*Nebenmensch*) que ha sido a la vez, el primer objeto de la satisfacción, el objeto hostil y el auxiliar.

Freud le otorga importancia al grito como expresión de la vivencia del dolor indicando que estas experiencias frustrantes ayudan al niño a identificar a la

persona que lo asiste. El niño es el resultado de la asistencia de este otro que lo constituye y lo reconoce. La vivencia de satisfacción será el circuito por el cual el apremio de la realidad lo lleva a la constitución de la demanda.

Este otro auxiliar tendrá a su vez la facultad de realizar marcas sobre la moralidad del sujeto por venir a partir de la moralidad propia. Estas barreras que sostienen el límite de la pulsión hacen su entrada a través de la conciencia moral. Esta establece una distancia entre la satisfacción pretendida y la realización deseante constituyendo así, el campo de lo humano.

En *Tres ensayos de teoría sexual* (1905) Freud relaciona a la nutrición por medio del amamantamiento, con la primera satisfacción sexual del niño con un objeto fuera del cuerpo propio: el pecho. Aunque esta idea del afuera solo puede darse una vez formada la representación de la persona que dispensa sus cuidados a partir de la puesta en juego de su deseo. Para Freud el hecho de mamar se vuelve para el niño en el paradigma del vínculo de amor. La erogenización del cuerpo infantil hará de él, el sustituto de un objeto sexual pleno, es decir que por medio de los cuidados maternos, la alimentación, las caricias y los besos prodigarán la excitación sexual necesaria para la construcción del cuerpo pulsional. Freud es claro también, en que los excesos de ternura pueden generar dificultades en el futuro infante, que será traducido en una aceleración de la maduración sexual que tiene por fin la demanda excesiva del niño que no podrá renunciar a la madre temporalmente, ni postergar sus pedidos tornándose insaciables.

Como dijimos, en el amamantamiento Freud avizora el modelo de toda satisfacción sexual posterior, que por estructura, está perdida. Representan, tanto el pecho como la madre, el inicio de la sexualidad humana por cuanto se la considera como el primer objeto de amor. La madre anuda y determina el drama que se desarrollará luego en el Complejo de Edipo.

En *Introducción al narcisismo* (1914) establece que la libido yoica queda oculta tras la libido de objeto, por lo cual la elección de objeto será a consecuencias de esas vivencias de satisfacción. La pulsión sexual es a expensas de la pulsión yoica lo cual muestra que quienes se encargan de la nutrición del niño devienen sus primeros objetos sexuales, sobre todo la madre o su sustituto.

Refiere que aún las mujeres que aman según el modo narcisista (como ellas se aman a sí mismas) si bien esto puede generarle problemas respecto de la insatisfacción con un hombre, logran sin embargo amar a un hijo, que sin embargo habiendo sido parte del cuerpo propio ahora, se les presenta como extraño pudiéndole brindar pese al narcisismo, el amor de objeto.

7. La madre en la angustia, el dolor y el duelo.

En *Inhibición, síntoma y angustia* (1926), Freud se pregunta sobre las particularidades de las reacciones del niño frente a la vivencia de la separación de la madre y hecha por tierra la hipótesis de que la angustia es la reedición del trauma del nacimiento, como primera separación del cuerpo materno porque el niño desconoce la existencia de la madre en cuanto tal. Ante la separación consumada dice, sentimos duelo o dolor y no angustia.

La añoranza de la persona amada por parte del niño se transmuta en angustia, refiriendo que el *ínfans* no posee la estructuración psíquica necesaria para dar otra respuesta que la alucinación, vía el investimento mnémico de esa imagen añorada, lo cual no ofrece resultados satisfactorios; por ello la angustia de separación es entendida como la respuesta ante el peligro de la posible pérdida de objeto.

Estas conductas devienen en llamados para que la madre mediante su presencia y sus cuidados disminuya el aumento de tensión porque el niño reconoce las bondades de ese otro auxiliar. La madre será tal en base a repetidas experiencias de satisfacción. De otro modo sería vivenciado como peligroso para el incipiente aparato psíquico desencadenando la angustia concomitante.

¿No es entonces capital para el planteo de nuestro problema lo que el objeto madre instaura en relación a la vivencia de satisfacción y a la necesaria escansión presencia- ausencia para que se realice una posible representación del objeto ausente? ¿No hablamos acaso de ello, cuando decimos que el trabajo de duelo consiste por un lado en el reinvestimento psíquico del objeto en el recuerdo para soportar la pérdida que la prueba de realidad sentencia?

La constitución del deseo y del yo materno son los pilares fundamentales para bordear al duelo en la perspectiva de su dimensión estructurante. Las

primeras marcas del objeto deseado por ella otorgan también un mapeo libidinal precioso que permiten cierta cuota de reserva disponible para enfrentar la dolorosa experiencia del duelo, que implica un monto grande de tiempo y energía, según palabras de Freud. El goce del cuerpo o goce autista de ella al no ser inscripto en su justa medida vía la mediación de su propia madre, imposibilitaría que se pueda tolerar la ausencia de la imagen del otro. (Cruglak, 2003)

Las investigaciones que desarrollaron Spitz, Aubry, Anna Freud, Bowlby, Bion entre otros, con los niños huérfanos de la guerra responden a las observaciones de las reacciones psíquicas ante la ausencia prolongada del adulto auxiliar para dispensar los cuidados necesarios. Muchas de estas intervenciones relatan que una vez que el bebé percibe que nadie responde a su llamado durante un tiempo, abandona esa conducta y cae en un sentimiento de tristeza y abatimiento, perdiendo interés por el resto de los objetos que lo rodean.

Maud Mannoni en su texto *De un imposible al Otro* (1982) expresa comentando a Freud que la experiencia de separación es vivida más por la madre que por el niño, con relación al momento del nacimiento ya que éste la desconoce por completo. Refiere que recién a finales de la obra freudiana se reconoce el valor capital que representa la noción de pérdida y de separación. Retoma la dimensión histórica para darle al yo el estatuto de causa y de epicentro de la angustia como realidad que da cuenta del peligro externo.

Mannoni insiste en que no han sido suficientemente desarrolladas las nuevas coordenadas que Freud deja planteadas en *Inhibición, síntoma y angustia* y estima que su intención era la de darle relevancia a la angustia de separación para dar cuenta de las relaciones entre duelo, dolor, y angustia. Puntúa que en *Metapsicología* (1915) Freud ya había planteado que el trabajo de duelo supone un aumento del apego a la imagen del objeto amado y que en un segundo tiempo se figura la posibilidad de desmantelamiento de dicha imagen de objeto, es decir que al mismo momento que se pierde se escinde y se introyecta únicamente en su parte mala.

Muchas experiencias de separación del niño con respecto a su madre presentan puntos comunes con el mecanismo del duelo.

Cada vez que la separación es pasajera se observan, por ejemplo, reacciones de ira del niño contra el ausente. En lo que concierne al adulto, en los casos de depresión se vive el objeto perdido como localizado en el vientre (u otra parte del cuerpo) y lo que el sujeto introduce por la vía de la somatización es el odio, hasta su agotamiento. En el nivel fantasmático el sujeto, siguiendo en esto a los primitivos, teme que el muerto tome venganza contra él. Cuando la depresión llega a su término, los elementos persecutorios acaban paralelamente por borrarse. Sólo este dominio de la angustia permite una reinvestigación de la libido de objeto. Si el yo fracasa en esta tarea, no encuentra otra salida que el suicidio o la manía. (Mannoni, 1982 p.p 43-44)

La angustia de separación surge cuando el niño se encuentra en un todo inmerso en el principio del placer: esa angustia indica que comienza para él una relación de objeto auténtica. Entendemos que en primera instancia tuvo que operar la constitución del objeto (madre) vía el *Fort-Da* para que luego recaiga sobre él la amenaza de perderlo. Esta es la diferencia entre la angustia y el duelo que es la reacción normal ante la pérdida. El dolor por su parte, permite la posibilidad de poner nombre al objeto que se perdió y entonces así poder iniciar el trabajo de duelo.

Es capital entonces entender que es necesario el tránsito por estos movimientos subjetivos de la madre, ya que la permanencia en la angustia genera esta detención del trabajo del duelo que impide mudar en dolor, es decir en el reconocimiento de nombrar al objeto perdido para iniciar así el tránsito por el duelo. *Tendríamos aquí una variante del duelo patológico signada por la detención frente a lo real de la angustia.*

En una entrevista con la madre de Ricardo, luego de cuatro largos años trabajados con el niño, explicita que indudablemente ella le transmitió el dolor que sentía ante la muerte del padre, hecho que mantuvo silenciado durante muchos años en las consultas. El silencio incluía el ocultamiento de las circunstancias en la que ocurrió el deceso. El hecho fue a consecuencia de un robo a mano armada que intentaba perpetrar el padre y en el que la víctima se defendió y lo mató. La intención de la madre era la de ocultar la verdad de los

hechos al niño para que no conociera cómo era el padre en realidad, que se trataba de un delincuente. En su relato manifiesta que la angustia que la embargaba la dejaba suspendida en un doloroso silencio. Ricardo contaba con nueve meses de vida cuando murió su padre. Esta decisión de la madre, lo deja sin la posibilidad de contar con una novela sobre su origen y sobre todo con el peso que otorga para el niño los ocultamientos o las verdades a medio decir. Las consultas se inician a los 6 años de edad cuando la madre percibe que no hablaba como el resto de los chicos, y que su discurso era errático y arborescente. Nos interesa recalcar el valor que cobra para el niño las palabras que recubren su universo simbólico, que en este caso era un agujero en la historia que no podía ordenarse. Solo a expensas del trabajo analítico pudo transmudarse en la madre el dolor en duelo, cuando pudo atravesar la angustia que la paralizaba. Volveremos sobre este material clínico en el capítulo IV.

8. El espejo materno como soporte para la constitución de la imagen especular.

Para Lacan es fundamental en el duelo el reencuentro del sujeto con su condición deseante, por ello ubica la función del duelo en el *Seminario X La angustia* (1962-63) como ese proceso de subjetivación de la pérdida que le permite arribar a su estatuto de falta y llegar al acto. (Elmiger, 2007) Hay un paso inevitable por la angustia y la cesión del objeto. La segunda muerte da cuenta de esa desamarradura con el objeto en tanto tal (a), que dejará como saldo la modificación fantasmática del sujeto debiendo ubicar nuevas coordenadas para el objeto de goce. (Cruglak, 2003) Esa parte, ni de ti ni de mí, gratuitamente cedida, en palabras de Allouch (1998), demarca la posibilidad de pensar el estatuto de fecundidad que le puede imprimir a la subjetividad el atravesamiento por la experiencia de la pérdida, en el caso que se cuente con recursos psíquicos para poder hacerlo.

El resurgimiento del deseo, en las condiciones de un duelo, será por medio del sostenimiento del vínculo con la imagen especular i(a). Si la muerte indica la caída del objeto mirada, es necesario que la imagen especular esté libidinizada para mantenerla erguida, haber alcanzado el momento jubiloso sancionado por el Otro. Es decir, que el sujeto debe contar con esa reserva

operatoria a su cuenta que le permita sostener el trabajo de desasimio con el objeto, disponiendo de la libido radicada allí. (Cruglak, 2003)

Como sabemos, la imagen especular surge de la relación del sujeto con el semejante, por ello para sostener el vínculo con el deseo hay que rastrear en qué modo operó la constitución de los objetos de amor para ese sujeto.

El brillo agalmático de los objetos de amor reproduce al falo que se tuvo que renunciar y detrás de ellos yace el objeto como causa de deseo. Por eso decimos que estamos de duelo por los objetos de amor que ocupaban el lugar de la falta simbólica recubiertos del brillo fálico, porque del falo nos anoticiamos en pocas ocasiones, ya que aparece de modo velado y el duelo es una circunstancia muy particular del advenimiento de “la falta de la falta”.

9. Duelo y privación: la constitución del objeto materno.

Es importante para nuestro trabajo dar cuenta de las condiciones en que una pérdida alcanza el estatuto de falta, ya que como sabemos en el duelo debe mediar un proceso de subjetivación, que dista considerablemente de la aceptación llana de la pérdida, porque la falta de objeto está en el nudo de las relaciones del sujeto con la castración y con la operatoria imaginario-simbólica del falo.

Lacan en el *Seminario IV La relación de objeto* (1956) parte de la concepción freudiana de objeto como irremediabilmente perdido para denotar que ella cobra sentido en cuanto tiene que ver con la búsqueda y el desencuentro constante. Demarca que no se trata de la armonía del encuentro sino por el contrario con la nostalgia de lo perdido y nunca vuelto a encontrar. Recalca el valor instituyente que tiene el concepto de falta manifestando que el objeto sólo opera bajo estas condiciones. Es decir, que el sujeto está atravesado desde el inicio por la falta y el duelo, entonces, pondría a prueba las condiciones en que el objeto vino a constituirse remontando al sujeto a estos momentos primordiales.

Dedica una parte del seminario a describir la primera relación entre la madre y el hijo que transcurre en el puro ruido de las pulsiones en la que el falo, en la vertiente imaginaria, operará como ordenador a pesar de su condición no especular. (Hartmann, 2009)

Lacan coincide con Freud que la madre es un objeto primitivo que no aparece desde el principio, sino que a instancias de la escenificación de un juego de tirar y recuperar le permite al pequeño encontrarse con el valor del agente de la frustración que en el origen es la madre misma. Se constituye así en el primer objeto que ordena el caos de la parcialidad de los objetos que conforman ese mundo inicial infantil, el cual va a comenzar a modificarse en la medida en que la presencia y la ausencia materna vayan conformando las secuencias necesarias para configurar el mundo imaginario del bebé. A semeja a la operación de la frustración con la de un daño imaginario, diciendo que se trata de un perjuicio en un mundo en donde se reparte exigencias desenfrenadas por un lado y ausencia de ley por otro. Los agujeros y carencias producto de estas escansiones van rodeando la posibilidad de conformación de las distinciones entre el yo y no yo.

El objeto materno se constituye en tanto que falta, mediado por la articulación con la llamada y el rechazo materno del niño lo cual esboza los primeros indicios del mundo simbólico dejando sus marcas y sus huellas en el niño como sujeto. La madre, que se encuentra inscrita en el orden simbólico, puede no acudir a la llamada del niño haciendo valer su potencia real respondiendo según su arbitrio. Los objetos por su parte, pasan de ser objetos de satisfacción a convertirse en objetos de don otorgándole al pequeño la posibilidad de ser testimonio de la potencia de la madre.

Por otra parte, el niño en sí mismo viene a emparentarse con la falta en la madre, ya que la ausencia de pene la hace deseosa de tener uno encarnado en él, decimos así que el infante viene a suturar esa falta imaginaria. Las relaciones entre la madre y el niño nunca son en sí duales sino por el contrario desde el inicio están mediadas por la presencia del falo, ordenador de todo el universo sexual. Esto estaría propiciado por la acción de la castración operando en ella. Es importante dilucidar el lugar que ocupa el niño para la madre, porque como sabemos puede alojarse en otros lugares mas allá del falo imaginario de la madre o revestirse de características muy particulares asociado tanto a estos factores estructurales como a hechos contingentes, como es el caso de nuestra investigación, en donde el registro de la falta pierde localización porque la pérdida ha tocado las fibras íntimas de la subjetividad materna.

La castración nos hace deudores por la acción misma de la ley operando en la estructura y nos remite al terreno de las prohibiciones, marcados por lo imposible del encuentro con el goce incestuoso en el cuerpo materno. Si ella no se encuentra inscrita las consecuencias serán decisivas para el *ífans*.

En este mismo seminario Lacan aborda las operaciones lógicas de la constitución del sujeto respecto del objeto, las formas en que puede faltar (frustración, castración, privación) y los agentes que las operacionalizan. Recordemos el diagrama:

<i>AGENTE</i>	<i>MODO DE LA FALTA</i>	<i>OBJETO</i>
Padre real	Castración (Deuda simbólica)	Falo (imaginario)
Madre simbólica	Frustración (Daño imaginario)	Pecho (real)
Padre imaginario	Privación (Agujero real)	Falo (simbólico)

Este cuadro afronta las posibilidades del sujeto en su relación con la falta instituyente. Se deduce a partir de los aportes de Lacan en el *Seminario VI El deseo y su interpretación* que *en el duelo se produce una pérdida en lo real y conduce al sujeto hacia la privación, faltando el objeto simbólico*. Cuando lo real se pierde, se desorganiza la estructura porque la castración pierde su localización como sustento de la falta. El sujeto queda ante el agujero real es decir, confrontado a la ausencia de significante para dar recubrimiento de palabras a la falta. Produce una vacilación fantasmática que desordena los registros simbólicos e imaginarios, invitando al sujeto al acto y no a la puesta de palabras. (Gerez Ambertín, 2005 y Cruhlak, 2003)

La privación como forma de la falta encuentra su versión en la mujer como privada en lo real de pene. Lacan expresa a esta altura de sus teorizaciones,

que a lo real no le falta nada, y que la privación trata de un objeto simbólico y se produce a través de un agente imaginario. La privación eleva el problema del falo a lo simbólico como forma estructural de la falta y es fundamental para la operación de la castración. La falta en lo real del Otro materno se colmará con un objeto imaginario. Privación y castración se articulan en el punto en el que el falo simbólico deviene imaginario, produciendo la significación fálica en la que el niño intenta colmar el enigma del deseo materno. (Hartmann, 2009)

En el duelo materno se constituye una circunstancia especial donde la privación queda redoblada. Por lo cual las operaciones lógicas de constitución psíquica del niño pueden verse afectadas de diversas maneras como respuesta a ese agujero en lo real.

10. Renegación, duelo y objeto fetiche.

Entendemos que el duelo patológico se encuentra detenido en los tiempos lógicos de elaboración, y por ello su presentación clínica puede estar emparentada con diversas modalidades, según sea el punto de cristalización del devenir subjetivante de la pérdida como falta.

Lacan trabaja en el *Seminario X La angustia* (1962-63) la función del duelo y su emparentamiento con el *acting out*, como puesta en escena. Si no existe apelación a lo simbólico vía el rito y al sostenimiento imaginario del semejante hay condiciones propicias para el pasaje al acto y el *acting out*, como movimientos lindantes a la angustia. (Gerez Ambertín, 2005)

Entre el duelo llamado normal y las variaciones de lo patológico –duelo obsesivo, duelo pesaroso y melancolía- las diferencias radican en el modo de identificación que está operando. La consecución de un duelo normal trae como consecuencia el abono de las neurosis de transferencia, por retorno de lo reprimido (síntoma, sueños, actos fallidos). En cambio, en la melancolía la identificación en curso no es la histérica, sino la narcisista relativa a lo pulsional, que retorna como auto juzgamiento delirante. (Elmiger, 2010)

En *Duelo y melancolía* (1915) Freud, resalta la operatoria de la escisión tanto del duelo obsesivo –ambivalencia ante el objeto perdido, de amor y de deseo de destrucción que retorna como auto reproche- como en la melancolía –escisión del objeto que abandonó e identificación narcisista en su parte mala:

“la sombra del objeto cae sobre el yo”. Freud percibe que una de las formas patológica que impiden realizar el trabajo de duelo, está en relación con que el odio ligado al objeto retorne al yo como auto acusación. Es así que el duelo obsesivo se vea trabado por la dificultosa aceptación del deseo íntimo de matar al objeto, propio de esta estructura. En cambio en la melancolía, supone una producción de indignidad delirante, fruto de la conciencia moral a partir del odio hacia el objeto perdido que se aloja ahora en el yo.

Heinrich (1993) refiere que la *Amentia* de Meynert es lo correlativo a la renegación operando ante la prueba de realidad, en donde el yo se opondría a aceptar la pérdida del objeto amado subsistiendo vía las “alucinosis renegatoria” y no forclusiva. Para esclarecer esto leamos una cita freudiana sobre el papel de la renegación y su relación con la muerte:

Para mí, el esclarecimiento del fetiche tiene aún otro interés teórico. Hace poco, por un camino puramente especulativo, di con el enunciado de que la diferencia esencial entre neurosis y psicosis reside en que en la primera el yo sofoca, al servicio de la realidad, un fragmento del ello, mientras que en la psicosis se deja arrastrar por el ello a desasirse de un fragmento de la realidad; y aun he vuelto otra vez sobre el mismo tema. Pero pronto tuve ocasión de lamentar mi osadía de avanzar tanto. *Por el análisis de dos jóvenes averigüé que ambos no se habían dado por enterados, en su segundo y su décimo año de vida, respectivamente, de la muerte de su padre; la habían “escotomizado” [...] a pesar de lo cual ninguno había desarrollado una psicosis. Vale decir que en su caso el yo había desmentido un fragmento sin duda sustantivo de la realidad, como hace el yo del fetichista con el hecho desagradable de la castración de la mujer. Empecé a vislumbrar también que los sucesos de esta índole en modo alguno son raros en la vida infantil, y pude tenerme por convicto de mi error en la caracterización de neurosis y psicosis.* Es cierto que quedaba un expediente: acaso mi fórmula se corroboraba sólo para un grado más alto de diferenciación dentro del aparato psíquico; le estaría permitido al

niño lo que en el adulto por fuerza se castigaría con un grave deterioro. Pero ulteriores indagaciones llevaron a solucionar de otro modo la contradicción.

Resultó, en efecto, que esos dos jóvenes no habían “escotomizado” *la muerte de su padre más que los fetichistas la castración de la mujer*. Dentro de la vida anímica de aquellos, sólo una corriente no había reconocido la muerte del padre; pero existía otra que había dado cabal razón de ese hecho: coexistían, una junto a la otra, la actitud acorde al deseo y la acorde a la realidad. En uno de los dos casos, esa escisión pasó a ser la base de *una neurosis obsesiva* de mediana gravedad; en todas las situaciones de su vida el joven oscilaba entre dos premisas: una, que el padre seguía con vida y estorbaba su actividad, y la contrapuesta, que tenía derecho a considerarse el heredero del padre fallecido. *Me es posible, en consecuencia, mantener la expectativa de que en el caso de la psicosis una de esas corrientes, la acorde con la realidad, faltaría efectivamente.* (Freud, 1927 p.p 150-151) La cursiva nos pertenece.

Freud, como vemos, ubica al fenómeno renegatorio en los duelos y lo enlaza al fetichismo (renegación de la castración) en donde los destinos posibles pueden ser tanto la neurosis como la psicosis. En la primera operarían dos corrientes simultáneas que coexisten escindidas: la del *deseo* (matar al objeto) y la de *la realidad*. Este es el campo fecundo para el silenciamiento y la renegación como lo señala Freud para las psicosis, o también la falla en la inscripción de la pérdida y su retorno forcluído. Al respecto de esta última acepción recordemos aquí la tesis de Gerez Ambertín sobre Aimeé en *El rechazo del saber y el duelo impedido en los niños* (1999).

11. Preguntas y conclusiones.

Se plantean aquí varias preguntas que queremos en principio explicitar para retomar más adelante.

Si consideramos que la inhibición generalizada es el estado más frecuente en la que se encuentra el doliente ¿Cómo afectaría tal condición a la crianza del niño?

Por otro lado, en el duelo patológico, nos enfrentamos con la situación específica en donde la madre no puede ubicar la falta porque esta condición contingente desordena el universo simbólico. Es necesario que un Otro simbólico oficie de referencia para poder localizar la falta y esto está en déficit en algunos duelos. Si el niño debería ocupar el lugar de la falta imaginaria en la madre para que se cumpla su constitución como sujeto deseante ¿esto se sostiene el caso del duelo? ¿Cómo opera el niño como $-\phi$ parcial en el duelo?

Una tercera cuestión se plantea de la siguiente forma: si el duelo pone a la madre en dificultad de arribar a un deseo decidido ¿Qué implicancias tiene ello para su función materna o para su deseo de hijo?

Podemos plantear aquí una nueva tesis en relación a la angustia. Si la madre no advierte lo que perdió y lo que esa pérdida le significa como sujeto de deseo ¿Cuáles son las consecuencias para el hijo respecto de los movimientos subjetivos lindantes a la angustia en la madre?

A esta altura del trabajo nos hemos advertido de algunas posibilidades de resolución de estos problemas:

1. La madre angustiada, ante la vivencia de la pérdida (privación) tiende a retener y capturar al niño, siendo proclive a sustituir la falta en ser (falo) por el tener (hijo). La desmentida puede operar como dos corrientes análogas: por un lado sabe que perdió el objeto de amor, pero al mismo tiempo lo rechaza. El hijo quedaría clivado entre estas dos posiciones. Estudiaremos dos ejemplos de esta posición en el capítulo IV.
2. La madre toma al niño como objeto para realizar por medio de él la sutura de la falta en lo real y poder así tramitar la angustia ante el vacío;
3. En este caso el niño en lugar de encarnar la falta imaginaria, sutura la falta real;
4. El niño puede ocupar el lugar de *acting out* de la madre, ya que en vez de mostrar el vacío, lo tapanía;

5. Impera la desmentida como mecanismo que escinde la realidad, el niño como objeto *fetichizado* vela la incompletud radical del Otro;
6. La madre se encuentra tomada por otras tareas que implican el tránsito de un duelo y que restan la libido necesaria para sostener el lugar materno y *operar en modo satisfactorio* la función. Ello puede devenir en un particular abandono emocional, que no quiere decir sustracción de los cuidados necesarios, sino que es la circunstancia propicia para que surjan otras respuestas posibles hacia el niño por tener que enfrentar el vacío y la ausencia de palabras.
7. La especularidad del niño deviene con fallas ya que la imagen simbólica y narcisística materna no está disponible para el sostén de la constitución del cuerpo;
8. Creemos posible que el duelo patológico en la madre correlaciona dos modos alternativos a la aceptación de la pérdida (privación):
 - A) la forclusiva: Lo real retorna en el niño por fuera de lo simbólico. (Gerez Ambertín, 1999)
 - B) la renegatoria: Lo real agujerea lo simbólico materno. Aceptación y rechazo coexisten.
9. Se detiene el trabajo de duelo y coagula la posición del niño en el fantasma materno sustituyendo la falta radical. Exceso gozoso que no devendrá sin consecuencias;

BIBLIOGRAFÍA DEL CAPÍTULO:

- Bauab, A. (1998). *Los tiempos del duelo. Colección la Clínica en los Bordes*. Bs As: Editorial Homo Sapiens.
- Braunstein, N. (1994). *Freudiano y Lacaniano*. Bs As: Editorial Manantial.
- Cazenave, L. (1999). *El síntoma en los tiempos de subjetivación del niño*. Centro Pequeño Hans. Instituto del Campo Freudiano. Serie seminario.
- Cruglak, C. (2003). El duelo y la disfunción de $-\phi$. Clases V, VI y VII. En Ramos P. (comp). *Los duelos. Aspectos estructurales y clínicos*. (p. p. 83-132) Bs As: I Rojo.
- Elmiger, M. (2006). Duelo y (des)subjetivación. Congreso internacional de investigación y ciencias sociales. UNT. Disponible en http://www.geocities.ws/congresoinvestigacion/Elmiger_Elena.htm 12/12/10
- Elmiger, M. (2010). Las identificaciones de los duelos. *Actualidad Psicológica*. Año XXXV. 384, 10 -13.
- Freud, S. (1895/2006). Proyecto de una psicología para neurólogos. En *Obras Completas*, I. Amorrortu Editores. Bs As.
- Freud, S. (1905/1995). Tres ensayos de teoría sexual. En *Obras Completas*, VII, Bs As: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1909/1986). Análisis de una fobia de un niño de cinco años. En *Obras Completas*, X. Bs As: Amorrortu editores.
- Freud, S. (1913/1998). Tótem y tabú. En *Obras Completas*, XIII. Bs As: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1914/2003). Introducción al narcisismo. En *Obras Completas*, XIV, Bs As: Amorrortu Editores, 2003.
- Freud, S. (1915/2003). Duelo y Melancolía. En *Obras Completas*, XIV. Bs As: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1923/2000). La organización genital infantil. En *Obras Completas*, XIX. Bs As: Amorrortu.
- Freud, S. (1924/2000). El sepultamiento del complejo de Edipo. En *Obras Completas*, XX, Bs As: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1925/2000). Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos. En *Obras Completas*, XIX. Bs As: Amorrortu Editores.

- Freud, S. (1926/1998). Inhibición, síntoma y angustia. En *Obras Completas*, XX, Bs As: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1927/2000). Fetichismo. En *Obras Completas*. XXI, Bs As: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1932/1998). La feminidad. 33ª Conferencia de introducción al psicoanálisis. En *Obras Completas*, XXII, Bs As: Amorrortu Editores.
- Gerez Ambertín, M. (1999). El rechazo del saber y el duelo impedido en los niños. *Revista Psico-logos. Facultad de Psicología, UNT. Año 8 (9)* 127-140.
- Gerez Ambertín, M. (2005). El incurable luto en psicoanálisis. *Psicología em Revista*. Belo Horizonte. 18, 179 -187.
- Hartmann, A. (1992). *En busca del niño en la estructura. Estudio psicoanalítico de la infancia y su patología*. Bs As: Letra Viva, 2009.
- Heinrich, H. (1993). *Borde <R> S de la neurosis*. Bs As: Homo Sapiens.
- Jabif, E. (2000). El ser sexuado: veleidades del objeto a. En Seminario de EFBA. Disponible en http://www.efbaires.com.ar/files/texts/TextoOnline_1257.pdf 25/10/09
- Jabif, E. (2003). El duelo en la relación madre-hija. Clases XV-XVI. En Ramos P (comp) *Los duelos. Aspectos estructurales y clínicos*. (p. p. 221-254). Bs As: I Rojo.
- Karothy, R. (2007). *Seminario Complejo de Edipo y Complejo de Castración*. Facultad de Psicología. Maestría en Psicoanálisis. UNMdP. Comunicación personal.
- Karothy, R. (2008). *Seminario Metapsicología y sexuación. Maestría en Psicoanálisis*. Facultad de Psicología. UNMdP. Comunicación personal.
- Lacan, J. (1955/1999). ¿Qué es una mujer? En *Seminario Nro III. Las psicosis*, XIII. (p.p 247-260). Bs As: Editorial Paidós.
- Lacan, J. (1956/1994). *Seminario Nro IV. La relación de Objeto*. Bs As: Paidós.
- Lacan, J. (1957/1998). Ideas directivas para un congreso sobre la sexualidad femenina. En *Escritos 2, V*. (p.p 704-715). Bs As: Manantial.
- Lacan, J. (1957/1999). *Seminario Nro V. Las formaciones del Inconciente*. Bs As: Editorial Paidós.
- Lacan, J. (1958/1998). La significación del falo. En *Escritos 2, V*. (p.p 665-675). Bs As: Manantial.

- Lacan, J. (1959). *Seminario Nro VI. El deseo y su interpretación*. Escuela Freudiana de Bs As. Inédito.
- Lacan, J. (1962/2006). *Seminario Nro X. La angustia*. Bs As: Paidós.
- Lacan, J. (1972/1991). *Seminario Nro XX. Aún*. Bs As: Paidós.
- Lacan, J. (1975/1988). Conferencia en Ginebra sobre el síntoma. En *Intervenciones y textos 2*. (p.p 115-144). Bs As: Editorial Manantial.
- Mannoni, M. (1982). *De un imposible al Otro*. Bs As: Paidós.
- Nasio, J. (1998). *El libro del dolor y del amor*. Barcelona: Gedisa.
- Saer, J. (1974/2008). *El limonero Real*. Bs As: Seix Barral.
- Soler, C. (2006/2007). *Lo que Lacan dijo de las mujeres. Estudio de Psicoanálisis*. Bs As: Paidós.
- Uribarre, R. (1991). Pérdida de seres queridos en la infancia y en la adolescencia. En *Psicoanálisis con niños y adolescentes*. Tomo I. 1, 147-168.

CAPÍTULO III

PROBLEMAS CLÍNICOS DEL SUJETO, LA FALTA Y EL DUELO

La aflicción del niño se debe,
a que no sabe lo que se abate sobre él.
R. Kipling. 1888. Baa, Baa, oveja negra. ⁱ



(Madre e hijo. Óleo sobre tabla. Maribel Alonso Pérez, 1960)

Introducción

En este capítulo nos proponemos abordar al sujeto en los tiempos lógicos de la infancia. Ello nos permite zanjar una cuestión crucial a la hora de señalar el pertinaz cuestionamiento que se le adjudica a la clínica de niños, en razón de considerarla como una práctica secundaria o de menor importancia.

La clínica psicoanalítica no apunta al sujeto cartesiano, ni se corresponde con lecturas evolutivas ya que la cuestión radica en ubicar las marcas de la escritura significativa y sus consecuencias. Se introduce así, una subversión que rescata el valor fundamental que el discurso le imprime al acontecer estructurante del psiquismo. Como sabemos, el Otro nos habita incluso, antes de nuestra llegada al mundo y nos anida para donarnos las huellas fundacionales de la escritura significativa.

Si lo pensamos al sujeto que denominamos *niño* desde la lógica instituyente podemos acercarnos a una lectura del sujeto en los tiempos de estructuración. Este significativo remite a diferentes sentidos según sea el orden del discurso que lo admite como objeto de estudio e incluso, no nos es posible separarlo completamente de la representación que los adultos tenemos de la infancia. (Mannoni, 1967). Es un hecho, que el significativo niño, fue deslizándose a lo largo de la historia de la humanidad. El psicoanálisis contribuyó a una torsión fundamental al poner sobre el tapete los avatares de la sexualidad infantil.

En los capítulos anteriores, hemos delineado desde diferentes lugares, la experiencia del sujeto en relación a la pérdida. Pero sabemos que para otorgarle el estatuto de falta debe mediar la subjetivación, entendiéndola como un que goce debe ser perdido. Además, consideramos que la experiencia del duelo no es ajena a la constitución misma del sujeto deseante, ya que se deben atravesar numerosas experiencias de pérdida que, de no ser resignificadas detienen los tiempos de elaboración y no permiten arribar a un nuevo orden. La falta de objeto debe ser bordeada, para alcanzar el estatuto de causa de deseo, en incontables vueltas alrededor del agujero.

Allí encontramos un punto de cercanía en lo que atañe al abordaje del sujeto por venir y los avatares que el duelo le imprime a los diferentes momentos de elaboración de la relación del Sujeto y el Otro. Si no hay

sustracción de goce en cada uno de esos hitos instituyentes, la escrituración se detiene, el fantasma se rigidiza, la univocidad frena la sustitución.

Es así, que nos serviremos de las enseñanzas de nuestros maestros para tratar de enlazar el Deseo de la madre, y el lugar que devendrá el niño anidado allí, con las circunstancias contingentes de un duelo no tramitado, que como tal desordena la ubicación de la falta. Mujer y madre quedan así interrogadas por la falta de la falta. Consideramos que de estas situaciones devienen condiciones particulares tanto para la estructuración psíquica como para la clínica que se desprende de ellas.

1. Deseo materno y goce femenino.

Retomaremos aquí, consideraciones sobre la sexualidad femenina, del Capítulo II pero esta vez nos detendremos con más cuidado en el goce femenino. En *el Seminario Nro IX La identificación* (1961-62), Lacan comenta la visita que realizó al Museo Saint Germain en Laye cuya experiencia lo sumió en una profunda conmoción al encontrar entre los huesos de los primeros homínidos, las trazas de los albores de la escritura. Algunos de los restos contaban con una marca realizada con ocre que por la acción del fuego se convertía de color rojo, y demarcaba que ese sujeto fue el centro de un rito funerario dando cuenta de una operación de la cultura que significaba el reconocimiento de la muerte de un ser de su especie. De modo que estas modalidades ancestrales de darle culto a los muertos datan desde el inicio de lo que podemos llamar humanidad, en tanto que existía una operación de escritura que señalaba una falta.

De este modo, podemos entender de qué manera la muerte, es decir lo simbólico, ingresa en la estructura del *parlêtre*, como una manera de dar cuenta de la eficacia de la palabra hablada, que a modo de traza escribe e inscribe la muerte como acto fundacional del ser humano. (Amigo, 2003) La muerte ingresa como condición de vida para el niño en el sentido de que este opere en falta para el goce de la madre, siendo por ello deudora de la eficacia del padre operando en ella. Silvia Amigo (2003) trabaja en detalle estas circunstancias. Hablamos del padre mítico muerto que instala la deuda en la madre cuya operatoria permitirá su paso al hijo vía la identificación primaria

solo a condición de que haya una pérdida primordial del goce materno para que devenga el deseo de madre. Como resultado la autora prevé una doble mortificación: por un lado, la pérdida de ese goce primordial como condición de la identificación al padre (muerto) y la del soma por acción del significante. El Deseo de madre es una cuestión vital para hacer lugar a un niño en el orden simbólico, que deja marcas en el sujeto por venir.

Freud había conceptualizado la existencia del deseo por la madre que denominó incesto. Dinámica central del Complejo de Edipo en donde se configura al niño como el actor de una escena que busca gozar de la madre. Como consecuencia de ello deviene la prohibición paterna que reordenaría esa intención infantil sancionando tanto a la madre como al niño, a los fines de interdicar y reubicar los goces por fuera de esa dupla madre-hijo que devendría así triangulada.

Lacan (1958) da un salto en relación a la postura freudiana ubicando al deseo de la madre en primer lugar como efecto de la percepción por parte del niño de la castración materna. Si a ella le falta, puede ser que lo desee a él como objeto. Es decir, que el deseo **de** madre posibilitaría el deseo **por** la madre, por parte del niño.

Como sabemos el resultado de la operatoria del padre edípico para la niña es el anhelo de recibir un niño suyo, ante la desilusión que le produce la madre negándole tal objeto. De esta forma la niña recibe un significante *hijo* como respuesta al enigma real –la privación del pene- que le otorga uno de los destinos posibles: el de madre. Esta significantización del agujero real sutura la nada con una ecuación: niño = falo. “Eso que no le falta (pene) pero que se sanciona simbólicamente como falta, deviene en deseo de la madre”. (Domb, 1995 p.2)

El goce femenino como tal no tiene respuesta ni objeto, ya que va dirigido a la falta del Otro. La maternidad opera del lado todo, inscripta en la dialéctica fálica, como deseo de la madre de un falo simbolizado al cual devendrá el niño a condición de perder ese lugar por la interdicción paterna. Ese niño como falo materno se constituye en un cuerpo narcisizado, deseando el deseo materno. Este tiempo de constitución en el Otro simbólico, tiene por eje tanto la construcción del cuerpo como de la imagen que lo recubre y los recortes pulsionales del objeto (anal, oral, fálico, invocante y mirada). Es capital

entender que en estos momentos no hay complementariedad de deseos ya que el encuentro nunca es cerrado ni simultáneo.

Cuando se sacrifica la feminidad en pos de la maternidad el niño queda capturado en ese goce materno, en cambio cuando se sacrifica al niño por el goce femenino aquel retorna como forclusión. “El deseo de la madre tiene al hijo como objeto, del mismo modo su goce no se confunde con el goce femenino. El goce de una mujer no tiene objeto, se dirige al Otro pero a su falta”. (Domb, Ob. cit)

La maternidad es la respuesta ante el vacío que denota la inexistencia de la relación sexual y ese vacío se transmite entre la madre y el hijo. Ya que una cosa es el vacío que causa el deseo, y otra cosa es el niño como producto.

Siempre hay un resto real que el hijo no va a recubrir, ya que hay una discontinuidad entre el producto y la causa: es decir, el hijo no va a obtener el deseo de una mujer. Transitamos los tiempos del deseo de la madre en tanto respuesta para recubrir al goce femenino, y como tal es nominante. Es un tiempo anterior al símbolo y al síntoma entendido como respuestas de parte del niño, ya que todavía no ha operado la metáfora paterna. (Domb, Op. cit)

A esta altura nos es dable entender que mujer y madre son destinos disjuntos, como lo habíamos anunciado ya en el capítulo precedente. Es decir que la madre responde a la lógica de la castración, en tanto su deseo está signado por la falta fálica y configura una de las respuestas al enigma que lo sustenta; en cambio la feminidad no responde a esa lógica sino que va más allá de la castración. De allí la discontinuidad entre una y otra.

El problema crucial a entender en la clínica de niños es poder determinar en qué tiempos lógicos de la constitución del sujeto se encuentra el niño y además qué lugar ocupa en la trama entre deseo y goce.

Opinamos que en las circunstancias en que el goce femenino no encuentra otra causa y se vuelca al hijo, produce estragos; en cambio, si la mujer encuentra otra respuesta a ese enigma y deviene causa del deseo de un hombre, por lo tanto el niño queda ligado al Nombre del Padre y por lo tanto a la *perè - versión*, liberando al niño de ese goce incestuoso.

2. Dos Notas sobre el Niño.

Tendemos a pensar que la relación entre el niño y la madre es dual, pero como sabemos, Lacan nos propone en el *Seminario Nº IV La relación de objeto* (1956) que entre la madre y el niño está el falo. Ese triángulo imaginario nos da cuenta de una equivalencia. Remitiéndonos a la definición matemática, equivalente no es lo mismo que identidad, por ello como decimos más arriba, no hay superposición exacta entre el falo y el niño, pensamos que siempre hay un resto. El destino del niño tendrá otro fin si en lugar de colmar a la madre, genera una diferencia.

Planteamos entonces, que la madre está atravesada por la castración y la lógica del falo. Como tal invita a que su *apetito* sea colmado completamente suturando la falta que la sostiene en su deseo. La madre no debe recubrir a la mujer. El niño por su parte puede colmar o dividir a la madre.

Entenderemos mejor esta operatoria articulándola con el texto *Dos notas sobre el niño* (1969) en donde Lacan plantea que el infante puede ocupar dos lugares diferenciales.

Este es un texto complejo y con dificultades para ser desentrañado, ya que aparecen en forma muy condensada conceptos que si pueden desmenuzarse, nos otorgan líneas muy importantes para el diagnóstico y la dirección de la cura. En nuestro caso lo articulamos además con las enseñanzas del *Seminario IV La relación de objeto* (1956), el *Seminario V Las formaciones del inconciente* (1957) y el *Seminario XX Aún* (1972).

Hemos consultado tres lecturas diferentes de este material que a nuestro entender ponen el acento en cuestiones diversas pero que nos aportan diferentes miradas que enriquecen lo que allí se ha querido expresar. ⁱⁱ No debemos olvidar que estas notas aparecen escritas en ese orden a partir de la publicación que realiza Miller, y que solo eran dos pequeños manuscritos del puño de Lacan en tiempos en que se estaba dictando el *Seminario Nº XIV La lógica del fantasma* (1966) no contando esta altura, con los matemas de la sexuación.

Volviendo al tema en cuestión, Lacan ubica de entrada la posición del niño como representante de un síntoma, lo cual lo coloca en el lugar del sujeto del padecimiento. Pero nos introduce a considerar que ese padecimiento es una respuesta del lado del niño a una escena que se juega en otra parte y que lo tiene como partícipe cautivo. Es decir, que si pensamos que el niño ofrece una

respuesta al deseo del Otro, no se limita al síntoma como tal, porque como sabemos, podría ocupar otros lugares: del ideal, del falo, del fantasma. Es decir, cualquiera de los lugares posibles del Grafo del deseo del lado de las respuestas del sujeto. (Hartmann, 1992)

Lacan expresa que el síntoma del niño responde a lo que hay de sintomático en su estructura familiar, esto es: Deseo de la Madre y Nombre-del-padre. Otorga el estatuto de verdad a la respuesta del niño indicando que se trata de una verdad que entraña un goce. Si es en relación a la pareja parental estará vinculado a la sexualidad de ambos. Si el objeto niño no divide puede devenir objeto resto de la pareja parental, ligado a la dinámica de los goces de los padres. Advierte que es un campo mas propicio para las intervenciones del analista.

La otra posición es la de ocupar el lugar del objeto del fantasma en la madre, siendo una posición que tiende a rigidizarse y a ser menos permeable a la lógica simbólica. En tanto relación dual, se presenta como un real indiferente. (Miller, 1998)

Partiendo de esta acepción lacaniana del padecimiento infantil ocupando dos posiciones diferenciadas, se nos hace necesario plantear una distinción entre el niño en el lugar del equivalente fálico ($a = - \phi$) por un lado, y del niño en el lugar del fetiche ($a = + \phi$), tomando como eje la tesis freudiana de la ecuación simbólica. En el primero el infante está en la causa de deseo y en el segundo es un tapón a la castración de la madre. Como tales, son momentos diferentes del (a). Si bien ningún niño puede quedar ajeno a la captura fantasmática materna, no entraña las mismas particularidades quedar ligado como objeto a su falta, dentro del campo de la regulación de la ley, que alcanzar un valor particular para su subjetividad. Como tal, el niño es un objeto que impide el acceso a la verdad de la madre por medio de la palabra. El niño como objeto (a) del fantasma materno no está ubicado en la coordenadas fálicas, sino que es un resto inasimilable, por el orden simbólico.

Hemos visto ya que la posición en donde el niño colma a la madre, desencadena angustia en ella ya que ocupa todo su deseo y como sabemos existe una lógica del *no toda* a la que la mujer es empujada. Si la madre no desea como mujer devendrá en complicaciones tanto para ella como para el niño.

Como dijimos, el amor maternal es una respuesta a la privación real, es decir que es un modo normal de velar la falta, con un objeto fetiche. Por ello el niño siempre va a entrar a la estructura como un objeto real, recubierto de un brillo agalmático, que en tanto pueda ser metaforizado ingresa a la operatoria de la castración.

Esta perversión normal a la cual denominamos *amor maternal* tiene el sesgo de la acción decidida de una mujer de demandar al padre un objeto imposible como correlato de su *ser privadas*. Con ello se introduce un costado de locura en esta demanda al poder conseguir ese objeto, que las hace ir más lejos de esta privación obteniendo como resultado la ecuación niño = falo. (Laurent, 1991) La metáfora infantil del falo sólo es bien lograda cuando falla en su fin, cuando ofrece una distancia entre la identificación fálica y la significación fálica. Una cosa es quedar identificado al falo, y otra cosa es ser equivalente porque hay una parte que se preserva, que es el no todo del deseo femenino. ⁱⁱⁱ

Hay otra operación que si no se promulga desde la madre, impedirá la eficacia del padre real: hablamos de la posibilidad de que el deseo femenino como eje busque su causa más allá del niño. Ella es causa de deseo para Otro: así enuncia Lacan a la operación del padre real, quien hace de la madre una mujer. De este modo será posible que la metáfora infantil opere, pasar de la lógica del ser al tener.

Veamos la operación del padre ejemplificándolas con un cuadro:

<i>DEUDA</i>	<i>OPERACIÓN</i>	<i>NIÑO</i>	<i>RESULTADO</i>
Padre muerto	Pene=hijo	Φ	1 ^a Identificación en el niño
Padre real	Escisión entre: Mujer: Objeto causa (a). Madre: $\longrightarrow \Phi$	S1	2 ^a Identificación en el niño

Creemos nosotros que la deuda de la maternidad es doble. Por un lado con el padre muerto, es decir con el padre que habita en ella como operación de su paso por el Edipo que es quien la ha habilitado en el *anhelo de niño*. Si la deuda opera en la madre, la falta se pasa de la madre al hijo y deviene la significación fálica en la relación madre - niño. Por ende el niño ocupa un lugar en el deseo de la madre, quedando en equivalencia con el falo.

Con relación al padre que le dona un hijo, la deuda será otra. Es el que produce la partición entre la madre y la mujer. Redirecciona su puerto más allá del falo, habilitada para ser causa de deseo del hombre, padre del niño. El niño contará con S1 a su cuenta por esta eficacia del padre real.

3. El duelo materno y el lugar del niño.

Desde la perspectiva de Flesler (2009), siguiendo a Lacan, no encierra las mismas vicisitudes *responder* a lo que hay de sintomático en la estructura familiar, que *realizar* la presencia del objeto en el fantasma materno. Flesler avanza sobre Lacan para dar cuenta de dos posiciones que hablan de tiempos del sujeto diferentes. Esta distinción es interesante porque nos permite introducir la dimensión temporal en un intervalo que se inicia en el punto inaugural donado por el Otro al niño, hasta el lugar diseñado por el sujeto como respuesta a esa apertura. El sujeto tendrá más posibilidades de *responder* con el síntoma en la medida en que no sea convocado a *realizar* la presencia del objeto. Esto nos permite correr el eje hacia la dimensión de la constitución del sujeto deseante. Si bien un síntoma entraña un padecimiento, las condiciones de abordaje y los destinos serán más prometedores que en la otra posición.

Hay un espacio donde el sujeto deberá tejer sus respuestas con la trama de la urdimbre que sustenta el deseo del Otro. Solo así podrá ganar su existencia. Para que ello suceda, el Otro deberá donar su falta, en cambio cuando falla la falta, el niño realiza el objeto del fantasma materno.

Este tiempo primordial en donde el sujeto responde, no es correlativo de la cronología, pero eso no exime que en algún momento llegue su vencimiento. La autora explica que tanto el intervalo de la falta del Otro y la respuesta del sujeto deben hacerse a tiempo, recreándose una y otra vez con la incerteza de

que una *contingencia acechante* pueda cerrarlo y hacer lugar entonces a la *realización* del objeto.

Introducimos aquí la dimensión de lo contingente como variable a ser tenida en cuenta en todos los órdenes de la vida a la que llamaremos real.^{iv} Y esto es de capital importancia para este trabajo de investigación, ya que concebimos a la muerte y al duelo como hechos de tal naturaleza que pueden ofrecer circunstancias particulares de detención del sujeto del deseo.

Estos accidentes del desarrollo interrogan lo imposible en la estructura.

La ley de la estructura, por estar basada en lo imposible implica que no hay posibilidad de simbolización de un posible sin accidente. Toda simbolización de lo imposible da contingencia: no sabemos cómo. Por eso el análisis no es una ciencia predictiva, sino una disciplina conjetural que reconstruye lo que pasó. (Yanquelevich, 2003 p. 54)

Nos sería impensable desconocer que lo cronológico cobra aquí también importancia; cuanto antes ocurran estos accidentes de los que hablamos las consecuencias serán de mayor gravedad. El hecho de atender a la estructura no nos hace desconocer esta dimensión del tiempo.

Nuestra clínica nos ha mostrado estas circunstancias, a partir del trabajo con niños que presentaban una detención en el devenir del sujeto en los tiempos anteriores a la entrada a la nominación del Nombre-del-Padre, frenando así, el germen de la constitución del fantasma como posibilidad de respuesta. Los síntomas, angustias e inhibiciones sólo alcanzan el estatuto de respuesta cuando el Otro admite que el niño no *realice* la presencia del objeto en su fantasma.

El duelo materno es una ocasión especial que atañe tanto a la subjetividad de la madre como la del niño. Si ella no cuenta con energía libidinal libre para propiciar el trabajo de duelo, posiblemente pueda quedar sumida en la tarea de recrear la falta – como el trabajo de duelo manda- y esa condición no deje de teñir particularmente a ese vínculo. De por sí, las tareas de maternaje requieren de una disposición libidinal a cuenta para poder soportar la función. La maternidad lejos de ser un hecho natural, concierne a una capacidad

estructural de sostener un lugar de semejante, que desde una disposición particular encarna al Otro primordial. Como tales, ligadas al deseo y al goce. Hay que disponer de una deuda simbólica para hacer lugar a la falta que aloje en su hueco a un niño. Si no es así éste también puede ser considerado como un detritus, un desecho, un resto caído de todo lugar de recibimiento amoroso y su destino por ende, será otro.

Las situaciones pueden ser variadas, tantas como sujetos existen. Hay duelos que perduran durante años, y un niño puede ocupar diversos lugares de acuerdo a las contingencias particulares de cada historia. En este caso, entendemos que el duelo produce un *quantum* de goce que puede devenir en excesos o en descuidos. El goce del que pueda ser objeto un niño, en extremos irrefrenables, puede conferirle distintos grados de muerte psíquica y en los casos más graves nunca llegar a alcanzar el estatuto de sujeto deseante.

Ya hemos anunciado que el registro de la falta se pierde como en el duelo y por ende creemos que el Otro no estaría en condiciones de ofrecerla, justamente por que el falo se encuentra positivizado. Falta la falta, y el (a) se presentifica dejando al sujeto en un *impasse* de encontrar su causa. Creemos que es una contingencia propicia para que el niño responda a la falta en la madre taponándola como objeto desde diferentes posiciones. No decimos que el niño encarna el (a) sino que oficia de pantalla para velar la falta radical que queda detrás de ella. Estas condiciones inscriben una fijeza a la relación entre la madre y el hijo ya que se muestran reticentes al acceso a la palabra.

El duelo que no se ha tramitado impide que la falta en tanto significante fálico pueda ser donada desde la madre al hijo. No hay falta sino tapón. Esta manera de llenar la falta tiene la modalidad de quedar arrumbada y ofrece dificultades para ingresar a una lógica de sustitución. (Yankelevich, 2003)

El duelo relanza a la madre a un momento de privación redoblando su falta en ser. La falta simbólica deja al descubierto la falta real. Entonces, es esta nuestra tesis principal, planteo, que el niño podrá ocupar por lo menos dos posiciones:

- Como objeto fetiche, cristalizando su lugar como “marioneta de la madre”. Si bien este es el espacio al que naturalmente se acoge al

niño, en algún momento deberá dar paso a otro orden, en donde no sea la elección materna única, gracias a que ella posee un deseo más allá de él.

- Como objeto (a) en tanto objeto inanimado, atornillado a la falta, sin acceso al orden simbólico, tal como lo plantea Lacan. (1967)

Una madre ensimismada en el sostenimiento de su propia imagen narcisista encuentra dificultades para dirigirse al niño y ofrecerse como espejo para que este se reconozca. La sombra del objeto que recae sobre su narcisismo destiñe al objeto que porta en sus brazos: en lugar de brillar, se torna opaco y sin reflejo. Se producen sensaciones de extrañeza frente al bebé que no permiten su recubrimiento imaginario y por ende ellas no se reconocen en él. La danza amorosa se complica y deviene en erotización gozante.

Consideramos que la dimensión contingente de la estructura abre la posibilidad de entender que una madre como representante del Otro primordial puede haber dado lugar a destinos diferentes para cada uno de sus hijos, porque las circunstancias vitales no han sido las mismas ni tampoco la posibilidad de ser resignificadas. Una madre neurótica no es reaseguro de que uno de sus hijos no sufra de psicosis. El análisis dará cuenta de esa dimensión reconstructiva que permite entender cómo lo contingente se anuda a lo instituyente.

Estos niños de los cuales hablamos, se presentan como objetos de goce. No reúnen las condiciones para ser ligados a la psicosis o al autismo, aunque si existirían fallas en su constitución pulsional y narcisística. Nos es más sencillo graficar su presentación clínica aludiendo al hecho de que se encuentran detenidos en su camino a la neurosis y allí radica la apuesta fuerte del trabajo analítico en estas circunstancias, en tanto que promueve el advenimiento del sujeto que luego encontrará, en el mejor de los casos, el tope de la castración. La acción analítica, será la de delimitar y corregir la detención que se ha producido en los tiempos instituyentes para recrear la falta entre el Sujeto y el Otro. Las consecuencias pueden ser muy variadas.

4. El niño como sostén de la madre.

Que el niño implique para la madre quedar dentro de la significación fálica o represente el goce fálico no le produce los mismos efectos. Su ingreso a la estructura será por las vías del falo que dará cuenta de que la identificación primaria se encuentra lograda y alcanzará derroteros diferentes si se transmite como significante o si todo el niño se transforma en el instrumento de goce materno. Estas dos posiciones nos otorgan elementos valiosos para entender de qué modo la madre debe operar para que el niño pueda hacerse de una reserva libidinal que le permita relanzarla a la producción lúdica. Entendemos que el duelo materno inclinaría la balanza hacia uno de los lados produciendo fallas en la imagen narcisista y en la capacidad de hacer uso de los objetos pulsionales fantasmáticamente. (Amigo, 2003)

Veamos:

1. Si el niño ha logrado la significación fálica es a condición de que la madre lo ha eximido de colmar permanentemente su falta, lo ubica más allá de la correspondencia entre la falta de objeto y la sutura narcisista para ella. Es decir, que el niño la colma, pero no toda. Esta actitud materna de privilegiar el niño, Winnicott la denominó capacidad de *holding*. La significación fálica apunta a señalar la falta y como tal el bebé deberá quedar por fuera de ser identificado todo al falo como a la imagen ideal. Como consecuencia habrá disponible para el niño un objeto para la actividad lúdica, que surgirá de ese recorte del objeto caído a cuenta de su propia reserva libidinal. Si la madre puede faltarle al niño, lo introducirá en sus juegos de presencia - ausencia conformándose en *Fort-Da* para él.
2. En cambio, si es el niño quien sostiene a la madre, ella es la que va a hacer de él *su muñeca erótica* quedando identificado a la satisfacción incesante o al aquietamiento de su angustia. Cuanto más la colma, más la angustia. Así devendrá objeto del goce fálico del Otro. El niño quedará como rehén eterno, legitimando el narcisismo de la madre. Habrá un desfasaje entre la demanda

materna y la posibilidad de respuesta del niño, que quedará siempre por fuera de la imagen ideal, y al que no hay espejo donde reconocerse. El objeto (a) no se desprende y por tanto no hay posibilidad de que el niño se use con fines de juego. El par presencia - ausencia no alterna y el niño no puede faltarle a la madre bajo ninguna circunstancia, porque ello amenaza con desmoronar su subjetividad. Esta existencia de esclavo, le devolverá su lugar de objeto para el Otro, quedando cerrada la posibilidad de incluir a los semejantes y el goce sublimatorio.

Si la madre no cuenta con una reserva libidinal que permita sostener esa escansión propia del duelo en donde el $(- \phi)$ vacila, a cuenta de poder tolerar lo doloroso de una pérdida en los tiempos en que existe una retracción libidinal sobre el objeto desaparecido, es posible que haga usufructo del goce fálico a través de su hijo, como modo de respuesta al sostenimiento de su subjetividad. Ella requiere de la presencia del objeto de un modo *carnal* y gozoso. En este punto de fetichización del niño creemos que éste puede tornarse en una pantalla que recubra al objeto del fantasma que por las circunstancias de la pérdida, vacila. Por ello deviene una detención, porque la pantalla fantasmática se rigidiza. Entendemos, que el niño no ocuparía el objeto (a) del fantasma materno sino más bien la pantalla detrás de la cual se encuentra la falta.

5. Notas clínicas del niño como objeto.

Un niño alojado como síntoma encarna la verdad de la pareja parental o del fantasma de algunos de los padres. Para ocupar la primera posición debe además haber alcanzado, como ya hemos enunciado, la capacidad de disponer desde su propio acervo, la posibilidad de representar una respuesta al deseo del Otro. El síntoma como tal, encierra una verdad cifrada y es una formación sustitutiva que involucra un mensaje al Otro simbólico.

En cambio, cuando desfallece el Otro el mensaje se muestra actuado, porque el recurso a la palabra se encuentra impedido. Es lo que Lacan conceptualizó como *acting out*. Se dispone como recurso montar una escena sobre la escena del mundo, para mostrar al Otro que desfallece una verdad *mal*

dicha. Lacan trabaja este concepto ejemplificándolo con el Príncipe Hamlet quien escribe una obra de teatro y dispone que la actúen frente a su tío y a su madre, ante la imposibilidad de revelar la verdad que encerraba la traición y el asesinato del padre en manos de su propio hermano. Esta *mostración* da cuenta de una verdad sobre el sujeto, tirándole el objeto bajo sus narices, pero no dispone de la misma eficacia que el síntoma ya que el Otro está desfalleciente. No puede apelar al recurso de la palabra sino que se dan señales.

En el *Seminario, el N° X La angustia* (1962- 63) en la última clase, coloca a la altura del *acting out*, la función del duelo refiriendo que la tramitación será por vías de una escena, cuya finalidad es de *velar* al (a) justamente porque lo simbólico está sin posibilidades de apelación. (Gerez Ambertín, 2005)

Estas circunstancias nos ayudan a conceptualizar el hecho de que un niño alojado como objeto, dificulta la posibilidad de que el Otro lo anticipe como un sujeto en vías de constitución. El duelo es una circunstancia propicia para velar la falta con los recursos que se disponga, quedando el niño como semblante del objeto desaparecido. El velorio puede perdurar como escena teniendo al niño como epicentro. Tapar una falta con alguien que cabe en su justa medida. Duelos interminables sin acceso a su tramitación psíquica. Hay una *mostración* del niño como representante del muerto.

En muchas ocasiones nos hemos encontrado con niños que son traídos a la consulta sin posibilidad de portar un síntoma. Verdaderos *acting* de la madre. Escenas que muestran una verdad a medio decir pero que como tales son ajenas al sujeto que las monta. Se muestra al niño, como cosificado, otrificado y su estructura de ficción se presenta endeble.

Un síntoma, en cambio, tolera el acceso por vías de lo simbólico, permitiendo la sustitución y el desplazamiento, hasta que su verdad se agota por las vías de la acción significativa.

Un niño como objeto nos exige abordarlo sabiendo de sus particularidades. Tal vez, esta sea la primera ocasión que se lo aloje simbólicamente o se le dirija la palabra esperando una respuesta. Recuerdo en una ocasión que una madre nos confesaba que no le dirigía la palabra a su hijo ya que consideraba que eso no valía la pena porque él no iba entender. Tiene que existir un

momento de anticipación en la madre para que se lo imagine y se le de existencia separada de su cuerpo, suponiéndole un lugar más allá de ella.

Alojado en los límites de la estructura de ficción no dispone del “como sí” para tramitar el padecimiento que lo aqueja al tiempo que los fantasmas de los padres aparecen por jirones. Retazos que se hace necesario ir anudando hasta otorgarle el marco preciso que permita su ordenamiento. La palabra del analista suele ser la primera que señala situaciones que de otro modo son vividas en forma naturalizada por los padres. En general, no arriban con preguntas ni con una percepción de las dificultades de los niños. Tanto los padres como los niños requieren de un manejo de la transferencia que supone sujetos en estado de extrema fragilidad psíquica. Verdaderos objetos de cristal que amenazan con romperse ante la torpeza que pueda conferirle una maniobra clínica mal ejecutada, por eso requieren de cuidado, y de la espera de los tiempos necesarios para el desarmado y el armado en otras escenas que le otorgue un respiro a la asfixia que soportan los niños.

Es llamativo el grado de mudez con que esos niños llegan al espacio analítico. Grandes perturbaciones de la demanda en donde no hay acceso a la palabra hablada y remiten a una exacerbación del goce autoerótico. Lacan decía que cuando la demanda calla, la pulsión actúa. Por ello requieren de la construcción del grito como primera demanda al Otro para poder acceder al germen de una interacción por vías de una intención comunicativa con el otro.

Alicia Hartmann (1992) conceptualiza estos estados como formas particulares de satisfacción del *ser*, que lo ubican de forma especial en el Deseo del Otro. Los padres tienen la peculiaridad de poseer una llamativa pobreza en su movimiento deseante. Nos interesa su testimonio porque siendo una clínica muy similar a la que nosotros nos interesa nos agrega una visión que nos ayuda a conceptualizarla.

La operación clínica de esta autora apunta a construir el objeto imaginario con otro nombre, es decir, permitirle otros sentidos posibles, aflojarlo de ese sentido en el que queda atrapado, ya que su devenir se haya detenido, cristalizado y de ese modo generar las operaciones necesarias para que se precipite el ingreso a la neurosis. Este déficit en la constitución del narcisismo, da cuenta del apoyo insuficiente para la conformación de la imagen jubilosa.

Aunque no se desconocen frente al espejo tampoco hay atrapamiento en la pregnancia de la imagen, sino más bien una seria indiferencia.

Los niños que llegan a la consulta en posición de objeto [...] tienen la particularidad de que en la primera etapa del análisis, sea el analista el que tome la posición activa del *Erastés*, para que pueda producirse en el niño el deseante, dando así comienzo a la transferencia. De entrada, la operación será poder causar algún movimiento en el deseo detenido por la fijeza del fantasma de estos pacientes (niño-madre). [...] Somos testigos de su constitución [...] las primeras formas de objeto, en relación con el falo y el narcisismo. (Hartmann, 1992 p.129)

La autora refiere que la madre confunde toda demanda del niño con la satisfacción de una necesidad. Existiría una superposición en el polo materno entre el objeto de la demanda y el objeto de la necesidad. Pueden ser niños muy bien atendidos pero que carecen de los recursos para poder desasirse de lo colmante de la acción materna para que pueda surgir un pedido al Otro, ya que no se ha construido este intervalo necesario que remita a la insatisfacción de la demanda por estructura. Niños colmados que no pueden formular un pedido por pequeño que sea.

El problema que se le presenta al analista es vérselas con la dificultad para ampliar el mundo objetual del niño, que se denota por un pegoteo con los juguetes sin llegar a ser un juego en si mismo. Puede hacer uso de ellos pero no desarrollar una acción simbólica. Son frecuentes las dificultades ante los cambios de objetos o un desinterés que permita incorporar nuevos.

Este lugar imaginario que le confiere el Otro detiene las operaciones que tienen que producirse para que aparezcan *respuestas* del lado del niño.

Se hace necesario trabajar tanto con la madre como con el pequeño, ya que hay que extraer el goce que ha quedado depositado como exceso en él, insertando una alteridad entre ambos. Al propiciar esa operación la madre tendrá que vérselas sola con su trabajo de duelo, adscribiéndole otro nombre a esa angustia y al dolor que surge como efecto de tal nominación. El destino

será aciago para cada una de las subjetividades sino media una subjetivación de la pérdida.

6. La escrituración de la falta y los duelos constitutivos.

Hemos anunciado al inicio de este capítulo el propósito de encontrar un anudamiento entre los tiempos en que el sujeto deviene a su condición deseante y las posibilidades de la estructura de producir los actos que permitan la escrituración de la falta como resultado en cada uno de ellos. Duelos constitutivos que apelan a la dimensión estructurante y su operación necesaria en el tránsito por la infancia.

Ya habíamos hablado de lo que un duelo en cuanto hecho desafortunado puede ocasionar al devenir deseante. Su naturaleza encierra otras particularidades ya que la contingencia dará cuenta de lo traumático o no que pueda significar para cada sujeto este hecho, dependiendo su elaboración de los recursos con los que cuente para poder abordarlos en la dimensión de la subjetivación. Diferenciamos al trauma del duelo entendiéndolo al primero como un montante en exceso de energía psíquica que desborda las posibilidades del aparato de darle elaboración. Es la irrupción sin aviso de lo real, que desborda a lo simbólico y a lo imaginario. En cambio, el duelo es un agujero en lo real y comporta una pérdida para lo cual no hay escrituración simbólica, ni reflejo imaginario que puedan recubrirlo. Aunque podemos pensar que las especiales circunstancias de algunas pérdidas pueden significar un hecho traumatizante - el terrorismo de estado por enunciar alguno de los dolorosos ejemplos de nuestra historia argentina- del que hoy todavía quedan cicatrices, tanto en lo social como en lo íntimo.

Dijimos que su tramitación es la ocasión – en el caso que se pueda realizar su labor- de arribar a una transformación de la relación del sujeto con el objeto; tarea que culmina con un rasgo a cuenta del sujeto y que abonará de allí en más el fantasma y el síntoma.

Las deudas con los muertos sólo pueden ser incorporadas a la vida si ha operado satisfactoriamente las dimensiones imaginario/simbólicas que atañen a esa tarea de escrituración y reanudamiento. Decimos que la muerte reclama

al sujeto su inscripción. Cuando la muerte queda desanudada, forcluída, renegada, el retorno es calamitoso.

Intentamos plantear así las consecuencias del encuentro entre los duelos *necesarios* y los *contingentes* según la distinción enunciada por Clara Cruglak (2003). Respecto a estos últimos, digamos que no tiene las mismas consecuencias que lo real de la muerte se presentifique cuando el sujeto está en vías de constitución, porque los recursos de escrituración serán menores y dependerán en mayor medida de las operaciones que el Otro tenga que hacer con ellas. Por eso planteamos que si la tarea de duelar atañe al Otro, el niño inevitablemente quede inmerso en ese devenir.

Pero simultáneamente deben producirse otros tipos de duelos, los necesarios, que implican la salida del infante de ciertos lugares que conciernen a su estructuración, con la consecuente aceptación de la pérdida que ello involucra. Es por eso que la falta convocada desde estas dos vertientes llama a su inscripción. Estos duelos reclaman al Otro y al Sujeto.

He aquí el nudo de la labor que estamos planteando. En una y otra dimensión hay un trabajo de escrituración por realizar. De los avances o no y de las detenciones, es que trataremos de dar cuenta en este apartado.

Según Alba Flesler (1997), el tránsito del niño por la infancia hasta su llegada a la pubertad supone diferentes encuentros con la falta de objeto, configurando un verdadero trabajo de duelo que debe sostenerse desde dos lugares diferentes.

Este planteo que realiza la autora nos ayuda a entender los duelos necesarios.

- El duelo del Otro: implica un tránsito en el devenir de la construcción de la subjetividad.
- El duelo del Sujeto: que desde el Otro permita hacer de la falta de falo una marca, una pérdida.

Estos duelos necesarios dan cuenta de la localización de los tiempos de escritura ineludibles para la construcción de la estructura, que implican la producción del Sujeto, del objeto y el correcto funcionamiento del Otro.

El niño ingresa como un real al mundo del Otro y deberá ser investido imaginariamente, para hacer de ese objeto un falo que quepa en su deseo, resultando la significación fálica como transmisión. De la construcción imaginaria del cuerpo podrá surgir la posibilidad de capitalizar una reserva para afrontar lo real. “El velo de la producción del cuerpo aparta un primer goce (-φ)”.^v (Amigo, 2003 p. 156)

Como ya dijimos al exponer las ideas de Hartmann, si la demanda se constituye y la madre no le superpone el objeto de la necesidad sin poder codificarla esto conmueve el estatuto de falo colmante, hiriendo en cada ganancia esta univocidad. La función del Otro se hará presente en cada uno de estos encuentros cuya acción rompe con el sentido único como respuesta a los pedidos del niño generando una alternancia entre necesidad y demanda dando lugar a que aparezca la falta en las condiciones de soporte de su función.

El duelo del Otro se realiza cada vez que la estructura reclama la inscripción de una pérdida. En las ocasiones que este Otro no acude al llamado ante el agujero que se le presentifica, eso tiene efectos sobre el niño: no hay posibilidad de su lado, del lado del Sujeto de valerse de la letra del Otro para inscribir la falta. Esto sucede según Flesler, por ejemplo, en la melancolía quien lo dice de esta manera “La vacuidad sin soporte literal que localice la falta se hace insostenible. Destroza al sujeto en vez de efectuar su escisión”. (Flesler, 1997, p. 3)

Otras de las dimensiones en juego en la constitución subjetiva y que tiene que ver con las operaciones del Otro, es la que implica la imagen especular. La constitución del cuerpo propio como resultado de la asunción de la imagen jubilosa será posible si el Otro regula la imagen que permitirá sostener la identificación constitutiva del yo, que done la imagen para sostener el reflejo en el niño. En el carozo de la imagen especular se encuentra el objeto recortado que permite el encuentro jubiloso con la imagen que envuelve la falta imaginaria.

Todo duelo tiene un tránsito por estados de angustia que como tales conmueven la imagen narcisista cayendo las envolturas por la pérdida de referencia al Otro mostrándose como la contracara del júbilo, es decir que al perderse el Otro especular, la imagen vacila por no poder localizar el espejo que devuelva la imagen propia i (a).

Si la falta se ha escriturado en los diferentes niveles por el transcurrir de los sucesivos duelos en la infancia el niño contará con un cuerpo pulsional y un yo a su cuenta.

Uniendo las hipótesis de Flesler con las nuestras agregamos que estos duelos estructurantes podemos entenderlos como hitos decisivos que suponen sucesivos encuentros con la falta a partir del Sujeto y el Otro. La autora menciona los siguientes hitos:

1. Separación;
2. Asunción jubilosa de la imagen;
3. Identificación;
4. Recorte del objeto causa;
5. Germen del fantasma que hallará su sellado al arribar a la adolescencia luego de pasar nuevamente por la reedición del Edipo infantil pero con otros personajes, en lo exogámico.

Los duelos de la infancia desembocan en lo infantil. Podemos advertirnos de ello a partir del trabajo analítico realizado con sujetos adultos, ya que como Freud decía no hay infancia sin neurosis. Esto no es la excepción sino la regla, ya que la misma tendrá que ver con el encuentro tanto con la sexualidad como con el lenguaje.

Cuando la angustia circula tanto en el espacio parental como en el del niño indica que algo de la lógica de la castración no está operando y el espejo lúdico relacionado con la sintomatología parental ligado a sus fantasmas se resquebraja.

Dificultades de otro orden sobrevienen cuando habiendo problemas para escriturar la falta, la madre confunde necesidad y demanda. Del lado del niño no podrá formularse la pregunta ¿puedes perderme? ya que no habría lugar para una escansión y por lo tanto queda en un grado de mayor dependencia por tapan la falta en el Otro. “Para apartar el goce que cada tramo conlleva es necesario tener el soporte de cual asir la vacuidad que está en el centro de la misma. El encuentro con el vacío que propicia la falta será posible si es cavado por la escritura en los tiempos de la infancia”. (Flesler, Ob. cit p. 5)

7. Diferencias conceptuales entre las nociones de desarrollo, detención y estructuración subjetiva infantil. Algunas teorías sobre la constitución de la estructura subjetiva.

Una de las aristas de la hipótesis con la que estamos desarrollando este trabajo está relacionada con la *detención* en la estructuración subjetiva. De allí entonces, la consideración de una dimensión de construcción de la estructura en donde la *detención* y el *desarrollo* son inherentes a este espacio que aludimos. Frecuentemente quienes se denominan deudores de la obra de Lacan y de la clínica que se desprende de ella, han forcluído estos conceptos de las teorizaciones respecto a la constitución de la subjetividad por considerarlos ajenos a las enseñanzas que nos ha legado. Sin embargo quienes nos encontramos cotidianamente emparentados con la clínica de niños y especialmente de los niños pequeños, no nos es particularmente ajeno denotar que en innumerables ocasiones somos testigos de la escrituración de las marcas que se van conformando en el psiquismo de nuestro pequeño paciente y de la validez de la noción de desarrollo de la estructura desgajándola del terreno psicológico o biológico, sosteniendo la importancia de considerar los tiempos en el que estas marcas sobrevienen. Muchas de las aversiones de ciertos lacanismos por estas cuestiones las creemos relacionadas con las críticas que les realizara a aquellos sectores del psicoanálisis que congeniaban con la idea de un desarrollo evolutivo de la libido, las denominadas fases, que en su origen fueran desplegadas por Abraham y luego retomadas por Anna Freud, cuando habla de detención de las líneas del desarrollo.

Sostenemos la idea de que tanto *estructura* como *origen* no son conceptos excluyentes, sino más bien concernientes a las relaciones fundacionales del Sujeto y el Otro.

Es un hecho que hay una historia que precede y determina la llegada del *ínfans* al lugar de la falta en el Otro, pero se trata en principio, de una historia *archivada* en otro lugar que será traducida y escriturada por el Otro primordial, en los tiempos que ocupa la crianza del infante. Hay una tradición ancestral cifrada en las palabras que nos anteceden y que encontrará un modo singular

de hacerse presente en la oportunidad en que lo contingente opere sobre lo instituyente.

De entrada, el *ínfans* se limita a recibir del Otro las marcas de esa historia. A partir del Fort- Da comenzará a apropiarse de las mismas jugando con ellas. De chiquito cuando vaya armando la capacidad- siempre fallida- de entender el lenguaje, irá escuchando las historias que se cuentan de la vida familiar [...] pero recién al llegar a la pubertad contará con la dimensión histórica suficiente para ubicarse él mismo como heredero de su propio linaje. (Coriat, 2006 p. 14)

¿Cómo es posible entonces, que se halla extendido de tal manera esta *mala versión* de qué la estructura está dada de un modo idéntico desde el comienzo?

Si seguimos a Freud podemos encontrar que estas cuestiones ya fueron consideradas por él a su manera en la *Carta 52* (1896) cuando elabora el esquema para pensar de qué modo quedan registradas las inscripciones en el psiquismo. Ubica tres sistemas diferenciados: el de la percepción (que opera por simultaneidad); el inconciente (asociaciones causales) y el preconciente. Hace alusión a que esas transcripciones son sucesivas y dan cuenta de diferentes épocas de la vida. En el esquema del peine, las huellas mnémicas anteceden al inconciente conformando las primeras experiencias del bebé que irán dejando sus marcas como registro de lo placentero o displacentero en el sistema de registro inicial con el que cuenta, es decir lo biológicamente heredado. Para Freud esto es lo constitucional que aparece teorizado en sus “Series Complementarias” y en donde lo infantil primitivo, anterior a lo edípico cuyo sustrato serían estas marcas fundacionales, conformarían lo reprimido original.

Las enseñanzas de Lacan ubicadas entre el Seminario I y el X según Cosimi (2005) nos permiten indicar que existiría una “evolución de la estructura” a partir de la incidencia de algunos indicadores tales como, por ejemplo, la reformulación lacaniana del Complejo de Edipo, que supone la existencia de un momento identificatorio por el cual el sujeto se puede adscribir

a los ideales de su sexo, siendo la culminación de un proceso que transita por etapas o tiempos. Asimismo en el *Seminario Nro X La angustia* (1962-63) se hace referencia a que la capacidad simbólica se va adquiriendo conforme a la “maduración de la estructura”.

Así Lacan hablará - por ejemplo - de maduración del (a) (1962: 159) a propósito de ciertos fenómenos ligado al aprendizaje, es decir al desarrollo simbólico. También de niveles, etapas de estructuración del deseo, (1962: 128). Además, al hablar de la neurosis obsesiva y plantear los alcances que permite la posición anal advierte que el circuito del deseo no está completo (1962: 213). Es decir, aparece la idea de que es necesario un plus, un desarrollo más para alcanzar la mejor forma subjetiva del deseo. Y con todas las letras dice “el desarrollo no da un acceso igual a la realidad del Otro”. (1962:272). *Entendemos que el desarrollo puede pensarse aquí desde Lacan como la progresiva experiencia de la realidad del Otro. Otro cuya realidad está desde el inicio. Esta subjetivación –agrega Lacan- no es psicológica ni corresponde a ningún desarrollo, ella une los accidentes del desarrollo [...] a la acción de un significante.* (1962: 200). (Cosimi, 2005 p.p 2-3). La cursiva nos pertenece.

Es capital para la comprensión de este problema, la acción que el significante realiza sobre el cuerpo viviente del *ínfans*, las marcas constitutivas que van otorgando realidad pulsional y produciendo las diferentes caídas del (a) como efecto del recorte de cada uno de los agujeros.

“Esta experiencia de la realidad del Otro” podemos pensarla también en términos cronológicos. Si bien estos hitos instituyentes los ubicamos dentro de los tiempos lógicos de la estructura, no por ello debemos dejar afuera la temporalidad en que esas marcas se van realizando en el psiquismo, ya que cuando trabajamos con niños, es muy importante tanto poder detectarlas como poder intervenir antes de su vencimiento. No por casualidad Lacan ubica la constitución del yo especular alrededor del intervalo correspondiente entre el 6º y 18º mes de vida del niño, ya que no le cabe el mismo pronóstico a un niño de

5 años cuya inscripción imaginaria se ha efectuado con fallas o que nunca se ha podido constituir. (Coriat, 2006). La dimensión cronológica no puede ser obviada de la clínica de niños porque asistimos a un proceso instituyente que se desarrolla en días, meses y años, aunque no desconozcamos que también existen los tiempos de constitución del fantasma en el entretejido real, imaginario, simbólico con la consecuente pérdida de goce en cada uno de ellos.

“La hora del Otro” cobra una importancia trascendental para la conformación del niño como futuro sujeto deseante. Hay madres que llegan tarde o faltan a la cita del encuentro con su hijo por determinadas situaciones ligadas a la propia historia o porque algo de lo real ha irrumpido (muerte) y un duelo ha detenido el devenir de las marcas instituyentes.

[...] los tiempos del sujeto, tiempos de lo Real, de lo Simbólico y de lo Imaginario, en la constitución de la estructura, sólo hallan promoción de uno a otro en la discontinuidad de un goce cuya pérdida es condición ineluctable para dar causa a la dialéctica deseante. Entiendo que así lo presenta Lacan, cuando en la estructura ternaria de los tres registros, escribe en lo Simbólico el agujero principal, acentuando la razón relevante y de fundamento que conlleva tal agujero. No ha de pasarnos inadvertido que el agujero principal no se anota de modo inespecífico sino en lo Simbólico. Sólo luego, entre Imaginario y Real donde aparece la escritura del goce del Otro (JA), queda localizado el agujero verdadero. Este último aunque no en menor importancia, será sucedáneo del anterior y principal, el agujero de lo Simbólico.

En el psicoanálisis de un niño, se hace notable cómo en numerosas ocasiones la falta que le conviene al orden Simbólico no está cavada sino apisonada por alguna sustancia gozante. Cuando su densidad avanza sin valla sobre el agujero principal, son evidentes las dificultades para engendrar el agujero verdadero en el curso del análisis. Su eficacia obturante determina destinos diferentes en el precipitado estructural. Especialmente si el esquema subsiste permanentemente a lo largo de la infancia, si

mortifica al sujeto, puede devenir eterno y hasta resultar mortal.
(Flesler, 2007 p. 260)

De estas dificultades, en cuanto a la condición estructurante, hablamos cuando un duelo no permite la escrituración significativa que se anote en las vías de la mortificación atinente a la castración. Los tiempos de la construcción de los agujeros no operan adecuadamente ya que se reniega o se forcluye la falta.

Elsa Coriat es una analista que ha dedicado gran parte de los trabajos volcados en sus libros a ubicar el origen del sujeto a partir de la experiencia en la atención de niños con problemas del desarrollo en la institución que fundara su madre^{VI}. Es interesante seguir las formalizaciones que ha ido construyendo la autora para fundamentar una clínica psicoanalítica con niños que aun no hablan por sí mismos. Para ello se le ha hecho necesario ubicar las coordenadas que fundamentan la causa del surgimiento del sujeto por acción del significante. Refiere que no podemos pensar en la existencia de un sujeto idéntico de la misma manera desde el comienzo, ya que la estructura se construye sobre las bases de la relación con la palabra. Si un sujeto es lo que representa un significante para otro significante, los modos en que el S1 afecta el significado produce a su vez el surgimiento del sujeto en razón de la acción directa sobre el cuerpo del bebé, en determinadas circunstancias.

Aunque la estructura del lenguaje preexista al sujeto y la cadena simbólica la consideremos como una constante, ya que sus leyes se transmiten generacionalmente, no hay sujeto del lado del viviente sino a instancias del sostenimiento del Otro como suplente ante la prematurización del niño. En este primer momento el sujeto es una ilusión que anticipadamente funciona en el espejo del otro, ya que en sentido estricto no hay sujeto en lo real. Tendrá que advenir las operaciones fundantes del Otro sobre esa imagen para que el niño pueda reconocerse como sujeto unificado, engaño necesario para la constitución del yo.

Freud en *Inhibición, síntoma y angustia* (1926) dice que la madre oficia de agente para que *madure* el discernimiento que permita al niño ir diferenciando las ausencias temporales de las pérdidas duraderas, requiriendo de varias intervenciones *consoladoras* que permitan el reaseguro de que regresará,

introduciendo el juego de taparse la cara y destaparla ante el júbilo del niño por el reencuentro. Es decir, que vemos la particular intervención que el Otro primordial debe realizar para que lo simbólico, aunque lo preexista, se enlace en la estructura permitiendo la representación de la ausencia. Por ello decimos que para que el *sujeto maduro* en pos del discernimiento es necesario que la acción significativa opere contorneando el objeto.

¿Es posible pensar en una maduración del sujeto del inconciente?

En el trabajo que hemos citado anteriormente de Alfredo Cosimi (2005) retomamos las preguntas que se realiza el autor siguiendo los vericuetos de la constitución del objeto en forma circular y no lineal. Nos parece importante esta distinción ya que no estamos planteando la existencia de una gestación evolutiva sino más bien en los avances de la estructura en entrecruzamientos borromeos, si nos lo figuramos topológicamente. El autor interroga el concepto de desarrollo en la constitución subjetiva desde la perspectiva del deseo encontrando puntos de anclaje a partir de indicios en diferentes tópicos:

- En el *Seminario IV Las relaciones de objeto* (1956): se postula la identificación a los ideales del sexo como culminación de un proceso.
- En el *Seminario N° V Las formaciones del Inconciente* (1957) diferencia grados diversos de separación entre el Sujeto y el Otro.
- Discriminación entre diferentes grados de elaboración simbólica: Entre la locura-síntoma-acto analítico.
- Diferencias en cuanto a la mediación simbólica en la alucinación- sueño-conversión.

A partir de estas distinciones trabaja la conjetura inicial de que el deseo se va constituyendo siguiendo un proceso de desarrollo según las distintas especies del (a).

Desde el discurso médico la maduración alude al modo en que se despliega lo que ha sido heredado biológicamente, en cambio el desarrollo incluye lo previo, lo adquirido y los efectos de la interacción con el medio. (Coriat, 2006) El problema que se le plantea al psicoanalista que trabaja con niños es la pregunta por lo que determina las series de las transformaciones estructurales y en tal caso cuando el desarrollo se detiene, cuáles son las causas de ello.

Freud evidencia que la punta del ovillo está en considerar que estas circunstancias se deben a un entrecruzamiento de razones. Por un lado, lo biológicamente heredado, ya que es frecuente que el psicoanalista desconozca que el cuerpo biológico está presente, porque le interesa el cuerpo pulsional. El lugar en donde se va a realizar las inscripciones simbólicas parte de un real viviente que se modificará en la medida en que las escrituras se ordenen en la forma adecuada. Pero al decir de Coriat, es necesario no desconocer de qué naturaleza es el “papel” donde se realizará la escritura, aunque no sea nuestra incumbencia.

Si las acciones significantes operan sobre lo real biológico “con justeza” el bebé podrá desplegar su maduración hacia su reconocimiento en el espejo. Si hay fallas en alguna de los dos registros (biológico o simbólico) la imagen se efectuará tardíamente o nunca podrá darse. (Coriat, 2006)

¿Qué podría importarle a un psicoanalista todo lo que tiene que ver con lo orgánico o con el desarrollo? Yo diría que, a menudo, y con la mejor buena fe, simplemente por desconocimiento de lo otro, el psicoanalista interviene atribuyendo a alguna faceta misteriosa del fantasma de los padres el retraso de un niño en el habla, o el síntoma psicomotriz, o a la dificultad en la lecto escritura, cuando en realidad se trata de alguna disfunción neurológica, o en alguna alteración en la calidad del papel que debía sostener el proceso de apropiación. Este tipo de confusiones diagnósticas en relación a la causa etiológica puede terminar siendo tan iatrogénica como su inversa, cuando se atribuye a lo orgánico cuestiones que son exclusivamente del orden Psi. (Coriat, 2006.a p. 28)

Sin embargo, no dejamos de evidenciar también que los tiempos actuales particularizados por la dificultad en la inscripción de las pérdidas, configuran efectos sobre la clínica de niños que contribuyen a sacar de la escena la implicación de los padres sobre su padecimiento. Es particularmente inherente a estas dificultades contemporáneas el atribuir la causa del malestar solamente a una causa biológica y no significativa. De alguna manera los des-

responsabiliza frente a la posibilidad de preguntarse sobre la verdad que los atañe como sujetos que sostienen la transferencia en el niño.

Atribuir la causa principalmente a un desorden neurológico favorece a la construcción de una creencia que reniega de la participación necesaria de los fantasmas parentales en lo que atañe a la economía de goce. Ningún niño, por muy afectada que esté su condición orgánica, escapa a los significantes que lo representan y le dieron cabida en una historia genealógica. El niño adviene por estructura al lugar de una falta y vela la incompletud imaginaria de la madre. Es necesario que opere una anticipación desde el Otro primordial que admita su alojamiento como futuro ser deseante y permita que ese real, objeto parasitario, se lo pueda llamar bebé. Lejos de ser una condición natural, los significantes madre y niño escapan a la naturalidad de las leyes de la biología y necesitan de la traza del significante, para que allí se constituyan respecto a un orden del deseo.

Cuando ciertas operaciones del origen están ausentes, los tiempos no realizados en la constitución de la estructura se aprecian a modo patético en los estancos enclaves de goce mortificante, en las inhibiciones, angustias o síntomas, versiones manifiestas del punto en que han quedado detenidas o impedidas las progresiones de los tiempos de la infancia.

El analista al atender un niño, ha de delimitar desde el inicio no sólo el tiempo del sujeto, sino esencialmente los destiempos y contratiempos que expresan padecimientos. Su perspectiva no ha de desdeñar las vicisitudes sufridas en la infancia, los enredos sufridos por los destinos existenciales y las versiones singulares en que se manifiestan cada uno de los tiempos de la infancia. (Flesler, 2007 p. 158)

Como vimos, Coriat insiste en que también la escrituración puede fallar por la calidad del papel en el que se escribe, ante ello nos encontramos con una dimensión de lo real que encuentra un tope a la posibilidad de ser significantizado. No obstante, no quita la posibilidad de trabajar allí para poder avanzar hasta donde se pueda, no desconociendo las particularidades de cada síndrome orgánico, que coadyuven a construir un niño a pesar del trastorno.

Flesler (2007) en el trabajo que ya hemos citado hace alusión a tres diferentes perspectivas desde donde el analista debe posicionar su intervención clínica en pos de la construcción de la estructura:

1. En la promoción de los tiempos del sujeto de la estructura.
2. En los tiempos de engendramiento del objeto del deseo.
3. En los tiempos de construcción del fantasma.

Para ello dimensiona el papel que le cabe al objeto (a) en el entretejido de los anillos RSI, en su doble función: tanto como causa de deseo como presencia gozante. La alternancia del objeto en el par presencia-ausencia produce una ganancia respecto al sujeto del deseo “haciéndola recreativa”, es decir, como una función dinámica que evita la cristalización en un punto de anclaje.

Desde nuestra perspectiva hemos enunciado, en cambio, que suponemos esa cristalización o univocidad ligada al entramado entre la madre y el niño en los tiempos de la constitución del Sujeto y el Objeto, determinada por la “falta de la falta” en las circunstancias de un duelo no elaborado en la madre. Es así que esta condición especial de la existencia puede detener los tiempos de la constitución subjetiva y ofrecer un estancamiento del devenir estructurante.

Flesler, por su parte, entiende a los tiempos del sujeto en relación al ternario RSI refiriendo que su condición de objeto deviene tal en relación al amor, al deseo y al goce del Otro, de modo que en cada uno de esos intervalos puede quedar el sujeto retenido propiciando una economía de goce parental incólume.

Tal distinción (repetición Simbólica y repetición Real) ocupa un lugar preponderante a la hora de considerar el juego del niño en la clínica del sujeto en los tiempos de la infancia, tiempos que irremediablemente sobrepasan o desconocen toda cronología y sí reconocen una materialidad real, simbólica e imaginaria del tiempo. Ellos permiten, con más precisión afinar tiempos de efectuación del sujeto, que no es infantil ni adulto, del sujeto que no es un a priori sino que se efectúa; tiempos del objeto, del deseo, del amor y del goce, objeto que no es en sí mismo sino

que se engendra diferencialmente con localizaciones precisas en cada tiempo; tiempo del inconciente como tiempos de producción y reproducción y también la lógica de los tiempos de la construcción del fantasma, tiempos subsidiarios del armado de la escena y de una de sus facetas: la realidad. (Ibídem, p. 108)

Haremos aquí una primera puntuación sobre estos desarrollos. Creemos que podemos deducir de ello una idea general: *el devenir de la construcción de la estructura es a consecuencia de la particular posición que el Otro va tomando respecto a los tiempos del entramado de la falta, del objeto y del sujeto.*

En segundo término pensamos que los tiempos en donde la muerte es excluida de la escena de la vida, implican un tropiezo del tratamiento de lo real por parte lo imaginario y lo simbólico. Se une aquí la clínica de niños y la clínica del duelo. Ese tropiezo de lo real implica que lo real de la pérdida materna se emparenta con lo real del goce fálico del Otro. Esto lo hemos tematizado como el niño fetiche de la madre.

La detención producto del exceso de goce, coincide con la dilación del despliegue de los tiempos del duelo. El proceso de efectuación de la inscripción de la falta no puede producirse, de lo cual resulta, y esta es nuestra tercera idea, que la operación del jugar no encuentre modo de engendrarse desde el lado del niño, siendo ésta la manera privilegiada de avanzar sobre la construcción del objeto simbólico.

8. Estructura, subjetividad y duelos.

Para abordar el tema del diagnóstico en la infancia y sus detenciones, haremos uso de un esquema (Cacciari y Martínez, 2003) al que nos daremos la licencia de agregar el tema del duelo junto con la operación que resulta en cada tiempo para poder graficar de la mejor manera lo que venimos planteando. Los autores articulan lo planteado por Lacan en el *Seminario V Las formaciones del inconciente* (1958) con algunos desarrollos de Winnicott, vertidos en *El proceso de maduración en el niño* (1979).

Parten de considerar una noción de Anna Freud denominada “líneas del desarrollo” para plantear las maneras en que el psiquismo se constituye, otorgando la posibilidad de pensar a los estados patológicos de la infancia como una detención en un momento instituyente.

De allí surge que el diagnóstico podría ser afrontado por cuatro variables:

1. Los tiempos del Edipo lacaniano;
2. La provisión ambiental caracterizada por Winnicott en *El proceso de maduración en el niño*;
3. La edad en el momento de la consulta;
4. Los signos manifiestos al inicio del trabajo analítico.

De esta interrelación surge el siguiente cuadro cuyo último piso es planteado por nosotros:

	1er TIEMPO	2do TIEMPO	3er TIEMPO
OPERACIÓN	Constitución del yo	Privación	Castración
AGENTE	Deseo de la madre	Padre real	Nombre-del-Padre
DUELO	$i(a) \rightarrow -\phi$	Niño $\neq \Phi$	\$

Antes de trabajar el cuadro anterior que tiene que ver con la primera variable de los autores, explicitaremos algo del punto 2. Desde la perspectiva Winnicottiana los factores ambientales son decisivos para entender los estados psicopatológicos, es decir que el grado de deprivación que haya sufrido un niño explica las conductas antisociales por ejemplo, en la adolescencia. El devenir de la constitución infantil iría de un grado máximo de dependencia de la madre, donde las fallas en esta provisión de cuidados maternos ocasionarían trastornos psicopatológicos severos, pasando por

estados intermedios de dependencia, hasta la fase de independencia en donde el sujeto sería más refractario a las fallas del ambiente. De modo que desde la perspectiva planteada por Cacciari y Martínez es importante considerar la cualidad y la calidad del ambiente en donde se desarrolla el niño en términos de proveer o no las condiciones que permitan *hacer soporte* a las funciones necesarias para que el drama edípico se construya y luego se deconstruya. Esta es una primera inscripción en donde finalizaría la infancia. Quedarán luego por realizar las operaciones de reedición cuando devenga la tragedia adolescente que tendrá como epicentro, entre otros, el sellado del fantasma.

Volveremos ahora al diagrama planteado. Nos es de utilidad para nuestro trabajo entender que a mayor dependencia materna y menor acceso de la posibilidad de simbolización en el niño, será más factible que quede tomado por la fantasmática parental en cuanto a las diversas situaciones que puedan entrañar un duelo en curso o no elaborado; sabemos que el niño no puede prescindir de las palabras del adulto para poder tramitar estas circunstancias.

Por otra parte nos interesa remarcar las detenciones que significarían el incumplimiento de las operaciones lógicas debido a fallas de los agentes que las “soportan” y las consecuencias respecto del niño.

Si el niño no ingresa al primer tiempo, queda por fuera de la posibilidad de ecuacionarse con la falta, será por lo tanto un objeto resto caído de la escena materna. Las consecuencias serán las patologías graves de la infancia (psicosis y autismo). Esta subjetividad no figuraría en el diagrama.

Vamos a avanzar sobre la primera columna. Cuando el niño logra alcanzar el estatuto de falo para el deseo de la madre tiene su acceso al lenguaje (Primer tiempo del Edipo). Tendrá como resultado la constitución del yo por medio del Estadio del Espejo. Las fallas en este período pueden ser debidas:

- al ineficaz sostenimiento del Otro para que el niño experimente el encuentro jubiloso con la imagen especular constituyendo el cuerpo y la reserva libidinal operatoria (- ϕ);
- a la resistencia de la madre a donar la falta, es decir, perder la identificación fálica del niño para que devenga la significación fálica. El niño es un objeto fetiche que vela la falta en la madre y queda allí capturado;

- La madre no abre la posibilidad de acceso del niño a la Metáfora Paterna y por lo tanto a la caída del significado unívoco que de lugar a la sustitución;
- Si el niño no puede faltarle a la madre, no se conforma el *Fort-Da* y no hay escena lúdica;
- Si la madre no dona la falta no se produce el paso del Otro real al Otro simbólico y por lo tanto el niño no podrá hacer uso de la falta como instrumento, para acceder al “tener”.

De aquí se desprende la necesidad de la tramitación de dos duelos constitutivos y por ende pérdidas de goce para el paso a los diferentes tiempos del cuadro (Cacciari y Martínez), lo cual está explicitado en el tercer piso que agregamos referido al duelo.

1. De la madre por el falo ecuacionado en el niño; renuncia que la permitirá a ella ubicar a otro objeto como causa de su deseo. (de i (a) a $-\phi$ acceso al tiempo 2)
2. Del niño renunciando a ser el falo de la madre y a ese goce incestuoso para poder acceder a tenerlo. (Niño $\neq \Phi$ acceso al tiempo 3)

El acceso al tercer tiempo del Edipo supone la construcción de una ley colectiva que haga de la castración del Otro una operatoria que incluye tanto al niño como al padre. El duelo aquí será por la pérdida de la condición real del padre para devenir Nombre-del-Padre por medio del asesinato simbólico.

9. Mannoni y los discursos que rodean al niño.

En el prefacio de uno de los libros de Maud Mannoni que apareció publicado en 1965 *La primera entrevista con el psicoanalista*, Dolto hablaba de una conexión peculiar entre el inconciente de los padres y el del niño. (Mathelin, 1995). Ya Freud había hecho mención al trabajar los historiales de “Hans” y de “La joven homosexual” que existía una relación entre los fantasmas de los padres y las consecuciones del Edipo en los hijos. Esta posibilidad de

pensar al padecimiento infantil como un síntoma de los padres, hacia su aparición en Francia en los años en que se “reinventaba” una manera peculiar de pensar y dirigir su cura. El niño como tal, debe ser abordado como sujeto del discurso, incluso antes de su acceso a la palabra y su condición no altera el campo sobre el que opera el psicoanálisis. Este discurso debe ser comprendido como una dimensión colectiva en el que quedan incluidos los padres, el niño y el propio analista. (Mannoni, 1967)

Los antecedentes del surgimiento de estas ideas tienen su inicio en la relación que entablaron Dolto, Jenny Aubry y Lacan a finales de los 40. En un libro, del cual solo accedimos al prólogo, que aparece publicado recientemente por Roudinesco compilando las obras de Jenny Aubry, su madre *-Psychanalyse des enfant séparé-* se encuentra a un Lacan participando en las presentaciones de casos que se realizaban en la Fundación *Parent de Rosen*. (Aubry, 2003 y Fendrik, 2007). Allí se debatían sobre situaciones que comprometían a niños que habían sido abandonados. Entre los relatos, se encuentra el del niño lobo que luego será trabajado por Rosine Lefort en el *Seminario Nro I Los escritos técnicos* (1953-54). Lacan se muestra muy cercano a las tareas y problemas que presentaban estas prácticas que distaban en su mayoría, con las que inicialmente daban cuenta los primeros historiales. Pone su mirada en estos niños muy perturbados para plantear luego las enseñanzas de sus seminarios. Esto comienza a producir un desplazamiento que le otorga un estatuto trascendente al campo del lenguaje por sobre las tareas psicoeducativas. La apuesta por el sujeto en el niño, es un pilar que no abandonará jamás. Durante el dictado de este Seminario aparece también el comentario del caso Dick de Melanie Klein, “la gran analista”, a quien le atribuye el haber propiciado la construcción del cuerpo del niño por medio de la palabra.

Como sabemos tanto la obra de Dolto como la Mannoni no siguen al pie de letra los desarrollos de Lacan ocasionándoles la crítica de muchos sectores del psicoanálisis lacaniano. Maud Mannoni dará lugar a una obra muy original que centrará sus interrogantes en torno al lugar que ocupa el discurso de los padres en el síntoma del niño. La escucha del drama familiar dará fundamento a su abordaje tendiendo a desentrañar el problema por el que se acude a un analista. La cura del niño estará signada por las posibilidades de develamiento

de una situación oculta en uno u otro de los padres, lugar de lo no dicho, que los trastornos del hijo cumplen la función de taponar.

Demuestra además, en sus investigaciones posteriores, que en las patologías más graves de la infancia (autismo, psicosis infantil) es en donde se observa al niño más apresado en el discurso de los padres, y aún en la fantasmática inconsciente de estos. Mannoni viajaba periódicamente a Londres a supervisar con Winnicott, y según Ginette Raimbault era a instancias del pedido de su analista: Lacan. Por eso, su obra tiene la particularidad de entrelazar una y otra vertiente del psicoanálisis.

Alicia Hartmann (1993) sustenta la hipótesis de que Mannoni usaba el método de compresión con el que habitualmente pensamos las neurosis, esto es el síntoma, para dar cuenta del campo de las psicosis. Habría que desentrañar aquí, cuál es la lógica que sustenta el concepto de síntoma en su obra, pero esto excede los fines de nuestros propósitos.

La angustia de la madre es el lugar de privilegio donde se radica la causa de la enfermedad del niño, que interfiere en la evolución edípica normal.

[...] se trata de desentrañar de qué manera la situación real es vivida por el niño y su familia. Lo que adquiere entonces un sentido es su valor simbólico que otorga el sujeto a esa situación en resonancia con cierta historia familiar. Para el niño asumirán importancia las palabras pronunciadas por quienes los rodean acerca de su enfermedad. Las palabras o su ausencia crearán en él la dimensión de la experiencia vivida. También la verbalización de una situación dolorosa le permitirá dar un sentido a lo que vive. Cualquiera que sea el estado real de la deficiencia o la perturbación del niño, el psicoanalista trata de escuchar la palabra que permanece solidificada en una angustia o reclusa en un malestar corporal. (Mannoni, 1967 p.p 65-66)

¿Cuáles son las razones que fundamentan revisar la obra de Mannoni?

En primer lugar creemos que la búsqueda incesante de referencias teóricas que le permitan responder a los problemas que la clínica les suscitaba, nos acercan a una mirada pluralista que reconoce los aportes de otros campos de

investigación dentro del psicoanálisis. Esta postura abierta y revisionista fue una respuesta personal dirigida a la anquilosada comunidad analítica de su época. La “institución estallada”, su propuesta para el trabajo institucional asume la voluntad de no otorgarle a lo instituido la facultad de acallar las subjetividades.

¿Cuál es el valor que nos otorgaría la pretensión de arribar a una pureza conceptual que establezca los fundamentos de una teoría que se valga por sí misma, si como sabemos lo real de la clínica excede las posibilidades de simbolización? Hay un imposible que no puede ser bordeado del todo. Sería contrario a la ética del psicoanálisis el querer explicarlo todo desconociendo otras miradas. Ella decía que al “*furor curandis*” se le puede anexar el “*furor theoreticus*”. Por lo demás, creemos que sus aportes aparecen incluso hoy sin un lugar preciso dentro del movimiento psicoanalítico y esto configura una deuda respecto de sus producciones en la comprensión del niño y su devenir como sujeto.

La segunda razón que justifica su inclusión en este trabajo radica en que al menos en cuatro de sus publicaciones - *El niño su enfermedad y los otros* (1967); *De un imposible al Otro* (1985); *Lo nombrado y lo innombrable. La última palabra de la vida* (1991) y *Amor, odio, separación. Reencontrarse con la lengua perdida de la infancia* (1993) - Mannoni aborda la temática de la muerte y la angustia de separación.

A nuestro entender estas obras vinculan el papel que juega la muerte que afecta al Otro, de manera directa o no, en el origen de las perturbaciones psíquicas severas. Por otra parte, también le otorga otro lugar a la creación como acto sublimatorio, permitiendo incorporar a la vida las desavenencias de las que pudimos ser víctimas, mas en concordancia con la idea que Winnicott tenía de la creatividad.

Nos interesa particularmente extraer de su estudio las relaciones entre la muerte, la angustia de separación, el duelo, los fantasmas parentales y la captura del niño dentro de esa fantasmática.

- a) La angustia de separación en la relación madre-niño.

En el libro *De un imposible al Otro* (1982) Mannoni se propone como punto de llegada dar cuenta del papel que juega en el origen de la psicosis y el autismo, el vínculo primordial con el bebé considerando que ha habido una falla en la alternancia de la presencia-ausencia materna. Por ello va en busca de realizar una lectura de los textos anglosajones clásicos en donde se ha investigado sobre las separaciones tempranas del bebé y su madre.

Comienza indagando sobre lo que representa para una mujer tener acceso a la maternidad considerando esencial las huellas que en ella le ha dejado la relación con su propia madre. Si para algunas mujeres la maternidad puede significar la idea de un despertar a la vida, para otras en cambio, pueden quedar marcadas desde el inicio por la impresión de una pérdida narcisística que las deja empobrecidas.

Propone que el primigenio mundo infantil no encuentra elementos para establecer cuándo existe una pérdida verdadera. Parafraseando a Winnicott dice que al principio “no hay bebé” en el sentido que debe mediar una construcción del objeto madre. Si la pérdida se produjera en estos tiempos no hay manera de que pueda saber qué está pasando con él y su relación con el otro, siendo por ello muy sensible a las discontinuidades. Lo que enfermaría sería la imposibilidad del entorno de poner palabras a estos hechos.^{vii}

La angustia tanto en la madre como en el niño será así angustia de separación y como tal responde a un segundo momento de reacción ante el peligro de la pérdida –posterior al sentimiento de aniquilación- en donde el sujeto se adviene a la alternancia entre presencia y ausencia por la mediación del objeto, indicando que lo que realmente angustia a la madre es la dificultad para instaurar la falta de objeto, llevándola a satisfacer de manera inmediata la carencia.

Le confiere a Bowlby el mérito de plantear las relaciones entre la angustia de separación y duelo, hecho que afirma, no fue abordado por Freud en *Inhibición, síntoma y angustia* (1926). Toma de este autor las experiencias realizadas a partir de observaciones de los niños que han sufrido separaciones de sus madres en instituciones que los alojaban en tiempos posteriores a la segunda guerra. Allí se describe de manera minuciosa de qué manera las reacciones de los bebés se van modificando hasta llegar a desinvertir de manera total los objetos si no hay un ambiente humanizante que los acoja. Si

no se responde al llamado del niño, éste termina por no experimentar deseo alguno, desarrollando mecanismos de renegación de la separación como intento de defensa ante la angustia. Estas observaciones que datan del año 1959 se documentan en un film "*A two-years-old goes to hospital*" que tiene por protagonista a una niña pequeña de dos años y medio. Las conclusiones de este caso se presentan frente a la Sociedad Británica de Psicoanálisis en octubre de ese mismo año.^{viii} La madre tiene que dejar a la niña al cuidado de otras personas, prediciéndose alternativamente encuentros y desencuentros, durante un tiempo prolongado. Allí se observa que luego de la situación de la pérdida por ausencia episódica de la madre, sobreviene una etapa de reclamo para luego desembocar en la renegación. Se intenta documentar que la ausencia prolongada de la madre tiene como desenlace en la pequeña una escisión entre la imagen idealizada y la madre real. Estas situaciones de "desencuentros" angustian a la madre que sólo podrían ser superadas en el caso en que tolere las agresiones del niño como respuesta a las situaciones traumáticas vividas. Concluye el autor, que la niña se resigna fácilmente a la pérdida de la madre, y que el llanto que sigue como llamado deviene en una expresión de vacío y de desinterés por los objetos.

Estas dificultades que pueden suscitarse como expresión de la angustia de separación son ejemplificadas con un caso que lleva por nombre Miguel de 4 años de edad.^{ix} La madre y el niño no pueden separarse. Por ello se ve malograda la posibilidad de que ingrese el niño al Jardín de Infantes. Se le ofrecen encuentros para ambos aceptando la mamá concurrir de mala gana, por no haber respondido de inmediato la institución, a lo que ella solicitaba, que era el pronto ingreso a la misma. En la primera entrevista el niño juega mientras la madre habla con la terapeuta, denotándose que no se pierde una palabra de lo que se está diciendo. El niño interrumpe una y otra vez a la mamá por lo que se la cita nuevamente para que concurra ella sola. En este segundo encuentro el niño impide que la madre lo deje con su abuela y es por eso que se pauta un nuevo encuentro, pudiendo oírse el comentario de la madre que necesita que "la liberen de ese niño".

La madre se queja de las dificultades que ha transitado a partir del nacimiento de Miguel, se muestra resentida con su suegra, quien reside en la casa familiar criticándole a esta su excesiva sobreprotección. El padre, figura

ausente, no sabe qué hacer con ambas mujeres aunque se deja entrever que toma partido por el niño para protegerlo de la rigidez materna.

Miguel es un hijo deseado que llegó después de cinco años de un segundo matrimonio de la madre, luego de que enviudase de su primer marido. Los tres primeros años de Miguel ponen de muy mal humor a la madre debido a la inestabilidad emocional del niño que se traducían en trastornos del sueño. Para ese entonces sobreviene un hecho traumático al tener que ser Miguel intervenido quirúrgicamente. La escena del hospital anuda el drama entre Miguel y la madre. El niño “desaparece” de la mirada de la madre cuando lo llevan al quirófano repentinamente sin haberle anticipado, no pudiendo visitarlo además, pasadas 24 horas. Al volver al día siguiente el niño le reclama a la madre presa de desesperación, diciendo que no lo quieren y que debieron acudir antes.

A partir de allí la madre se advierte de las relaciones que pueden existir entre la escena del hospital y la de la guardería como reedición en el niño de esa angustia de separación. Luego de un tiempo de trabajo cede la persistencia del niño en no poder despegarse de la madre, ya que tolera jugar solo en un área apartado de ella, pero sin embargo Mannoni señala, que es la madre quien no tolera su partida, interrumpiendo sus juegos porque ya no soporta que el niño no la necesite. Puede confesar el enojo que le tenía enmascarado en una conducta sobreprotectora.

Al realizar el análisis de esta viñeta clínica Mannoni omite efectuar una referencia al hecho de que la madre había transitado un duelo recientemente a la llegada de este hijo. Creemos que es posible que la escena del ingreso al Jardín de Infantes remita a su vez, tanto al hecho del hospital como también al duelo que evidentemente seguía en curso. La posibilidad de que la pérdida fuera de la causa de la conducta materna se presentifica en las dos escenas que tienen su centro en el niño. En la escena del hospital “se le arrebató al niño” de un santiamén, como así también fue un arrebato el que tuvo por la muerte inesperada de su primer marido “a poco tiempo de la boda” (sic). Aunque su discurso refiere que hagan algo para poder estar ella sin el niño, sin dudas a esta mujer le angustia pensar que pueda sobrevenir una nueva pérdida para ella ante el crecimiento del hijo que de la manera anterior estaba

detenido. Miguel no puede ocuparse de otra cosa más que de la angustia de la madre.

Luego de la intervención, Mannoni refiere que cada uno pudo ocuparse de sus realidades de mejor manera. Aunque el centro de la intervención fue el dar otro sentido al nudo que se había conformado entre ambos, según ella la neurosis de la madre queda sin tratar.

Entre las etapas que plantea Winnicott, de dependencia absoluta (0 a 6 meses) y de dependencia relativa (6 m a 2 años), el niño tendría a su cuenta las condiciones para aceptar la pérdida de la persona amada, sólo si la madre no angustiada lo ayuda a prescindir de ella suministrándole un medio confortante.

La dificultad de la madre para separarse de su hijo deja poco espacio en este para que surjan objetos sustitutos [...] sólo la falta de objeto permite al niño avanzar hacia la subjetividad, es decir de abandonar el estado de a-subjetividad de la presencia total. [...] supone que la madre o el padre toleran no serlo todo en sus relaciones transferenciales con el niño y que lo dejen encaminarse al descubrimiento de la diferencia. (Mannoni, 1982 p. 64)

b) El niño en el discurso colectivo.

Si el campo en el que trabaja un analista es el lenguaje ¿Cuáles son las particularidades del abordaje del sujeto en la infancia?

Esta pregunta es trabajada por Mannoni en el texto *El niño "su enfermedad" y los otros* (1967). Allí define la especificidad del discurso que atañe al padecimiento infantil, abarcando a los padres, al niño y al analista. En la mayoría de las veces el infante es el centro de una queja que se escucha en el polo parental aludiendo por un lado, a lo irresuelto de la propia infancia de los padres y a lo que se espera del niño en tanto satisfacción de sus propios anhelos. Sin saberlo, su misión es reparar el narcisismo parental.

La necesidad de Freud de dar fundamento a lo que venía investigando respecto a la neurosis a partir de sujetos adultos, la hace extensiva al núcleo

que rodeaba la sociedad de los miércoles, a la que concurría un grupo selecto de seguidores a quienes les pedía observaciones sobre niños que le permitieran validar sus hipótesis. En el *Hombre de los lobos* nos encontramos frente a un historial que da cuenta de la neurosis infantil del paciente desembocando en la conclusión de que toda neurosis adulta tiene por antecedente una neurosis infantil. Es así, que como respuesta a su pedido Freud, obtiene las observaciones de un padre sobre el propio hijo que padecía angustia fóbica. Mannoni, en el texto mencionado, extrae de la lectura de Juanito que el síntoma del niño mantenía una relación directa con la fantasmática de ambos padres.

En el análisis del pequeño se vislumbra cómo se ven implicados los progenitores ya que las preguntas del niño se dirigen sin saberlo, a la sexualidad de ambos, quienes en la medida que avanzan las intervenciones toman lugares diferentes en la transferencia. El padre y el niño compiten con la transferencia imaginaria, mientras que la madre se siente desplazada y rivaliza con la idea del lugar central que va ocupando Freud tanto para su marido como para el niño. Ella repliega su deseo sobre los hombres y como sabemos a posteriori deviene en un divorcio.

En este historial Freud captó el lugar que ocupaba el niño en la fantasmática materna, aunque no logró abordarla con ella.

El genio de Freud consiste en haber sabido discriminar que el problema fundamental no era en realidad la confrontación de Juanito con lo real, sino su enfrentamiento con un orden de dificultades no resueltas en ambos padres. [...] La enfermedad de Juanito es lo que falta en los padres. No era posible curarlo sin conmover un edificio. (Mannoni, 1967 p.p 14-15)

En el discurso colectivo planteado por Mannoni, no queda separado el analista, ya que la transferencia de los padres lo confronta con su propia representación de la infancia, viéndose arrastrado hacia los problemas que suponen esta confrontación de cada uno con el deseo, la muerte y la Ley. Los conflictos giran alrededor de las palabras transmitidas desde la propia infancia de los padres.

Freud entiende que la repetición es propia de la neurosis y que estas mismas pautas se pueden encontrar en el juego del niño quien trata de dominar las experiencias desagradables de la cual fuera objeto. El niño rehace lo que se le ha hecho. Esta es la base del *Fort-Da* freudiano.

El juego consiste primero en perder a la madre: trata de ubicarse así respecto de las palabras maternas. Cuando ella desaparece de la realidad al niño le resta la marca de la “palabra”.

El segundo movimiento es desaparecer él mismo del espejo: desaparece la imagen pero la palabra subsiste. Se introduce por ello, la dimensión simbólica en la relación madre-hijo, consiguiendo por ende el dominio del símbolo. El niño es quien juega al abandono y al rechazo en un fondo de reaseguro de que la madre no muere en cada partida. La madre tiene que donar esas condiciones de posibilidad legando las palabras que le serán de sustento.

El niño enfermo forma parte de un malestar colectivo, su enfermedad es el soporte de una angustia parental [...] es raro que un análisis del niño pueda ser conducido sin tocar para nada los problemas fundamentales de uno u otro de los padres. [...] (El analista) Necesita situar lo que representa el niño dentro del mundo fantasmático de los padres y comprender el puesto que ellos le reservan en las relaciones que establezca con el hijo de ellos. Las bruscas interrupciones de la cura están en relación por lo general, con el desconocimiento por parte del analista, de los efectos imaginarios en los padres de su propia acción sobre el niño. (Ibídem, p.p 73-74)

Mannoni va introduciendo otras variables para considerar la respuesta del niño ante la angustia de la madre, y trata de demostrarlo a través del papel que juega la muerte en la fantasmática materna.

En el caso de Emilio de 6 años de edad ^x, ya no hay más nada que hacer desde el discurso médico por el grado de compromiso orgánico que este presentaba. Se le indica una internación a la que los padres están dispuestos a aceptar, luego de infructuosos intentos de darle tratamiento. No saben si una terapia analítica podrá agregarles algo. La madre está dispuesta a “sacrificar” al

niño en lugar de contradecir el parecer de los médicos. “¿Y si su salvación está en el más allá?” dice la madre, haciendo alusión a la situación de Emilio y a la relación con la historia del abuelo quien se suicida cuando ella tenía 13 años. La madre desarrolla, según Mannoni, una anorexia nerviosa como respuesta a ese duelo irresuelto.

Mannoni establece un paralelo entre la muerte del abuelo y la situación del niño (muerto en vida). Dice que Emilio no tiene otra posibilidad en el fantasma materno que ocupar el lugar del muerto, ya que la madre trata de mantener con vida al padre por medio de un duelo estancado, no habiendo mediado la inscripción de la falta. “El duelo de su propio padre, el que no elaboró, la lleva a esta mujer joven a elaborar el duelo de un niño que no ha muerto aún (en el cual ella se reconoce junto con su padre)”. (Ibídem p. 77)

En una de las sesiones se observa como Mannoni introduce un orden simbólico dirigiendo su palabra al pequeño connotándole el temor que siente a ser separado de su madre (angustia de separación). Observa reacciones del niño antes sus palabras. Un niño que no juega, no habla, ni es capaz de sostener en las manos ningún objeto, se trepa al regazo de la mamá y la besa.

En ese momento la madre refiere que su esposo también perdió a su padre cuando tenía 8 años y que ese hecho los ha unido a ambos como pareja.

Esta madre melancolizada, no puede desear la curación de su hijo. Se siente identificada con el objeto desaparecido no pudiendo introducir la dimensión deseante porque eso la lanza sobre la muerte de su padre, la de su hijo y la de ella misma. Remite a una nostalgia por un pasado que no se puede subjetivar, no inscribiendo esa muerte como falta. Emilio estaría ubicado como testimonio perpetuo.

A nuestro entender Mannoni demuestra que el análisis de niños conmueve dos irrepresentables en la estructura de los padres el sexo y la muerte:

- Si atañe al orden de la sexualidad: la respuesta del niño se aloja en la neurosis, en cambio
- si se topa con la muerte: puede derivar en la psicosis o autismo.

Si hay espacio para metabolizar las pérdidas dentro del Edipo de los padres, el niño podrá encontrar una estructura de ficción desde donde sostener

el camino a la neurosis. La madre puede faltarle y como tal introduce esa dimensión para el niño.

En cambio, si la muerte como límite de la representabilidad no puede ser inscrita en la historia de los padres retorna forcluída ocupando el niño el lugar del muerto, al que no se ha podido abandonar del todo.

Tanto en Juanito como en Emilio el niño muestra lo que sostiene como verdad en el fantasma de los padres. Salvo que en el primer caso hubo la posibilidad del armado de una respuesta sobre lo que no era posible decir respecto de la sexualidad de la madre y del padre. La fobia hace las veces de la inscripción de la falta en la madre y suple la fallida función paterna.

En Emilio no hay respuesta posible del lado del niño más que “realizar” el objeto del fantasma materno quien sostiene en él su propio narcisismo.

En ambos casos conmover el lugar del niño en la dinámica de los goces tendrá como efecto su contrapartida en el polo parental, salvo que para Emilio el saldo sin duda será de mayor compromiso para su futuro como ser deseante.

10. La antesala del *Fort- Da*. Duelo impedido- juego impedido.

Recordemos que una de nuestras proposiciones más importantes de este trabajo indica que el problema del niño que queda en posición de fetiche para la madre, duelo impedido mediante, es que el Otro lo subsume a su propia dialéctica procurándose una satisfacción plena y un goce consecuente. Se le niega la posibilidad de encontrar el anhelo de lo “que hace falta” por fuera de esa mutua correspondencia.

La repetición en lo real hará su entrada aboliendo la capacidad de que el niño ingrese a la dialéctica del juego, esto es, a modificar los esquemas del campo del Otro con los cuales intentará realizar su diferencia como Sujeto a través de él. Si no hay diferencia en juego desde el lugar del Otro, el niño no cabe en la capacidad de hacer de la falta un espacio de creación lúdica, si no más bien, jugará a “nada” o no jugará, ya que no existe escansión posible que lo permita.

La falta que habilita la entrada en juego, se ve realizada desde las dos vertientes: no sólo desde la palabra sino también con acciones concretas, que

permitan que la donación de la operatoria de la castración genere ese espacio anticipado que luego el niño irá cubriendo con muñecos y fantasías.

Si la movilidad que requiere la posibilidad de que entre el Otro y el niño quede un espacio vacante se ve coartada por la fijeza de la condición que asume el niño en el narcisismo materno, “la falta hará falta” y en lugar de juego habrá padecimiento, hipotecando las operaciones que de esa movilidad se construyen a cuenta del sujeto del deseo. De esta fijeza funcional surge una operatoria de condensación del goce mortífero en la persona del niño que será tramitado de diversas maneras en función de la posibilidad o no de hallar allí algo que desestabilice esa construcción monolítica.

Alba Flesler (2007) describe la relación que existe entre la entrada en juego por parte del niño y las sucesivas etapas o tiempos que irán conformando el fantasma del sujeto. Aborda el juego del carretel desde tres momentos diferenciales:

1. El niño dentro de la cuna arroja los objetos afuera y lejos del campo del Otro.
2. El bebé arroja el carretel dentro de la cuna y lo retira estando él afuera (*Fort-Da*)
3. El niño se sustrae a la imagen del espejo.

La autora explica que entre el 1º y el 2º tiempo se produce la emergencia del sujeto ya que cobra estatuto por fuera del lugar que le fue asignado desde el Otro conformando un tiempo de constitución lógica. Ese intervalo que se suscita entre esos lugares, permite el surgimiento del significante que es tomado de la madre, que da nombre tanto a la ausencia de ella, como a su propia ausencia del lugar del Otro.

Por otra parte, pensamos que el juego de aparecer y desaparecer permite la escansión necesaria para que se constituya la operación simbólica fundante que admita la representación de la ausencia.

Si seguimos en la línea de lo que hemos desarrollado anteriormente, nuestra experiencia nos ha demostrado que la incapacidad de *desaparecer* de la madre no permite que el niño entre en la dialéctica de la falta que se intenta

construir, sino más bien, queda por fuera de la capacidad de este la asunción de ese momento lógico de la estructura.

Estos niños - que hemos consignado como en curso hacia la neurosis pero con fallas importantes en la constitución narcisista y deseante- nos muestran la imposibilidad de construir una escena lúdica, o también, de que sólo se genere a expensas de la presencia necesaria del analista que oficie de marco y de catalizador a lo que se muestra como *en pedazos*, sin conexiones entre sí. La tarea allí no es solo la de demandarle al niño el jugar, sino también la de abstenerse a otorgarle un sentido que satisfaga su comprensión inmediata, ya que ello obturaría la posibilidad del desplazamiento y de la figurabilidad de los elementos en juego. Muchas veces el analista se pregunta por el sin sentido que cobra el trabajo en sesiones tan poco productivas, frente a los forcejeos transferenciales con la madre para permitir la autonomía del niño o el nivel de compromiso en la acción que requiere sostener el espacio con niños que no juegan y que no pueden separarse de la madre. Pensamos que estas presentaciones que no responden a la lógica autista o psicótica, en ocasiones, pueden enfrentar al analista con su angustia ante al sostenimiento del tipo de transferencia que se desarrolla en estas patologías que revisten gravedad.

Para que esas condiciones puedan estar presentes es necesario un *caldeamiento* previo al uso del objeto (juguete) que permita la construcción del objeto imaginario, ya que la repetición real y la carencia de los símbolos no permiten la movilidad que propicie la “entrada en juego propiamente dicha”. Este último momento es en el cual el niño conduce las escenas del juego e invita o segrega al analista a ocupar un rol o personaje al que se le otorga un guión, ofreciéndole palabras y acciones para que las represente. El juguete se desprende de una única representabilidad y puede ser *usado* de diversas formas y en diversas situaciones, engendrando la metaforización simbólica y la recreación de escenas múltiples. Si la plasticidad impera sobre la fijeza y la pobreza de los objetos, es factible que se le otorgue otra coloratura y disfrute al juego.

En algunos de los casos que hemos trabajado clínicamente han sido necesarios varios años de sostenimiento del espacio analítico para poder observar algunas modificaciones que permitan que la estructura avance hacia la diferencia. Pero no siempre esto es posible. Hablar de gravedad implica

circunscribir el tiempo en que está el desarrollo del sujeto y las circunstancias de su detenimiento. Aprender con fineza los movimientos que conciernen tanto al sujeto como al Otro, le permitirá al analista reconocer los campos donde se realizará la acción analítica y las tensiones que la transferencia le confiere al pedido de ayuda en el polo parental, si es que hay pedido. La práctica con estos niños nos evidencia un alto grado de desconocimiento por parte de los padres de las grandes dificultades de sus hijos, careciendo de los recursos para dimensionar las diferencias con otros niños de su edad, lo cual hace mucho más trabajosa la dirección de la cura. Las estrategias de apertura al espacio de la cura requieren de un cuidadoso manejo de la transferencia para que los movimientos de corte necesarios se realicen a tiempo y no desencadenen el abandono cuando la dinámica gozante se tope con una regulación diferente. He aquí otros de los factores que hacen que el analista sienta que no avanza la cura. La gravedad radica, a nuestro entender, justamente en esta dificultad que hace laborioso extraer el goce real que el niño viene a encarnar para la madre al participar de su fantasma o como fetiche de la misma, es decir como correlato a la falla del ingreso de la operatoria de la metaforización de la muerte en los fantasmas parentales.

¿Qué cosa genera este aplastamiento de la capacidad de entrar en “la escena sobre la escena” que es el juego infantil?

Presumiblemente, la escena mortuoria invade de *realidad* y el Sujeto no encuentra la cobertura simbólica e imaginaria necesaria para que medie una ficción para Otro.

Los juegos de muerte o de matar suelen ser muy preciados por los niños que ingresan a la operatoria edípica. Pero para poder llegar a jugar un *personaje* es necesario un momento de des-identificación con el mismo. Si la sombra de la muerte perdura y captura la escena que conforma el Sujeto y el Otro, la misma se transformará en una mostración del objeto muerto y no una simbolización de la muerte que al ser jugada ingrese en el orden de la metáfora. Emulará el *Fort*, la desaparición, la partida, pero no el *Da*. Este tiempo de reinvestidura de lo que faltó, no se hará presente. De este modo habrá dificultades para hacer de la falta un espacio fecundo.

Si la escena infantil encuentra un Otro simbólico con capacidad de entrar en juego, hallará entonces la posibilidad del armado de una pregunta por el “qué

me quiere el Otro”. En cambio, si el Otro atiende solamente el propio juego, el niño será su juguete frío e inmóvil.

Este rehusamiento activo y absoluto a entrar al juego y el deseo de salirse de él es una negativa o rechazo que en el caso de niños pueden ser a propósito de ciertos significantes verdaderos e históricos o a propósito de significantes primordiales o del rechazo de los significantes en su conjunto, entrando entonces como posición subjetiva el niño, según los casos, a la neurosis, la psicosis o el autismo. (Bruner, 2008 p. 115)

En el *Seminario Nº XI Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (1964) Lacan menciona las relaciones que existen entre la *Tyché* y el *Autómaton*^{xi} con referencia al destino del sujeto. Azar y repetición hace su cabida en la práctica del psicoanálisis configurando el encuentro con lo real y con el significante en la transferencia. “El hueso de lo real”, como algo del orden de lo que escapa a lo asimilable, se vislumbra en la presencia del trauma. Por otra parte afirma el autor que la realidad contiene pedazos de real. ¿No es acaso esto lo contingente a la experiencia del duelo? El duelo es también un encuentro con lo real que reviste la tarea de simbolizar e imaginarizar. Hemos trabajado anteriormente las relaciones entre la contingencia acechante y la realización del niño en el fantasma materno, como condición de entrada de la muerte y el duelo. Si la muerte acecha al Otro, demandará para ello, la posibilidad de que pueda permanecer un espacio abierto entre el niño y la madre a los fines de que se posibilite la emergencia de la apropiación de la falta por mediación del juego simbólico.

En este mismo seminario Lacan aborda la experiencia del juego del *Fort-Da* freudiano como la posibilidad que habilita al niño de ubicar en la repetición su emergencia como agente, accediendo ante la ausencia de la madre, a la respuesta del sujeto como una manera de expresar el dominio sobre esa situación, que supone además, un desprendimiento de sí mismo. Salteando “el foso” que abre la distancia entre el niño y la madre es que el juego hace de la repetición la variación de algo nuevo que permita la veladura de la ausencia.

La escena del carretel -asociado a la oposición significativa- permite tanto la apropiación de la lengua materna como también la veladura de lo real. Esta posibilidad de apropiarse de los significantes que lo representan se realiza juego mediante, ya que se puede revivenciar activamente lo que se ha padecido pasivamente, al tiempo que ofrece una manera de tramitar el agujero que ha dejado la ausencia materna.

Vemos entonces, que la ausencia entraña por una parte la posibilidad de habilitar un espacio de apertura al agente niño, pero por otro lado llama a su cobertura. Es en la alternancia entre estos dos movimientos en donde se hallará la capacidad o no de que se pueda tramitar la pérdida de objeto y hacer de ello un símbolo. Si la contingencia de la muerte interrumpe o desarmoniza esta variación necesaria tanto en el niño como en la madre, podrá devenir en una ausencia prolongada de esta, lo que se puede traducir como abandono, o en una presencia agobiante que se vislumbre como sobreprotección. La condición de la operatividad de esta función radica en la alternancia acompañada de ambos términos y de ello dependerá la capacidad o no de que el juego haga su entrada.

Es importante considerar también, que es la madre la que debe oficiar también en ausencia para el niño, ya que si esta condición no es introducida desde allí, la posibilidad de búsqueda de otro objeto a desear más allá de él, no favorecerá la operatoria real del padre. Precisamente en este punto es que consideramos que puede quedar también detenida la conformación de los tiempos de la estructuración del sujeto. Si bien la falta puede ser introducida por la madre en razón del padre muerto operando en ella, debe también hacer entrada su causación como mujer que permita al niño su ingreso a la ley y a la identificación de los ideales de su sexo. La detenciones estará ligada al *Fort - Da* en el primer tiempo y en el segundo la operatoria del padre real.

11. La muerte y el niño.

¿Cuáles son las consecuencias del duelo en los niños? ¿Disponen de las condiciones estructurales para elaborarlo? ¿Cuáles son las dificultades que presentan los adultos que los rodean cuando hay que decir una verdad? ¿Los niños disponen de un saber sobre la muerte?

La muerte y la infancia son conceptos que no debieran conectarse desde el imaginario de los adultos. A los niños les está vedado participar y vivenciar las escenas mortuorias ya que se impone un rechazo de los adultos de dar a conocer estos dolorosos tránsitos del vivir.

Vida y muerte son dos significantes que no se han inscripto de igual manera en el transcurso de la historia, sobre todo si de la infancia se trata.

Phillippe Ariès (1983) describe cómo en forma paulatina se los va retirando de la escena fúnebre. La muerte amaestrada implicaba que el hombre la tenía bajo su propio dominio. Como oficiante de esa ceremonia aceptada pacíficamente, convocaba a su lecho final a todos los que tenían una resonancia con ese destino ya anunciado. A los niños se les reservaba una participación especial. Era considerada una circunstancia pedagógica que permitía perpetuar la trascendencia generacional, siendo testigos de la buena consideración que le tenía el destino al agonizante, muriendo rodeado de sus seres queridos.

Es frecuente que recibamos consultas de padres y familiares que no saben qué hacer cuando la muerte llama a la puerta y hay que *decirle* a los niños la verdad. La muerte conmueve el andamiaje subjetivo y por ende no es sencillo dar respuestas cerradas ni generales cuando nos interroga a cada uno particularmente. La muerte no es ajena a nuestra práctica clínica y también nos conmueve como analistas.

Recuerdo que en una ocasión recibo a una madre que viene a consultarme por su pequeño hijo de 6 años de edad. El niño presentaba una serie de dificultades para aceptar los límites y para relacionarse con sus compañeros de la escuela. Durante esa primera entrevista relata que ha criado prácticamente sola al niño, ya el padre era un hombre casado y con otra familia, no estaba dispuesto a darle tiempo ni dinero, para cubrir las necesidades que el pequeño tenía. Tuvo un embarazo difícil producto de una edad avanzada y de serios problemas de salud por padecer de insuficiencia renal, hecho que terminó en un transplante de riñón. Con una salud frágil, esta madre no sabía cómo contener a su hijo, ni cómo reclamar al padre de la criatura que respondiera por él. Nos despedimos de ese primer y único encuentro con la promesa de volvernos a ver cuando regresara de un viaje a la Capital para realizar un control del transplante que le habían efectuado. Acordamos que mientras tanto,

el niño concurriría al consultorio acompañado de una amiga suya con quien quedaría al cuidado aguardando su regreso. Durante el transcurso de esas entrevistas la señora que lo acompañaba me informa *confidencialmente* que la madre del niño tuvo un problema grave de salud y que por tal razón había fallecido días atrás. Agrega que por indicación de la tía materna, que residía en otra ciudad, Federico no había concurrido a los funerales ni tampoco le habían informado del suceso. La mujer desautorizada por la familia de origen no sabía qué hacer y me demandaba ayuda.

Conmocionado por lo sucedido, atiné a decirle que yo no compartía lo que había decidido la tía y que amparándome en la transferencia que había depositado la madre en mí para tratar a su hijo, consideraba que el niño merecía saber la verdad. Sobrevinieron llamadas de la familia contradiciendo mis indicaciones, negándole la posibilidad a su sobrino de conocer sobre su madre. Las mentiras se sucedían una tras otra. El niño reclamaba que su mamá no lo llamaba por teléfono hacía ya varios días, a lo que le respondían que estaba internada y que no le permitían hablarle. La angustia iba en aumento, tanto en el pequeño como en la señora que tenía la responsabilidad de su cuidado. La familia manifestaba que no podía viajar antes por problemas laborales, pero que a la brevedad vendrían a buscarlo para llevarlo consigo so pretexto de que el secreto se mantuviera hasta su llegada.

Sentí que mi obligación ética era prever lo mejor para mi paciente y sosteniendo tanto a la escuela como a la señora que lo cuidaba se le fueron esclareciendo todos los hechos a los que se le había negado el derecho a saber. Contrariamente a lo que temía la tía, el pequeño se sintió aliviado al saber que su madre no lo había abandonado sino que la ausencia de los llamados obedecía a otra cosa. Quedará un duelo por hacer, pero sólo es posible si no se oculta al niño con mentiras la propia incapacidad de los adultos de sostener una escena para que eso se esclarezca. El pequeño finalmente, se mudó a otra ciudad y no supe más de él.

¿Decirlo todo es decir todo?^{xii} Esta es una pregunta que coloca muchas veces a los adultos en una encrucijada al dudar sobre las consecuencias de lo que se vaya a decir como doloroso. En otros casos guiados por el afán de revelar “toda la verdad” exceden lo que es posible de escuchar, llegando a tener en ocasiones un tinte perverso en la minuciosidad de los detalles y

circunstancias. Revelar la verdad implica una particular posición del adulto respecto del niño, que desde un lugar simbólico puede armar un relato que no vuelva a victimizar a este, sino más bien que tenga por fin propiciarle los elementos necesarios para que el drama se historicice y se inscriba. La falta de palabras es tan aterradora como el exceso. Habrá que ver en cada caso cómo es posible hacer tolerable lo intolerable.

Aunque nuestro afán sea revelar todo, de igual modo siempre hay un resto en lo dicho. Como sabemos lo simbólico nunca alcanza a recubrir a lo real, máxime si lo real se presentifica al modo de la muerte. Siempre habrá una cicatriz que nos recuerda eso.

La moda actual hace del secreto el enemigo absoluto: no hay secreto para los niños. Pero si bien es importante decir, poner palabras en los acontecimientos, en los dramas, en las alegrías, es ilusorio creer que se dice todo ¿Cómo decirle a un niño la depresión si uno mismo no sabe que la está viviendo? ¿Qué ocurre con ese fantasma de transparencia que haría del espejo un vidrio sin reflejo, sin misterio? ¿Qué sabemos del deseo? (Mathelin, 1995 p. 45)

Los niños son los destinatarios de nuestros privilegios que como adultos hemos renunciado, escribe Freud.

Nuestros ideales nos llevan a creer que la enfermedad, la muerte, la renuncia al placer y la limitación de la propia voluntad han de desaparecer para él y las leyes de la naturaleza, así como las de la sociedad, deberán detenerse ante su persona. Habrá de ser de nuevo el centro y nódulo de la creación: *His Majesty the Baby*. (Raimbault, 2004 p. 41)

Por supuesto que no todos los niños alcanzan el estatuto de Rey para el otro. Hay niños que quedan como objeto de los más oscuros goces. Allí el psicoanalista puede realizar su tarea en la medida en que tenga resuelto en su historia, los puntos de goce de los que pudo ser objeto, para no identificarse

con la posición de niños como víctimas y terminar desdibujando su lugar de escucha.

¿Qué les sucede a los adultos cuando la muerte toca a los niños?

Los adultos participan y convocan a este duelo invisible, tratan de borrar las huellas de la pérdida, expulsan del saber la privación acaecida, ofrecen rápidamente una ortopedia que "vela" el vacío de lo real, no hay velatorio, hay encubrimiento que impide el duelo. Y esto no es sin consecuencias para el sujeto que, al impedírsele el duelo, se le impide, a la vez, subjetivar la muerte del prójimo: *acting-out* extremos, pasajes al acto neuróticos y psicóticos y, a veces, otras patologías más severas son la consecuencia de este rechazo del saber sobre la muerte. (Gerez Ambertín, 1999 p. 127)

En un texto del año 1974, Arminda Aberastury^{xiii} aborda los problemas que les suscita a los adultos sostener la escena de la verdad para que el niño pueda esclarecer el hecho ocurrido. Si bien no compartimos el marco teórico con que se conceptualiza la cuestión, nos parece valioso rescatar la descripción que realiza de su experiencia clínica y de los historiales allí trabajados.

La autora recalca que el niño no es ajeno a lo que sucede a su alrededor. Cuando ocurre un hecho desafortunado el adulto miente, porque cree que de ese modo va a salvaguardar del sufrimiento al niño. Piensa que negando que el hecho haya sucedido olvidará por fin la cuestión y ello anulará el dolor que conlleva tolerar una pérdida. Esto nos habla que la primera dificultad con la que se encuentra el niño es con la falta de palabras desde los adultos que le permitan entender (de acuerdo a su edad) que el objeto ha desaparecido y que no regresará más. Esta es la condición esencial para que se pueda iniciar una labor de duelo, ya que como es sabida la primera reacción ante la pérdida es renegar la pérdida. El que teme la reacción de no saber qué hacer con eso es el adulto porque los remite a su propia finitud frente a la vida.

Esta autora, como también Dolto y sus discípulas (Cordie, Eliacheff, Raimbault, Mathelin) consideran que hay un registro inconciente en los niños cuando los hechos no han sido esclarecidos con palabras. Una intuición similar aborda Freud en el texto *Sueño y telepatía* (1920-22) dejando entrever una comunicación inconciente que le haría percibir ciertos hechos que no fueron verbalizados.

Es así que el niño sería particularmente sensible a todos los hechos que el adulto le oculta, expresándolo con preguntas o con acciones no verbales si no dispone del lenguaje hablado.

Aberasturi realiza su investigación en relación a tres cuestiones:

1. Si existe representación de la muerte para el niño;
2. Si el peligro de la muerte es percibido;
3. Si percibe la muerte de los seres queridos aunque les sea negada.

Analiza varios historiales en donde denota que la constante tiene que ver con las dificultades de los adultos de hablar de esos hechos con los niños siendo estos depositarios de sus ansiedades y convirtiéndose en el portavoz que hace de la mentira, una verdad por revelar. Es taxativa respecto de las consecuencias de ese no develamiento. Allí considera:

- Inhibiciones en el impulso epistemofílico;
- Tendencia a accidentarse;
- Rechazo a alimentarse;
- Trastornos del sueño;
- Síntomas somáticos;
- Y las más graves ideaciones suicidas.

La muerte conmovería a los padres en su propia historia edípica relanzándolos a revivir sus propias pérdidas. Ello desarma la escena infantil para el niño, quien requiere del sostén necesario del adulto para que esto se tramite psíquicamente. El niño puede quedar en una escena que circula en *otra*

parte ante lo que no fue dicho por los padres identificándose con el objeto desaparecido.

Tal es el caso de Adela influida por la abuela materna que se había encargado de decirle a ella que su madre era hija única. Se mantuvo siempre oculto que antes del nacimiento de la madre de Adela había fallecido una niña de 2 años de edad. Durante su infancia no había recibido información sobre lo acontecido, hecho que se devela en la adolescencia. En la casa se conservaba un armario con ropa y juguetes de la niña muerta, cerrado bajo llave.

La madre de Adela creció como única y si bien sus padres estaban dispuestos a hablar de todo con ella, lo que concernía a la existencia del armario era dejado de lado. Cuando Adela llega a la consulta su madre repite el mismo hecho, no habla de un aborto provocado dos años antes del nacimiento de la niña, repitiendo el destino que tenían reservado en la genealogía para las niñas: ocupar el lugar del muerto.

La autora subraya que tales hechos fueron deducidos a partir de la escucha de la niña, ya que esos datos no le fueron vertidos por los padres en las entrevistas.

Es así que concluye que cuando existe un ocultamiento en la historia del niño, relativo a una escena que se monta y en donde el niño queda cautivo, ese saber no sabido puede involucrar la capacidad de pensar, dejando huellas imborrables. En otros casos, rompe con las barreras del silencio y se presentifica en el mundo simbólico del niño a través de sus juegos o dibujos.

Esto nos lleva a considerar el grado de captura fantasmática de la que un niño puede padecer ante la imposibilidad de inscripción de la falta. Brindar las coordenadas necesarias para reconstruir la escena del mundo es una labor concerniente a quienes rodean la vida del niño y muchas veces, por intermediación de la escena analítica.

Cuando la muerte ha sido traumática se torna más difícil encontrar el marco necesario para develar el hecho. El niño debe contar con los soportes necesarios para transitar el armado de esas nuevas coordenadas a partir de la falta permitiéndole que la escena sobre la escena del mundo encuentre sentido.

Es particularmente conmovedor el film de Jacques Doillon, Francia, 1996 *Ponette* que trata del movimiento del duelo de una niña pequeña ante la muerte de la madre, ocasionada luego de un accidente automovilístico.

Ponette no encuentra referencia en su padre para entender y elaborar lo que estaba sucediendo. Ante sus pedidos, la lleva al lugar donde había transcurrido el accidente para que sea testigo del “escenario del hecho”.

Allí el padre descarga su cólera inculcando a la desaparecida de dejarlo solo en la vida y de haber ocasionado las heridas que la niña tiene en su brazo enyesado. La escena infantil se rompe cuando el padre le pregunta a Ponette si lo cree capaz de criarla solo y seguidamente le pide que le brinde consuelo. Los términos se invierten. Es la niña quien debe brindar contención al padre generando un sentimiento de profunda soledad en la pequeña, quien no dispone de un referente desde donde asirse y encausar su pena.

El padre se desentiende del sostén de Ponette quien queda al cuidado de sus parientes una vez finalizado el entierro de la madre. La niña se niega a aceptar la cruda realidad, a pesar de lo que se le ha dicho y sostiene hasta las últimas consecuencias, la esperanza de que su madre vuelva a buscarla. Este es el nudo de la película que va circulando por todos los recursos de los cuales se vale la niña para transitar el duelo. En primera instancia una tía le brinda una versión religiosa de la muerte, que atempera el vacío de palabras del lado del padre y por ende le permite alojar la angustia. La vida eterna y la resurrección de los muertos al último día, es el mito cristiano que permite velar la finitud de lo imposible. Ponette dispone de un marco que la reubica a ella y a su madre, pero tiene la contrapartida de congelarla en el anhelo de que resucitará como lo hizo Jesús al tercer día.

A eso le suceden los relatos de los milagros que éste realizaba volviendo a la vida a los muertos - a Lázaro hermano de una familia muy allegada a su círculo de amigos y de una niña pequeña, de la cual cuentan los evangelios que despertó luego de que Cristo pronunciara a viva voz la frase “*Talita Kum*”: ¡Levántate niña! en arameo, su lengua natal- Ponette busca un espacio de soledad para invocar esas palabras que devuelvan la vida a su madre, infructuosamente.

La niña queda detenida entre la versión del padre y la de la tía, por lo que ni la verdad objetiva ni la verdad mítica le ofrecen la posibilidad de dar

alojamiento a la pena por eso asume una posición renegatoria frente a lo inexorable.

Luego se suceden los relatos de los pares quienes van dando distintas versiones de la muerte y del mas allá. Por medio de diferentes escenas lúdicas va armando sus propias herramientas para avanzar en la construcción del tan anhelado reencuentro. Las voces de los niños también aportan su mirada desde el mundo infantil, distante del de los adultos.

En la escena del cementerio -donde rasga la tierra con sus manos buscando la prueba de que realmente estaba allí- la niña construye una escena de ficción donde puede finalmente hablar con la madre y comenzar a aceptar la despedida. Ese espacio potencial donde se pone a jugar la propia respuesta, más allá de los decires de los adultos, inaugura el desprendimiento necesario de la realidad y el a-sujetamiento a la fantasía para iniciar ese doble proceso de inscripción y despedida. El duelo llama al sujeto a disponer del acervo simbólico e imaginario para bordear el agujero e inscribirlo. El velo ficcional que recubre lo real de la pérdida, le permite a la niña dar un sentido al porqué es imposible que retorne. De la versión que escucha de su propia madre mientras realizan juntas un paseo por los alrededores, se apropia de las explicaciones necesarias para entenderlo. En ese encuentro “fantaseado” la mamá le dona las palabras que la habilitan a continuar con la vida: “Trata de ser feliz”.

¿Hubiera sido mejor no decirle la verdad o no hablarle de lo religioso?

De ningún modo. Las palabras de los adultos acompañan y sostienen al niño en la posibilidad de hallar una respuesta propia a los interrogantes que la muerte abre. Si se oculta el hecho o se lo niega no se le permite “estar en la realidad con los otros” y por lo tanto ingresar a la prueba de realidad: el objeto amado no está más.

No obstante, vale la pena que advirtamos que rehusándole al niño el pesar y la desesperanza reales, o aun las ideas autodestructivas directamente ligadas a la grave pérdida sufrida, no contribuimos a aliviar su malestar.

Cuando nos encontramos con un niño retraído e infeliz, sin duda una operación de sostén comprensivo será más eficaz que arrastrarlo a un estado de olvido y de falsa animación. Si

esperamos y esperamos junto a él, a menudo seremos recompensados por cambios reales, que indican una tendencia natural a recobrase de la pérdida y del sentimiento de culpa que alienta el niño, por más que de hecho él no haya contribuido al suceso trágico. (Winnicott, 1968 p.p 695-696)

La construcción del mito es una producción de la condición humana y como tal es un intento de explicar lo que no tiene forma de explicarse, ya que toca con lo irrepresentable. Vivimos un tiempo de caída de los grandes relatos, lo cual nos deja más inermes ante la posibilidad de disponer de referencias simbólicas para enmarcar la angustia. Muchas personas encuentran allí un sentido para sus vidas permitiéndole alojar su sufrimiento mientras realizan la tarea de duelar y eso es una apelación a lo simbólico que como tal debe ser respetada.

Afirmamos que el duelo es una producción individual que tiene repercusiones en lo público y en lo privado; por eso cada sujeto se verá en la encrucijada de construir su propia respuesta. El niño no es ajeno a estas circunstancias pero requiere que la escena de la infancia se sostenga para poder realizarlo.

12. Algunas conclusiones parciales:

En este capítulo hemos comenzado a anudar los temas principales que conforman esta tesis: el duelo patológico, la función materna, las operaciones psíquicas de escrituración de la falta y sus consecuencias para el niño.

Consideramos a los duelos en dos vertientes: por un lado los que hemos denominado *necesarios*, en tránsito hacia la constitución del sujeto deseante y los *contingentes* como irrupción de la falta real, que puedan acaecer en cualquier momento de la vida de un sujeto.

Desarrollamos que la contingencia hace evidente la cronología en la medida en que habilita o detiene las operaciones lógicas de inscripción. El grado de *dependencia* del niño de las *tareas* del Otro marca el compás de la inscripción de la falta y la disposición a su cuenta del símbolo para metaforizarla o no. Cuanta más *dependencia* mayor posibilidades de que el pequeño quede

capturado en la fantasmática del Otro en las circunstancias de *realizar* el objeto.

La *respuesta* del sujeto puede tener lugar en la medida en que el Otro inscriba los duelos necesarios que atañen al niño como soporte de la falta, liberándolo de la univocidad y permitiendo el desplazamiento significante. Entre un extremo y otro puede haber detenciones en los hitos constitutivos del sujeto del deseo. El síntoma permite tramitar el duelo con otros recursos muy diferentes al *acting out* como apelación al Otro desfalleciente o la identificación total con el objeto muerto en el pasaje al acto.

El duelo configura una estocada al sujeto, desordenando el universo simbólico e imaginario. La falta pierde su localización y lo reenvía a su condición de privación. Hemos evidenciado que la madre angustiada ve dificultada la posibilidad de operar conforme a desalojar al niño del lugar de la falta. Por consiguiente el niño la tapona como objeto fetiche *ad eternum*, u ocupa el lugar de resto y no es incorporado a la dialéctica de su deseo. Las consecuencias son diferentes en uno y otro caso. En el primero, pensamos al sujeto detenido en los tiempos del tránsito de la neurosis. En el otro caso, configurarán patologías graves de la infancia.

El niño por estructura nunca queda por fuera de la fantasmática de los padres. El grado de fijeza en sostener el fantasma del Otro otorgará consecuencias diferentes sobre la constitución subjetiva. Si la madre puede metabolizar la falta liberará el niño de su esclavitud de serlo todo para ella, en el caso que no sea posible congelará en ese punto su devenir como deseante. Analizamos la clínica de los niños “objeto del goce fálico del Otro” y sus consecuencias para la constitución de la imagen de sí y del lenguaje. Destacamos que el analista será quien rearme la escena de la infancia ofreciendo condiciones de corte simbólico, imaginario y real para que el tránsito hacia la constitución del fantasma del niño se reanude.

Pensamos que tanto sexualidad y muerte como irrepresentables en la estructura, ofrecen dificultades diferentes cuando la fantasmática parental vacila. Si interroga la sexualidad de los padres el síntoma del niño será productor de respuestas en el campo de la neurosis. En cambio, si señala la imposibilidad de dar tratamiento a la muerte el destino del niño estará por fuera

de ese campo, forcluído o renegado, tal como describíamos arriba en posición de fetiche eterno.

El niño ante la muerte también tiene que realizar su trabajo de duelo, en la medida en que los padres puedan sostener el marco de la infancia para que la escena ficcional se instale y permita la consecución de la vida. Analizamos varios casos clínicos donde la carencia del lado parental de ofrecer tales condiciones no le permiten al niño avanzar en su camino hacia la aceptación de la muerte y su inscripción.

ⁱ Kipling es el autor además de *El libro de la selva*.

ⁱⁱ Me refiero a: Miller, J (1995); FLESLER, A (2009) y HARTMANN, A (1992).

ⁱⁱⁱ Silvia Amigo plantea en el libro *Paradojas clínicas de la vida y la muerte* (2003) que de la operación que resulta del encuentro del niño con el falo hay un desprendimiento del (a) en cuanto tal como un resto de esta operación inaugural, como un prototipo de las formas del (a). Vale decir, que tendrá diferentes consecuencias para el niño, si hay lugar al vacío o no. De ahí la diferencia entre identificación fálica y significación fálica.

^{iv} Lacan la conceptualiza como *Tyché* en el Seminario N° XI *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. (1964)

^v Aquí hace mención a las conceptualizaciones de Clara Cruglak sobre las disfunciones de la castración imaginaria en los duelos patológicos, en donde no existe reserva libidinal a cuenta por la inoperancia de $-\phi$.

^{vi} Se trata del Instituto Coriat que ha sido pionero en el trabajo interdisciplinario de niños con problemas orgánicos que afectan su desarrollo. Esta institución de renombre no solo nacional sino internacional, ha permitido a partir de su trayectoria, la oportunidad de encontrarnos con una serie de producciones teóricas interesantes para plantear el abordaje clínico de bebés y niños pequeños. Los autores mencionados son Alfredo Jerusalinsky, Esteban Levin, Elsa Coriat y Norma Bruner, citados en varias oportunidades en este trabajo.

^{vii} En varios de los historiales trabajados por Caroline Eliacheff (1996) en *Del niño rey, al niño víctima*. Bs As: Nueva Visión, refiere a pequeños que desconocen que un abandono precedía a su adopción. Allí especifica que habría un registro inconciente de estos hechos, que de no ser mediado por la palabra, ejerce el peso del secreto resultando sintomático para el acontecer del niño. Cabe mencionar que la autora es discípula de Dolto y Mannoni.

^{viii} El trabajo del Dr. Bowlby fue leído en octubre de 1959 ante la Sociedad Psicoanalítica Británica y posteriormente publicado en *The Psycho-Analytic Study of the Child*, Vol 15 en 1960.

^{ix} *Ibidem* (p. 59)

^x *Ibidem* (p.p 76-82)

^{xi} Lacan, J. (1964/2003). Seminario N° XI. *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Bs As: Paidós.

^{xii} Mathelin, C. (1995). *Clínica psicoanalítica infantil. Uvas verdes y dentera*. (p.p 43-46). Bs As: Nueva Visión.

^{xiii} Aberastury, A. (1974). La percepción de la muerte en los niños. *Revista de Psicoanálisis* Bs As: APA. 3- 4, 689-702.

BIBLIOGRAFÍA DEL CAPÍTULO:

- Aberastury, A. (1974). La percepción de la muerte en los niños. *Revista de Psicoanálisis*. APA. 3 – 4, 689-702
- Amigo, S. (2003). *Paradojas clínicas de la vida y la muerte*. Bs As: Homo Sapiens.
- Amigo, S. (2007). *Clínicas del cuerpo. Lo incorporal, el cuerpo, el objeto a*. Bs As: Homo Sapiens.
- Aubry, J. (2003). *Psychanalyse des enfant séparé*. Paris: Denöel.
- Bruner, N. (2009). *Duelos en juego*. Bs As: Letra Viva.
- Cacciari, A & Martínez, H. (2003). Un modelo diagnóstico para la clínica psicoanalítica con niños. En *Psicoanálisis y el Hospital. La infancia amenazada*. 25, 227-232.
- Coriat, E. (2006 a). *El psicoanálisis en la clínica de bebés y niños pequeños*. Bs As: De la campana.
- Coriat, E. (2006 b). *El psicoanálisis en la clínica de niños pequeños con grandes problemas*. Bs As: Lazos.
- Cosimi, A. (2005). Constitución circular del objeto: Conjeturas. En *Seminario "Lo escópico en la constitución del sujeto"*. Facultad de Psicología. UNMDP.
- Cruglak, C. (2003). El duelo y la disfunción de $-\phi$. Clases V, VI y VII. En *Ramos, P. comp. Los duelos. Aspectos estructurales y clínicos*. (p. p. 83-132). Bs As: I Rojo.
- Dolto, F. (1988). *Los niños y su derecho a la verdad*. Bs As: Atlántida.
- Domb, B. (1995). *Más allá del falo...Deseo de la madre*. Bs As: Lugar editorial.
- Elmiger, M. (2009). Nacer y Morir. 2do Congreso internacional del Investigación Psicoanálisis y Ciencias Sociales. Disponible en <https://sites.google.com/a/fundpsicisigmundfreud.org/trabajos-2do-congreso-de-investigacion/home/elmiger-maria-elena> 12/09/09
- Fendrik, S. (1993). *Desventuras del psicoanálisis*. Bs As: Ariel.
- Fendrik, S. (2007) *Psicoanalistas de niños. La verdadera historia. Françoise Dolto y Maud Mannoni*. Bs As: Letra Viva.

- Flesler, A. (1997). El duelo de los niños. En *Cuadernos Sigmund Freud Nº 19*. Escuela Freudiana de Buenos Aires.
- Flesler, A. (2007). *El niño en análisis y el lugar de los padres*. Bs As: Paidós, 2009.
- Flesler, A. (2009). El síntoma del niño y la respuesta del sujeto. En Actas del IV Congreso Internacional de Convergencia, Movimiento Lacaniano por el Psicoanálisis Freudiano. Bs As, Argentina. Disponible en <http://www.imagoagenda.com/articulo.asp?idarticulo=1110> 23/11/09
- Flesler, A. (2011). *El niño en análisis y las intervenciones del analista*. Cuadernos clínicos. Bs As: Paidós.
- Freud, S. (1914/2003). Introducción al narcisismo. En *Obras Completas*. XIV, Bs As: Amorrortu Editores.
- Freud, S (1926/1998). Inhibición, síntoma y angustia. En *Obras Completas*, XX, Bs As: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1920/1996). Sueño y telepatía. Más allá del principio del placer. XVIII. En *Obras Completas*. Bs As: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1896/2005). Carta 52. En *Obras Completas*, I. Bs As: Amorrortu Editores.
- Gerez Ambertín, M. (1999). El rechazo del saber y el duelo impedido en los niños. *Revista Psico-logos*. Facultad de Psicología, UNT. Año 8 (9) 127-140.
- Gerez Ambertín, M. (2009). Vicisitudes del acto criminal: Acting out y pasaje al acto. En *Culpa, responsabilidad y castigo*. III. (p. p 49-76). Bs As: Letra Viva.
- Hartmann A. (1992/2009). *En busca del niño en la estructura. Estudio psicoanalítico de la infancia y su patología*. Bs As: Letra Viva.
- Heinrich, H. (1993). *Borde <R> S de la neurosis*. Bs As: Homo Sapiens.
- Kletnitki, A. (2010). "Ponette" una ficción sobre la ausencia. *Revista sobre Subjetividad, política y arte*. UBA. Disponible en <http://www.eticaycine.org/Kletnicki-Armando> 21/10/10
- Lacan, J. (1983). Dos notas sobre el niño. En *Intervenciones y textos 2*. (p.p 55-57) Bs As: Manantial.
- Lacan, J. (1983/1987). *Nota sobre el niño*. El Analicón nº 3. Psicoanálisis con niños. España: Correo Paradiso.
- Lacan, J. (1956/2001). *Seminario IV. La relación de objeto*. Bs As: Paidós.

- Lacan, J. (1957/1999). *Seminario Nro V. Las formaciones del inconciente*. Bs As: Paidós.
- Lacan, J. (1962/2006). *Seminario Nro X. La angustia*. Bs As: Paidós.
- Laurent, E. (1984/1987). El niño y su madre. En *El Analicón*. Correo/Paradiso. 1, 45-52.
- Laurent, E. (1999). Institución del Fantasma, fantasmas de la Institución. En *Hay un fin de análisis para los niños*. (p.p 197-207). Bs. As: Diva.
- Laurent, E. (1999). Psicoanálisis con niños y sexualidad femenina. En *Hay un fin de análisis para los niños*. (p. p 167 -182). Bs As: Diva
- Mannoni, M. (1967/1997). *El niño "su enfermedad" y los Otros*. Bs As: Nueva Visión.
- Mannoni, M. (1982). *De un imposible al Otro*. Bs As: Paidós.
- Mannoni, M. (1991). *Lo nombrado y lo innombrable. La última palabra de la vida*. Bs As: Nueva Visión.
- Mannoni, M. (1993/1994). *Amor, odio, separación. Reencontrarse con la lengua perdida de la infancia*. Bs As: Nueva Visión.
- Mathelin, C. (1995). *Clínica psicoanalítica infantil. Uvas verdes y dentera*. Bs As: Nueva Visión.
- Miller, J. (1998). El niño, entre la mujer y la madre. En *Carretel N° 1. Psicoanálisis con niños*. (p.p 9-15) España: Nueva Red Cereda.
- Prengler, A. (2008). El niño del carretel. Una visita a Ernest Freud. *Psicoanálisis XX. 2*, 93-101.
- Winnicott, D. (1953). John Bowlby II. Debate sobre la aflicción duelo en la infancia. Disponible en [http://www.tuanalista.com/Donald-Winnicott/8222/John-Bowlby-II.-Debate-sobre-la-afliccion-duelo-en-la-infancia-\(1953\)-pag.1.htm](http://www.tuanalista.com/Donald-Winnicott/8222/John-Bowlby-II.-Debate-sobre-la-afliccion-duelo-en-la-infancia-(1953)-pag.1.htm) 17/06/09
- Winnicott, D. (1953). John Bowlby. Reseña de "Maternal care and mental health". *British Journal of Medical Psychology*. Disponible en [http://www.tuanalista.com/Donald-Winnicott/8229/John-Bowlby.-Resena-de--Maternal-care-and-mental-health--\(1953\).htm](http://www.tuanalista.com/Donald-Winnicott/8229/John-Bowlby.-Resena-de--Maternal-care-and-mental-health--(1953).htm) 17/06/09
- Winnicott, D. (1958/1991). Psicología de la separación. En *Deprivación y delincuencia*. (p.p 157-160).Bs As: Paidós.
- Winnicott, D. (1968). Efecto de la pérdida en los niños. Biblioteca Donald Winnicott. En *Obras Completas*. (p.p 695-696) Psikolibros. Versión digital.

Winnicott, D. (1971/2002). *Realidad y Juego*. Madrid: Gedisa.

Yankelevich, H. (2003). Acerca de lo que nos enseñan los autistas sobre la función de la palabra. En Amigo, S. *Paradojas clínicas de la vida y la muerte*, II. (p.p 45-63). Bs As: Homo Sapiens.

CAPÍTULO IV

FUNCIÓN MATERNA, ESCRITURA SIGNIFICANTE Y DUELO

Argumentos Clínicos

Nada saben de los horrores de la putrefacción de la carne, del muerto que se huela en la tumba fría, del espanto de la noche infinita.

Estar muerto es para el niño pequeño “estar lejos”; sólo con posterioridad quedará referido a “no volver más”.
(Sigmund Freud, *La interpretación de los sueños*, pág. 258).



Introducción

Hemos trabajado en el capítulo III (puntos 3, 4 y 5), lo que viene a constituir una detención en los procesos de estructuración del sujeto del deseo, debido a que la significación fálica no logra ser trasladada al niño y sume a la madre en un goce fálico que aprovecha para taponar su angustia. Se erige así en el fetiche eterno que vela la falta materna no pudiendo realizar la madre el duelo por el *tener*. Proponemos pensar este tiempo estructural del niño enquistado como objeto tapón de la angustia materna y no como objeto de deseo. Si se tramita vía la fobia, el duelo alcanzará un estatuto de representabilidad por medio del síntoma a cuenta de la respuesta del sujeto del deseo. En cambio, por vía de la psicosis el sujeto no contará con la posibilidad de la sustitución para contrarrestar la univocidad del Otro, no habrá metáfora infantil operando. Volveremos sobre estas operaciones en el último capítulo

Los duelos *necesarios*, por ejemplo el del tener, no se inscriben porque la *contingencia* afecta las condiciones del Sujeto y del Otro imposibilitando escriturar la falta en cada uno de ellos. Se detiene la conformación de los hitos estructurantes.

Veámos que los duelos se transitan con angustia por el singular trabajo de separación y a-sujetamiento que debe recorrer el doliente, tal como señala Gerez Ambertín (2005).

La mujer duela con su falta en ser auestas. La necesidad de amor, como condición de veladura de la falta, la hace más susceptible de sentirse arrasada, sin causa, cuando cae la escena. El duelo por el *ser* se hará evidente en cada contingencia de la pérdida de amor.

La distancia entre la mujer y la madre puede no operar en las circunstancias de un duelo detenido y el niño quedará cautivo en la tarea de colmar el deseo materno cuando el edificio subjetivo tambalea. La madre no duela el falo que el niño no representa, siendo puro goce fálico, por lo que la escrituración se detiene, se hipoteca. No se produce entonces, la inscripción de la significación fálica.

El goce femenino, por su parte, trata de un más allá de la palabra y se dirige al Otro en falta, se desentiende del padre de la castración, lo cual si bien es la apertura para que la mujer haga usufructo del goce suplementario, puede

ocurrir también que un niño sea sacrificado por ese goce, cuando no lo recubre la *père-versión* y quede desligado del falo y de los Nombres del Padre. En las circunstancias en las que el deseo materno no recubre al goce femenino el sacrificio del hijo quedará emparentado a lo forclusivo, o a los *fenómenos* que producen estragos, ligados a los tiempos anteriores a la operatoria del padre real. (Domb, 1995) En ocasiones contingentes, por ejemplo cuando el duelo redobla la privación en la mujer y no hay inscripción simbólica, el niño será para ella el representante *vivo* del muerto.

Nuestra pretensión es otorgar un marco conceptual que nos permita pensar a la muerte como una circunstancia particular que pone en cuestión al fantasma, al deseo materno y al goce femenino, frente al límite de lo representable otorgando modalidades peculiares a la relación del Sujeto y el Otro.

A continuación presentamos un cuadro donde tratamos de explicar esta distancia entre mujer y madre. Este esquema está inspirado en el cuadro de los matemas de la sexuación del *Seminario Nro XX Aún* (1972), donde Lacan ubica el lado femenino en forma desdoblada relacionándolo al falo (madre) y al significante de la falta en el Otro (mujer). En el último piso de nuestro cuadro se trabaja los efectos en el niño y las posibles consecuencias para su constitución cuando la falta no se inscribe. En la primera columna pensamos al niño ligado al goce fálico, cuando permanece como fetiche de la madre; en segundo lugar lo relacionamos con el estrago materno cuando se encuentra vinculado al goce femenino y en la tercera columna damos cuenta de la situación donde el (a) opera en causa como mujer permitiendo la realización del duelo por el falo en el niño (significación fálica), *père-versión* mediante.

Φ	LA Mujer	
MADRE	MUJER	
<ul style="list-style-type: none"> • Niño = Falo • Objeto fetiche • Fijeza pulsional • Identificación fálica • Goce fálico • Renegación 	S (A)	a (causa)
	<ul style="list-style-type: none"> • Si el agujero no se mantiene. • Niño = a • “Estrago materno” • Objeto inanimado • Goce femenino • Forclusión 	<ul style="list-style-type: none"> • Niño ≠ Falo • Duelo por el falo en el niño. (Logrado) • Significación fálica.

Abrimos aquí otra cuestión ¿En qué medida el Otro puede ser letal para el acceso del niño a la subjetividad? Nos interesa este punto para retomar la teorización sobre la inscripción de la muerte en la estructura. En *La Tercera* (1974) Lacan presenta una versión del nudo borromeo ubicando en el registro real la vida, en el imaginario el cuerpo, y en lo simbólico la muerte.

Tal como lo enuncia Bauab (2001) si lo mortífero asume un rostro real, la vida del niño correrá grave riesgo por ausencia de los cuidados prodigados. La relación entre el niño y la madre será de real a real y por lo tanto nunca revestirá el carácter de objeto de deseo materno. Si lo mortal se desliza desde lo imaginario, es la imagen del cuerpo la que se verá comprometida, ya que no ha habido sostén que permita la constitución del brillo fálico necesario en la mirada materna. Y si lo letal impide que lo simbólico actúe adecuadamente, el Otro no ha ofrecido su muerte y caída para que surja un deseo más allá del ideal del Otro que permita sostener las vacilaciones que conciernen a la crianza de un niño asumiendo el “no saber todo” frente a lo real que se presentifica en las contingencias de la vida.

En este capítulo intentaremos articular estos conceptos con casos clínicos extraídos de fuentes bibliográficas o de nuestra propia clínica para dar cuenta

de las variadas posiciones en que un duelo puede tornarse sin fin, teniendo como epicentro al niño.

1. El niño en el lugar de tapón de la angustia materna. Duelo por el ser. Caso José.ⁱ

Se trata de un pequeño que llega a la consulta a partir de un control de salud en una institución pública que se realiza en Terapia Ocupacional, donde evalúan el desarrollo infantil. Para ese entonces, teniendo nueve meses de vida, no aparece nada significativo en la conducta del bebé, sin embargo la profesional registra en la Historia Clínica: “actitud temerosa de la madre frente a los desplazamientos del niño”. Es en el control de los quince meses cuando emergen los primeros indicios de dificultades. Ante una prueba en la que tiene que invertir una botella plástica para extraer de ella una bolita, sucede lo siguiente: la terapeuta sacude la botella que oscila sobre la mesa y José se funde con el objeto, quedando su mirada capturada por el movimiento que reproduce con su cuerpo. A partir de esto, la mamá comenta algunas estereotipias que el niño presenta en lo cotidiano: abrir y cerrar repetidamente una ventana o estar pendiente de algunos ruidos. Ella pregunta “¿es una especie de autismo?”. Se cita a ambos para iniciar entrevistas preliminares.

Se dispone de una presunción de ciertas fallas en la estructuración psíquica del niño a partir de lo observado en el espacio de Terapia Ocupacional sustentado además en la pregunta sobre el posible autismo del niño. La primera hipótesis clínica que sostenemos es la detención en la constitución subjetiva, no habiendo por el momento más elementos que permitan sostener de qué posición se trata.

Inician las consultas con el niño la psicóloga y la terapeuta ocupacional (en presencia de la madre dado que el pequeño no ingresaba solo al consultorio), desarrollándose esta estrategia durante los primeros seis meses. En este período observan que José se mantenía en silencio durante los encuentros, sólo emitía sonidos para lloriquear o quejarse. Su exploración de los juguetes era silenciosa, no aparecía siquiera un silabeo. En una ocasión frente a los sonidos que provenían de la calle dijo: “¡MOTO, PAPA!”. La madre que no

toleraba el silencio que José comunicaba explica que el padre viene en moto del trabajo y que José lo nombra al llegar. Refiere que le llama la atención que aprende palabras pero que después las olvida.

Se advierte que las adquisiciones del niño eran muy lábiles, como si fuera un bosquejo de lo esperable. Por ejemplo, su respuesta ante el espejo no era de indiferencia, pero tampoco de júbilo: se miraba, sonreía y se entregaba a otra actividad. En relación a los juguetes se aproximaba, los sacaba de la caja los manipulaba pero no había actividad lúdica. Se sumaba a escenas de juego que se le proponían: dar de comer a la muñeca, servir un té, pero lejos de constituir juego, se trataba de actividades que están del lado de la imitación, desplegando una estereotipia con algunos juguetes, por ejemplo tapar y destapar la pava. Se asustaba cuando el adulto le proponía escenas de juego no pudiendo entender que se trataba del *como sí*. Había que contenerlo y explicarle que se trataba de un juego.

Durante estos tiempos del trabajo con el niño se observa que el sentido unívoco otorgado por la madre a las manifestaciones de José hacia imposible que él se iniciara en la palabra. “Lo que permite la ruptura de la continuidad entre la madre y el hijo es la intromisión de un discurso, que operando en la madre la castración simbólica, obliga a ambos a hacer referencia a un tercero”. (Jerusalinsky, 1997 p. 41)

En las sesiones la madre otorga elementos para poder ubicar al niño en las coordenadas del discurso parental. Se trata de una mujer de 39 años que desde hace cinco formó pareja con el padre de José. Tiene una hija de 17 años de “su primer amor”, con quien sostuvo una relación hasta que la niña tenía 4 años, y a quien sólo olvidó cuando conoció al padre de José. Hasta ese momento vivía con su hija y el abuelo del niño, en la casa de éste. Al poco tiempo de conocer a su actual pareja comienza a convivir con todo el grupo familiar. Llama la atención en su discurso, que la llegada de este hombre a su vida constituyó un acontecimiento marcando un antes y un después.

Deja de trabajar poco antes de que nazca José y la situación económica se deteriora rápida y severamente, llegando al punto de faltar en ocasiones el alimento. Ella lo graficará con un “yo vivía de otro modo”. Relata una “crisis de pareja” que se inicia prácticamente en el nacimiento del niño y se sostiene, con episodios de violencia por parte del padre de José, pasando del amor sublime

al odio incontenible, con conductas auto-agresivas acusándola luego de ser ella la causante. Dirá Lacan que lo que el sádico busca es provocar la angustia en el otro para confirmar su amor. Suspendida en la inagotable tarea de responder a esta demanda y dando su amor en grandes dosis de angustia, la madre de José queda atrapada, perdió el hilo de Ariadna en el laberinto de su propio deseo, congelando su vida y suturando su angustia por medio del niño que es velo del dolor. José venía a coagular la angustia materna siendo justamente por eso la dirección de la cura un esfuerzo por abrir una brecha que permita a la madre poner a jugar su deseo y al niño constituirse como tal, apuntando a instaurar algo de esta separación necesaria.

Podemos puntualizar varias situaciones de pérdida en la madre del niño:

- Su propia adopción silenciada de la cual se entera a los 16 años.
- Conflictos con su madre adoptiva que fallece de cáncer a los 24 años de la paciente.
- Pérdida de su “gran amor” con quien tiene una primera hija con el que nunca convivió y que la abandona sin dejar rastros. “Lo viví como un duelo, tenía la ilusión que iba a volver, nunca más me enamoré”.
- Conoce al padre de José con el que tiene una relación muy conflictiva.
- Se deteriora su estándar de vida (pierde el trabajo, problemas económicos).
- Pierde un embarazo de 6 meses.
- Queda embarazada de José, se interna ante las complicaciones que presenta el mismo, el marido no la acompaña en ese trance. “Lo viví como una muerte”.
- Al regreso a su hogar el marido no se responsabiliza por lo que hizo.
- Ante la angustia que ello le suscita la madre dice “me aferro a José y él me dice, no llora mamá, no llora...Y yo pienso qué sería de mí si él no estuviera”.

Luego de unos meses de este abordaje y ante la postura infranqueable de ambos al dispositivo, se resuelve que la madre de José tendría un espacio con su analista, mientras que él niño continuaría con sesiones de terapia ocupacional incluyendo otro analista en los encuentros.

En esta etapa del trabajo el niño responde al llamado cuando se lo nombra, dirigiendo la mirada pero siendo notable la ausencia de palabras o apareciendo muy escasamente, siendo más frecuentes las ecolalias o murmullos, a partir de las intervenciones de la madre que no tolera “que no entendamos lo que José dice”. Asumimos que hay una intencionalidad de comunicar con estos gestos, ya que cuando quiere un objeto ubicado lejos de su alcance lo señala. Estas situaciones aparecen escasamente. La madre se muestra con una actitud explicativa, no pudiendo aceptar el sin sentido de lo que allí sucede. Habla todo el tiempo, irrumpiendo en el espacio de la sesión, suponiendo conductas o actitudes del niño y justificándolas de muy diversas maneras. Las intervenciones apuntan a construir escenas de juego a las que el niño responde con labilidad, exigiendo mucho de los terapeutas para sostener un espacio diferenciado entre él y la madre. Los juegos de tirar objetos o hacer ruido suelen presentar aceptación esbozando sonrisas y disfrute. No así con juguetes más figurativos. En general, todo lo remite a ella y en ocasiones hace berrinches, como querer retirarse de sesión inmotivadamente a lo que la madre responde, sin poder poner límites ni frustrarlo.

Durante mucho tiempo compartió la cama marital, situación que fue muy difícil de modificar por los adultos.

En ocasiones logramos que José ingresara solo al consultorio, pero se angustiaba al notar la ausencia de la madre no aceptando estas pautas a la sesión siguiente. La monotonía de estas dificultades se extendió durante largos meses de trabajo y en ocasiones nuestro desaliento con los resultados del trabajo analítico tal que lo describimos en el capítulo anterior, superaba al deseo de percibir cambios en José y en su madre. Durante el desarrollo del tratamiento se toma la decisión de comunicarle a esta que la situación era de gravedad y que estaba seriamente comprometida su socialización y la posibilidad de que adquiriera la palabra.

Luego de dos años de trabajo José ingresa al Jardín de Infantes tan esperado por todos. Durante las semanas de adaptación la madre venía a

comunicarnos, que “la señorita le decía que se fuera a otro espacio” y que ella lo espiaba por detrás de la puerta, que aprovechaba para entrar al aula por si necesitaba algo.

Este fue el comienzo de una nueva etapa. En una de las tantas sesiones en que repetíamos la misma invitación a entrar solo a jugar, observamos que la madre se despide de él y le dice que lo vendrá a buscar mas tarde. Ante la sorpresa de todos ingresa solo y desde ese momento, nunca mas pedirá que la madre entre con él. El “de jugando” fecunda el espacio de sesión. Poco a poco se articulan palabras, aparecen las primeras demandas “¿me lo das?”, acepta ponerse un títere en la mano para hacerle la comidita al patito, hechos que en otro momento solían aterrorizarlo. Se mira en el espejo y recibe el halago ¡qué lindo nene! y responde con una sonrisa, o sube muchos soldaditos a un tractor y con voz impostada enuncia: “te voy a llevar a pasear”.

Por su parte, la madre retomó algunas actividades laborales. En su discurso se escuchan anhelos que van más allá de su hijo y de su pareja, habla de proyectos y logros, dice al pasar “mi marido con sus rayes como siempre, pero no me engancho”. Algo de un corte simbólico operó también allí dando lugar a que la vida transite, a que un matiz aparezca, ya no repite entrevista a entrevista un goce imposible de acotar.

El espacio institucional abrió la posibilidad de que el niño fuera entregado a otros, eso es lo que desencadenó la salida del goce incestuoso con la madre. El tratamiento permitió que eso se produjera y que la madre pudiera mirar para otro lado más que al niño, valiéndose como mujer para afrontar su angustia y desplegar la posibilidad de hallar un deseo que vaya más allá de él.

La infancia no supone solo una etapa cronológica de la vida. Para que ella exista es necesario una posición particular del Otro donde el “espacio lúdico se instale”. Supone que el “de jugando” como lugar de la constitución de la niñez, opere. Es un espacio que no está ni adentro ni afuera pero como tal, permite que los procesos de construcción psíquica se realicen. Estos momentos podrían operacionalizarse en dos tiempos: el de alienación y el de separación. En el primero se construyen las coordenadas para que el *ínfans* se haga de un cuerpo pulsional y de un yo. En el segundo el sujeto se inscribe en una secuencia generacional que le posibilita alcanzar un sentido a su destino como ser sexuado y predestinado a la muerte.

La consecuencia cuando esto no se produce es la falla en la constitución de la imagen del cuerpo (a través de la relación especular con el otro) y en la constitución del yo. Esto correspondería al fracaso del tiempo de la “alienación” en la constitución del sujeto dejándolo sin imagen del cuerpo, haciendo problemática su vivencia de unidad. Habría pobreza en la libido objetal y mayor fijeza en los pocos objetos pulsionales. Esta ausencia de imagen determinada por el fracaso de la alienación que bloqueara al sujeto del lcc y del deseo, tendrá al menos otra consecuencia, implicará la posibilidad de la construcción de un no yo, la posibilidad de libidinizar los objetos y por lo tanto de relacionarse con ellos.

La presencia-ausencia materna y la modalidad en que ella se presente, va a ser el eje de esta operación básica del ingreso en lo simbólico.

Prematuro como es el cachorro humano requiere la presencia real de un agente que lo reciba en un espacio virtual (el lugar de su falta), espacio en el cual ese *ínfans* se espeja (se imaginariza).

Este espacio se cava en el agente materno en la medida en que existe en él una referencia a lo simbólico. Para ser más precisos, es necesario que ese agente esté capturado por la castración simbólica, inscripto metafóricamente en el Nombre del Padre. Solo así el hijo es objeto de deseo; y solo así entonces, la madre inscribe en su cuerpo las marcas de lo simbólico. (Jerusalinsky, p. 41)

A partir de este eje de presencia-ausencia materna, será ella misma, en tanto pueda sustraerse, ausentarse, la que permita la operación de la metáfora paterna, es decir que el niño no sea todo para ella y que le permita a su vez dirigir la mirada mas allá de él.

¿En qué medida los duelos en la madre pudo afectar estas condiciones de ausencia de corte simbólico?

Pensamos al niño oficiando de tapón a la angustia materna. La pérdida había golpeado varias veces a esta mujer. Siendo adolescente logra “arrancar” una verdad sobre su origen, la que le había sido ocultada hasta ese momento. Cae esta primera escena de engaño, que se transmuda en culpa luego de la

muerte de su madre después de una relación teñida de conflictos. La deuda de la madre de esta paciente para con ella es doble: por no haberle dado el objeto de deseo, ni la verdad que se mantuvo silenciada.

Luego le sucede otro desengaño, la pérdida de su gran amor, que le ha dejado una cicatriz imborrable, evidencia de un duelo patológico en donde pierde las coordenadas para ubicarse como causa en el deseo del Otro.

Al nacimiento de José le antecede un embarazo de 6 meses que no llega a término. El niño nace en las circunstancias en que la madre no encuentra en quien sostenerse, lo que la ubica al filo de la angustia. La amenaza de una nueva pérdida se renueva cada vez que el padre de José arma con ella la escena perversa con las autoagresiones que mencionamos, llegando incluso a perforarse la boca con alfileres para culparla a ella de esos extremos. Ante esas situaciones, ella se angustia, reniega y goza.

No hay operación disponible de metáfora paterna que faculte al niño a hablar en nombre propio, ya que la madre no da lugar a la caída como falo del objeto que representaba el niño lo cual significa reposicionarlo por fuera de ese goce femenino, es decir, que ella se vuelva deseante como mujer ante su pareja. Esto evoca lo que Lacan desarrolla en *Dos notas sobre el niño*, sobre la posición del niño como verdad de la pareja parental.

La angustia de separación que presentaba el niño no encuentra cauce en una escena lúdica que permita su tramitación. El trabajo analítico estuvo orientado a interponer un orden simbólico que permita la creación de un sin sentido a las producciones del niño y que permita la posibilidad en cada vuelta de que algo de la diferencia circule, modificando la pobreza deseante y la rigidez pulsional.

La madre finalmente puede cederlo ante la inminencia del ingreso al ámbito escolar. Se abstiene de tragarlo del todo y desde allí la situación del niño logra una notable mejoría. Es la madre quien debe dar entrada a la Metáfora Paterna para que la función paterna haga su entrada, privando a la madre y al niño de ese goce incestuoso.

Por otra parte ella seguirá interrogando su angustia más allá de la presencia del niño en su propio análisis abriendo una brecha que permita recuperar su lugar en la escena del mundo más allá de la maternidad.

Con el historial que desarrollamos anteriormente se gestan las primeras intuiciones que nos llevaron a pensar las incidencias del duelo patológico materno en la estructuración del niño. Si bien consideramos que su análisis surge a partir de una observación imperfecta, debido a que no disponemos de la lectura del inconsciente materno, nos ha permitido, sin embargo, inferir en forma indirecta qué lugar ha ocupado el duelo para la fantasmática materna y para el niño. Esta chance nos ha abierto, sin duda, la posibilidad de desarrollar una mejor búsqueda en otros historiales para la confirmación de nuestras hipótesis clínicas.

2. El niño como representante del muerto. Forclusión/renegación de la muerte en la historia genealógica.

a. Ricardo: “El niño rodeado de muerte” y el duelo en la madre.

Ricardo pide en la primera consulta con su analista, que se lo llame por ese nombre que es su segundo nombre y no por el primero, que es el mismo de su padre muerto.

La madre tuvo muchas resistencias para solicitar ayuda en el servicio. Luego de que Ricardo repitiera el primer grado, la escuela insiste en la necesidad de que acuda. En este encuentro, más deseado por la escuela que por la madre, relata que el niño presenta una pertinaz constipación desde los tres años de edad y que desde ese momento a los actuales siete continúa en tratamiento con gastroenterología. Afirma que el niño tiene sueños de angustia que le dificultan mucho la posibilidad de dormir y un sueño repetitivo lo perturba especialmente: “El jinete sin cabeza”. Esto obliga a dejarle una luz del pasillo y la televisión encendida toda la noche para que pueda conciliar el sueño y no aterrorizarse cuando despierta sobresaltado preso del miedo. La madre atribuye esta conducta al hecho de dormirse con el aparato encendido y que a veces mira películas de terror. Nos preguntamos ¿Cómo es posible que en lugar de la madre un aparato mecánico haga las veces del sostén del niño?

A la madre le llama la atención “esa forma de hablar” de su hijo. En efecto, Ricardo repetía los modos de cualquier programa televisivo de cable, en un

español neutro de lo más puro. En la escuela las docentes se asombraban de la cantidad de información que disponía y del uso de un vocabulario, que lejos de ser el esperable para su edad, contenía palabras “de adulto”, en ocasiones mal usadas, fuera de contexto o que devienen en una deriva sin tope, sin escansiones.

El padre murió cuando Ricardo contaba con nueve meses de vida y según los dichos de la madre, arma historias inventando que el padre le enseñó a caminar y leer, hecho, dice la madre, “que no puede ser cierto. Mezcla partes de la historia con la de un tío, también fallecido. Confunde todo, y arma relatos fantasiosos”, agrega, en los que cree férreamente.

Llama mucho la atención las dificultades que la madre presenta para poder comunicar lo sucedido al analista. Es huidiza, habla muy poco, retaceándole a la escucha la posibilidad del armado de una “novela”. Es que el centro de la posible ficción debería entrañar una muerte deshonrosa que la madre vive con vergüenza ya que al padre lo mataron en un ajuste de cuentas y ella reniega de ese modo el haber estado en relación con un hombre de esa calaña. Sin dudas, Ricardo no conocía estos pormenores y no iban a ser develados para que el niño no sufriera las consecuencias de que lo vean identificado como a ella, con esa muerte abominable.

De ese primer encuentro me quedaban más dudas que certezas de lo que podría ocurrir con el niño en cuanto al lugar que ocupaba para el fantasma materno. Lo que no cabía dudas era que este muchachito estaba muy complicado en cuanto a su devenir subjetivo.

Ricardo es un niño moreno y delgado que habla sin parar de cualquier cosa. Se hace difícil entenderle y seguir los relatos que trae al espacio de las consultas. Sus ojos profundos no reflejan alguna vivacidad posible que convoque a la mirada del otro. Las sesiones transcurren en una tormenta de palabras sin sentido que agotan la capacidad del analista de atender y entender una intención comunicativa. Le ofrezco dibujar y realiza una primera figuración que plasma un grupo familiar. Trazos entrecortados contornean figuras humanas volando en el espacio. No puede decir mucho de la producción pero escribe el nombre por el que desea que lo llame. Esta demanda al analista inicia el pedido de que se instaure otro nombre para su destino. Con los retazos de la historia que su madre me ha dado, escucho la

necesidad del niño de que una diferencia se inscriba en el orden genealógico. Esta primera intervención fue resignificada *après coup* cuatro años después, luego de que la madre asiente conmigo a armar la historia familiar. Ella me aclara que el primer nombre del niño coincide con el del abuelo paterno. Parece entonces, que el niño solicita que se lo nombre en la diferencia, para que su nombre no se suelde al nombre de su padre y al de su abuelo paterno fallecido. El papá de Ricardo, en deuda con su historia, crece sin la posibilidad de tener a su padre con vida. Por eso decide darle al hijo junto con su nombre, el recuerdo de aquel que le faltó. El niño carga con dos muertes encima, la del padre y la del abuelo. Junto con ello, el silencio de la madre que lo aplasta como una pata de elefante arrojándolo a la locura, a un universo errático de palabras sin anclaje, sin punto de capitoné.

Respecto de la historia materna también hubo muertes importantes silenciadas por largo tiempo. Del grupo de 8 hermanos, sobreviven 6. Una hermana fallece a los 7 años de cáncer. Otra de las hermanas nacida entre ella y la fallecida, bautiza a su hija con el nombre de la difunta. Esto asombra a la madre de Ricardo quien dice “que no cree para nada que los nombres de los muertos den un lugar a las personas”. Curiosamente, es lo que sucede con su hijo, parece que ella no quiere advertir esta situación.

Al fallecimiento del padre de Ricardo le sobreviene a la madre la muerte de su hermano, ocurrida a pocos días en el penal donde purgaba una condena por un delito no cometido. Muere también, como el padre de Ricardo, por un ajuste de cuentas en circunstancias dudosas, hecho que todavía no ha sido esclarecido para la familia, quienes se encuentran en reclamos judiciales para que se desentrañe. Esta modalidad de los “hombres de la familia” emula también la del padre biológico de esta mujer, quien fuera violento, alcohólico y estafador. “Yo sé que mi hermano andaba en cosas raras como mi papá. Era estafador, pero violador no”. Es importante aclarar que esta última era la acusación por la cual lo habían asesinado en la cárcel.

Es allí que esta mujer puede confesar que durante mucho tiempo quiso saber la verdad sobre estos hechos de la familia, que por otro lado la avergüenzan. Que ha vivido pendiente de poder conocer qué sucedió con su hermano, y que todavía cree que está en el penal y no en el cementerio. La intención de mantener a Ricardo por fuera de estos sucesos radica en la

intención de la madre de que el niño no sufriera por conocer la verdad y sobre todo, que no repita el lugar asignado a los hombres. En realidad, es ella quien sufre al signar al niño con el pasado de ese hombre delincuente. Con más elementos, puede armar un primer relato para el niño transmitiéndole lo sucedido. Sin historia es imposible hacerse de una identidad.

“Este niño estuvo rodeado de muchas muertes- dice la madre- mientras él era chiquito yo estaba con el duelo del papá y de mi hermano. Tenía mucho dolor”. Llamativamente no puede enlazar estas condiciones que han atravesado su vida con la situación del niño. Mantiene afuera de la angustia a estas muertes que han signado su historia, y que solo pueden ser relatadas luego de cuatro años de trabajo con Ricardo. Esto nos hace entrever la naturaleza patológica de los duelos de la madre quien reniega de ellos, no encontrando así modo de ser escriturados. Estos hechos sin tramitación simbólica producen efectos de-subjetivantes en ella y en el niño.

Luego de aquel tiempo en donde las sesiones parecían, que no tenían sentido para el trabajo terapéutico, el niño comienza a ordenar su discurso aunque conserva ese carácter “neutro”. Inicia el relato de las pesadillas, del “Jinete sin cabeza” que viene a buscarlo por las noches y el del “Ojo del lobo” que lo mira. La deuda con el padre muerto se hacía eco en estos sueños fallidos del niño, que tenían su raíz - como señala Freud en *Tótem y Tabú* (1913) - en la insatisfacción de la memoria por ese padre, que retorna sin cesar en búsqueda de pacificación.

La cura de un niño no comporta tiempos lineales y este caso es muestra de eso. ¿Cuáles fueron los efectos que hicieron que tuviera este desarrollo?

Creemos que la posibilidad de inicio de trabajo a solas efectuó un primer corte con el sinsentido que se le atribuían a esas historias “locas y fantaseadas”. Al contar con una referencia otra, Ricardo puede dirigir su discurso a alguien que lo recibe dispuesto a alojarlo en un lugar simbólico. Se apuesta a trabajar con el niño sin muchos recursos desde el discurso parental.

En ocasiones no nos es posible seguir las indicaciones de la “cura tipo” e incluso es contraproducente atenerse a normas generales que incluyan ciertas prescripciones de cómo se debe hacer. En la medida en que la madre percibe que el niño ordena su discurso, permite ser alojada ella para poder comenzar a hablar de lo renegado que ha tenido efectos en Ricardo.

b. El “Pulpo negro” y la historia no develada.ⁱⁱ

En la Conferencia que dictara Françoise Dolto el 15/08/1984 en Grenoble le otorga al discurso un valor capital con relación al tratamiento de la muerte, el duelo y el nacimiento de un niño en ese contexto. Expresa que la especial ocasión en que una madre atraviesa un duelo será una referencia para el futuro niño porvenir pudiendo generar “marcas” en su psiquismo a partir, en principio, de lo que le sucede a esa madre respecto a la elaboración de ese duelo o no.

Si la madre espera un hijo, para reemplazar al muerto, mientras está de duelo, eso hace que ella no de a ese muerto la libertad de estarlo. Ella espera de una manera vaga pero importante para ella, que el bebé muerto renazca con el mismo sexo del que estaba esperando. (Dolto, 1990 p. 35)

Allí relata el caso de un adolescente de 14 años al que conoce en el hospital donde trabajaba. Si bien hacía tiempo que las “rarezas” que presentaba desde niño eran conocidas por todos en ese lugar, no habían encontrado el modo de intervenir para que fuera tratado. Como parte de esas rarezas el muchacho andaba con una bolsa al hombro revisando los tachos de basura en busca de talones de cheques, actividad que para él era muy importante.

Dolto dice que el muchacho parecía una caricatura, con una sonrisa permanente y un aspecto de monigote. Si bien concurría a la escuela porque contaba con recursos cognitivos para hacerlo, iba tornándose insostenible las situaciones que presentaba en el aula. Siempre comentaba que tal o cual empresa había quebrado. Seguidamente empezó a tener problemas con las mujeres. Quería tocarlas o las molestaba diciéndoles cosas sobre los senos. Así llega a la consulta en el hospital donde Dolto comienza a plantearle que para comportarse de ese modo, tendría que haber una historia que lo justificara. El joven responde a este pedido de la analista y dice que contará una historia pero por medio de un dibujo.

Muestra una mujer encinta con un vientre enorme, caminando por la calle. Una especie de pulpo está en el aire detrás de ella con sus tentáculos sobre el vientre de la mujer. El dibujo tiene el estilo del de las historietas, estéticamente un poco vulgar, pero muy bien dibujado. Como los chicos que escriben “árbol”, “casa”, al lado de lo que han dibujado, el muchacho escribió nombres y fechas. “Una tal” (la mujer embarazada), mas tarde supe que era la madre de él, “veinticinco años”. “Otra tal con ella” (el pulpo) y una fecha de nacimiento que le correspondería al muchacho si tuviera dieciocho años, la casa “que había quebrado”, el nombre del presidente de la empresa. [...]

-¿Dónde estás tú en el dibujo?

-¡Está claro, es lo que más se ve! Y me mostró el vientre de la madre diciéndome:

-El seno. (Ibídem, p. 38)

La analista resuelve citar a los padres para conocer la historia del muchacho y allí se anoticia que la madre había perdido una primer hija -dato que había permanecido oculto para el hospital- cuando la niña tenía 18 meses de vida (la que aparecía dibujada como “el pulpo”) estando embarazada de dos meses de una segunda hija. Según Dolto la madre no presentaba signos de dolor durante la gestación de este segundo embarazo y la muerte de la primera hijita fue forcluída. Se consolaba pensando que tendría otra niña que la reemplazara y así sucedió de hecho. La mujer continúa relatando que su trabajo de duelo por la niña muerta se inicia recién cuando estaba embarazada del paciente de Dolto: su tercer hijo. La madre expresa que desconoce la razón por la que el muchacho pueda conocer esta historia oculta, ya que nunca le han mostrado la tumba en el cementerio. Esta señala lo siguiente:

El chico había estado entonces en el vientre de la madre mientras ella elaboraba el duelo de esa hija mayor desconocida y que no se nombraba, a la que el muchachito mostraba como un pulpo negro atacando la fortaleza mientras que ella misma había

fracasado, *porque él nació aunque ella no quería.* (Ibídem p. 40)
La cursiva nos pertenece.

La autora concluye que el joven mostraba con su accionar el problema del duelo no elaborado de la madre por esa hija muerta, diciendo que para ocupar un lugar en el deseo de la madre habría que estar muerto o ser una niña.

Es interesante en este caso resaltar -mas allá de las particularidades con la que Dolto trabajaba y que incluso por ello fue muy cuestionada- lo que venimos planteando en relación al lugar del niño en el fantasma materno. Las condiciones se renuevan cada vez de modo diferente para cada hijo. En este caso, parece que la psicosis del hijo está en relación con la imposibilidad de haber hallado lugar en el deseo de la madre en razón de tener que sacrificar su condición de varón, aunque sea un muerto en vida, para acercarse al sexo de la niña muerta. Esta mujer reemplazaba a la hija muerta con los otros hijos posteriores.

En los dos últimos casos que hemos trabajado vemos que la muerte cuando no es nombrada y no encuentra inscripción por un duelo patológico en curso genera un efecto de sentido que va dejando a la relación madre-hijo sin el recubrimiento simbólico necesario para su elaboración.

Creemos que en el caso de Ricardo la renegación con la que la madre mantenía a salvo al niño del padre, no tiene que ver solamente con la desaparición sino con el agregado de que murió como un delincuente. De este rasgo había que preservarlo a costa de no poder contar con una historia “coherente” para ser transmitida y por consiguiente el niño no encontraba en el decir de la madre un lugar que aloje un padre. Este accionar se justificaba en el intento de mantenerse ella misma alejada del duelo por el padre. No habría modo de realizar el duelo por este hombre si no se cuestionaba en qué medida ocupaba el lugar de su falta y eso la lleva inevitablemente a considerarse responsable de haber sostenido ese vínculo que ahora rechaza. El duelo está impedido ya que en tanto mujer, no ha podido abordar la pregunta por el lugar en el deseo del Otro.

Por otro lado, la muerte del hermano en circunstancias similares viene a reforzar esta impronta que la “succiona” a quedar sumida en ese pasado vergonzoso respecto de su origen. Otra pérdida no pacificada que busca

resarcimiento a través del orden simbólico de la justicia y que redimiría ese pasado rechazado.

En el caso trabajado por Dolto creemos que la muerte de esa hija no duelada genera condiciones particulares para que pueda ser sustituida y permitir que el futuro niño pueda ser albergado así, en el deseo materno. Desconocemos las consecuencias de la renegación que sostenía la llegada de su primera hija viva porque la autora no las trabaja. Sin embargo en relación al muchacho sostenemos que a pesar del absoluto conocimiento que tenía de esa verdad no dicha, aparecía forcluída como un real amenazante (el pulpo) sin posibilidades de ser inscripta. La imposibilidad de la madre de alojar un niño varón en la serie de las sustituciones lo deja por fuera de la contingencia de recubrirla en su falta.

3. El niño como semblante del duelo impedido en la madre. Caso Luca.

El pequeño Luca cuenta con apenas tres años cuando llega a la consulta. Su madre, una mujer de escasos recursos cognitivos se muestra de entrada carente para expresarse por medio de las palabras. Se excusa diciendo que ella no sabe muchas cosas y que si no está acompañada no puede realizar trámites ni manejarse de manera independiente.

Llega al servicio por pedido del Jardín de Infantes al que concurre el niño, presentando algunos problemas para relacionarse con sus pares. De ese primer encuentro puede contarme que “el problema empezó cuando el nene comienza a caminar. Es muy inquieto, él no camina, corre”- me dice.

Además la madre me relata que no se alimenta bien, que hace problemas a la hora de comer y que suele realizarle berrinches y caprichos. Se orina de noche y no ha completado el aprendizaje totalmente, viéndose instigada a realizarlo por el inminente ingreso escolar.

Tampoco puede hablar correctamente, solo dice algunas palabras sueltas: “auto”, “comida” pero no logra armar frases ni oraciones completas. Le dirijo la palabra al niño -que se encuentra presente- para preguntarle su nombre y se tapa los oídos con las manos mientras la toca a su madre como haciéndose entender de que no me escuche y grita. La mamá incómoda, se ríe sin saber

cómo resolver la situación y me mira buscando disculparse. Intuyo que el niño la coloca ante hechos que no sabe cómo resolver.

Luca es concebido con un hombre inestable quien se desentiende de ambos cuando el niño nace. Esta mujer joven, parece no saber qué hacer con su maternidad. Ubicada todavía como hija, vive en la casa paterna desde siempre. Su madre fallece el mismo día en que ella estaba siendo intervenida por una cesárea dando a luz al pequeño Luca. “Le faltó a mi mamá- dice la madre- le falta la mamá” ¿la mamá de quien? me pregunto, ya que la escucha nos orienta a pensar a esta mujer como una niña que clama por su madre muerta.

A raíz de la coincidencia de este hecho desafortunado con el nacimiento del niño no pudo concurrir al velatorio. Cuando regresa al hogar con el bebé, la madre ya no estaba en la casa. “Cada vez que miro a Luca veo a mi mamá- dice- porque él nació el mismo día que mi mamá falleció”.

El primer tiempo del trabajo con Luca fue realmente caótico. Se negaba a entrar solo al consultorio, por ello trabajamos conjuntamente con la madre en las sesiones en las que participa además, una de las Terapistas Ocupacionales del servicio. Ante el pedido de “¿vamos a jugar?” va sacando los juguetes de a uno de la caja y nos los da en nuestras manos. No aparece simbolizada la capacidad lúdica. Nos mira en silencio y con una sonrisa permanente ignora las preguntas o las propuestas de jugar a algo juntos. No puede realizar una representación gráfica del cuerpo, solo hace rayas a modo de descarga que ocupan gran parte de la hoja. En estos encuentros prácticamente no emite palabras y si antes no quería entrar solo a la consulta ahora se resiste a aceptar cuando la hora finaliza. Se tira en el piso y se desorganiza su conducta viéndose dificultada la posibilidad de contenerlo y de darle corte.

Decidimos en este momento tener un encuentro con el abuelo del niño, para contar con más elementos para comprender la situación del pequeño.

El abuelo relata que la madre de Luca no encuentra en quien apoyarse para guiar la crianza de su nieto ya que desde la muerte de su esposa ha retrocedido en muchas de las cosas que antes podía realizar sola. Cuando era niña y hasta su adolescencia concurría a una escuela de enseñanza especial. A consecuencia de estas últimos acontecimientos de la familia, el padre de la joven ha tomado partido en la crianza de Luca percibiéndose en la entrevistas

que por un lado la controla y por otro la desautoriza apropiándose del niño como si fuera otro hijo más, negándole así su condición de madre. Este hombre “prepotente y sabelotodo” no da espacio para el saber de algún otro, y se muestra cuestionado ante el ocultamiento que su hija efectúa del motivo de estas consultas.

El orden impuesto sale a la luz por fuera de la intimidad familiar y amenaza el *statu quo* creado por el abuelo a partir de la muerte de su mujer. Presumiblemente la madre del niño intenta generar un espacio para ella y su hijo por fuera de este orden interno y por ello ha mantenido en secreto el porqué de las entrevistas.

Por otra parte, también la institución escolar cuestiona a la madre, no generando espacios de contención que le permitan sentirse guiada y acompañada en este tránsito de la crianza. Ante las dificultades que el niño presenta con los otros, el jardín le reduce la permanencia del horario en el aula reforzándose así, la idea de que no puede sola con él. La transferencia con la institución se resquebraja ya que el jardín toma decisiones sobre el destino del niño que contradicen el intento que la intervención analítica perseguía apuntalando a la madre para que algo más pueda construirse allí donde la falta reinaba, no imaginaria sino real. La carencia de recursos de esta joven para asignarle un porqué a las conductas de su hijo, lo dejaban huérfano de palabras. Sin soporte para su propio narcisismo y su deseo materno ante la falta de su madre como guía y apoyo, esta mujer no puede abandonar su condición de hija desamparada más que con el resguardo de que otro la cobije y la ayude a instrumentar alguna “jerga” entre las demandas del niño y su inscripción simbólica. A falta de Otro, un otro puede ser quien se ofrezca como sostén, eso era lo que intentaba la intervención terapéutica. No habiendo más recursos familiares, no encuentra modo de poner tope a la tiranía paterna y a ese goce centrípeto que la conmina a ella y a su hijo a permanecer dentro, donde se niegan las diferencias generacionales.

Nos percatamos entonces que hay dos situaciones de sustitución ante la muerte. El padre suple a su pareja ubicando a la hija en ese lugar y la madre del niño lo ubica a éste en referencia a la falta de la madre. Ella no sabe que hacer con él sola.

Por su parte el niño intenta poder enlazar algunas palabras en las sesiones. Comienzan a aparecer algunas escenas lúdicas que se sostienen con dificultad. La madre que no resiste a la presión del Jardín y del padre se “fuga” con una pareja lejos de esa mirada cuestionadora. Hay un intento de ella de poner distancia con esto que la agobia y en algún punto no le permitía duelar su condición de hija y la pérdida de su madre. Creemos que en lugar de inscripción hay una nueva sustitución. Ahora depende de esta pareja que la conmina a situaciones de riesgo y a la violencia. Una cosa es realizar el duelo del otro y otra muy distinta el del Otro. Esta mujer no logra inscribirse como madre frente a este hijo, y ante la falta del Otro simbólico va en busca de sustitutos imaginarios que la sostengan. Creemos que la elección de esta pareja va en esa dirección, y no le permite encontrarse realmente con su deseo, sino que lo sacrifica para ubicar un nuevo tapón para su endeble narcisismo.

[...] si al sujeto solo le resta la libido de i (a) para amar o invertir [...] se ama poniendo en riesgo el piso mismo del narcisismo y las más de las veces a pantallas extremadamente parecidas al Otro en su poder de captura y de exigencia sin fin. Cuando una relación así conformada se acaba por cualquier motivo, la pantalla perdida arrastra en su caída, su muerte, su abandono; al propio yo del sujeto. (Amigo, 2003 p. 156)

Hemos anticipado en el capítulo precedente la particularidad de la clínica con niños que sume a la intervención del analista a sostener las diferentes transferencias en el contexto de un “discurso colectivo” (Mannoni, 1967). De nuestra práctica clínica en instituciones públicas hemos podido realizar un considerable acervo de experiencia a la hora de enfrentarnos con estas dimensiones. Pero siempre hay algo de lo real que no puede ser simbolizado.

4. Regresión al estado de dependencia materna en un niño neurótico. El duelo del adulto posibilita el duelo en el niño. Caso Jonás.

El padre de Jonás había fallecido tres años atrás. Cuando la madre me llama para pedirme una consulta me dice que ya habían transitado anteriormente por otro espacio terapéutico y que ante la persistencia de los estados emocionales de Jonás decide continuar con el espacio en otro lugar.

La vida de esta madre se ha tornado insoportable. El niño de 10 años de edad llora desconsoladamente cuando tiene que quedarse en la escuela; se aferra a la ropa de la madre diciéndole que no se vaya, cada día la historia se repite sin cambios, ni para ella ni para Jonás. Cuando logra despedirse y en ocasiones lo deja llorando el niño la hace llamar a mitad de la jornada porque le duele la cabeza o el estómago. La madre concurre casi todos los días a retirarlo. La preocupación materna se va convirtiendo, poco a poco, en un enojo larvado ya que estas situaciones la jaquean constantemente no pudiendo hacer pie para alcanzar algún modo de ordenar este caos familiar.

Cuando llega al hogar el niño le demanda su presencia en todos los lugares de la casa. Ha perdido la capacidad de poder realizar algo a solas. Tiene que ir al baño con la puerta abierta y ducharse mientras escucha que la madre está ahí. Por las noches comparte la cama marital. Cuando logra enviarlo a su cama, el niño no puede conciliar el sueño ya que no tolera ese despegue llamándola repetidamente para confirmar que la madre “está”. Pueden pasar horas hasta que el cansancio de ambos llega al límite de lo soportable.

Jonás no puede ir a jugar a la casa de ningún compañero de escuela si la madre no permanece en el mismo lugar. Tampoco ha participado de las actividades de campamento, ni tolera que la madre salga con sus amigas en alguna ocasión. Le revisa sus mensajes de texto del teléfono celular y la controla todo el tiempo preguntando donde está y cuanto tardará en volver.

El padre del niño sufrió una enfermedad crónica y una muerte lenta. Lo que fue la escena cotidiana de esta familia se torna inimaginable para cualquier mortal. No quedan dudas de lo terrible que ha sido sobrellevar para esta familia en la intimidad del hogar, el horror de la inminencia de la muerte como una pauta cotidiana, viendo día a día escenas descarnadas sin que una veladura las hiciera mas tolerable. De su segundo matrimonio con esta mujer joven nacen estos dos hijos, Jonás y una hermana menor, fruto de la edad madura de un hombre que ya ha criado a una familia numerosa que reside en otra ciudad. Esta nueva oportunidad de formar otra familia, la conmina a la madre

de Jonás a atenerse a las consecuencias de ser “la otra”, “la usurpadora”, la que queda en el medio de disputas entre su esposo, la ex mujer y sus hijos mayores. Sólo algunas de las hermanas de los niños los visitan ahora, luego de que ha pasado todo. Para el resto del grupo de hermanos han quedado en una oscura clandestinidad no reconociendo su ligadura de sangre ni los bienes que debían heredar luego del fallecimiento del padre. La muerte refuerza la quebradura de los lazos familiares que ya eran de por sí distantes.

La agudización de los síntomas del niño hace de la vida de esta familia un duelo eterno que denuncia la imposibilidad de retornar al disfrute, a los juegos, a un espacio diferenciado de la madre. Se vislumbra que la angustia de castración que no opera, arroja al niño a un estado regresivo de angustia de separación, donde la desaparición real de la madre es una amenaza constante ya que está suspendida la capacidad de maniobrar desde el par presencia-ausencia. Este estado de angustia tan primitivo lo lleva al niño a padecer el terror al despedazamiento de su propia imagen si no encuentra donde reflejarse constantemente. Estas situaciones de extrema vulnerabilidad psíquica conmocionan el registro imaginario y lo embargan en el sentimiento de que su imagen se desvanece sino encuentra el apoyo necesario para su sostenimiento.

Desde que ocurrió el deceso no se habla más de ello en casa; aunque la madre intente hacerlo, Jonás no tolera que se diga nada en relación a la desaparición de su padre, su angustia, angustia a la madre, quien no puede darle el lugar necesario a su dolor y la posibilidad de pensar en un futuro distinto para ella y para sus hijos. Los retratos se guardaron en los cajones, los álbumes de fotos familiares están archivados lejos de la posibilidad de recordar los “buenos momentos, cuando todos estábamos juntos”.

Jonás acepta concurrir a una entrevista conmigo. Le digo a la madre que necesito verlo a solas para poder hablar con él más tranquilamente. Cuando llega al consultorio le explico que su madre lo esperará un rato mientras nosotros jugábamos. El niño ofrece un poco de resistencia, pero acepta las pautas. Mantuvimos algunas sesiones donde realizamos algunos juegos de mesa y construimos una copa de campeón con papel maché. Él era el número uno para el padre, el ganador, el único.

Para ese entonces advierto que el duelo no realizado del niño, lo anuda a quedar ocupando un lugar de objeto insustituible para la madre. Dos duelos se enlazan, el del padre y el de él como falo de la madre. Se resiste con uñas y dientes a aceptar la pérdida de ese lugar que posiblemente ya venía ocupando y en el que estaba detenido, antes de que la muerte del padre sobreviniera. Si bien era cierto que lo traumático de la desaparición paterna era algo que había que abordar, también lo era la erotización que el niño presentaba ante el cuerpo materno. La cuestión era: la madre o el vacío de la nada. Había una demanda de corte que se confundía con los efectos de lo traumático.

En una ocasión la madre me avisa que Jonás no quiere concurrir más al espacio y que no sabe cómo manejar la situación. Le digo que si ella continúa con la inquietud de trabajar sobre esas dificultades los recibiré a los dos en la próxima entrevista ya que percibía que su hijo sufría mucho y realmente estaba dispuesto a ayudarlos.

Allí comienza un nuevo tiempo en el trabajo con esta familia. Mientras la mamá me cuenta de todas las dificultades que Jonás tiene para poder sobrellevar la vida cotidiana, el niño se recuesta en el diván (se identifica con el padre muerto?) a escuchar las palabras de la madre y las mías. A falta de palabras propias, se comienza a bordear lo indecible de la muerte y de las cosas que le habían sucedido desde que el papá no estaba en la casa. Jonás llora en silencio. Su madre lo abraza y lo contiene mientras le dice que lo quiere y que todo se va a solucionar. Comienza a producirse un cambio en la actitud de la madre quien se siente autorizada a poder hablar frente a mí y a su hijo sobre lo que supone que le pasa al niño. El vínculo se triangulariza, una escansión permite que los sucesos sean referenciados a otro siendo esto la posibilidad de que algo comience a escriturarse desde el dolor y la angustia. Un duelo se inicia y con él el niño puede tolerar poco a poco ir a jugar a la casa de los amigos y la vida puede empezar a establecerse de otra manera. Deja de llamarla desde la escuela por ningún motivo, ella se posiciona con más firmeza ante los límites necesarios para que todo fluya de una forma más ordenada.

La presencia del analista como el Otro que sostiene la imagen especular posibilita que las coordenadas imaginario- simbólicas se anuden mientras se viabiliza que la prueba de realidad se sostenga. Las palabras y las imágenes cobran sentido en un relato que bordea la pérdida y la hace tramitable.

Este tiempo de trabajo llevó unos meses y concluyó cuando la madre se sintió con las fuerzas necesarias para poder hacer lugar a su vida más allá del cuidado de los niños. Retoma salidas sociales y se respira aire nuevo en cada uno de los miembros de la familia.

A esta altura se interrumpe el trabajo. Apostamos a que este niño pueda pedir por él mismo un espacio en la adolescencia si las cosas se vuelven a complicar. Seguramente allí tendrá que vérselas con otras dimensiones del padre y con la posibilidad de lograr un lugar de “reconocimiento” dentro del linaje familiar.

5. Algunas conclusiones parciales.

Como vemos, las situaciones que planteamos desde los argumentos clínicos que guiaron las preguntas iniciales que conformaron el germen de este trabajo de investigación, constituyen situaciones diferenciadas en cuanto al lugar posible que la madre asigna a su niño.

¿De qué manera el duelo materno ha venido a complicar la situación del niño? *Creemos que justamente porque no ha habido duelo en quien soporta la función del Otro primordial es que los duelos instituyentes en el niño no se producen.* El duelo del adulto propicia el duelo del niño o en el niño. Si como planteáramos anteriormente la maternidad según Laurent (1991) es una elaboración perversa normal en relación con lo imposible, esto es utilizar un objeto que colme y obture la falta, vemos en los casos trabajados cómo el niño viene a dar una respuesta al modo de esta obturación anticipada, que le evita a la madre enfrentar el enigma que comporta atravesar un trabajo de duelo, con la consecuente implicación subjetiva que ello acarrea. El niño ofrece las condiciones propicias para renegar la pérdida. Octave Mannoni escribía: “*Ya lo sé, pero aún así...*” dando cuenta de esta modalidad de respuesta ante la pérdida por la que el sujeto admite, pero a la vez rechaza la falta de objeto en el Otro.

Allouch, tal como lo vimos en el Capítulo I, trabaja en *Erótica del duelo en los tiempos de la muerte seca* (1998) la condición de fetiche que supone el trabajo psíquico con el objeto desaparecido. Una parte del análisis de este texto rodea el problema de la sustitución del objeto que según él, Freud

presenta en *Duelo y melancolía* (1915). Afirma que en esa primera versión freudiana se sostiene la presunción de que al final del duelo el yo puede sustituir un objeto por otro. Por eso dice que esa es una versión perversamente orientada en el sentido de que cabría la posibilidad de hallar un objeto que sustituya la falta. Por otra parte afirma que el trabajo psíquico de desasimiento libidinal es a cuenta de colocar en el lugar del fetiche a una parte del desaparecido, como rasgo que se extrae del mismo.

También retomaremos parte de lo desarrollado en el capítulo III. La *Verleugnung* aparece de manera diversa en la obra freudiana. Freud, además, hace mención hacia finales de la misma a la *Spaltung* del sujeto, separándola así en exclusividad del origen de la perversión como lo planteara en *Fetichismo* (1927). El de la *Verleugnung* es un mecanismo que con el niño, permite velar la falta de falo en la madre. En el adulto opera por medio del fetiche como subsidiario de la veladura de la incompletud del Otro. En ambos casos genera un apartamiento de un trozo de la realidad cuando ésta resulta intolerable para el yo. En evidencia, el fenómeno renegatorio permite el armado de una respuesta del sujeto en primera instancia ante la pérdida del objeto amado, como condición de la prueba de realidad suspendida. (Bauab, 2001)

Hablar de objeto sustitutivo, justamente, es otorgarle un estatuto perenne ocupando el lugar donde la falta tendría que habitar. Vale aclarar que el *Ersatz* freudiano va en otra dirección ya que se trata del objeto que vela el objeto, siendo fuente de transacción, de desfiguración, muy lejos del reemplazo (Kury, 2011). Esta lógica se encuentra dentro de los procesos del duelo normal. En los casos de la patología del duelo el sustituto sin resto es posible. Las fallas debidas a esta operación de separación del objeto desaparecido, tratan en cierta medida de disimular el vacío que la privación imprime en el fantasma – por un cierto tiempo- hasta que la escena sobre la escena se reordene. Si por determinadas razones de la historia genealógica o de la labilidad narcisista y deseante de la madre, el niño viene a ofrecerse de sustituto para sostener la endeble subjetividad materna, se pierde con ello la posibilidad de movilidad que supone la alternancia del deseo; pasa a ser entonces el reaseguro de un plus de goce signado en la fijeza que lo constriñe a permanecer cautivo en esa particular posición. Creemos que la estructura no encuentra modo de desarrollo, sino más bien se enquistada, teniendo como resultado un alto costo

para la posibilidad del armado del cuerpo pulsional y del yo del sujeto. Las tareas de separación y a-sujetamiento (Gerez Ambertín, 2005) del objeto se ofrecen con una alternancia acompasada mientras dure el duelo, que consiste en una tarea de bordeado de la falta que supone transitar la segunda muerte, es decir la pérdida del estatuto que ese objeto le oficiaba al deudo o lo que es igual, lo que “yo era en presencia del mismo”. Si el niño viene al lugar de ese proceso, se reniega, es decir que se reconoce la pérdida pero a su vez se la desmiente porque el doliente no está dispuesto a ceder la libra de carne que supone la renuncia incondicional al lazo pulsional con ese objeto erótico que queda ligado a ser el semblante que revive con su sola presencia lo no inscripto. Esto a su vez reviste un alto valor erótico para la madre ya que como tal, remite a una fetichización muy difícil de negociar con una ley externa que reordene ese proceso en las coordenadas de la castración fálica. Como hemos enunciado oportunamente, la fijeza de la posición fetichística conmina al niño al lugar del objeto del fantasma materno porque allí se ancla la no operación de la sustitución significativa que permanece enmudecida en una repetición gozosa, de siempre lo mismo. En general, se advierte que el niño no logra enunciar palabras en nombre propio y los tiempos de construcción de la imagen y del juego son conquistas no realizadas.

El concepto de repetición, alcanzó con ello una ganancia enorme. Fue de gran importancia clínica articular [...] la diferencia entre la repetición de lo Simbólico, como insistencia distintiva, y la repetición de lo mismo, propia de lo Real; distinguir la secuencialidad temporal que implica lo Simbólico de la mismidad que conlleva lo real. (Flesler, 2007 p. 108)

También hemos observado en otras situaciones, que si la falta real petrifica la mirada materna, se produce lo que reza el dicho popular: “ojos que no ven, corazón que no siente”, ya que se invalida la posibilidad de enlazar la mirada materna al lazo amoroso del primer objeto a construir, que escruta y sostiene la imagen del *ínfans*. La madre desvía la mirada hacia el muerto y el niño no puede reflejarse en sus ojos, por lo que nunca llegará a ser algo valorado y apetecible para mirar, deformando ese sentimiento en una fría desazón que se

puede traducir no en descuidos de maternaje sino en otro tipo de displicencias ya que el objeto no reviste el brillo agalmático necesario. Porque falló la construcción del objeto mirada en los tiempos de la constitución pulsional y narcisística de estos niños carecen o cuentan fallidamente con el entramado real/ imaginario que permita la asunción jubilosa de la imagen.

Como sabemos Freud no escribió una nueva versión sobre el duelo a pesar de que él mismo fuera modificando su percepción de lo que concierne a la muerte y su inscripción a partir de los hechos que golpearon su vida privada. Los testimonios los encontramos en la correspondencia con sus amigos y discípulos donde les relataba lo concerniente a estos sucesos, pero no podemos negar la distancia que ofrece en sus teorizaciones de 1915 de la sustitución del objeto y la connotación de herida irreparable que reza en sus últimas cartas hacia finales de 1929. En ese aspecto coincidimos con lo que señala Gerez Ambertín (2005) acerca de lo desmedida de la crítica que le realiza Allouch (1998), cuando le endilga semejante descuido al maestro por considerar el final de duelo con el encuentro con el objeto sustitutivo.

Ahora anudaremos estos conceptos desarrollados con lo que hemos advertido del duelo patológico, a partir del análisis de los historiales.

En el caso José vemos que queda ubicado como tapón ante la angustia materna. La pérdida del *amor de su vida* conmina a la madre a un duelo que la interroga en el ser, circunstancias que dejan al niño como testigo silente del *mal de amor materno* cubriendo la ausencia de su ser mujer, por medio de la maternidad estragante. No hay operatoria en marcha en la madre para duelar la condición de falo materno del niño, quedando éste enquistado en ese tiempo de la constitución. El duelo de la madre no habilita ese duelo constitutivo en el niño.

En los casos de Ricardo y en el historial trabajado por Dolto, las situaciones a nuestro entender son diferentes. En el primero vemos la operatoria de lo renegatorio en la madre quien intenta mantener a salvo al niño de su historia, escamoteando la posibilidad de que ella misma se interrogue por su lugar frente al objeto desaparecido. Este duelo congelado no propicia una versión del padre en *diferencia* para el niño, sino que lo conmina por efecto del silencio y el secreto familiar a la locura, a lo que retorna como coacción de repetición.

En el historial de Dolto la muerte aparece forcluída. Un dato en apariencia ajeno a la vida de un niño intenta inscribirse en el delirio psicótico. La posibilidad de sustitución de la niña muerta, solo podía ser por otra niña. De este modo el adolescente quedaba por fuera del deseo materno. Lo forcluído en la madre en razón de ese duelo no tramitado, retorna en el hijo como un texto delirante. Allí se confirmaría lo que trabaja Lacan en el *Seminario N° VI El deseo y su interpretación* (1958-59) donde afirma que el reverso del duelo es la forclusión. Las historias genealógicas en estos dos casos cobran importancia para comprender cómo estos deslizamientos generacionales desde los padres a los hijos, producen efectos psicotizantes cuando la inscripción de la falta no se ha producido en las generaciones anteriores. (Gerez Ambertín, 1999)

La cadena significativa preexiste al sujeto antes de su llegada y conforma la trama que abriga la urdimbre desde donde se anuda al niño como futuro deseante. La contingencia hará de la trama algo que habilite al deseo o lo capture en un goce.

El caso Luca ofrece la posibilidad de pensar lo que configura la presentación del niño como objeto fetiche materno, entendido como una mortificación en su posibilidad de proseguir a la conformación como sujeto deseante. No hay alternativa del niño de otorgar una respuesta al modo del síntoma, porque las fallas constitutivas ubicadas en la constitución pulsional o deseante y narcisística no le permiten su reflejo en el espejo ante la imposibilidad materna de sostener esa función. El duelo detenido de la madre evidencia sus carencias para sostener la función materna una vez producido el deceso de su propia madre.

En cambio en el historial de Jonás se produce una regresión a la dependencia de la madre debido a la angustia de separación operando. El duelo por el padre reactiva el duelo por ser el falo que no se ha concretado. Presumimos que habiendo alcanzado el lugar de falo materno una vez dadas las condiciones de apertura a la palabra se pudo tramitar la separación a medida que el par de presencia-ausencia volvió a su operatoria. El “puedes perderme” reubica la posibilidad de este niño de reencontrar el curso a la infancia permitiéndole jugar e ir a la escuela una vez que la palabra lo ha pacificado. La imposibilidad de la madre de ofrecerse ella como ausente para el deseo del niño –hecho que ya venía complicado- se ve potenciada con la

muerte del padre. El niño cuenta con su propio acervo para ofrecer una respuesta al síntoma materno y desde allí continuar con su constitución. Hay un Otro simbólico que puede ser destinatario de una pregunta por el malestar y se interroga sobre su propia participación en lo que atañe a la situación de sufrimiento.

En los casos José, Ricardo y el de Dolto creemos que no existe espacio suficiente en el Otro que permita esta dimensión de la falta. No hay respuesta sino realización del objeto en el fantasma materno y el Otro simbólico se halla desfalleciente no pudiendo albergar una pregunta que habilite al desplazamiento sino la quietud de un goce inamovible.

i Este caso clínico fue abordado en colaboración con la Lic. Mara Liz Serra y la T. O Nancy González en Sub Centro J. Newbery Depto de Salud Mental, MGP a quienes agradezco la deferencia de autorizarme a usarlo. Asimismo fue presentado junto a la Lic. Mara Serra en el 1er Congreso Latinoamericano de Trastornos del Desarrollo. Mar del Plata. Noviembre de 2005.

ii Dolto, F. (1990). *Los niños y su derecho a la verdad. La importancia de las palabras que se dicen a los niños delante de ellos.* (p.p 34-43) Bs As: Atlántida.

BIBLIOGRAFIA DEL CAPITULO:

- Allouch, J. (1998/2006). *Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca.* Bs As: El cuenco de Plata.
- Amigo, S. (2003). *Paradojas clínicas de la vida y la muerte.* Rosario: Homo Sapiens.
- Bauab, A. (2001). *Los tiempos del duelo.* Bs As: Homo Sapiens.
- Braunstein, N. (1994). *Freudiano y Lacaniano.* Bs As: Manantial.
- Dolto, F (1990). *Los niños y su derecho a la verdad. La importancia de las palabras que se dicen a los niños delante de ellos.* Bs As: Atlántida.
- Elmiger, M. (2010). Las identificaciones de los duelos. *Actualidad Psicológica.* Año XXXV. 384, 10 -13.
- Flesler, A. (2007). La Transferencia en el análisis de un niño. Extensión digital. *Revista de la Secretaría de Extensión Universitaria.* UNR.
- Freud, S. (1914/2003). Introducción al narcisismo. En *Obras Completas*, XIV, Bs As: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1915/2003). Duelo y Melancolía. En *Obras Completas*, XIV. Bs As: Amorrortu Editores.

- Gabaldón, S. (1996). El niño y la muerte. *El niño. Revista del instituto del campo freudiano*. 2, 18-23.
- Gerez Ambertín, M. (2005). El incurable luto en psicoanálisis. *Psicología em Revista. Belo Horizonte*. 18, 179-187.
- Gerez Ambertín, M. (1999). El rechazo del saber y el duelo impedido en los niños. *Revista Psico-logos*. Facultad de Psicología, UNT. Año 8 (9) 127-140.
- Jerusalinsky, A. (1997). *Psicoanálisis del autismo*. Bs As: Nueva Visión.
- Kury, C. (2011). *La identificación. Lo originario y lo primario: una diferencia clínica*. Rosario: Homo Sapiens
- Lacan, J. (1958-59). *Seminario Nro VI El deseo y la interpretación*. Clase 19 del 29 de abril de 1959. (EFBA) Inédito
- Lacan, J. (1974/1993). La tercera. En *Intervenciones y textos 2*. (p.p 73-108). Bs As: Manantial.
- Lacan, J. (1975/1993). Conferencia de Ginebra sobre el síntoma. (p.p 115-144). En *Intervenciones y textos 2*. Bs As: Manantial.
- Laurent, E. (1984/1987). El niño y su madre. En *El Analiticon*, 1, 45-52.
- Laurent, E. (1991). Conferencia dictada en el Seminario de Psicoanálisis con niños. Institución del fantasma, fantasmas de la institución. En *Ecole de la Cause Freudienne*, (p.p 187- 203). Paris.
- Raimbault, G. (1975). *El niño y la muerte*. Madrid: Saltés.

CAPÍTULO V

PERSPECTIVAS PSICOPATOLÓGICAS EN LA ESTRUCTURACIÓN PSÍQUICA INFANTIL POR LA INCIDENCIA DEL DUELO NO SATISFECHO.

CONCLUSIONES FINALES

Al nacer puse los pies en las huellas de un muerto a quien adoraban, y al que a través de mí seguían amando, más aún, tal vez. Este exceso de amor fue una herida narcisista que me infligió mi padre desde el día de mi nacimiento y que yo presentía desde el vientre de mi madre. Gracias a la paranoia, es decir, la exaltación orgullosa de mí mismo, he conseguido salvarme de la anulación que produce la duda sistemática acerca de mi persona. Aprendí a vivir llenando con mi amor a mí mismo, el vacío de un afecto que no me daban. Así vencí por primera vez a la muerte mediante el orgullo y el narcisismo.

(Dalí, 1973 p. 644)



(*Angellus*, Millet, 1857-59)

Introducción

Hemos avanzado en la revisión del papel que le cabe a la función materna en la constitución subjetiva, y en particular nos hemos detenido en las circunstancias en la que un duelo impedido tiñe de opacidad la coloratura del Sujeto y del Otro.

Avizoramos que en incontables circunstancias relativas a las singularidades, la constitución subjetiva no encuentra su cauce esperado si lo entendemos como la posibilidad de que el *ínfans* llegue a abrazar las condiciones que le permitan desaparecer de la escena dolorosa de la madre y que ella por sí misma pueda atravesar ese duelo, absteniéndose a ubicarlo como el sostén de su narcisismo. No está demás recordarnos que estos hechos inconcientes siguen lo que ya Freud nos describiera en *Duelo y Melancolía* (1915) y *Fetichismo* (1927) cuando nos anticipa que la renegación es una de las maneras de hacer posible tolerar esa experiencia altamente significativa para el yo, como lo es la pérdida del objeto amado. El niño *calza* por estructura perfectamente en la falta materna y ubicado como objeto fetiche vela la incompletud radical del Otro. La posibilidad de camuflaje del objeto encarnada en esta modalidad perversa de negar la falta, acerca el duelo al fetichismo imposibilitando que se efectúe y se escrete la pérdida.

1. Fetiche y fantasma materno: el goce del objeto en el duelo patológico.

La mujer en conflicto con su madre por no haberle donado el objeto que la completa, lleva en su intimidad el duelo inconfeso por el ser, condición que la ubica de manera especial con el amor como veladura. Sentirse amada, ser la única entre todas, le devuelve el apaciguamiento necesario para amortiguar la herida de ese duelo que trata de elaborar a través del sustituto de otro que le dé, lo que aquella se negó a dar.

Nos adentramos en profundizar que la mujer deviene madre ante la suspensión momentánea de su deseo como mujer, que por otra parte debe reeditarse posibilitando el despegue del objeto que colma su falta iniciando un movimiento que la ubica a ella como causa. Deberá encontrar el goce más allá del niño renunciando al éxtasis que le ha producido *sentirse plena* mientras

duró el embarazo y la maternidad. Lacan nos ha enseñado que cuando falta el agujero deviene la angustia. En las circunstancias que describimos, ese “tapón” obstruye la posibilidad de desear en cuanto mujer de un hombre. Ir mas allá del falo le permite hacer usufructo de esta contingencia de la mujer de desprenderse por momentos de su posición materna y vivenciar el goce femenino.

Avanzamos también sobre una de las ideas de esta tesis de que el niño le confiere a la madre la posibilidad de encarnarse en el objeto que *vela* la falta real y frena la entrada en la metáfora. Hemos conjeturado las posibilidades de que ello se articule con el fantasma materno siendo una variable a observar la frecuente egosintonía de esta posición, hecho que no encuentra tope posible desde una ley externa que lo acote. El refugio en esta relación de exclusividad y de aparente eternidad es una solución que deviene en un uso idealizado del objeto fetiche, que no responde a otra lógica más que la del enclave y del *status quo* para que nada se pierda.

Planteamos que la deuda de la madre con el padre muerto está en relación con que su Deseo permita alojarlo en el lugar de la falta. Si la madre se abstiene de descifrar la incógnita que ello comporta, permitirá la subsistencia del sin sentido, una separación fecunda que posibilitará que el niño no sea eso, un sentido unívoco para su falta.

2. Efectos clínicos en el niño.

Los niños ubicados en tales circunstancias pueden encontrar destinos diversos en cuanto a las posibilidades de allanar la constitución del objeto de la falta que le permita motorizar las *tareas infantiles*: jugar y aprender. En este sentido afirmamos que la clínica de niños opera sobre los duelos instituyentes, entendidos como las experiencias de pérdida que atraviesan al Sujeto y al Otro en el tránsito hacia la constitución del fantasma para que se efectúe el punto de escrituración de la falta que permita el desprendimiento del objeto en cada uno de los pisos (oral, anal, fálico, voz y mirada). Las fallas en los agentes que soportan las funciones del discurso, Deseo de la madre y Nombre del Padre dan cuenta de la detención o enquistamiento de la estructura en la consecución hacia el Sujeto del deseo.

La incidencia de las fallas en el tratamiento de la falta en el Otro antes del ingreso o durante el primer tiempo del Edipo lacaniano, configura un campo muy amplio y diverso en cuanto a los destinos posibles de la estructuración del sujeto por venir.

Excede a los objetivos de esta tesis adentrarse en los derroteros de la indagación sobre las heterogéneas y múltiples efectos que se encuentran en este campo de la patología psíquica temprana. Esta es nuestra primera investigación sobre este tema y es posible que muchas de nuestras formulaciones tengan que ser revisadas más adelante. Por ahora dejaremos el espacio abierto a formalizar que estas condiciones conforman un campo propicio para el desarrollo de perturbaciones de tan amplio espectro que van desde el autismo, la psicosis y la debilidad mental, como así también aquellas afecciones que hemos circunscrito como producto de la detención en el tránsito hacia la neurosis, en concordancia con lo que Rodolfo (1995) conceptualiza como *trastornos narcisistas no psicóticos* y Hartmann (1992) como *niños objeto*. La particularidad de estos estados subjetivos radica en que si bien se ve afectada la constitución del narcisismo no se pueden incluir dentro del campo de la psicosis o el autismo. Definidos como niños de difícil diagnóstico, en la actualidad la psiquiatría los denomina *Trastornos Generalizados del Desarrollo*. Pertenecen a este cuadro las fallas en la constitución del yo, del uso metafórico del juego que se muestra empobrecido, de la capacidad representacional en la grafía, del mimetismo o ecolalia en el campo del lenguaje, entre otros signos clínicos. Por otra parte, nosotros concebimos que estos niños se alojen dentro de la operatoria fálica, aunque revisten detenciones en su constitución psíquica debido a fallas en la capacidad deseante y en la constitución del yo.

3. Lo simbólico y la muerte.

Cuando Lacan trabaja en el *Discurso de Clausura de las Jornadas sobre las psicosis en el niño* (1967) la ética que le confiere al psicoanálisis, hace evidente la finalidad de lo humano en tanto vinculado al goce. En ese mismo trabajo compara el ser-para-la-muerte de Heidegger con el ser-para-el-sexo de Freud, introduciendo el papel que le cabe a la castración como algo relativo a la

naturaleza humana, manifestando que ella recae sobre el sujeto mismo, en cambio la percepción de la muerte en tal caso, es la del otro.

De este modo, denotamos lo inherente a la condición del sujeto del inconciente que comporta uno de los límites al orden simbólico ya que no hay significativo apropiado para que la muerte pueda ser nombrada. El Inconciente cree en la inmortalidad, dice Freud en *Temas de actualidad: De Guerra y de muerte* (1915) haciéndonos imposible representarnos la muerte propia.

Más adelante, Lacan afirma en ese mismo discurso, que el grado de estrago que produce el significativo puede ser captado en el fantasma, donde radica el valor de la operatoria analítica. La construcción del objeto por intermedio de la madre permitirá o no la posibilidad de la caída de este en tanto condensador de goce, a cuenta de la construcción del cuerpo.

El proceso de humanización admite la entrada de la muerte en la estructura: es la pérdida de un goce fundacional que modifica la condición biológica transformando el soma en un cuerpo pulsional. Esta caída del (a) en cuanto tal, permite el ingreso de suyo en la estructura hablante. La inscripción de la muerte es condición de vida para el futuro ser deseante.

Las diferencias entre una certidumbre conciente en lo relativo a la muerte y de la incertidumbre inconciente opuesta que afirma inmortalidad, demuestra los modos encontrados en que la estructura obsesiva se identifica a la muerte por un lado, en contraposición con la psicosis, que la forcluye o la deniega, esto es: la certeza delirante de que la muerte no tiene cabida.

4. Los niños de la inmortalidad: el duelo y su desmentida.

Los niños vienen a ocupar el lugar de objeto y en la antigüedad tenían la atribución del pueblo de encarnar la venganza de los príncipes. Tanto en la Edad Media como en el Renacimiento los niños tenían una potestad extra sobre los traidores muertos, ya que podían apoderarse de su cadáver para ahorcarlo o arrastrarlo por las calles con el fin de lograr un plus de justicia.

Un hombre no puede ultrajar a un muerto sin salirse del orden humano. Un niño sí: él podrá ultrajarlo si la comunidad le encarga la función de encarnar aquello que desafía el límite de lo

extremo de las leyes de los hombres. [...] Más que modos y funciones ejercidas por los niños responden a reglas que sacan a luz lo que el Otro, muchas veces encarnado en la sociedad de los adultos, demanda y exige a los niños. (Di Ciaccia, 1995, p.23).

Este plus al que son convocados los niños en diferentes momentos de la historia ubica la encarnadura del goce, circundando el más allá de la ley del padre. *Los niños de la inmortalidad* son aquellos llamados a borrar las huellas de las pérdidas, como reaseguro de sostener *una creencia o un rechazo sobre el saber de la muerte* a costa de la no escrituración de la falta y por ende su incidencia en la imposibilidad de consecución del deseo. Se trata de un encubrimiento, que en el caso de que logre poner una distancia frente al peligro de que se asuma la castración, entonces la muerte no tiene cabida en la estructura.

Freud mismo otorga una concesión especial al hecho de traer hijos al mundo como modo de intentar vencerla. El niño adviene a sostener la función de recupero del narcisismo perdido de los padres e intenta perpetuar, lo que en ellos no ha sido conseguido: “Sus nombres hacen a los niños unos resucitados. Y en definitiva, ¿no es el tener hijos, para nosotros, el único acceso a la inmortalidad?” (Freud, 1900 p. 483)

De este modo, tanto el nacimiento como el duelo patológico se emparentan como modalidades de sortear la muerte, que a la manera de sustitución, haya su expresión mediante la perpetuación generacional. Lacan y Freud refutan con sus avances teóricos esa posibilidad de amarradura del sujeto a la inmortalidad planteando la locura como respuesta a ese límite. (Barrera Oro, 2004) Es así que seguimos a Lacan cuando afirma que la inmortalidad sólo es posible como una condición delirante. (Lacan, 1961)

Jorge Luis Borges aborda en el relato *El inmortal* (1949) la existencia de un mundo posible en donde la muerte no existe. La ciudad construida por sus habitantes es la expresión de la ausencia de un fin para las cosas, que se denotan en los corredores sin salidas, las escaleras inversas o la gran puerta que da a una celda o un pozo. La ausencia de la muerte como un estímulo para la vida moviliza a los inmortales hacia el anhelo de encontrar el río que se la devuelva para salir de la idiotez y la bestialidad que le confiere esa condición

del ser. La muerte es un preciado regalo que nos permite la posibilidad de los anhelos. Por su parte Saramago, aborda esta misma situación en *Las intermitencias de la muerte* (2005) en donde nos hace entrever las consecuencias tragicómicas que significarían para la humanidad si la muerte decidiera ausentarse en una nación.

Opinamos que el sostenimiento de la creencia de la inmortalidad puede estar en la dirección de la *Verleugnung* freudiana que se pondría al servicio del desconocimiento parcial de la castración, al tiempo que permitiría reconocer que la muerte pueda ser duelada. Este modo de tratamiento de la realidad implica un funcionamiento disociado que altera su percepción y que como tal no abona el retorno de lo reprimido sino que es una alternativa a la represión misma. Según Freud este mecanismo puede obedecer a razones estructurales o funcionar puntualmente ante diversas situaciones. Hacia finales de su obra en *La pérdida de la realidad en neurosis y psicosis* (1924) le otorga una importancia capital como modalidad de defensa estableciendo que la neurosis evita esa porción de la realidad, mientras que en la psicosis la reconstruye, procurando sustituirla.

Hemos estudiado un informe de una tesis doctoral de antropología de Araceli Colín- *Funerales de angelitos; ¿rito festivo sin duelo? Rito y desmentida a falta de una vida con historia para un duelo sin memoria* (2004) donde se cuestiona un *prejuicio* que sostiene Allouchⁱⁱ sobre la ausencia de duelo en algunos pueblos mejicanos debido a la existencia de una celebración que tiene como centro la muerte de un niño pequeño. De estas ceremonias quedan registros fotográficos y pictóricos donde los niños son ataviados con ropajes de angelito, especialmente realizados para esa ocasión según rezan sus costumbres - que presumiblemente- hunden sus raíces en la influencia europea. La autora *articula su lectura de este hecho antropológico con la desmentida freudiana confiriéndole al niño una condición fetichista* que posibilita por medio de este particular funeral, la protección contra el reconocimiento de la muerte. El ritual hace posible este pasaje de la transformación del niño en angelito, sosteniendo así la ilusión de la no pérdida. Sin embargo, contradice la afirmación de Allouch (1998), fundamentando en sus conclusiones que el duelo subjetivo se produce a pesar de las creencias, diferenciando el rito funerario - que da tratamiento al difunto- del rito del duelo

cuya finalidad es la transformación de la relación entre el deudo y el desaparecido.

La renegación de la pérdida por medio de la fetichización del niño, puede ser uno de los modos de sortear la interrogación que lleve al sujeto a vérselas con la angustia y con el necesario tránsito de encontrar un nombre para su falta más allá del lugar que se le ha asignado al niño, pasivamente.

Por otra parte, la falla, la elisión, o el rechazo a la memoria del muerto cuando no ha habido rito, como sostiene Gerez Ambertín (2005) citando a Lacan en el *Seminario N° VI El deseo y su interpretación* (1959), emparenta al duelo patológico con la forclusión. Otro modo en que la falta no encuentra manera de ser albergada, sino justamente en el retorno en lo real. La autora en *El rechazo del saber y el duelo impedido en los niños* (1999) desarrolla esta acepción del duelo patológico basándose en la hipótesis lacaniana de que el reverso del duelo impedido comporta a la forclusión – ejemplificándolo con la paranoia de Aimeé, en tanto que respuesta en la tercera generación al rechazo de los padres de responsabilizarse por la muerte de la hija primogénita. Esta niña sucumbe abrasada por las llamas de un horno y Marguerite nace como intento de los padres de sustituirla, como así también al embarazo que no llegó a término, del niño que debió precederle. Dos muertes, dos duelos no realizados por sus padres, que Marguerite paga con su psicosis. De allí que el conocido refrán: *Los padres comieron uvas verdes, y los hijos tendrán dentera* muestra esta realidad del goce parental, haciendo alusión a esta peculiaridad de transmisión de las fallas en la inscripción de las faltas que no encuentran otro tope que el desencadenamiento psicótico.

Hemos estudiado la resonancia que le confiere a la fantasmática de los padres la detención, la expulsión o la caída del objeto niño de un lugar que lo aloje en los cánones de la lógica de la castración. Particularmente en la obra de Mannoni se denota esta vinculación que realiza de la fantasmática materna ante la inminencia de la muerte en la estructura, dejando por saldo tanto la psicosis como el autismo, cuando no encuentra modo de ingreso al significante. Cuando algo del orden de lo real invade, la cadena se escansiona y se cercena. Nos parece aquí de capital importancia entrever si opera una identificación materna al objeto desaparecido o si la madre puede abrigar un espacio para tramitarlo más allá.

El trabajo clínico con niños nos enfrenta a menudo con la experiencia de la muerte y en particular con la del duelo cuando no ha sido escriturado en la historia genealógica. Estos hechos le otorgan marcas particulares cuyas consecuencias no le permiten su consecución como sujeto deseante, sino que lo cristalizan en una modalidad que entendemos como tapón de la falta en el Otro. Esta condición perversamente orientada en la que es ubicado el niño como consecuencia de un duelo patológico en la madre, constituye una condición de sutura de la falta, refractaria a las sustituciones y por ende a la posibilidad que devenga una *respuesta* del lado del niño a la demanda del Otro. El niño *responde* a la demanda del Otro con inhibiciones, síntomas y angustias, pero en los casos mencionados está llamado a *realizar* el fantasma materno sosteniendo su narcisismo, un esclavo eterno a expensas de mitigar sus desasosiegos. Desde esta vertiente no hay posibilidad de que se cumplan con los destinos de la función materna que para nosotros son los siguientes:

- a) Pasadora: de la función de corte del padre muerto operando en ella que otorgue un tope al fantasma materno oral.
- b) Anticipadora: del estatuto fálico del objeto niño, en vías a contabilizar un deseo propio.
- c) Narcisizante: que permita la construcción de una imagen unificante del yo.
- d) Habilitadora: de la metáfora paterna y de la operación del padre real

5. Duelo patológico materno y etiología de las patologías graves de la infancia.

Muchos de los autores consultados acuerdan en sostener respecto a la etiología del autismo y la psicosis que no existen garantías estructurales desde el lugar que encarna el Otro para que no devenga un niño con estas afecciones.ⁱⁱⁱ Esto quiere decir que tanto la neurosis, la psicosis o la perversión como estructura en la madre no arrojarían diferencias en cuanto a la mayor o menor probabilidad de que devenga un hijo con estos trastornos.

Tanto Yankelevich (2003) como Jerusalinsky (1997) - dos autores argentinos que han estudiado en profundidad este tema- plantean que el Gran Otro es una invención que como tal no reviste una función estática, sino más bien que es objeto de reediciones cada vez que uno de los hijos requiera ser albergado en el orden de la metáfora, suponiendo su alojamiento simbólico e imaginario. De por sí el parto admite una pérdida en lo real, y no existe nada, estrictamente hablando, que ofrezca un resarcimiento de ese advenimiento del viviente como representante de lo real. Es por ello que decimos que el Otro requiere inventiva para revestir de significantes *al vagido* primigenio y otorgarle otro estatuto que ponga en cuestión el límite de lo simbólico, extendiéndose más allá de lo que el niño en realidad puede alcanzar a representar. Hay casos en que la madre no puede cumplir con la función pasadora del significante del Nombre del Padre, aunque tenga la ley operando en ella.

Los autores mencionados señalan que el orden de la contingencia afecta esta posibilidad de donar este significante primordial y entre los factores aludidos se encuentra el del duelo materno como uno de las posibles causas de estas fallas estructurales.

Podríamos sostener la presunción de que en estas circunstancias quedan suspendidas las condiciones de la operatoria de la represión y se generan accidentes que promueven desestimar la castración. Un goce como ostentación de inmortalidad que invalida la prohibición del incesto. La lógica de incompletud del sujeto del deseo queda sin efecto porque el agujero de la falta no opera en causa, sino como una vertiente que desmiente o forcluye la diferencia. La operatoria que conlleva su producción no hace lugar, por lo tanto no lo excluye del campo del lenguaje, pero sí de la función de la palabra. El lenguaje es el soporte que permite su circulación pero queda disociado de ser considerado como una herramienta de comunicación. (Silvestre, 1983) El malentendido es intrínseco a la condición del uso de la palabra, propio de la estructura neurótica. Desde la perspectiva que venimos planteando el malentendido no tiene lugar, sino más bien, la certeza.

Analía Meghdessian en una comunicación personal (2011) indica que lo que Lacan refiere sobre el autismo, es que el niño no habla porque está todo el tiempo escuchando, debido a que se encuentra totalmente tapado por la palabra del Otro. El objeto voz no puede organizarse ya que la demanda del

Otro lo captura totalmente. En la psicosis por su parte, no hay entrada en la metáfora porque el uso de la palabra está reducido al signo.

En los primeros tiempos de la constitución subjetiva el sujeto está introducido en una situación gozosa, donde tiene que oponerse un límite para poder acceder a la palabra. El goce es lo relativo a ese lugar de no falta; es por ello necesario la producción de la diferencia. El viviente se encuentra de suyo en el universo del lenguaje, pero hay que advertir que lo que se gesta dentro del cuerpo de una mujer puede ser cualquier cosa. No hay garantías de que ese objeto real-parasitario se constituya como bebé si no hay una operatoria simbólica en juego, es decir, ser alguien para alguien. Se puede pertenecer al campo del lenguaje, pero para adquirir la palabra hay que hacerle lugar desde el Otro.

Los duelos patológicos vuelven a las pérdidas inaceptables. Esto da lugar a diferentes órdenes de captura en el Otro que generan heterogéneos usos de la palabra. En el autismo no hay ingreso de hecho, produciéndose un rechazo radical. En el caso de la psicosis hay una detención en el orden del signo. Por su parte el débil mental queda holofraseado en un pegoteo al significante amo (S1) que refiere a una identificación incuestionable que soporta al deseo materno, refractario a las dialectizaciones.

Hemos ensayado la afirmación de que los duelos no elaborados en el Otro producen una dificultad para que la muerte ingrese a la estructura y que la significación fálica permita un primer trenzado entre lo real y lo simbólico, efecto de esta entrada de la falta que opera desde la madre, que permite darle al niño el estatuto de falo simbólico. Es decir, que esta operación se inscriba como privación, que produzca la mortificación de la cosa y del soma vía la palabra, adviniendo la identificación al significante por un lado y el armado de un cuerpo pulsional por otro. Este ingreso a la identificación primordial instaura este orden pulsional en los orificios corporales que devienen zonas erógenas. Si no es de este modo, no hay pulsión en juego. Esta acción mortificante del significante puede no producirse siendo eso, el representante del oscuro goce de la inmortalidad que impartirá destinos diversos al sujeto en cuanto a su mayor o menor encuentro con el deseo.

Lo anterior implica que *no todos los duelos ofrecen la posibilidad de generar patología en los niños*. Es genuino reconocer que las mismas circunstancias

debidas a la desaparición de un objeto amoroso pueden ser tramitadas desde el dolor y la tristeza y no albergar por ello vestigios de complicación alguna. Depende del grado en que la pérdida ha sido trabajada psíquicamente y de cómo han quedado inscriptas en el devenir de la subjetividad. No nos olvidemos que Freud habla del duelo como una reacción normal ante la pérdida.

También Lacan conceptualiza que los duelos pueden fracasar en su intento de inscripción transformándose en el acervo de lo rechazado, lo que no puede ser ligado o convertirse en el timbre de la voz martirizadora del Súper yo. De una textura similar, es la propuesta freudiana de la compulsión a la repetición, que escapa al principio del placer y a las leyes del inconciente –desplazamiento y condensación-. (Gerez Ambertín, 1999)

De esta manera podemos sostener que algunos duelos pueden dar como resultado la identificación al rasgo del objeto que abonará el fantasma y los síntomas, generando la posibilidad de sustitución enlazándose a la trama discursiva como sujetos del deseo. Otros por su parte, cuando no hallan modo de escrituración encuentran tope a la posibilidad de ser subjetivados. (Elmiger, 2010)

Si el duelo que no se tramita por los cánones de lo esperado obtura la posibilidad de que el niño pueda hacer de la falta un símbolo, el juego se detiene y con él la posibilidad de pacificación por las vías de la instauración de la metáfora infantil, quedando así coagulado en un sentido único. Deberá producirse una apertura desde el Otro simbólico que permita la sustitución significativa y con él a un nuevo orden de la ley operando.

6. Operaciones de la patología del duelo entre la madre y el niño.

La ubicación del niño respecto de la madre en lo que respecta a la contingencia de la elaboración de un duelo nos lleva a considerar una serie de operaciones distintivas:

1. Agujero en lo real - privación - duelo - escrituración pérdida - subjetivación de la falta - falta en ser - sujeto del deseo.

2. Agujero en lo real - privación – renegación - duelo patológico - objeto sustitutivo - fantasma materno - identificación total al objeto- fetiche - *ífans*.

3. Agujero en lo real- privación – forclusión parcial y duelo impedido — rechazo de los significantes primordiales o su conjunto – psicosis/autismo.

4. Agujero en lo real - privación - duelo – represión - escrituración de la pérdida - inhibición/síntoma/angustia - retorno de lo reprimido - respuesta del niño a la verdad parental - significación fálica - duelo por el falo - subjetivación de la falta.

En la primera operación estaríamos frente a un proceso normal del desarrollo de un duelo que coloca al sujeto frente a la falta que habita la estructura y que habilita su condición deseante porque ha operado la escrituración de la pérdida.

En la segunda secuencia nos veríamos ante una versión posible del duelo patológico que ubica al niño en el fantasma materno *realizando* la presencia del objeto, siendo no susceptible a la metaforización de la pérdida, e identificándolo al mismo. Es decir, creemos que porque no ha habido duelo en la madre es que el niño queda incorporado a una escena que vela la falta real, la que sume al sujeto a la privación de la estructura, es decir, a la irremediable inconsistencia del Otro. Esta creencia de que el objeto murió pero vive en el niño, opera como un mecanismo inconciente que permite la chance de negarse a desasujetarse, ya que de ese modo la inmortalidad del fallecido se torna en el reaseguro de la posibilidad de zanjar la castración. El duelo materno se patologiza porque no hay espacio para el rearmado de una escena que excluya al niño de ser ese trozo que camufla al muerto, tan altamente erotizado. El Otro simbólico está desfalleciente y no se encuentra en condiciones de albergar la pregunta por el malestar que se suscita.^{iv} Sin embargo, la mostración de esa creencia en la inmortalidad mediante el sacrificio del niño, en ocasiones puede ser conmovida, cuando las condiciones de restitución del Otro simbólico se hacen posibles mediante la acción analítica y se logra restar lo real del goce allí enquistado. El rearmado de una escena que opere de corte a lo que se repite en lo real, puede albergar la posibilidad de que se inicie la repetición simbólica

y con ello la medida de la significación fálica. La inhibición, el síntoma o la angustia encontrarán de este modo, cabida en una nueva operatoria. No obstante, siempre hay un costo subjetivo a cuenta de la estructuración del niño, generalmente en la capacidad cognitiva^V.

Por otra parte, si la respuesta materna fue la forclusión ante la falta en lo real, el niño podrá ser identificado al rechazo de los significantes primordiales o al conjunto de ellos, derivando en psicosis o autismo según sea el caso como lo graficamos en la tercera secuencia. (Bruner, 2008)

En la cuarta opción la pérdida se tramita por las vías del retorno de lo reprimido en el niño, que oficia de *respuesta* a otra escena ubicada en la verdad de la pareja parental. El resultado es el desalojo del lugar de *ser el falo* porque existe un Otro simbólico a quien dirigir el malestar y se conmueve por ello. La deriva significativa acota el goce enquistado por medio de las producciones metafóricas. La falta se inscribe a cuenta del sujeto del deseo. Esta versión de la tramitación de un duelo en la infancia ofrece la posibilidad de contar con las producciones de lo reprimido y las eventualidades que se desarrollen en la cura, factibles de ser abordadas con cierto marco simbólico-imaginario que oficie de resguardo a la producción del sujeto.

Si como venimos diciendo, la relación del niño con el saber de los padres encuentra un tope al goce incestuoso, tendrá ganancias sobre la posibilidad de la no identidad entre él y el falo, como lo indicamos en la cuarta operación. Habrá una diferencia a su cuenta. En cambio, si en el lugar del saber de los padres encuentra el silencio, la censura o el saber omnipotente, la pulsión epistemofílica se detiene y el sujeto se empobrece, va camino a la inhibición. Si la respuesta fue la renegación como vemos en la segunda operación, se encontrará con la angustia que deriva de la fijeza, con la consecuente dificultad en el entramado del fantasma y en otro lugar que no sea el puro padecimiento (Flesler, 2008).

Si en sus vicisitudes el saber toma la valía de un objeto que se fetichiza, como un plus de gozar, se tornará enclave de ese goce y pretenderá identificar el saber con la verdad. En lugar de enunciar “yo, la verdad hablo”, el yo hablará pretenciosamente, en el lugar de la verdad. (Ibídem p.p 151-152)

Es el duelo no tramitado por la acción del fetiche, en el que hay un saber sobre el goce donde el niño queda conminado a ir mas allá del límite que ofrece lo indecible de la muerte.

ⁱVéase en el Capítulo III, el apartado el Niño como objeto donde se aborda también estas cuestiones.

ⁱⁱ Nos referimos al trabajo *Erótica del duelo en los tiempos de la muerte seca*. (Allouch, 1998).

ⁱⁱⁱ Hablamos de Alfredo Jerusalinsky, Héctor Yanquelevich, Silvia Amigo, Elsa Coriat, Norma Bruner, Ilda Levín, Alba Fresler, Alicia Hartmann, entre otros.

^{iv} En el capítulo III lo hemos abordado como el niño en posición de objeto o en camino a la neurosis.

^v Por supuesto que las generalizaciones que se realizan en este apartado son a los fines de poder transmitir las conceptualizaciones que pueden albergar las distintas salidas al duelo patológico o no en el Otro. Realizamos esta salvedad de modo de no quedar por fuera de la ética analítica del caso por caso.

BIBLIOGRAFÍA DEL CAPITULO:

- Amigo, S. (2003). *Paradojas clínicas de la vida y la muerte. Ensayos sobre el concepto de "originario" en psicoanálisis*. Bs As: Homo Sapiens.
- Barrera Oro, J. (2003). Los inmortales. En *Muerte y Duelo. Revista Litoral. École Lacaniane de Psychanalyse. México. 34*, 209-231.
- Bauab, A. (2001). *Los tiempos del duelo*. Bs As: Homo Sapiens.
- Bruner, N. (2008). *Duelos en juego*. Bs As: Letra Viva.
- Chatel, M. (1993). A falta de estrago, una locura de la publicación. *Revista Litoral. 17*, 45-83
- Colin, A. (2004). Funerales de angelitos: ¿rito festivo sin duelo? Rito y desmentida a falta de una vida con historia para un duelo sin memoria. En *Muerte y Duelo. Revista Litoral. École Lacaniane de Psychanalyse. México. 34*, 85-118.
- Comay, R. (2003). Entre la melancolía y el fetichismo: las pérdidas de Walter Benjamín. *Cuaderno Gris. Época III, (7)* 97-115.
- Dalí, S. (1973). Confesiones inconfesables. En *Obras Completas, II*. Barcelona: Destino.
- Di Ciaccia, A. (1995/1997). *El niño, la familia y el inconciente*. Conferencias Oscar Masotta. Bs As: Atuel Eolia.

- Elmiger, M. (2006). Nacer y Morir. 2do Congreso de Investigación. Tucumán.
 Disponible en <http://sites.google.com/a/fundpsicsigmundfreud.org/trabajos-2do-congreso-de-investigacion/home/elmilger/maria-elena> 25/03/10
- Elmiger, M. (2010). Las identificaciones de los duelos. *Actualidad Psicológica*. Año XXXV. 384, 10 -13.
- Flesler, A. (2007/2008). *El niño en análisis y el lugar de los padres*. Bs As: Paidós.
- Freud, S. (1915/1998). Temas de actualidad: De guerra y de muerte. En *Obras Completas*, XIV. Bs As: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1926/1998). Inhibición, síntoma y angustia. En *Obras Completas*, XX, Bs As: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1927/2000). Fetichismo. En *Obras Completas*, XXI, Bs As: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1924/2000). La pérdida de la realidad en neurosis y psicosis, XIX. En *Obras Completas*. Bs As: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1900/2008). Los afectos en el sueño, IV. En *Obras Completas*. Bs As: Amorrortu Editores.
- Gerez Ambertín, M. (1999). El rechazo del saber y el duelo impedido en los niños. *Revista Psico-logos. Facultad de Psicología, UNT*. Año 8 (9) 127-140.
- Jerusalinsky, A. (1997). *Psicoanálisis del autismo*. Bs As: Nueva Visión.
- Lacan, J. (1959). *Seminario N° VI. El deseo y su interpretación*. Escuela Freudiana de Bs As. Inédito.
- Lacan, J. (1961/2003). *Seminario N° VIII. La transferencia*. Bs As: Paidós.
- Lacan, J. (1967/1976). Discurso de clausura de las jornadas sobre las psicosis en el niño. En *Psicosis infantil* (p.p 150-161). Bs As: Paidós
- Lacan, J. (1964/1995). *Seminario N° XI. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Bs As: Paidós.
- Levin, I. (1994). El psicoanálisis con niños psicóticos: Condiciones para un tratamiento. En *Cuadernos Sigmund Freud N° 17*. Disponible en http://www.efbaires.com.ar/files/texts/TextoOnline_1201.pdf 22/05/11
- Maleval, J. (2008). Acerca de la estructura autista. Disponible en <http://www.autismoypsicosisenlainfancia.com> 4/06/11.
- Mannoni, O. (1969/1973). Ya lo sé, pero aún así... En *La otra escena. Claves de lo imaginario*. (p.p 9-27). Bs As: Amorrortu editores.

- Meghdessian, A. (2011). Seminario Pubertad, pulsión, cuerpo y fantasma. Mar del Plata. Comunicación personal.
- Sanmartino Rovirosa, M. (1995). Los juegos inquietantes del doble. *Actualidad Psicológica*. Año XX. 22, 58-61.
- Sales, L. (2010). La Verleugnung y su relación con el saber. Un estudio sobre el concepto de desconocimiento. *Intercanvis*. 24, 35-51.
- Silvestre, M. (2001). El autismo infantil. En *Autismo y Psicosis infantil. Margen analítico*. Bs As: Letra Viva. 1, 19-33.
- Tustin, F. (1981/1994). Autismo y psicosis infantil. Bs As: Paidós.
- Yankelevich, H. (2003). Acerca de lo que nos enseñan los autistas sobre la función de la palabra. En Amigo, S. *Paradojas clínicas de la vida y la muerte. Ensayos sobre el concepto de "originario" en psicoanálisis* (p.p 45-49). Bs As: Homo Sapiens.
- Yankelevich, H. (2003). Fabián el niño de la computadora. Historia de la cura de un niño autista de 4 años. En *Las Psicosis*. (p.p 105-130). Rosario: Homo Sapiens.
-